

Fray Luis de Granada

Guía de pecadores

En el cual se enseña todo lo que el cristiano debe hacer, desde el principio de su conversión hasta el fin de la perfección.



morgan

Este libro pertenece a una biblioteca circulante, no puede venderse, alquilarse o imprimirse.

© 20 06 Morgan Editores

Preliminares

Aprobación de la obra

Fue visto y aprobado el presente libro por el muy R. Padre maestro F. Gaspar de los Reyes, examinador de libros por el Reverendísimo y Serenísimo Cardenal Infante, Inquisidor General en estos reinos de Portugal.

Lo contenido en este libro

Esta doctrina está repartida en cuatro libros:

El primero trata de la conversión del pecador, en el cual se pone una exhortación a bien vivir.

En el segundo se dan reglas de bien vivir.

En el tercero se trata de tres principales medios con que se alcanza la gracia para bien vivir, que son oración, confesión y comunión.

En el cuarto sumariamente se trata de la perfección, que es el término y fin de la buena vida.

Carta del autor

A la muy magnífica señora, la señora doña Elvira de Mendoza, en Montemayor el Nuevo

Por muchas razones me moví a enviar a V. m. este pequeño tratado, y particularmente por tener entendido con cuán alegre cara suele V. m. recibir semejantes presentes, como quien la mayor parte del tiempo y de la vida gasta en ellos. Porque aunque el estado de casada y el cargo de la casa y familia sean cosas que muchas veces distraigan el ánimo destos santos ejercicios, pero a V. m., por singular merced y privilegio de Dios, cupo en suerte la compañía de tal marido, que no solamente no desfavorece los piadosos ejercicios de virtud y cristiandad, sino antes tiene ésta por suma y verdadera gloria de la nobleza cristiana, como en hecho de verdad lo es. Y lo mismo ha querido nuestro señor que tengan otros muchos señores de esta noble casa y familia, con lo cual hacen más ilustre su sangre que con todos los otros títulos y blasones del mundo, los cuales, así como son de mundo, así mueren y acaban con él. Así que reciba V. m. este pequeño presente para sí y para todos estos señores sus sobrinos y deudos, en quien confío en nuestro señor será muy bien empleado. Y si algo hay en esto de servicio, no quiero por él otro galardón sino alguna pequeña arte de las continuas oraciones de V. m., cuya vida y estado nuestro señor prospere por largos tiempos en su servicio.

Al lector

Tres cosas se requieren, cristiano lector, para hacer a un hombre verdaderamente bueno y virtuoso, que es el fin que la doctrina cristiana pretende. La primera es ganarle la voluntad y persuadirle que quiera y se determine a bien vivir. La segunda es enseñarle qué es lo que ha de hacer para bien vivir. La tercera, declararle cómo alcanzará fuerzas y espíritu para vivir esta manera de vida. Entre estas tres cosas, la postrera es la más importante y más necesaria, porque, como dice Aristóteles, el saber poco o nada aprovecha para la virtud. Porque dado caso que yo sepa el valor y méritos de la virtud para inclinarme a ella, y sepa todo lo que tengo de hacer para ser virtuoso, ¿qué me aprovecha todo esto, si no tengo fuerzas para resistir al poder de la mala costumbre y a la tiranía de mis pasiones y apetitos que me llevan en pos de sí? Por do parece claro que aunque todas estas tres partes sean necesarias, la principal entre ellas es esta tercera.

Estas tres cosas enseña la doctrina cristiana más altamente que todas las doctrinas del mundo, con tres cosas principales de que trata, que son artículos de fe, mandamientos y sacramentos. Porque los artículos de la fe nos persuaden a bien vivir, alegándonos, poniéndonos delante el juicio de Dios, el paraíso, el infierno, los beneficios divinos y otras cosas que a esto nos pueden mover. Los mandamientos de la ley nos enseñan a bien vivir, declarándonos lo que para esto debemos hacer y debemos huir. Y porque esto no se puede hacer con

solas nuestras fuerzas, por haber quedado la naturaleza muy estragada por el pecado, socórrenos los sacramentos con el espíritu y gracia que nos dan por virtud de la pasión de Cristo, los cuales nos dan fuerzas para cumplir todo esto. Lo cual por singular excelencia y providencia de Dios se halla en sola la religión cristiana, y en ninguna otra se halló jamás ni puede hallar. Porque toda la filosofía del mundo, y toda la facultad humana, no se extiende a más que a persuadir y enseñar los hombres en alguna manera a bien vivir, mas no a dar espíritu y fuerzas para ello, porque esto sólo se reservó a Cristo nuestro salvador y a la gracia de su evangelio.

Pues, por esto, con muy alto consejo, está repartida esta celestial doctrina en estas tres partes principales que corresponden a estas tres cosas susodichas, de las cuales convenía que tratasen siempre todos los enseñadores de esta doctrina, unas veces exhortando a bien vivir con las persuasiones y misterios de la fe; otras, enseñando a bien vivir, declarando en particular la doctrina de los mandamientos y de los pecados contrarios a ellos; y otras, declarando por qué medios se alcanza la gracia para cumplir esos mandamientos, exhortando a la humilde y devota frecuencia de los sacramentos, con los cuales se junta la oración -de la cual también tratan después de los sacramentos todos los que escriben de esta doctrina-, porque así como los sacramentos tienen virtud para dar gracia, así la oración tiene por oficio pedirla, y así nos ayuda en esta misma demanda.

Pues como esta doctrina sea tan necesaria, parecióme sería cosa conveniente escribir de ella este pequeño volumen, para que fuese como un manual que trajese cada uno consigo, en el cual pudiese brevemente aprender lo que le conviene. Y aunque

otros muchos escritores han tratado desta misma materia, pero la diferencia está en esto, que los otros trataron más principalmente la teórica de ella, declarando lo que pertenecía a la inteligencia de estas cosas; mas aquí, presupuesta la teórica, solamente se trata la práctica, que es el fin a que todo esto se ordena, que son aquellas tres cosas que dijimos se requerían para bien vivir.

Y así llevando esta orden susodicha, la primera parte deste libro se emplea en persuadir el hombre a bien vivir, poniéndole delante lo que para esto nos propone la fe, que es el juicio final, el paraíso y el infierno, y los beneficios divinos y otras cosas semejantes. La segunda enseña lo que habemos de hacer para bien vivir, proponiendo para esto diversas reglas y documentos sacados de la ley de Dios y de sus avisos y mandamientos. La tercera trata de los tres principales medios con que se alcanza la divina gracia, que son confesión, comunión y oración, porque los sacramentos tienen virtud para dar gracia, y la oración tiene por oficio pedirla, y así le corresponde por premio alcanzarla. Y desta manera, creciendo por ambas partes el don de la gracia, crecen también con ella las riquezas de las virtudes y de la buena vida. En los otros sacramentos no me quise entremeter, por la brevedad desta escritura.

Al cabo de todo esto, para conclusión desta materia, añadí unos breves avisos y documentos de la perfección desta vida, los cuales, aunque pertenecían a la segunda parte desta doctrina, quise ponerlos al cabo della porque no son para todos, sino para solos aquellos que se han ya ejercitado y aprovechado en los documentos de las reglas pasadas.

Movíme a tornar este poco de trabajo porque algunos predicadores, celosos de la honra de nuestro señor y salud de las

ánimas, deseaban que hubiese algún pequeñuelo volumen que tratase de todas estas cosas, el cual pudiesen encomendar en los pueblos donde predicasen, para que, pues la memoria de los hombres es tan flaca y la voluntad tan tibia para lo bueno, pudiesen todos tener a la mano este pequeño despertador, para que ayudasen a la memoria con la escritura y a la tibieza de la voluntad con el calor de la doctrina, y para que no sólo en presencia, sino también en ausencia del predicador tuviesen este familiar predicador en casa para todas las veces que le quisiesen oír. Esto es lo que en suma contiene este breve compendio. Y bien veo que todo ello va tratado con demasiada brevedad. Mas mi intención es, si el Señor fuere servido, tratar este mismo argumento más copiosamente en otro libro, contentándome al presente con sacar a luz este pequeño volumen, que es como un epítome y sumario de lo que en el otro se ha de tratar.

Resta, para salir de cargo, avisar al cristiano lector que aquí va la tercera parte que prometimos en la primera impresión del *Libro de la oración*, aunque acompañada con otras cosas.

Y este presente tratado, y cualquier otra escritura mía, humildemente sujeto a la corrección de la Santa Madre Iglesia, abrazando lo que ella abraza y reprobando lo que reprueba.

Libro primero

Primera redacción

Comienza el libro primero, que trata de la conversión del pecador.

En el cual se contiene una breve exhortación a bien vivir

Capítulo I

Cuenta la escritura divina que antes que Dios destruyese la ciudad y reino de Jerusalén por Nabucodonosor, rey de Babilonia, dijo al profeta Jeremías estas palabras: «Toma un libro en blanco, y escribe en él todas las palabras que te he dicho contra Judá y contra Israel, desde el día que comencé a hablar contigo hasta el día presente, y léelo en presencia del pueblo para ver si por ventura, oyendo esta gente todos los males que yo pienso hacerles, se apartarán de sus malos caminos, para que así les sea yo propicio y les perdone sus pecados, y cese de enviarles este castigo que tengo determinado.» Y dice luego la *Escritura* que como Baruc, notario deste profeta, escribiese todas estas palabras y las leyese en presencia del pueblo y de los príncipes dél, que cayó tan gran temor y espanto sobre ellos, que se miraban a las caras unos a otros como atónitos por la grandeza de las cosas que habían oído.

Éste es, hermano mío, el medio que Dios tomó en aquel tiempo y en otros muchos tiempos para despertar los corazones de los hombres y apartarlos de su mal camino, como uno de los más eficaces y poderosos que para esto hay. Porque son tantas y tan grandes las cosas que las palabras de Dios y las letras sagradas y la profesión de nuestra fe nos predicán en favor de la virtud y disfavor del vicio, que si los hombres atentamente las leyesen y ponderasen, no sería posible que muchas veces no les diese grandes vuelcos el corazón, considerando por aquí la grandeza del peligro y descuido en que viven. Y por esto una de las cosas que más deseaba el profeta para remedio de estos males era ésta, cuando decía: «Gente es sin consejo y sin

prudencia; pluguiese a Dios que supiesen y entendiesen y proveyesen atentamente lo que les está por venir.» Porque verdaderamente, si los hombres esto hiciesen como deberían, no sería posible durar mucho tiempo en un tan errado y tan perdido camino como llevan.

Mas ellos andan tan beudos y tan empapados en el amor de las cosas desta vida, unos en busca de honras, otros de haciendas, otros de deleites, otros de oficios, de dignidades, de privanzas y de otros semejantes intereses, que ocupados y ahogados con los cuidados y con el amor encendidísimo destas cosas, ni tienen espacio, ni ojos, ni corazón para entrar un poco dentro de sí mismos, y abrir los ojos a la consideración de todo esto. Por lo cual con mucha razón dice de ellos el profeta: «Hecho es Efraín así como paloma engañada que no tiene corazón.» Porque dado caso que los malos tengan corazón para amar y pensar y repensar las cosas desta vida, no lo quieren tener para pensar las de la otra, las cuales son tales y tan admirables, que la menor de ellas que atentamente se considerase bastaba para dejarlos atónitos y convencidos de su engaño.

Pues por esta causa me pareció sería cosa conveniente poner aquí algunas destas cosas ante los ojos de quien las quisiese leer, y escribir a imitación del profeta Jeremías, no solamente los males que Dios tiene aparejados para los malos, sino también el descanso y los bienes que tiene proveídos para los buenos, para ver si por ventura, oídas y entendidas estas cosas, como dice el profeta, se volverán algunos de su mal camino, para que así tenga Dios por bien de recibirlos y perdonarlos y librarlos de las penas que él tiene en sus *Escrituras* amenazadas para los tales como ellos.

Capítulo II

De la consideración de la muerte

I

Y comenzando ahora por lo que está más cerca de nuestros ojos y de nuestra consideración, acuérdate, hermano, que eres cristiano y que eres hombre. Por la parte que eres hombre, sabes cierto que has de morir, y por la que eres cristiano sabes también que has de dar cuenta de tu vida acabando de morir. En esta parte no nos deja de dar la fe que profesamos, ni en la otra la experiencia de lo que cada día vemos. Así que no puede nadie excusar este trago, que sea emperador que sea papa. Día vendrá en que amanezcas y no anochezcas, o anochezcas y no amanezcas. Día vendrá -y no sabes cuándo, si hoy, si mañana-, en el cual tú mismo que estás ahora leyendo esta escritura sano y bueno de todos tus miembros y sentidos, midiendo los días de tu vida conforme a tus negocios y deseos, te has de ver en una cama, con una vela en la mano, esperando el golpe de la muerte y la sentencia dada contra todo el linaje humano, de la cual no hay apelación ni suplicación. Allí se te representará luego el apartamiento de todas las cosas, el agonía de la muerte, el término de la vida, el horror de la sepultura, la suerte del cuerpo -que vendrá a ser manjar de gusanos-, y mucho más la del ánimo, que entonces está dentro del cuerpo, y de ahí a dos horas no sabes dónde estará.

Así te parecerá que estás ya presente en el juicio de Dios, y que todos tus pecados te están acusando y poniendo demanda

delante dél. Allí verás abiertamente qué tan grandes males eran los que tú tan fácilmente cometías, y maldirás mil veces el día en que pecaste y el deleite que te hizo pecar. Allí no acabarás de maravillarte de ti mismo, cómo por cosas tan livianas cuales eran las que tú amabas, te pusiste en peligro de padecer eternamente dolores tan grandes como allí comenzarás a sentir. Porque como los deleites sean ya pasados, y el juicio de ellos comience ya a parecer, lo que de suyo era poco y dejó de ser, parece nada; y lo que de suyo es mucho y está presente, parece más claro lo que es. Pues como tú veas que por cosas tan vanas estás en términos de perder tanto bien, y mirando a todas partes te veas por todas cercado y atribulado -porque ni queda más tiempo de vida, ni hay más plazo de penitencia, y el curso de tus días es ya fenecido, y ni los amigos ni los ídolos que adoraste te pueden allí valer, antes las cosas que más amabas y preciabas te han de dar allí mayor tormento-, dime, ruégote, cuando te veas en este trance, ¿qué sentirás, dónde irás, qué harás, a quién llamarás? Volver atrás es imposible, pasar adelante es intolerable, estarte así no se concede. Pues, ¿qué harás?

«Entonces -dice Dios por el profeta-, se pondrá el sol a los malos en medio del día, y haré que se les oscurezca la tierra en el día claro, y convertiré sus fiestas en llanto y sus postrimerías en día amargo.» ¡Qué palabras éstas tan para temer! «Entonces -dice-, se les pondrá el sol en medio del día», porque representándose a los malos en aquella hora la muchedumbre de sus pecados, y viendo que la justicia de Dios les comienza ya a cerrar los términos de la vida y de la penitencia, vienen muchos dellos a tener tan grandes temores y desconfianzas, que les parece que están ya desahuciados y despedidos de la misericordia divina. Y estando aún en medio del día, esto es, dentro del término desta vida, que es tiempo de merecer y

desmerecer, les parecerá que para ellos no hay lugar de mérito ni de demérito, sino que todo les está ya como cerrado. Poderosa es la pasión del temor, la cual, de las cosas pequeñas hace grandes, y de las ausentes presentes. Y si esto hace a las veces un temor liviano, ¿qué hará entonces el temor de tan justo y tan verdadero peligro? Vense en esta vida aún entre sus amigos, y paréceles que ya comienzan a sentir el dolor de los condenados. Juntamente están vivos y muertos, y doliéndose de los bienes presentes que dejan, comienzan a padecer los males venideros que barruntan. Tienen por dichosos a los que acá se quedan, y créceles con esta envidia la causa de su dolor. Pues entonces se les pondrá el sol en medio del día, cuando a doquiera que volvieran los ojos les parecerá que por todas partes les está cerrado el camino del cielo, y que ningún rayo se les descubre de luz. Porque si miran a la misericordia de Dios, paréceles que la tienen desmerecida y ofendida; si a la justicia, paréceles que viene ya a dar sobre su cabeza, y que hasta allí ha sido su día, y que desde allí comienza ya a ser el día de Dios. Si miran a la vida pasada, toda ella los está acusando; si al tiempo presente, ven que se están muriendo; si un poco más adelante, ven al juez que los está esperando para entrar con ellos en juicio. Pues entre tantos objetos y causas de temor, ¿qué harán?

Dice más, que se les convertirá en tinieblas la luz del día claro. Quiere decir, que las cosas que les solían dar antes mayor alegría, entonces les darán mayor dolor. Alegre cosa es para el que vive la vista de sus hijos y de sus amigos y de su casa y hacienda, y de todo lo que ama. Mas entonces se convertirá esta luz en tinieblas, porque todas estas cosas darán allí mayor tormento y serán más crueles verdugos de sus amadores. Porque natural cosa es que, así como la posesión y presencia de lo que se ama da alegría, así el apartamiento y la pérdida dé dolor. Y

por esto quitan a los dulces hijos de la presencia del padre que se está muriendo, y se esconde la buena mujer en este tiempo, por no dar y tomar tan crueles dolores con su presencia. Y con ser la partida para tan lejos, y la despedida para tan largo camino, no deja guardar el dolor los términos de la buena crianza, ni da lugar al que se parte para decir a los amigos: «Quedaos a Dios.» Si tú has llegado a este punto, en todo esto verás que digo verdad; mas si aún no has llegado a él, cree a los que por aquí han pasado, pues, como dice el Sabio, los que navegan la mar cuentan los peligros de ella.

II

Y si tales son las cosas que pasan antes de la salida, ¿qué será las que pasarán después de ella? Si tal es la víspera y la vigilia, ¿qué tal será la misma fiesta y el día? Dime, pues, ¿qué sentirás en aquella hora, cuando salido ya desta vida entres en aquel divino juicio, solo, pobre y desnudo, sin más valedores que tus buenas obras, y sin más compañía que la de tu propia conciencia, y esto en un tribunal tan riguroso, donde no se trata de cortar la cabeza y perder la vida temporal, sino de vida y muerte perdurable? Y si en la tela deste juicio te hallares alcanzado de cuenta, ¿cuáles serán entonces los desmayos y trasudores de tu corazón? ¡Cuán confuso te hallarás, cuán arrepentido y cuán pobre de consejo! Grande fue el cortamiento y desmayo de los príncipes de Judá cuando vieron la espada vencedora de Sesac, rey de Egipto, volar por las plazas de Jerusalén cuando, por la pena del castigo presente, conocieron la culpa del yerro pasado. Mas, ¿qué es todo esto en comparación de la confusión y perplejidad en que allí los malos se verán?

¿Qué harán? ¿Dónde irán? ¿Con qué se defenderán? Lágrimas allí no valen, arrepentimientos allí no aprovechan, oraciones allí no se oyen, promesas para adelante allí no se admiten, tiempo de penitencia allí no se da. Porque acabado el postrer punto de la vida, ya no hay más tiempo de penitencia. Pues riquezas y linaje y favor de mundo, mucho menos aprovecharán, porque, como dice el Sabio, «no aprovecharán las riquezas en el día de la venganza, mas la justicia sola librárá de la muerte».

Pues el rigor de la tela deste juicio, ¿quién lo podrá explicar? De un difunto leemos que apareció a un amigo suyo muy fatigado y aquejado de dolores, repitiendo con grandes voces y gemidos estas palabras: «Nadie cree, nadie cree, nadie cree.» Y como el amigo le preguntase qué quería decir aquello, respondió: «Nadie cree cuán estrechamente juzga Dios y cuán severamente castiga.»

Para confirmación de lo cual referiré aquí una cosa de grande admiración que san Juan Clímaco escribe haber acaecido a un religioso de su tiempo. Dice él que en un cierto monasterio de aquéllos había un monje descuidado en su manera de vida, el cual, llegando a punto de muerte, fue arrebatado en espíritu, donde vio el rigor y severidad espantosa deste postrero juicio que todos esperamos. Y como después por especial misericordia y dispensación de Dios volviese en sí, alcanzado espacio de penitencia, dice este santo que rogó a todos los religiosos que presentes estábamos que saliésemos de su celda; y cerrando la puerta a piedra y lodo, quedóse dentro hasta el día que murió - que fue por espacio de doce años-, sin salir jamás de allí, ni hablar palabra a nadie, ni comer otra cosa todo aquel tiempo sino sólo pan y agua. Y asentado en su celda, estaba como atónito, revolviendo en su corazón lo que había visto en aquel

arrebatamiento. Y tenía tan fijo el pensamiento en ello, que así también tenía el rostro fijo en un lugar, sin volverlo a una parte ni a otra, derramando a la continua muy fervientes lágrimas, las cuales corrían siempre hilo a hilo por sus ojos. Y llegada la hora de su muerte, rompimos la puerta, que estaba, como se dijo, cerrada, y entramos todos los monjes de aquel desierto en su celda, y rogámosle con toda humildad nos dijese alguna palabra de edificación. Y no dijo más que sola ésta: «Dígoos de verdad, padres, que si los hombres entendiesen cuán espantoso es este último trance y juicio de la muerte, que no sería posible jamás ofender a Dios.» Todas estas son palabras de san Juan Clímaco, que se halló presente a este negocio y da testimonio de lo que vio. De manera que en el hecho, aunque parezca increíble, no hay que dudar, pues tan fiel es el testigo; y en lo demás hay por qué temer, considerando la penitencia que este santo hizo, y mucho más la grandeza de aquella visión que vio, de donde procedió la tal penitencia. Y que esto sea verdad, basta la conformidad que tiene con las escrituras sagradas, en las cuales leemos aquella tan celebrada sentencia: «Acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás.»

Y pues éste es tan sano y tan provechoso consejo, ruégote ahora, hermano, lo quieras tomar para ti, acordándote y considerando con toda atención esto en que has de parar. Y como hay en esto muchas cosas que pensar y que rumiar, a lo menos ruégote que destas tres jamás caiga olvido en tu memoria. La primera, qué tan grande ha de ser la pena que allí recibirás por haber ofendido a Dios. La segunda, qué tanto es lo que allí desearás haberle servido y agradado para tenerle propicio en aquella hora. La tercera, qué linaje de penitencia desearas allí hacer, si para esto se te diese tiempo, porque de tal

manera trabajes por vivir ahora, como entonces desearas haber vivido.



Capítulo III

Del juicio final

Después de la muerte se sigue el juicio particular de cada uno, y después el juicio universal de todos, cuando se cumplirá aquello que dice el apóstol: «Todos conviene que seamos presentados ante el tribunal de Cristo, para que dé cada uno cuenta del bien o mal que hizo en este cuerpo.»

Muchas cosas hay que considerar en este juicio, mas una de las principales es ver de qué género de cosas se nos ha de pedir cuenta en él. «Escudriñaré -dice Dios- a Jerusalén con una candela en la mano.» Manera de hablar es ésta de la escritura divina, en la cual se da a entender la menudencia de las cosas de que allí se han de examinar, cuales son las que los hombres suelen buscar desta manera. Porque no habrá un solo pensamiento vano, ni un punto de tiempo mal gastado, que no haya de ser traído a cuenta en aquel juicio. ¿A quién no ponen admiración aquellas palabras del Salvador: «En verdad os digo que de cualquier palabra ociosa que hablaren los hombres, darán cuenta en el día del juicio»? Pues si destas palabras, que no hacen a nadie mal ni bien, se ha de pedir cuenta, ¿qué será de las palabras deshonestas, y de los pensamientos sucios, y de las manos sangrientas, y de los ojos adúlteros, y finalmente de todo el tiempo de la vida expendido en malas obras? Si esto es

verdad, como lo es, ¿qué se puede decir del rigor deste juicio, que no sea menos de lo que es? ¡Cuán asombrado quedará un hombre cuando, en presencia de un tan gran senado, se le haga cargo de una palabrilla que tal día habló sin propósito! ¿A quién no pone en admiración esta tan nueva demanda? ¿Quién osara decir esto, si Dios no lo dijera? ¿Qué rey jamás pidió cuenta a alguno de sus criados de un cabo de un agujeta? ¡Oh alteza de la religión cristiana, cuán grande es la pureza que enseñas, y cuán estrecha la cuenta con que la pides, y con cuán riguroso juicio la castigas!

¡Cuál será también la vergüenza que allí los malos pasarán, cuando todas las maldades que ellos tenían encubiertas con las paredes de sus casas, y todas las torpezas y deshonestidades que cometieron desde sus primeros días, con todos los rincones y secretos de sus conciencias, sean pregonados en la plaza y ojos de todo el mundo! Pues, ¿quién tendrá la conciencia tan limpia, que no comience desde ahora a mudar las colores y temer esta vergüenza? Porque si descubrir un hombre sus culpas a un confesor en un fuero tan secreto como el de la confesión es cosa tan vergonzosa que muchos por esto se tragan el pecado y se quedan en estado de condenación, por no pasar aquella vergüenza, ¿qué será la vergüenza de Dios y de todos los siglos presentes, pasados y venideros? Será tan grande esta vergüenza, que como el profeta dice, darán voces a los montes y dirán: «¡Oh montes, caed sobre nosotros, y sumidnos en los abismos donde no parezcamos con tan grande confusión!»

Pues, ¿qué será, sobre todo esto, esperar el rayo de aquella sentencia final: «Id, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para Satanás y para sus ángeles»? ¿Qué sentirán los malaventurados con esta palabra? Si apenas podemos -dice el

santo Job- oír la más pequeña de sus palabras, ¿quién podrá esperar aquel espantoso trueno de su grandeza?

Esta palabra será tan espantosa y de tanta virtud, que por ella se abrirá la tierra en un momento, y serán sumidos y despeñados en los abismos los que, como dice el mismo Job, tañían aquí el pandero y la vihuela, y se holgaban con la suavidad y música de los órganos, y gastaban sus días en deleites y vanidad. Esta caída describe san Juan en el *Apocalipsis* por estas palabras: «Vi -dice él- un ángel que descendía del cielo con gran poder, y con tanta claridad, que hacía resplandecer toda la tierra, y dio una grande voz diciendo: *Cayó, cayó aquella gran ciudad de Babilonia, y ya es hecha morada de demonios, y cárcel de todos los espíritus sucios y de todas las aves sucias y abominables.*» Y añade luego el evangelista diciendo: «Y vi a un ángel poderoso levantar en alto una piedra como de un molino, y arrojóla en la mar diciendo: *Con este ímpetu será arrojada aquella gran ciudad de Babilonia en el profundo, y nunca jamás volverá a ser.*»

Desta manera, pues, caerán los malos en aquel despeñadero y en aquella cárcel de tinieblas y confusión. Mas, ¿qué lengua podrá explicar la muchedumbre de penas que allí padecerán? Allí arderán sus cuerpos en vivas llamas, que nunca jamás se acabarán. Allí estarán sus ánimas carcomiéndose y despedazándose con aquel gusano remordedor de la conciencia, que nunca cesará de morder. Allí será aquel perpetuo llanto y crujir de dientes, con que tantas veces nos amenazan las escrituras divinas. Allí los malaventurados con una cruel desesperación y rabia volverán las iras contra Dios y contra sí mismos, y allí estarán comiendo sus carnes a bocados, rompiendo sus entrañas con suspiros, quebrando sus dientes a

tenazadas, y despedazando rabiosamente sus carnes con sus uñas, y blasfemando y renegando siempre del juez que así los mandó penar. Allí cada uno dellos maldirá a su desastrada suerte y su desdichado nacimiento, repitiendo siempre aquellas tristes lamentaciones y palabras de Job, aunque con otro ánimo y con otro diferente propósito del que fueron dichas: «Perezca -dirán- el día en que nací y la noche en que fue dicho: *Concebido es este hombre*. Aquel día se vuelva en tinieblas, no tenga Dios cuenta con él, ni sea alumbrado con lumbre. Oscurézcanlo tinieblas y sombra de muerte. Sea lleno de oscuridad y de amargura. En aquella noche corra un torbellino tenebroso, no sea contado en el número de los días ni de los meses del año. ¿Por qué no me tomó la muerte en el vientre de mi madre? ¿Por qué, luego como acabé de nacer, no perecí? ¿Por qué me recibieron en el regazo? ¿Por qué me dieron leche a los pechos?»

Ésta, pues, será la música, éstas las canciones, éstos los maitines continuos de aquellos malaventurados. ¡Oh desdichadas lenguas, que ninguna otra palabra hablaréis sino blasfemias! ¡Oh miserables oídos, que ninguna otra cosa oiréis sino gemidos! ¡Oh desventurados ojos, que ninguna otra cosa veréis sino miserias! ¡Oh tristes cuerpos, que ningún otro refrigerio tendréis sino llamas!

¡Cuáles estarán entonces los que toda su vida gastaron en deleites y pasatiempos! ¡Oh, cuán breve delectación hizo tan larga soga de miserias! ¡Oh locos y desventurados!, ¿qué os aprovechan ahora todos aquellos pasatiempos de que tan poco tiempo gozasteis, pues ahora eternalmente lloraréis? ¿Qué se hicieron vuestras riquezas, dónde están vuestros tesoros, dónde están vuestros deleites y placeres? Pasáronse los siete años de

fertilidad, y sucedieron los otros siete de tanta esterilidad, que se tragaron toda la abundancia de los pasados, sin que quedase della rastro ni memoria. Pereció ya vuestra gloria y hundióse vuestra felicidad en ese piélagos de dolor. A tanta esterilidad sois venidos, que ni una sola gota de agua se os concede para templar esa tan antigua y tan rabiosa sed que os atormenta. Y no sólo no os aprovechará vuestra antigua prosperidad, sino antes esa es la que más cruelmente os afligirá. Porque ahí es donde se cumplirá aquello que dijo el santo Job, que la dulcedumbre de los malos vendrá a parar en gusanos, cuando, como declara san Gregorio, la memoria de los deleites pasados les haga sentir más el amargura de los dolores presentes, acordándose cómo se vieron y cómo se ven, y cómo, por lo que tan presto se pasó, padecen lo que nunca jamás se acabará.

Entonces claramente conocerán la burla del enemigo, y caídos ya en la cuenta, aunque tarde, comenzarán a decir aquellas palabras de la *Sabiduría*: «¡Desventurados de nosotros, cómo se ve ahora que erramos el camino de la verdad, y que la lumbre de justicia no nos alumbró, y que el sol de inteligencia no salió sobre nosotros! Aperreados anduvimos por el camino de la maldad y perdición, y nuestros caminos fueron ásperos y dificultosos, y el camino del Señor tan llano nunca supimos atinarlo. ¿Qué nos aprovechó nuestra soberbia y la pompa de nuestras riquezas? Pasáronse todas estas cosas como sombra que vuela, o como correo que va por la posta, o como navío que navega por el agua, que después de pasado no deja rastro de su camino.» Tales palabras dijeron en el infierno los que pecaron, porque la esperanza del malo es como el pelito que se lleva el viento, o como la espuma de la mar que deshace la ola, o como el humo que luego se resuelve en el aire, o como la memoria del huésped de un día que va de camino. Éstas son las querellas,

éste el arrepentimiento, ésta la penitencia perpetua que allí hacen los malos, la cual nada les aprovechará, porque ya pasó el tiempo de aprovechar.

Venid, pues, ahora que es tiempo, los que tenéis oídos para oír, y tomad aquel consejo tan saludable que os da Dios por su profeta diciendo: «Dad gloria al señor Dios vuestro antes que se oscurezca el día, antes que caiga sobre vosotros la noche oscura de la muerte, antes que vengan a tropezar vuestros pies en aquellos montes oscuros y tenebrosos, donde esperaréis la lumbre y volvéseos ha en tinieblas y sombras de muerte.» Y el mismo señor, que mejor que nadie conoce la grandeza deste peligro, nos previene para esto con tiempo en su evangelio diciendo: «Mirad no se carguen y apesguen vuestros corazones con demasiados comeres y beberes y con los cuidados y negocios desta vida, y os venga de rebato aquel temeroso día; porque así como lazo ha de venir sobre todos los que moran sobre la haz de la tierra. Y, por esto, velad y haced oración en todo tiempo», porque merezcáis ser librados de todos estos males que han de venir, y parecer delante del hijo de la Virgen.



Capítulo IV

De la gloria de los bienaventurados

Después de la condenación y sentencia de los malos, síguese luego el galardón y gloria de los buenos, que es aquel bienaventurado reino y aquella dichosa vida que Dios les tiene aparejada desde el principio del mundo.

Qué tal sea esta vida, no hay lenguas de ángeles ni de hombres que basten para lo explicar. Mas para tener algún olor y conocimiento de ella, oye ahora brevemente lo que san Agustín dice de ella en una meditación suya por estas palabras: «¡Oh vida aparejada de Dios para sus amigos, vida bienaventurada, vida segura, vida sosegada, vida hermosa, vida limpia, vida casta, vida santa, vida no sabedora de muerte, vida sin tristeza, sin trabajo, sin dolor, sin congoja, sin corrupción, sin sobresalto, sin variedad ni mudanza, vida llena de toda hermosura y dignidad, donde ni hay enemigo que ofenda, ni deleite que inficione, donde el amor es perfecto y el temor ninguno, donde el día es eterno, y el espíritu de todos uno, donde Dios se ve cara a cara, y sólo este manjar se come en ella sin hastío! Deléitame considerar tu claridad y agradan tus bienes a mi deseoso corazón. Cuanto más te considero, más me hiere tu amor. Grandemente me deleita el deseo grande de ti, y no menos me es dulce tu memoria.»

«¡Oh vida felicísima, oh reino verdaderamente bienaventurado, que careces de muerte, que no tienes fin, a quien ningunos tiempos suceden, donde el día sin noche continuado no sabe qué cosa es mudanza, donde el caballero vencedor, ayuntado a aquellos perpetuos coros de ángeles y coronada la cabeza con guirnalda de gloria, canta a Dios un cantar de los cantares de Sión! Dichosa y muy dichosa sería mi ánima, si acabado el curso desta peregrinación, mereciese yo ver tu gloria, tu bienaventuranza, tu hermosura, los muros y puertas de tu ciudad, tus plazas, tus aposentos, tus generosos ciudadanos y tu rey omnipotente en su hermosa majestad. Las piedras de tus muros son preciosas, las puertas están sembradas de perlas resplandecientes, tus plazas son de oro muy subido, en las cuales nunca faltan perpetuas alabanzas. Las casas son de sillería, los

sillares son zafiros, los maderamientos racimos de oro, donde ninguno entra sino limpio y ninguno mora que sea sucio. Hermosa y suave eres en tus deleites, madre nuestra Jerusalén. Ninguna cosa en ti se padece de las que aquí se padecen. Muy diferentes son tus cosas, de las que en esta vida miserable siempre vemos. En ti nunca se ven tinieblas, ni noche, ni mudanza de tiempos. La luz que te alumbrá ni es de lámparas, ni de luna, ni de lúcidas estrellas, sino Dios que procede de Dios, y luz que mana de luz, es el que te da claridad. El mismo rey de los reyes reside siempre en medio de ti cercado de sus ministros.»

«Allí los ángeles a coros le dan música muy suave. Allí se goza la hermandad de aquellos nobles ciudadanos. Allí se celebra una perpetua solemnidad y fiesta con cada uno de los que entran desta peregrinación. Allí está la orden de los profetas, allí el señalado coro de los apóstoles, allí el ejército nunca vencido de los mártires, allí el reverendísimo convento de los confesores, allí los verdaderos y perfectos religiosos, allí las santas mujeres que juntamente vencieron los mundanos deleites con la flaqueza femenil, allí los mancebos y doncellas más ancianos en virtudes que en edad, allí las ovejas y corderos que escaparon de los lobos, y de los lazos engañosos desta vida tienen perpetua fiesta, cada cual en su ventana, todos semejantes en el gozo, aunque en el grado diferentes. Allí reina la caridad en toda su perfección, porque Dios es en todos todas las cosas, a quien contemplan sin fin, en cuyo amor siempre arden, a quien siempre aman, amando alaban, y alabando aman, y todo su ejercicio es alabanzas sin cansancio y sin trabajo. ¡Oh, dichoso yo y verdaderamente dichoso cuando, suelto de las prisiones deste corpezuelo, mereciere oír aquellos cantares de la música celestial, entonados en alabanza del rey eterno por todos los

ciudadanos de aquella noble ciudad! ¡Dichoso yo y muy dichoso cuando me hallare entre los capellanes de aquella capilla, y me cupiere la vez de entonar yo también mi aleluya, y asistir a mi rey, a mi Dios, a mi señor, y verle en su gloria así como él me lo prometió cuando dijo: *Padre, ésta es mi última y determinada voluntad, que todos los que tú me diste, se hallen conmigo, y vean la claridad que tuve contigo antes que el mundo fuese criado.*» Hasta aquí son palabras de san Agustín.

Pues dime ahora, ¿qué día será aquel que amanecerá por tu casa si hubieres vivido en temor de Dios cuando, acabado el curso desta peregrinación, pases de la muerte a la inmortalidad, y en el paso que los otros comienzan a temer, comiences tú a levantar cabeza, porque se allega el día de tu redención? Sal un poco, dice san Jerónimo a la virgen Eustoquio, de la cárcel dese cuerpo, y puesta a la puerta dese tabernáculo, pon delante tus ojos el galardón de los trabajos presentes. Dime, ¿qué día será aquél cuando la sagrada virgen María, acompañada de coros de vírgenes, te venga a recibir, y cuando el mismo señor y esposo tuyo, con todos los santos, te salga al camino diciendo: «Levántate y date prisa, querida mía, hermosa mía, paloma mía, que el invierno es ya pasado, y el torbellino de las aguas ha cesado, y las flores han aparecido en nuestra tierra»?

Pues, ¿qué tan grande será el gozo que tu ánima recibirá cuando en esta hora sea presentada ante el trono de aquella beatísima Trinidad por mano de los santos ángeles, y especialmente de aquél a quien fuiste como a fiel depositario encomendada, cuando éste, con los demás, prediquen tus buenas obras y las cruces y trabajos que padeciste por Dios? Escribe san Lucas que, cuando murió aquella santa limosnera Tabita, todas las viudas y pobres cercaron al apóstol san Pedro mostrándole

las vestiduras que les hacía, por las cuales cosas movido el apóstol, rogó a Dios por aquella tan piadosa mujer, y por sus oraciones le alcanzó la vida. Pues, ¿qué gozo sentirá tu ánima cuando aquellos bienaventurados espíritus te tomen en medio y, puestos ante el divino consistorio, prediquen tus buenas obras y cuenten por su orden tus limosnas, tus oraciones, tus ayunos, la inocencia de tu vida, el sufrimiento de las injurias, la paciencia en los trabajos, la templanza en los regalos, con todas las otras virtudes y buenas obras que hiciste? ¡Oh cuánta alegría recibirás en aquella hora por todo el bien que hubieres hecho, y cómo conocerás allí el valor y excelencia de la virtud! Allí el varón obediente hablará victorias, allí la virtud recibirá su premio, y el bueno será honrado según su merecimiento.

Demás desto, ¿qué gozo será aquel que recibirás cuando, viéndote en aquel puerto de tanta seguridad, vuelvas los ojos al curso de la navegación pasada, y veas las tormentas en que te viste y los estrechos por do pasaste y los peligros de ladrones y cosarios de que escapaste? Allí es donde se canta aquel cantar del profeta, que dice: «Si no fuera porque el Señor me ayudó, poco faltó para que mi ánima fuera a parar en los infiernos.» Especialmente cuando de allí veas tantos pecados como cada hora se hacen en el mundo, tantas ánimas como cada día descenden al infierno, y cómo entre tanta muchedumbre de perdidos quiso Dios que tú fueses del número de los ganados y de aquéllos a quien hubiese de caber tan dichosa suerte.

¿Qué será, sobre todo esto, ver las fiestas y triunfos que cada día se celebran con los nuevos hermanos que, vencido ya el mundo y acabado el curso de su peregrinación, entran a ser coronados con ellos? ¡Oh, qué gozo se recibe de ver restaurarse aquellas sillas, y edificarse aquella ciudad, y repararse los muros

de aquella noble Jerusalén! ¡Con cuán alegres brazos los recibe toda aquella corte del cielo, viéndolos venir cargados de los despojos del enemigo vencido! Allí entrarán con los varones triunfantes también las mujeres vencedoras, que juntamente con el siglo vencieron la flaqueza de su condición. Allí entrarán las vírgenes inocentes martirizadas por Cristo, con doblado triunfo de la carne y del mundo, con guirnaldas de azucenas y rosas en sus cabezas. Allí también muchos mozos y niños, que sobrepujaron la ternura de sus años con discreción y virtudes, entran cada día a recibir el premio de su pureza virginal. Allí hallan a sus amigos, conocen a sus maestros, reconocen a sus padres, abrázanse y danse dulce paz, y reciben la norabuena de tal entrada y tal gloria. ¡Oh, cuán dulcemente sabe entonces el fruto de la virtud, aunque un tiempo parecían amargas sus raíces! Dulce es la sombra después del retesero del medio día, dulce la fuente al caminante cansado, dulce el sueño y reposo al siervo trabajador, pero muy más dulce es a los santos la paz después de la guerra, la seguridad después del peligro, y el descanso perdurable después de la fatiga de los trabajos pasados.

Ya son acabadas las guerras, ya no hay más por qué andar armados a la diestra y a la siniestra. Armados subieron los hijos de Israel a la tierra de promisión; mas, después de conquistada la tierra, arrimaron sus lanzas y dejaron las armas, y olvidados ya todos los temores y alborotos de guerra, cada uno a la sombra de su parra y de su higuera, gozaban del ocio y de los frutos de la dulce paz. Ya pueden allí dormir los ojos, cansados de las continuas vigiliias. Ya puede descenderse de su estancia el profeta velador, que fijaba sus pies sobre el lugar de la guarnición. Ya puede reposar el bienaventurado padre Jerónimo, que juntaba las noches con los días hiriendo sus pechos en la oración, peleando animosamente contra las fuerzas importunas

de la antigua serpiente. No suenan allí jamás las armas temerosas del enemigo sangriento; no tienen allí lugar las astucias de la culebra enroscada; no llega aquí la vista del ponzoñoso basilisco, ni se oirá allí el silbo de la antigua serpiente, sino el silbo del aire del Espíritu Santo donde se vea la gloria de Dios. Ésta es la región de paz y seguridad puesta sobre todos los elementos, donde no llegan los nublados y torbellinos del aire tenebroso.

¡Oh, cuán gloriosas cosas nos han dicho de ti, ciudad de Dios! «Bienaventurados -dice el santo Tobías- los que te aman y se gozan de tu paz.» Ánima mía, bendice al Señor, porque libró a Jerusalén su ciudad de todas sus tribulaciones. Bienaventurado seré yo si llegaren las reliquias de mi generación a ver la claridad de Jerusalén. Las puertas de Jerusalén, de zafiros y esmeraldas serán labradas, y de piedras preciosas se edificará todo el cerco de sus muros. De piedras blancas y limpias serán soladas sus plazas, y por todos los barrios della se cantará aleluya. ¡Oh alegre patria, oh dulce gloria, oh compañía bienaventurada!, ¿quién serán aquéllos tan dichosos que están escogidos para ti? Atrevimiento parece desearte, mas no puede nadie vivir sin tu deseo.

Hijos de Adán, linaje de hombres miserablemente ciego y engañado, ovejas descarriadas y perdidas: si ésta es vuestra majada, ¿tras qué andáis, qué hacéis, cómo dejáis perder un tan grande bien por tan pequeño trabajo? Si para esto son menester trabajos, desde aquí os llamo a todos los trabajos del mundo, que vengáis a dar sobre mí. Lluevan sobre mí dolores, fatíguenme enfermedades, aflíjanme tribulaciones, persígame uno, inquieteme otro, conjuren contra mí todas las criaturas, sea yo hecho oprobio de los hombres y desecho del mundo,

desfallezca en dolor mi vida, y mis años con gemidos, con tanto que después desto venga yo a descansar en el día de la tribulación, y merezca subir a aquel pueblo guarnecido y hermojado desta gloria.

Anda, pues, ahora, loco amator del mundo, busca títulos y honras, edifica recámaras y palacios, ensancha términos y heredades, manda si quieres a reinos y mundos, que nunca serás por eso tan grande como el menor de los siervos de Dios, que recibe lo que el mundo no puede dar y goza de lo que para siempre ha de durar. Tú, con tus pompas y riquezas, serás con el rico glotón sepultado en el infierno; y éste, con el pobre Lázaro, será por los ángeles llevado al seno de Abrahán.



Capítulo V

De las penas del infierno

Bastaba la menor parte deste galardón para mover nuestros corazones a mucho más aún de lo que nos manda Dios. ¿Pues qué será si con la grandeza desta gloria juntamos también la grandeza de la pena que está a los malos aparejada? Porque no se puede aquí el malo consolar diciendo: «Si fuere malo, todo lo hace no ir a gozar de Dios; en lo demás no tendré pena ni gloria; no me queda qué padecer.» No es así, sino que forzosamente nos ha de caber unas destas dos suertes tan desiguales, que o habemos de ser compañeros de los ángeles, o compañeros de los demonios; o habemos de reinar para siempre con Dios, o arder para siempre en el infierno. Porque no se da medio entre estos

dos extremos, excepto el purgatorio. Éstos son en figura aquellas dos canastas que mostró Dios al profeta Jeremías ante las puertas del templo: la una llena de higos buenos, y en gran manera buenos, y la otra de higos malos, y tan malos, que por ninguna vía se podían comer de malos. Las cuales significan dos diferencias de personas: unas, con que Dios ha de usar de misericordia, que son todos los escogidos; y otras, con quien ha de usar de justicia, que son todos los reprobados. Y la suerte de los unos es tan dichosa, y la de los otros tan desdichada, que ningún linaje de palabras basta para explicar la grandeza destos dos extremos tan distantes. Porque, dejadas aparte las otras consideraciones, la suerte de los buenos es un bien universal en quien están todos los bienes, y por el contrario, la de los malos un mal universal que abraza y comprende en sí todos los males.

Para lo cual es de saber que todos los males desta vida son males particulares. Y por eso no atormentan generalmente todos nuestros sentidos, sino uno solo, o algunos. Y poniendo ahora ejemplo en las enfermedades corporales, vemos que hay un mal de ojos, otro de oídos, otro de corazón, otro de estómago, otro de vientre, y así otros desta cualidad. Ninguno destos males es universal de todos los miembros, sino particular de alguno dellos. Y con todo esto, vemos la pena que da un solo mal de éstos, y la mala noche que pasa un doliente con cualquiera dellos, aunque no sea más que un dolor de un diente o de una muela. Pues pongamos ahora caso que algún hombre estuviese padeciendo un mal tan universal, que no le dejase miembro, ni sentido, ni coyuntura sin su propio tormento, sino que en un mismo tiempo estuviese padeciendo agudísimos dolores en la cabeza y en los ojos y en los oídos y en los dientes y en el estómago y en el hígado y en el corazón, y, por abreviar, en todos los otros miembros y coyunturas de su cuerpo, y que así

estuviese tendido en una cama, cociéndose en estos dolores y teniendo para cada uno de los miembros su propio verdugo. El que desta manera estuviese penando, ¿qué tan grande trabajo te parece que pasaría, o qué cosa podría ser más miserable y más para haber piedad? A un perro de la calle que vieses desta manera penar, te pondría lástima y compasión. Pues esto es, hermano mío, si alguna comparación se puede hacer, lo que no por una noche, sino eternalmente se padece en aquel malaventurado lugar.

Porque así como los malos, con todos sus miembros y sentidos ofendieron a Dios, y de todos hicieron armas para servir al pecado, así ordenará él que todos sean allí atormentados y que cada uno dellos pene con su propio tormento. Allí, pues, los ojos deshonestos y carnales serán atormentados con la visión horrible de los demonios; los oídos, con la confusión de las voces y gemidos que allí sonarán; las narices, con el hedor intolerable de aquel sucio lugar; el gusto, con rabiosísima hambre y sed; el tacto y todos los miembros del cuerpo, con frío y fuego incomportable; la imaginación padecerá con la aprehensión de los dolores presentes, la memoria con la recordación de los placeres pasados, el entendimiento con la consideración de los bienes perdidos y de los males advenideros.

Esta muchedumbre de penas nos significa la escritura divina cuando dice que en el infierno habrá hambre, sed y llanto, y crujir de dientes, y cuchillo dos veces agudo, y espíritus criados para venganza, y serpientes, y gusanos, y escorpiones, y martillos, y ascensos, y agua de hiel, y espíritu de tempestad, y otras cosas semejantes, por las cuales se nos figura la muchedumbre y terribleza espantosa de los tormentos de aquel lugar. Allí también habrá aquellas tinieblas interiores y

exteriores para cuerpos y ánimas, muy más oscuras que las de Egipto, que se podían palpar con las manos. Allí habrá fuego, y no como el de acá, que atormenta poco y acaba presto, sino como conviene para aquel lugar, que atormente mucho y nunca acabe de atormentar.

Pues si esto es verdad, ¿cómo se compadece que, los que esto creen y confiesan, vivan con tan extraño descuido? ¿A qué trabajos no se pondría un hombre por excusar un solo día, y una hora que fuese, del menor destos tormentos? ¿Pues cómo por evitar una eternidad de males, y tan grandes males, no se ponen a un tan pequeño trabajo como es el de la virtud? Cosa es ésta para sacar de juicio a quien profundamente la considerase.

Y si entre tanta muchedumbre de penas hubiese alguna esperanza de término o de alivio, aun sería esto alguna manera de consuelo. Mas no es así, sino que de todo en todo están allí cerradas las puertas a todo género de alivio y de esperanza. En todas cuantas maneras de trabajos hay en esta vida, siempre queda algún resquicio por donde pueda recibir el que padece algún linaje de consuelo. Unas veces la razón, otras el tiempo, otras los amigos, otras la compañía del mal de muchos, otras a lo menos la esperanza del fin, consuelan al que padece. Mas en sólo este mal están de tal manera cerrados todos los caminos y tomados todos los puertos de consolación, que de ninguna parte pueden los miserables esperar remedio: ni del cielo, ni de la tierra, ni de lo pasado, ni de lo presente, ni de lo venidero, ni de otra alguna parte, sino de todas parece que les tiran saetas, y que todas las criaturas han conjurado contra ellos, y ellos mismos son crueles contra sí.

Éste es aquel aprieto de que se quejan los malaventurados por el profeta diciendo: «Cercádome han dolores de muerte, y dolores de infierno me han cercado», porque a cualquier parte que vuelvan y revuelvan los ojos, siempre ven causas de dolores, y ninguna de consolación. «Entraron -dice el evangelista- las vírgenes que estaban apercebidas al palacio del esposo, y luego se cerró la puerta.» ¡Oh cerradura perpetua, oh clausura inmortal, oh puerta de todos los bienes, que nunca te abrirás jamás! Como si más claramente dijera: Cerrada está la puerta del perdón, de la misericordia, del consuelo, de la intercesión, de la esperanza, de la gracia, del merecimiento, y de todos los bienes. Seis días no más se coge el maná, y al séptimo día, que es el sábado, no se halla, y por eso ayunará para siempre quien con tiempo no se proveyó. «Por temor del frío -dice el Sabio- no quiso arar el perezoso, y por esto andará a mendigar en el verano, y no le darán.» Y en otro lugar: «El que allega en el verano es hijo discreto, y el que entonces se echa a dormir, hijo de confusión.»

¿Qué mayor confusión que la que padece aquel miserable rico avariento, el cual, con las migajuelas de pan que se le caían de la mesa pudiera comprar la hartura del cielo, y que, por no haber querido dar esta poquedad viniese a tal extremo de pobreza, que pidiese y pida para siempre una sola gota de agua, y no se la den? ¿A quién no mueve aquella petición del malaventurado que dice: «Padre Abrahán, ten compasión de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta del dedo en agua y me toque en la lengua, porque me atormenta esta llama» ¿Qué más escasa petición se pudiera pedir que ésta? No se atrevió a pedir un solo jarro de agua, ni aun siquiera que mojase toda la mano en agua, y lo que más es de maravillar, ni aun todo el dedo, sino sólo la punta del dedo, para tocarle la lengua, y aun esto no se le

concedió. Por donde verás cuán cerrada está la puerta de todo consuelo, y cuán universal es aquel entredicho y descomuni6n que est1 puesta a los malos, pues aun esto no se alcanza. De suerte que a doquiera que volvier6n los ojos, a doquiera que extendieren las manos, ning6n consuelo hallar1n, por peque6o que sea. Y as1 como el que se est1 ahogando en la mar, sumido ya debajo las aguas, que no halla sobre qu6 hacer pie, y tiende muchas veces las manos a todas partes en vano porque todo lo que aprieta es agua l1quida y deleznable que le burla y enga6a, as1 acaecer1 all1 a los malaventurados cuando est6n ahog1ndose en aquel pi6lago de tantas miserias, agonizando y batallando siempre con la muerte, sin tener arrimo ni consuelo sobre que puedan estribar.

1sta es, pues, la mayor de las penas que en aquel malaventurado lugar se padecen. Porque si estas penas hubieran de durar por alg6n tiempo limitado, aunque fuera mil a6os, o cien mil a6os, o cien mil millones de a6os, aun esto fuera alg6n linaje de consuelo, porque ninguna cosa es cumplidamente grande si tiene fin. Mas no es as1, sino que sus penas compiten con la eternidad de Dios, y la duraci6n de su miseria con la duraci6n de la divina gloria. En cuanto Dios viviere, ellos morir1n, y cuando Dios dejare de ser el que es, dejar1n ellos de ser lo que son. ¡Oh vida mort1fera, oh muerte inmortal! No s6 c6mo te llame, si vida, si muerte. Si eres vida, ¿c6mo matas? Y si eres muerte, ¿c6mo duras? Ni te llamar6 lo uno ni lo otro, porque en lo uno y en lo otro hay algo de bien. En la vida hay descanso, y en la muerte t6rmino, que es grande alivio de los trabajos. T6 ni tienes descanso ni t6rmino. Pues, ¿qu6 eres? Eres lo malo de la vida y lo malo de la muerte, porque de la muerte tienes el tormento sin el t6rmino, y de la vida la duraci6n sin el descanso. Despoj6 Dios a la vida y a la muerte de lo bueno que

tenían, y puso en ti lo que restaba, para castigo de los malos. ¡Oh amarga composición, oh purga desabrida del cáliz del Señor, del cual beberán todos los pecadores de la tierra!

Pues en esta duración, en esta eternidad querría yo, hermano mío, que hincases un poco los ojos de la consideración, y que como animal limpio rumiases ahora este paso dentro de ti. Y para que mejor esto hagas, ponte a considerar el trabajo que pasa un enfermo en una mala noche, especialmente si le aqueja algún grande dolor o alguna enfermedad aguda. Mira qué de vuelcos da en aquella cama, qué desasosiego tiene consigo, qué tan larga le parece aquella noche, qué hace de contar las horas del reloj, y cuán grande le parece cada una. Y todo se le va en desear la luz de la mañana, que tan poca parte ha de ser para curar su mal, pues si éste se tiene por tan grande trabajo, ¿cuál será el de aquella noche eterna que no tiene mañana ni espera el alba del día? ¡Oh oscuridad profunda, oh noche perpetua, oh noche maldita por boca de Dios y de sus santos, que deseas la luz y no la verás, ni el resplandor de la mañana que se levanta! Pues mira ahora qué linaje de tormento sea vivir para siempre en tal noche como ésta, acostado, no en una cama blanda como lo está un doliente, sino en un horno de llamas tan terribles. ¿Qué espaldas bastarán para sufrir estos ardores? ¿Qué corazón no se despedazará con la continuación deste tormento? «¿Quién de vosotros -dice Dios por su profeta- podrá morar con aquel fuego tragador y hacer vida con aquellos ardores eternos? ¡Oh cosa para temer! Si sólo poner la punta del dedo sobre un ascua por espacio de sola un avemaría parece cosa intolerable, ¿qué será estar en cuerpo y en anima ardiendo en aquellos fuegos tan vivos, que los desta vida, comparados con ellos, no son más que pintados? ¿Hay juicio en la tierra? ¿Tienen seso los hombres? ¿Entienden qué quieren decir estas palabras? ¿Creen que esto es

fábula de poetas? ¿Piensan que esto les toca a ellos, o que se dice por otros?» Nada desto ha lugar que se diga, pues clama en su evangelio aquella eterna Verdad diciendo: «El cielo y la tierra faltarán, mas mis palabras no faltarán.»



Capítulo VI

De la obligación que tenemos al servicio de nuestro señor por razón de los beneficios recibidos

A alguno, por ventura, parecerá cosa demasiada acumular tantas razones para justificar este partido y abonar una cosa tan santa como es el camino de la virtud. Mas no se hace esto para abono de la virtud ni porque sea dudosa esta causa, sino porque es grande la malicia de nuestro corazón y muy grandes también los combates que militan contra este bien. Y así, conviene que sean grandes los reparos con que se ha de defender. Y por esto, para mayor confirmación deste negocio, será bien añadir aquí la obligación grande que tenemos al servicio de nuestro señor, no sólo por lo que dél esperamos y tememos, sino también por lo que dél tenemos recibido. Porque si todas las criaturas naturalmente aman a quien bien les hace, si aun hasta las bestias brutas reconocen a sus bienhechores, si la ley del agradecimiento es tan poderosa que pone debajo de su dulce yugo hasta los tigres, leones y serpientes, ¿cómo seré yo más fiero que todas estas fieras, dejando de amar y reconocer a quien tanto bien me ha hecho? ¿Qué hay en mí ni fuera de mí que no sea todo beneficios de Dios?

Tú, señor, criaste mi ánima a tu imagen y semejanza, tú organizaste mi cuerpo y lo guarneciste con tanta variedad y hermosura de miembros y sentidos, que se parece bien por el artificio de la obra que tú fuiste el autor della. Todo lo que después ha sido necesario para la conservación desta obra tú lo haces. Tu providencia me rige, tus manos me sostienen, tus criaturas me sirven, tus manjares me sustentan, tus medicinas me sanan, tus cielos me gobiernan, tus ángeles me guardan, tu sabiduría me enseña, tu misericordia me provee, tu paciencia me sufre, y finalmente todo lo que poseo es hacienda tuya y misericordia tuya. ¿Quién me da el ser que tengo, sino tú que eres fuente del ser? ¿Quién la vida que vivo, sino tú por quien todas las cosas viven? ¿Quién el juicio y entendimiento, sino tú que eres lumbré de claridad eterna? ¿Pues qué será razón que haga el hombre por quien todo esto hizo por él? ¿Por qué no servirá todo al que lo hizo todo y lo conserva todo, y por cuya providencia se rige todo?

Y si esto se le debe por los beneficios de naturaleza, ¿qué se le deberá por los de gracia? ¿Con qué le pagarás que, entre tantas maneras de gentes y naciones de infieles como hay en el mundo, te escogió para sí, y te hizo cristiano, y te lavó con aquel agua que salió de su precioso costado, y te adoptó allí por hijo, y te dio todos aquellos atavíos y joyas que para esta dignidad se requerían? Mas después de perdida esta primera dignidad, ¿quién podrá explicar con cuánta paciencia te sufrió cuando pecabas, con qué ojos te miró cuando tú no le mirabas, con qué amor te aguardó cuando tú dilatabas la venida, y cuántas inspiraciones te envió para que vinieses a él? Callo los otros beneficios y sacramentos que ordenó para tu salud, y otras muchas gracias semejantes, mas no se puede callar aquella gracia de gracias y sacramento de sacramentos por el cual quiso

Dios morar en la tierra con los hombres y dárseles cada día en mantenimiento y en remedio. Una vez fue ofrecido en sacrificio por nosotros en la cruz, mas aquí cada día se ofrece en el altar por nuestros pecados. «Cada vez -dice él- que esto hicieréis, hacedlo en memoria de mí.» ¡Oh memorial de salud, oh sacrificio singular, oh hostia agradable, pan de vida, mantenimiento suave, manjar de reyes, y maná que en sí contiene toda suavidad! ¿Quién te podrá cumplidamente alabar? ¿Quién dignamente recibir? ¿Quién con debido acatamiento venerar? Desfallece mi ánima pensando en ti, no puede mi lengua hablar de ti, ni puedo cuanto deseo engrandecer tus maravillas.

Y si este beneficio se concediera a solos inocentes y limpios, aun fuera dádiva inestimable. Mas, ¿qué diré, que por el mismo caso que se quiso comunicar a éstos, se obligó a pasar por las manos de muchos malos ministros, cuyas ánimas son moradas de Satanás, cuyos cuerpos son vasos de lujuria, cuya vida se gasta en deleites y torpezas y vicios? Y con todo esto, por visitar y consolar a sus amigos, consiente ser tratado déstos, y tratado con sus manos sucias, y recibido en sus bocas sacrílegas, sepultado en sus cuerpos hediondos. Una sola vez fue vendido su cuerpo, mas millares de veces lo es en este sacramento; una vez fue escarnecido y menospreciado en su pasión, mas mil veces lo es de los malos en la mesa del altar; una vez se vio puesto entre dos ladrones, y mil veces se ve aquí envuelto en manos de pecadores.

¿Pues qué diré sobre todo esto de aquella soberana gracia y de aquel supremo beneficio de nuestra redención? Alábenle, señor, los cielos, y los ángeles prediquen para siempre tus maravillas. ¿Qué necesidad tenías tú de nuestros bienes, ni qué

perjuicio te venía de nuestros males? «Si pecares -dice Job-, ¿qué mal le harás? Y si se multiplicaren tus maldades, ¿en qué le dañarás? Y si bien hicieres, ¿qué le darás o qué podrá él recibir de tus manos?» Pues aquel Dios tan rico y tan exento de males, aquél cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría, ni puede crecer ni ser más de lo que es, aquel que ni antes de la creación del mundo, ni ahora después de criado, es mayor ni menor de lo que era, ni porque todos los ángeles y hombres se salven y le alaben es más honrado, ni porque todos se condenen y le blasfemen menos glorioso. Este tan gran señor, no por necesidad sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza, y descender a este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas las deudas y culpas de los hombres, y padecer por ellas los mayores tormentos que jamás en el mundo se padecieron ni padecerán.

Por mí, señor, naciste en un establo, por mí fuiste reclinado en un pesebre, por mí fuiste circuncidado al octavo día, por mí fuiste desterrado en Egipto, y por mí finalmente perseguido y maltratado con infinitas maneras de deshonras e ignominias. Por mí ayunaste, velaste, caminaste, sudaste, predicaste, lloraste y probaste por experiencia todos los males que había merecido mi culpa, no siendo tú el culpado sino el inocente y ofendido. Por mí finalmente fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces, y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnecido, azotado, sentenciado, pregonado, crucificado, blasfemado, alanceado y finalmente muerto y sepultado. Pues, ¿con qué podré yo pagar, no digo todo este beneficio, sino la menor gota de sangre que derramaste por mí? ¿Cómo será posible no amar a quien así me amó, así me buscó, así me redimió, y por tan caro precio me

compró? «Si yo -dice el Salvador- fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré a mí mismo» ¿Con qué fuerzas, con qué cadenas? Con fuerzas de amor y con cadenas de beneficios. «Con las cuerdas de Adán los traeré a mí -dice el Señor-, y con ataduras de amor. Pues, ¿quién no será llevado por estas cuerdas, quién no se dejará prender destas cadenas, quien no será vencido con tantos beneficios? Si una gota de agua, cayendo continuamente sobre una piedra, basta para romperla, ¿cómo no bastarán las crecientes de tantos beneficios para romper mi corazón? Si aun hasta la misma tierra echada en el fuego se convierte en fuego, ¿cómo no arderá mi corazón, cercado de tan grande fuego de amor?

Y si tan grande culpa es no amar este señor, ¿qué será menospreciarle y ofenderle y quebrantar sus mandamientos? ¿Cómo puedes tener manos para ofender aquellas manos que tan liberales fueron para contigo hasta ponerse por ti en una cruz? Cuando aquella mala mujer solicitaba al santo patriarca José a que hiciese traición a su señor, defendíase el santo mozo de ella con estas palabras: «Mira que todas cuantas cosas tiene mi señor ha puesto en mis manos, sacando a ti sola que eres su mujer. Pues, ¿cómo podré yo cometer tan gran maldad contra él y pecar contra mi señor?» Como si dijera: «Si mi señor ha sido tan bueno y tan largo para conmigo, si todo cuanto tiene ha puesto en mis manos, si así me ha honrado y favorecido y fiado de mí todas sus cosas, ¿cómo podré yo, estando preso con tantas cadenas de beneficios, tener manos para ofender a tan buen señor? Y no se contentó con decir «no debo» o «no es razón de ofenderle», sino,

«¿cómo le podré ofenderle?», dando a entender que la grandeza de los beneficios no sólo quita la voluntad, sino también en su

manera las fuerzas y la posibilidad para ofender al bienhechor, y ata al hombre de pies y manos para no hacer cosa contra él.

Pues si esta manera de religión y agradecimiento merecían aquellos beneficios, ¿qué merecerán los beneficios de Dios? Aquel hombre puso en las manos de José cuanto tenía. Dios ha puesto en tus manos todo cuanto tiene. Mira, pues, cuánto es más lo que Dios tiene que lo que aquél tenía, porque tanto más es lo que tú tienes recibido que lo que aquél recibió. Si no, dime: ¿qué hacienda tiene Dios que no la haya puesto en tus manos? El cielo, la tierra, el sol, la luna, las estrellas, los ríos, los mares, las aves, los peces, los árboles, los animales, y finalmente todo cuanto hay debajo del cielo, en tus manos está puesto. Y no sólo cuanto hay debajo del cielo, sino también cuanto hay sobre el cielo, que es la gloria de allá, y las riquezas de allá, y los deleites de allá, y los ángeles y los santos que están allá también sirven y militan para tu provecho. «Todas las cosas -dice el apóstol- son vuestras, sea Pablo, sea Apolo, sea Pedro, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo venidero: todo es vuestro, porque todo milita y sirve para vuestro bien.» Y no sólo lo que está sobre los cielos, sino también el mismo señor de los cielos se nos ha dado en mil maneras: en padre, en tutor, en salvador, en maestro, en médico, en precio, en mantenimiento, en remedio, en galardón, y en todas las cosas. El Padre nos dio a su Hijo, el Hijo nos mereció al Espíritu Santo, y el Espíritu Santo nos hace merecer al mismo Padre, de quien manan todos los bienes. Pues si este Padre -como el apóstol dice- nos dio a su mismo Hijo que era la mayor dádiva que nos podía dar, ¿cómo no nos dará con él todas las cosas?

Pues si es verdad que todo cuanto Dios tiene ha puesto en tus manos, si por tantas partes te tiene obligado y preso con tantos

beneficios, ¿cómo es posible que tengas manos para ofender a tan larguísimo y piadosísimo bienhechor? Extremo mal parece que era no agradecer tan grandes bienes, ¿pues qué será añadir al desagradecimiento menosprecio y ofensas del bienhechor? Si aquel mancebo se hallaba tan cautivo y tan impotente para ofender a quien le había puesto en las manos toda su casa, ¿cómo tienes tú fuerzas y corazón para ofender a quien el cielo y la tierra, y a sí mismo se puso en tus manos? ¡Oh más ingrato que los brutos animales, oh más fiero que las fieras, oh más insensible que todas las cosas insensibles, si no sientes tan grande mal! Porque, ¿qué fiera, que león, que tigre se desmandó jamás en hacer mal a quien bien le hiciese? De un perro escribe san Ambrosio que estuvo toda una noche llorando y aullando a su señor, porque se lo había muerto un su contrario; y como otro día por la mañana se llegase mucha gente a ver el muerto, y entre ellos también el matador, arremetió luego contra él, y a bocados y ladridos dio a entender la culpa secreta del malhechor. Pues si los perros, por un pedazo de pan, tal amor y fe tienen con sus señores, ¿cómo serás tú tan ingrato que en ley de razón y humanidad te dejes vencer de un perro? Y si aquel animal tanto se indignaba contra quien le mató su señor, ¿cómo no te indignarás tú contra los que mataron al tuyo? Y ¿quién son, si piensas, los que le mataron, sino tus pecados? Éstos fueron los que le prendieron, éstos los que le ataron y azotaron y pusieron en cruz. Porque no fueran los verdugos poderosos para esto, si tus pecados no lo fueran. Pues, ¿por qué no te embravecerás contra este tan cruel homicida que quitó la vida a tu señor? ¿Por qué, viéndole muerto ante ti y por ti, no crecerá más en ti el amor para con él, y el aborrecimiento contra el pecado que le mató?

Especialmente sabiendo que todo lo que en este mundo hizo, dijo y padeció, todo fue por causar en nuestros corazones aborrecimiento y apartamiento del pecado. Por matar el pecado murió, y por echarle clavos en pies y manos se dejó él enclavar en la cruz. Pues, ¿por qué quieres tú hacer vanos todos los trabajos y sudores de Cristo, pues te quieres quedar en aquella misma servidumbre de que él con su sangre te libró? ¿Cómo no temblarás de solo el nombre del pecado, pues ves a Dios hacer tan grandes extremos por destruirlo? ¿Qué más pudiera Dios hacer para retraer a los hombres de pecar, que ponérseles delante atravesado en una cruz? ¿Quién osaría ofender a Dios, si viese el paraíso y el infierno abierto delante sí? Pues, sin duda, mayor cosa es ver a Dios puesto en una cruz, que todo esto. Por donde, a quien no mueve esta hazaña tan grande no sé qué cosa haya en el mundo que le puede mover.



Capítulo VII

De otros muchos bienes que de presente acompañan a la virtud

Y si por ventura dijeres que todas estas cosas susodichas son obligaciones de justicia, y bienes y males que para adelante se prometen, y que deseas ver algo de presente que te mueva el corazón, pues tanto suele mover la vista de los objetos presentes, también te daremos aquí las manos llenas de eso mismo que deseas. Porque dado caso que nuestro Señor tenga el mejor vino y los mejores bocados guardados para el fin del convite, mas no por eso deja a los suyos ayunos y boquisecos en este camino, porque sabe él bien que desta manera no podrían durar en él. Por

donde, cuando dijo él a Abrahán: «No temas, Abrahán porque soy tu defensor, y tu galardón será muy grande», dos cosas le prometió en estas palabras: una de presente, que era su tutela y amparo para todas las cosas desta vida, y otra de futuro, que es el galardón de la gloria que se guardaba para la otra. Mas qué tan grande sea la primera promesa, y cuántas maneras de bienes y favores encierre en sí, no lo podrá entender, sino quien hubiere diligentemente leído las escrituras sagradas, las cuales ninguna cosa más a menudo repiten y encarecen que la grandeza de los favores, regalos y beneficios que nuestro señor promete a los suyos en esta vida. Lee el salmo *Dominus regit me*, lee *Qui habitat in adiutorio altissimi*, lee *Diligant te, Domine, fortitudo mea*, lee las bendiciones y maldiciones del *Deuteronomio*, y lee finalmente todo el Nuevo y Viejo Testamento, y verás claro cuántas maneras de bienes y de favores se prometen a los justos en esta vida.

Oye lo que dice Salomón en sus *Proverbios* sobre este caso: «Bienaventurado el varón que halló la sabiduría, porque más vale la posesión de ella que todos los tesoros de plata y oro, por muy subido y precioso que sea. Más vale que todas las riquezas del mundo. Y todo cuanto el corazón humano puede desear, no se puede comparar con ella. La longura de días está en su diestra, y en su siniestra riquezas y gloria. Sus caminos son caminos hermosos, y todas sus sendas son pacíficas. Árbol de vida es para todos aquellos que la han alcanzado, y el que perseverantemente la poseyere será bienaventurado. Guarda, pues, hijo mío, la ley de Dios y sus consejos, porque esto será vida para tu ánima y dulzura para tu garganta. Entonces andarás seguro en tus caminos, y tus pies no hallarán en qué tropezar. Si durmieres, no tendrás por qué temer, y si reposares serte ha tu sueño reposado.» Ésta es, pues, hermano, la suavidad y

descanso del camino de los buenos. Mas del que los malos llevan, mira cuán diferentes nuevas nos dé la *Escritura*: «Quebrantamiento y desventura hay en los caminos de ellos, y nunca supieron qué cosa era camino de paz.» Y en otro lugar: «El camino de los malos -dice el *Eclesiástico*- está lleno de barrancos, y al cabo de la jornada les están aparejados infierno, tinieblas y pena.» ¿Parécete, pues, que es buen trueque dejar el camino de Dios por el del mundo, habiendo tanta diferencia del uno al otro, no sólo en el fin del camino, sino también en todos los pasos dél? Pues, ¿qué mayor desatino que querer más con un tormento ganar otro tormento, que con un descanso otro descanso?

Y para que aun más claro veas la grandeza deste descanso y la muchedumbre de bienes que de presente acompañan este bien, ruégote que oigas atentamente lo que el mismo Dios y señor nuestro promete por Isaías a los guardadores de su ley, cuasi por estas palabras, según que las declaran diversos intérpretes. Cuando hicieres -dice él- tales y tales cosas que yo mando, luego te amanecerá el alba del día claro, que es el sol de justicia que deshaga todas las tinieblas de tus errores y tristezas. Y luego comenzarás a tener entera y verdadera salud, y la justicia de tus buenas obras irá como una candela delante de ti, y la gloria del Señor por todas partes te cercará para que seas honrado ante los ojos de Dios y de los hombres. Entonces invocarás el nombre del Señor y oírte ha. Clamarás y dirá: «Vesme aquí presente para todo lo que te cumpliere.» Entonces, en medio de las tinieblas de las tribulaciones y angustias desta vida, te resplandecerá la luz del favor divino que te consuele, y tus tinieblas serán como el mediodía, porque las mismas calamidades, y aun las caídas de los pecados pasados, ordenará el Señor que te vengan a ser ocasión de mayor felicidad. Y darte

ha él siempre verdadera paz y descanso en el ánimo, y en el tiempo de la hambre y esterilidad te dará hartura y abundancia, y tus huesos serán librados de la muerte y de los fuegos eternos. Y serás como un jardín de regadío y como una fuente de agua que nunca deje de correr, y edificarse ha en ti lo que de muchos años estaba desierto, para que permanezca con sólidos fundamentos de generación en generación. «Y si trabajares por santificar mis fiestas, no gastándolas en malos pasos ni en hacer tu voluntad contra la mía, guardando muy delicadamente y con toda solicitud lo que yo mando en este día, entonces te deleitarás en el Señor, cuyos deleites sobrepujan a todos los deleites del mundo, y levantarte he sobre todas las alturas de la tierra que es a un estado de vida felicísima adonde no puede llegar toda la facultad de la fortuna ni de la naturaleza humana. Finalmente, darte he después la hartura y abundancia de aquella preciosa heredad que prometí yo a Jacob tu padre, que es la bienaventuranza de la gloria, porque la boca del Señor ha hablado.»

Éstos, pues, son los bienes que promete Dios a los suyos. De los cuales, aunque algunos sean de futuro, los más dellos son de presente, como es aquella nueva luz y resplandores del cielo, aquella hartura y abundancia de todos los bienes, aquel arrimo y confianza en Dios, aquella asistencia divina a todas las oraciones y peticiones, aquella paz y tranquilidad de conciencia, aquella tutela y providencia divina, aquel jardín de regadío que es el verdor y hermosura de la gracia, aquella fuente que nunca le faltan aguas que es la provisión y suficiencia de todas las cosas, aquellos deleites divinos que sobrepujan a todos los humanos y aquel levantamiento de espíritu a donde no puede llegar toda la facultad de la naturaleza criada. Todos éstos son favores que Dios promete a los suyos, todos son obras de su

misericordia, efectos de su gracia, testimonios de su amor y regalos de la providencia paternal que él tiene de los suyos. Sobre cada uno de los cuales había tanto que decir, que no sufre la brevedad deste volumen que de cada cosa destas se trate en particular. Pues de todos estos bienes gozan los buenos en esta vida y en la otra, y de todos ellos carecen los malos, para que por aquí veas la distancia que hay de los unos a los otros, pues tan ricos están los unos de favores del cielo, y tan pobres y necesitados los otros.

Porque si miras atentamente todas estas palabras susodichas, y miras también la condición y estado de los buenos y de los malos, hallarás que los unos están en gracia de Dios y los otros en desgracia, los unos son amigos, los otros enemigos; los unos están en luz, los otros en tinieblas; los unos gozan de consolaciones de ángeles, los otros de deleites de puercos; los unos son verdaderamente libres y señores de sí mismos, los otros esclavos de Satanás; los unos viven en continua paz, los otros en cruelísima guerra; a los unos alegra el testimonio de la buena conciencia, a los otros remuerde siempre el gusano de la suya; los unos en la tribulación permanecen en su mismo lugar, los otros como paja liviana son arrebatados del viento; los unos están amarrados y seguros con el ánora de la esperanza, los otros desamarrados y expuestos a los ímpetus de la fortuna; las oraciones de los unos son aceptas y agradables en los oídos de Dios, las de los otros aborrecidas y execrables; la muerte de los unos es quieta, pacífica y preciosa en el acatamiento divino, la de los otros inquieta, congojosa y llena de mil temores; finalmente, los unos viven como hijos debajo de la tutela y amparo de Dios, y duermen dulcemente debajo la sombra de su providencia pastoral; los otros, excluidos desta manera de

providencia, andan como ovejas descarriadas, sin pastor y sin dueño, expuestas a todos los peligros y encuentros de la fortuna.

Pues si todos estos bienes acompañan a la virtud, dime qué es lo que te detiene para que no abrases tan grande bien. ¿Qué puedes alegar en descargo de tu negligencia? Decir que esto no es verdad no ha lugar, pues lo ves todo fundado en palabras de Dios y testimonios de su escritura. Decir que éstos sean pequeños bienes no ha lugar, pues exceden, como ya dijimos, todo lo que el corazón humano puede desear. Decir que eres enemigo de ti mismo y que no codicias estos bienes, tampoco esto se puede decir, pues el hombre naturalmente es amigo de sí mismo, y la voluntad humana tiene por objeto el bien, que es el blanco y paradero de su deseo. Decir que no entiendes ni gustas estos bienes no basta para descargarte de culpa, pues tienes la fe de ellos, aunque no tengas el gusto, porque el gusto piérdese por el pecado, mas no la fe, y la fe es testigo más cierto, más seguro y más abonado que todas las otras experiencias y testigos del mundo. Pues, ¿por qué no desmentirás con este testigo a todos los otros? ¿Por qué no creerás más a la fe que a tu propio parecer y juicio?

¡Oh, si quisieses acabar de determinarte y arrojarte en los brazos de Dios y fiarte dél, cómo verías luego en ti el cumplimiento destas profecías! Verías la grandeza destes tesoros, verías cuán ciegos andan todos los amadores deste siglo pues no buscan este bien, y verías finalmente con cuánta razón nos convida el Salvador a esta manera de vida diciendo: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio; tomad mi yugo sobre vosotros y hallaréis descanso para vuestras ánimas, porque mi yugo es muy suave y mi carga liviana.» No es Dios engañador, ni falso prometedor, ni grande

encarecedor de las cosas que promete. Pues, ¿por qué huyes el descanso, por qué desechas la paz y la suavidad, por qué desprecias el halago y la dulce voz de tu pastor? ¿Cómo osas despedir de ti la virtud, teniendo tal sobrescrito como éste, firmado de la mano de Dios? Menores cosas oyó la reina Sabá de Salomón, y vino de los últimos fines de la tierra a probar lo que había oído. Pues, ¿por qué, oyendo tú tales y tan ciertas nuevas, de la virtud, no te aventurarás a un poco de trabajo, siquiera por averiguar la verdad deste negocio? Fíate, pues, hermano, fíate de Dios y de su palabra, y arrójate confiadamente en sus brazos, y suelta de las manos esa nonada que te detiene, y verás cómo queda vencida la fama de la virtud con sus merecimientos, y cómo es nada todo lo que se dice, en comparación de lo que es.



Capítulo VIII

Responde a las excusas de los malos

I

Con todas estas cosas que justifican el partido de la virtud, no les faltan sus excusas a los malos con que defenderse, porque, como está escrito, achaques busca el que quiere apartarse de su amigo, y quien esto hace, en todo tiempo será digno de reprehensión.

Algunos, pues, hay que con una sola palabra responden a todo esto, diciendo que adelante se enmendarán y tomarán otro camino de vida, pareciéndoles que por ahora les es muy

difícil este negocio, y que adelante les será más fácil. Éste es uno de los grandes engaños que se pueden pensar. Porque si tú quieres todo este tiempo perseverar en esa mala vida que vives, y añadir pecados a pecados, ¿como podrás adelante más fácilmente dejarlos, estando más mal acostumbrado y habituado a ellos? Adelante -si ese adelante llegare y no se acabare mañana- estará la mala costumbre más confirmada, y la naturaleza más estragada, y el demonio más apoderado de ti, y tú más alejado de Dios, y por consiguiente más ciego y más arraigado en el mal. Pues, ¿cómo te será más fácil este negocio, creciendo en él todas estas nuevas dificultades con la perseverancia del pecar? Si cada vez que pecas te alejas como una jornada del camino de la virtud, ¿cómo te volverás a él más fácilmente, habiéndote alejado tantas jornadas cuantos pecados has cometido? Bien parece esta respuesta de quien tiene por maestro al padre de la mentira, pues te hace creer que mientras más tiempo hubieres gastado en aprender el vicio y olvidar la virtud y desandar el camino della, te será más fácil volver a él.

Pues, ¿qué diré, entre todas estas cosas, del poder solo de la mala costumbre y de la fuerza que tiene para detenernos en el mal? Porque es cierto que así como los que hincan un clavo, con cada golpe que le dan lo hincan más, y con otro golpe más, y así mientras más golpes le dan más fijo queda y más dificultoso de arrancar, así, con cada obra mala que hacemos, como con una martillada, se hinca más y más el vicio en nuestras ánimas, y así queda tan aferrado que apenas hay manera para poderlo después arrancar. Por donde vemos que la vejez de aquellos que gastaron la mocedad en tales y tales vicios, suele ser muchas veces amancillada con las disoluciones de aquella edad pasada, aunque la presente las rehúse y la misma naturaleza las sacuda de sí, porque todo esto vence la tiranía y fuerza de la mala costumbre.

Por lo cual se escribe en el *Libro de Job* que los huesos del malo serán llenos de los vicios de su mocedad, y con él dormirán en la sepultura. De manera que los tales vicios no tienen otro término sino el común término de todas las cosas, que es la muerte, la cual sola basta para curarlos. Y la causa de esto es porque, por razón de la vieja costumbre que está ya convertida en naturaleza, tienen los apetitos de los vicios tan íntimamente arraigados en los huesos y médulas de su ánima, como una calentura lenta de tísicos, que está allá metida en las entrañas del hombre que no espera cura ni medicina.

Esto mismo nos mostró también el Salvador en la resurrección de Lázaro de cuatro días muerto, al cual resucitó con tan grandes clamores y sentimientos, como quiera que los otros muertos resucitase con tanta muestra de facilidad, para dar a entender cuán gran milagro sea resucitar Dios al que está ya de cuatro días muerto y hediondo, esto es, de muchos días y de mucho tiempo acostumbrado a pecar. Porque, como declara san Agustín, entre estos cuatro días, el primero es el deleite del pecado, el segundo el consentimiento, el tercero la obra, el cuarto la costumbre de pecar. Y el que a este punto llega, ya es Lázaro de cuatro días muerto, que no resucita sino a fuerza de bramidos y lágrimas del Salvador.

Y ya que este bien viniese por tu casa, lo cual vemos cuán pocas veces acaece, dime: ¿en qué ley cabe que, habiéndote Dios amado *ab aeterno* y criado para darte gloria para siempre, no quieras emplear en servicio de tan antiguo amador y bienhechor esa tan corta vida que tienes, sino que aun dese momento le quieras quitar tantas mitades?

II

Contra los que dilatan la penitencia a la muerte

Mas algunos hay tan ciegos y desvergonzados, que no se contentan con echar este negocio para adelante, sino aun lo reservan para el mismo punto de la muerte. ¡Oh loco desvariado!, ¿y con sólo ese precio piensas comprar el reino de los cielos, y merecer la compañía y silla de los ángeles? ¿Tú no ves que todo lo que en esta hora se hace, por la mayor parte es necesidad y no voluntad, fuerza y no libertad, temor y no amor, y si amor, no amor de Dios, sino amor propio, que naturalmente teme su daño? ¿Tú no ves que es contra todas las leyes de la divina justicia, que habiendo empleado toda la vida en servicio del demonio, vayas en cabo a pedir el galardón a Dios? ¿No miras en lo que pararon aquellas cinco vírgenes locas del evangelio, que aguardaron a aparejarse para la cuenta al tiempo que querían darla? Pues, ¿cómo esperas tú otro mejor suceso después de avisado por este ejemplo, permaneciendo en el mismo descuido?

Poderoso es Dios para inspirar verdadera penitencia cuando él quisiere. Mas cuán pocas veces acaezca en esta hora y cuán pocos en ella hagan verdadera penitencia, pregúntalo a san Agustín, a san Ambrosio, a san Gregorio, y finalmente a todos los santos, y verás cuán escrupulosamente hablan en esto, y entenderás cuán gran locura sea tener tú por segura la navegación de un golfo de quien tan sabios marineros hablan con tan gran temor. Oficio es el bien morir, que conviene aprenderse toda la vida, porque en la hora de la muerte hay tanto

que hacer en morir, que apenas hay espacio para aprender a bien morir.

General regla es que cual es la vida de cada uno, tal es su muerte, y por consiguiente, que si la vida fuere mala, también lo será la muerte si Dios no quiere, por especial privilegio, hacer otra cosa. Esta sentencia no es mía, sino del apóstol, el cual dice que el fin de los malos será conforme a sus obras, porque regularmente hablando, ni de malas obras se espera buen fin, ni de buenas malo.

Revuelve todas las escrituras sagradas, y no hallarás en ellas otra sentencia más veces repetida que ésta, que lo que sembrare el hombre, eso cogerá, y que a la hora de la muerte vendrán los malos a coger el fruto de sus caminos, y que Dios ha de dar a cada uno según sus obras, y que el fin de cada uno será conforme a la vida que hubiere vivido, y que la justicia del justo estará sobre su cabeza y la maldad del malo sobre la suya, y otras mil sentencias semejantes. Si toda la escritura divina se pudiese fundir para ver qué salía della, apenas saldría otra cosa más veces repetida que ésta. Pues si tus obras todas son malas, y la vida mala, ¿qué podemos pronosticar della, si echamos juicio por este astrolabio, sino tal fin cuales han sido los medios y cual ha sido la vida? ¿Qué podremos juzgar que cogerá en la otra vida sino corrupción quien en ésta ninguna otra cosa sembró sino corrupción? «¿Por ventura -dice el Salvador- cogerán de las espinas cardos, o de los cardos higos?»

Y si la casa del malo -como dice Salomón- está inclinada a la muerte, y sus sendas van derechas al infierno, ¿qué se puede esperar deste camino sino este paradero? ¿A dónde caerá el árbol, o la pared que está inclinada a un lado, cuando caiga, sino

hacia la parte que está inclinada? Pues aquel cuya vida, cuyas palabras, cuyas obras y pensamientos han estado siempre inclinados al infierno, porque todas han sido merecedoras dél, ¿adónde irá a parar después de todo esto sino a él? ¿Adónde irá a parar sino a las tinieblas exteriores el que siempre anduvo en las interiores? ¿Cómo quieres tú que al cabo de la jornada venga a parar en el cielo quien anduvo siempre por el camino del infierno?

III

Contra los que se favorecen con la misericordia de Dios para el mal

Si por otra parte dices que es grande la misericordia de Dios, y ésa te calienta de tal manera, que perseverando en tu mala vida, tengas por segura tu salvación, dime, ¿qué mayor ofensa puedes hacer a esa misericordia que tomar de ella ocasión para más ofenderla? ¿Quién te enseñó a hacer esa consecuencia, que porque Dios es bueno, tengas tú licencia para ser más malo y salir con ello? A lo menos el Espíritu Santo no enseña argüir desá manera, sino desta: Porque Dios es bueno, merece ser honrado y obedecido y amado sobre todas las cosas. Porque Dios es piadoso y misericordioso, es razón que yo lo sea y esté confiado en él que me perdonará, por grande pecador que haya sido, si me apartare del pecado y me volviere de todo corazón a él. Mas si perseverando siempre en el mal, todavía crees que no se compadece con su misericordia que te condenes, oye lo que con esa misericordia se compadece.

No me negarás sino que, de cien partes del mundo, apenas es una de cristianos, y que de las noventa y nueve que quedan, ni una sola se salva. Porque así como fuera del arca de Noé no escapó ninguno en tiempo del diluvio, ni fuera de la casa de Raab se guareció ninguno de los moradores de Jericó, así ninguno se salva fuera de la casa de Dios, que es su Iglesia. Pues lo que se llama cristiandad, mira de la manera que está en nuestros tiempos, y hallarás por cierto que en todo este cuerpo místico, de la planta del pie hasta la cabeza, apenas hay en él cosa del todo sana. Saca afuera algunas ciudades principales donde hay algún rastro de doctrina, y discurre por todo esotro carnaje de villas y lugares donde no hay memoria della, y hallarás muchos pueblos de quien se puede verificar aquello que dijo Dios en un tiempo por Jerusalén: «Rodead todas las calles y barrios de Jerusalén y buscad un hombre que sea verdaderamente justo, y yo usaré de misericordia con él.» Corre, no digo ya por todos los mesones y plazas, que éstos son lugares dedicados a mentiras y trampas, sino por todas las casas de vecinos, y, como dice Jeremías, pon la oreja a escuchar lo que hablan, y hallarás que apenas se oye palabra que buena sea, sino aquí oírás murmuraciones, allí torpezas, aquí juramentos, allí blasfemias y rencillas y codicias y amenazas. Y finalmente, en toda parte el corazón y la lengua tratan de la tierra y de sus ganancias, y en muy pocas de Dios y de sus cosas si no es para jurar y perjurar su nombre, que es aquella memoria de que se queja por el mismo profeta, diciendo: «Acuérdanse de mí, mas no como deberían, jurando por mi nombre mentirosamente.» De manera que, a lo menos por las insignias que se ven de fuera, apenas podrás juzgar si aquel pueblo es de cristianos o de gentiles, si no es por ventura por las torres de las campanas que asoman de lejos, o por los juramentos y perjurios que se oyen de cerca. Y cuasi todo lo demás, de gentiles es. Pues, ¿como

pueden entrar éstos en la cuenta de aquéllos de quien dice Isaías: «Todos cuantos los vieren, luego los conocerán, porque estas son las plantas a quien Dios echó su bendición»? Pues si tal ha de ser la vida del cristiano, que todos cuantos le vieren, le juzguen por hijo de Dios, ¿en qué cuenta podremos tener a éstos, que más parecen burladores y despreciadores de Cristo, que cristianos? Pues si tal es la vida déstos, ¿qué se puede esperar de su salvación, según la regla general que arriba pusimos?

He dicho todo esto para que entiendas que, si con esta tan gran misericordia de Dios que tú alegas, se compadece que haya en el mundo tantos infieles y en la Iglesia tantos malos cristianos, y que si de los infieles se pierden todos, y de los cristianos tantos, también se compadecerá que te pierdas tú también con ellos si fueres tal como ellos. ¿Por ventura riéronsete a ti los cielos cuando nacías, o mudáronse entonces los derechos de Dios y las leyes de su evangelio y de su justicia, porque para ti haya de ser un mundo y para los otros otro?

Con esta misma misericordia se compadeció también la caída de los ángeles, y el pecado de los primeros hombres y de todo el género humano con ellos, y de todo el mundo con las aguas del diluvio, y la destrucción espantable de Jerusalén y de Babilonia y de Nínive, y de otras nobilísimas ciudades y provincias. Y con ésa se ha compadecido que el infierno haya dilatado su seno, y que descieran cada día millares de ánimas a él. ¿Y no se compadecerá que descienda también la tuya, si vivieres esa misma vida? Y porque no digas que entonces era Dios riguroso y ahora manso, mira que con esa mansedumbre se compadece todo esto que has oído, para que no dejes tú también de temer tu castigo, aunque seas cristiano, si eres malo, pues está claro que

la fe ociosa no es instrumento de salud, sino causa de mayor condenación.

¿Perderá, por ventura, Dios su gloria si tú solo dejes de entrar en ella? ¿Tienes tú algunas grandes habilidades de que Dios tenga particular necesidad, por que te haya de sufrir con todas tus tachas buenas y malas? ¿O tienes alguna cédula de seguro, para que contigo solo use deste nuevo privilegio? Pues a los hijos de David, que fueron privilegiados por los méritos de su padre, no dejó Dios de dar su merecido cuando fueron malos, y así muchos de ellos acabaron desastradamente. ¿Y estás tú vanamente confiado, creyendo que con todo eso estás seguro? Yerras, hermano mío, yerras si crees que eso sea esperar en Dios. No es ésa esperanza, sino presunción. Porque esperanza es creer que, arrepintiéndote y apartándote del pecado, te perdonará Dios, por malo que hayas sido, mas presunción es creer que, perseverando siempre en la mala vida, todavía tienes tu salvación segura.

IV

Contra los que se excusan con el amor del mundo

Mas por ventura dirás que el amor del mundo y de sus cosas tiene preso tu corazón y ese es el que te impide este camino. Esta excusa es de hombre que aún no ha probado por experiencia los bienes espirituales, y por eso estima en tanto los corporales. El rústico aldeano piensa que no hay otra cosa mejor que su aldea, cuando no ha visto los grandes y hermosos edificios de las ricas ciudades. El niño llora cuando sale

del vientre de su madre, porque no conoce cuánto mejor mundo es éste a donde viene, que aquél de donde sale. Aquellos primeros hombres del mundo estimaban en mucho la bellota y las casas pajizas, antes que se descubriesen las mieses abundosas y los edificios de cantería seguros. Y desta manera, como los hombres carnales no hayan visto ni gustado los bienes espirituales, ni experimentado la suavidad, la dignidad, la nobleza y hermosura de ellos, precian mucho estos falsos y caducos bienes, porque no han conocido los otros. Porque si de verdad los hubiesen conocido, no sería posible que no despreciasen éstos, según que lo significó el profeta Isaías cuando dijo: «En aquel día, escupirás y abominarás las planchas de oro y plata, y las imágenes de los ídolos que adorabas, como paños sucios y manchados, y decirlas has denodadamente: *Íos de mí, y salid de mi casa*». De suerte que, así como escupieron y desecharon los hombres a los falsos dioses cuando conocieron al verdadero Dios, así escupen y desechan todos los falsos bienes del mundo después que comienzan a gustar los verdaderos bienes del cielo. Porque, como dice san Bernardo, en gustándose la suavidad espiritual, luego toda carne -que es todos los bienes y deleites del mundo- pierde su sabor. Ésta es, pues, una muy principal causa deste engaño en que viven los hombres.

Hay otra allende de ésta, la cual es, que no sólo no conocen los bienes espirituales, mas ni aun conocen esos mismos temporales, porque no sería posible que los amasen como los aman, si de verdad los conociesen. Porque, dime: ¿qué cosa es este mundo con todos sus bienes -si se mirase con buenos ojos, y se entendiesen bien sus telas, sus marañas, sus paraderos y sus engaños-, que es, digo, sino una arca de trabajos, una escuela de vanidades, una plaza de engaños, un laberinto de errores, una cárcel de tinieblas, un camino de salteadores, una laguna

cenagosa y un mar de continuos movimientos? ¿Qué es este mundo, sino, como dice un sabio, tierra estéril, campo pedregoso, bosque lleno de espinas, prado verde y lleno de serpientes, jardín florido y sin fruto, río de lágrimas, fuente de cuidados, dulce ponzoña, fábula compuesta y frenesí deleitable? ¿Qué bienes hay en él que no sean falsos, y qué males que no sean verdaderos? Su sosiego es congojoso, su seguridad sin fundamento, su miedo sin causa, sus trabajos sin fruto, sus lágrimas sin propósito, sus propósitos sin suceso, su esperanza vana, su alegría fingida, su dolor verdadero, su orden y concierto lleno de confusión. Así que, hermano mío, ten por cierto que la paz y contentamiento que deseas no se halla en el mundo, sino en Dios; ni en la posesión de las cosas, sino en el menosprecio y desestima de ellas. «Cerca la mar y la tierra, y anda por do quisieres -dice san Agustín-, que a doquiera que fueres serás miserable, si no vas a Dios.»

V

Contra los que se excusan diciendo que es áspero el camino de Dios

Otros hay que se excusan por otra manera, diciendo que es áspero el camino de Dios, por mandarse en él cosas dificultosas y contrarias a la inclinación y apetitos del hombre. Ésta es una de las principales excusas que a muchos hace desmayar en este negocio. Los que esto dicen -puesto caso que sean cristianos y vivan en la ley de gracia- no han conocido la primera letra de la b c desta ley, ni se han desayunado deste misterio. ¡Pobre de ti! Tú que dices que eres cristiano, dime: ¿para qué vino Cristo al mundo? ¿Para qué derramó su sangre? ¿Para qué instituyó los

sacramentos? ¿Para qué envió el Espíritu Santo? ¿Qué quiere decir evangelio? ¿Qué quiere decir gracia? ¿Qué Jesús? ¿Qué significa ese nombre tan celebrado de ese mismo señor que adoras? Y si no lo sabes, pregúntalo al evangelista que dice: «Ponerle has por nombre Jesús, porque él hará salvo a su pueblo de sus pecados.» Pues, ¿qué es ser salvador y librador de pecados, sino merecernos el perdón de los pecados pasados, y alcanzarnos gracia para excusar los venideros? ¿Para qué vino Cristo al mundo, sino para ayudarte a ser salvo? ¿Para qué murió en la cruz, sino para matar el pecado? ¿Para qué resucitó después de muerto, sino para hacerte resucitar en esta nueva manera de vida? ¿Para qué derramó su sangre, sino para hacer della una medicina con que sanase tus llagas? ¿Para qué ordenó los sacramentos, sino para remedio y socorro de los pecados? ¿Cuál es el principal fruto de su pasión y de su venida, sino habérsenos allanado por ella el camino del cielo, que antes era áspero y dificultoso?

Así lo significó Isaías cuando dijo que en la venida del Mesías los caminos torcidos se enderezarían, y los ásperos se allanarían. Finalmente, ¿para qué, sobre todo esto, envió el Espíritu Santo, sino para que de carne te hiciese espíritu, y para qué le envió en forma de fuego, sino para que como fuego te encendiese, y alumbrase, y fortaleciese, y alegrase, y transformase en sí mismo, y te subiese al cielo de donde él fue enviado? ¿Para qué es la gracia junto con las virtudes infusas que de ella proceden, sino para hacer suave el yugo de Cristo, para hacer ligero el ejercicio de las virtudes, para cantar en las tribulaciones, para esperar en los peligros y vencer en las tentaciones? Éste es el principio, y el medio, y el fin del evangelio, conviene saber, que así como un hombre terrenal y pecador -que fue Adán- nos hizo pecadores y terrenos, así otro

hombre celestial y justo -que vino del cielo- nos hizo celestiales y justos. ¿Qué otra cosa escriben los evangelistas? ¿Qué otras promesas anunciaron los profetas? ¿Qué otra predicaron los apóstoles? No hay más teología que ésta. Ésta es la palabra abreviada que Dios hizo sobre la tierra, ésta es la consumación y abreviación que el profeta Isaías dice que oyó a Dios, de la cual se siguieron luego en el mundo tantas riquezas y abundancia de virtudes y de justicia.

Haz, pues, tú ahora cuenta que vienes de nuevo a la religión cristiana, y que preguntas a algún sabio teólogo qué es lo que contiene y manda esta nueva religión, y responderte ha que manda al hombre ser bueno, y da ayuda para serlo; que manda al hombre carnal ser espiritual, y da al Espíritu Santo para que lo pueda ser. Grandísima miseria es que, a cabo de tantos años como ha que eres cristiano, no sepas la diferencia que hay del cristiano al judío, ni de la ley de *Escritura* a la de gracia. La diferencia está en esto -pues no lo sabes-: que aquella ley mandaba al hombre ser bueno, y no le daba -cuanto era de su parte- fuerzas para serlo; mas ésta manda que seas bueno, y date gracia para ello: y por eso se llama ley de gracia. Aquella mandaba pelear, y no daba armas para la pelea; mandaba subir al cielo, y no daba escalera para ello; mandaba a los hombres ser espirituales, y no daba el Espíritu Santo para que lo fuesen. Ahora es de otra manera, porque ya cesó aquel estado, y sucedió este otro tan diferente por los méritos y por la sangre de Cristo: ¿y tú todavía, como si no hubiera cesado aquel estado ni venido Cristo al mundo, estás judaizando, creyendo que por tus fuerzas solas has de cumplir la ley, y por ella has de ser justificado?

Pues quienquiera que esto entendiere verá luego claramente la concordia de muchas autoridades della, de las cuales unas

hacen este camino áspero, y otras suave. Porque en un lugar dice el profeta: «Por amor de las palabras de tus labios yo anduve por caminos duros.» Y en otro dice: «En el camino de tus mandamientos me deleité, así como en todas las riquezas.» Porque este camino tiene ambas estas cosas, conviene saber, dificultad y suavidad, la una por parte de la naturaleza y la otra por virtud de la gracia, y así, lo que era dificultoso por una razón se hace ligero por otra. Lo uno y lo otro significó el Señor cuando dijo que su yugo era suave y su carga liviana, porque en decir «yugo» significó el peso que aquí había, y en decir «suave» la facilidad que por parte de la gracia se le daba.

Y si por ventura preguntares cómo es posible que sea yugo y sea suave, pues la condición del yugo es ser pesado, a esto se responde que la causa es porque Dios lo alivia, y aun ayuda a tirarlo, como él lo prometió por el profeta Oseas diciendo: «Yo les seré como quien levanta el yugo y lo quita de encima de las cervices.» Pues luego, ¿qué maravilla es que sea liviano el yugo que Dios alivia, y el que ayuda a levantar? Si la zarza ardía y no se quemaba porque Dios estaba en ella, ¿qué mucho es que ésta sea carga y ser liviana, pues el mismo Dios está en ella ayudándola a llevar? ¿Quieres ver lo uno y lo otro juntamente en una misma persona? Oye lo que dice san Pablo: «En todas las cosas padecemos tribulaciones, y no nos angustiamos; vivimos en extrema pobreza, y no somos vencidos con ella; sufrimos persecuciones, y no somos desamparados; humíllannos, y no somos confundidos; abátennos hasta la tierra, y no somos por eso perdidos.» ¿Ves, pues, aquí, por un cabo la carga de los trabajos, y por otro el alivio y suavidad que hay en ellos por parte de la gracia? Pues aún más claro significó esto mismo el profeta Isaías cuando dijo: «Los que esperan en el Señor mudarán la fortaleza; correrán y no trabajarán, andarán y no

desfallecerán.» ¿Ves, pues, aquí el yugo deshecho por virtud de la gracia? ¿Ves trocada la fortaleza de la carne en fortaleza de espíritu, o por mejor decir, la fortaleza del hombre en la de Dios? ¿Ves cómo el profeta ni calló el trabajo ni calló el descanso, ni la ventaja que había de lo uno a lo otro, cuando dijo: «Correrán y no trabajarán, andarán y no desfallecerán?»

Así que, hermano mío, no tienes por qué desechar este camino por áspero y dificultoso, pues en él está Dios y está su gracia. Porque no es razón que sea más poderosa la naturaleza que la gracia, ni Adán que Cristo, ni el demonio que Dios, ni la condición y naturaleza del mal que la del bien.



Capítulo IX

Que no debe el hombre dilatar para adelante su conversión, pues tiene tantas deudas que descargar

Pues si por una parte son tantas y tan grandes las causas que nos obligan a mudar la vida, y por otra no tenemos excusa alguna suficiente para no hacer esta mudanza, ruégote que me digas para cuándo aguardas a hacerla. Vuelve ahora, hermano, un poco los ojos a la vida pasada, y mira -en cualquier edad que ahora estés- que ya es tiempo, y pasa de tiempo, de comenzar a descargar algo de las deudas pasadas. Mira que siendo cristiano reengendrado con el agua del santo bautismo, teniendo a Dios por padre y a la Iglesia por madre, y habiéndote criado con la leche del evangelio -que es con la doctrina de los apóstoles y

evangelistas-, y lo que más es, con el mismo pan de los ángeles - que es el sacramento del altar-, con todo esto, has vivido con tanta licencia como si fueras un puro gentil que ningún conocimiento tuvieras de Dios.

Si no, dime: ¿qué linaje de pecado hay que no hayas cometido? ¿Qué árbol vedado hay en que no hayas puesto los ojos? ¿Qué prado verde hay donde, a lo menos con el deseo, no hayas hecho fiesta a tu lujuria? ¿Qué se ha ofrecido a esos ojos, que no lo hayas deseado? ¿Qué apetito dejaste de cumplir, acordándote que tenías Dios y que eras cristiano? ¿Qué más hicieras si no tuvieras fe, si no esperaras otra vida, si no temieras juicio? ¿Qué ha sido toda tu vida, sino una tela de pecados, un muladar de vicios, un camino de abrojos, y una perpetua desobediencia de Dios? ¿Con quién has vivido hasta aquí, sino con tu apetito, y con tu carne, y con tu honra, y con el mundo? Ésos han sido tus dioses, éstos los ídolos a quien has servido y cuyas leyes has guardado. Cuenta con Dios, con su ley y con su obediencia, por ventura no la has tenido más que si fuera un Dios de palo. Porque es cierto que muchos cristianos hay que, con la misma facilidad que pecarían si creyesen que no hay Dios, con esa misma pecan creyendo que lo hay, y ninguna cosa menos hacen creyendo lo uno, que harían creyendo lo otro. Pues, ¿qué mayor injuria, qué mayor desprecio puede ser de tan alta majestad? Finalmente, creyendo todo lo que la religión cristiana cree, de tal manera has vivido como si creyeras ser la mayor fábula o mentira del mundo.

Y si no te espanta la muchedumbre de los pecados pasados y la facilidad con que los hiciste, ¿cómo no te espanta siquiera la majestad y grandeza de aquél contra quien pecaste? Alza los ojos y mira la inmensidad y grandeza de aquel señor a quien

adoran los poderes del cielo, ante cuyo acatamiento está postrada la redondez del mundo, en cuya presencia todo lo criado no es más que una paja liviana que se lleva el viento, y mira cuán grande mal sea que un vilísimo gusanillo como tú se haya tantas veces atrevido a ofender y provocar a ira los ojos de tan grande majestad.

Mira la grandeza espantosa de su justicia y los castigos tan horribles que hasta hoy tiene hechos en el mundo contra el pecado, no sólo en particulares personas, sino también en ciudades, gentes, reinos y provincias, y en todo el universo mundo; y no sólo en la tierra, sino en el cielo; y no sólo en extraños y pecadores, sino en su mismo hijo inocentísimo, porque se puso a pagar por ellos. Pues si esto se hace en el madero verde y por pecados ajenos, en el seco y cargado de pecados propios ¿qué se hará? ¿Pues qué cosa puede ser más desatinada que ponerse a burlar un tan vil hombrecillo con un señor que tiene la mano tan pesada, que si la carga sobre ti, de un golpe te arrojará en el profundo de los infiernos?

Mira otrosí la paciencia deste señor, el cual ha tanto tiempo que te aguarda cuanto ha que le ofendes, y que si después de tantas riquezas de longanimidad y paciencia con que te ha esperado, todavía perseveras en usar mal de su misericordia para provocar su ira, desarmará su arco y sacudirá su aljaba y lloverá sobre ti saetas de muerte.

Mira la profundidad de sus juicios tan altos, de los cuales leemos y vemos cada día tan grandes maravillas. Vemos un Salomón, después de aquella sabiduría tan grande y de aquellas tres mil parábolas y misterios profundísimos de los *Cantares*, desamparado de Dios y derribado ante las estatuas de los ídolos.

Vemos uno de aquellos siete primeros diáconos de la Iglesia que estaban llenos del Espíritu Santo, hecho no sólo hereje, sino heresiarca y padre de herejías. Vemos cada día muchas estrellas caer del cielo en la tierra con miserables caídas, y venir a revolcarse en el cieno y comer manjar de puercos los que, asentados a la mesa de Dios, se mantenían del pan de los ángeles. Pues si los justos, por alguna secreta soberbia o negligencia o desagradecimiento que tuvieron, son así desamparados de Dios a cabo de tantos años de servicio, ¿qué esperas tú, que ninguna otra cosa has hecho en toda la vida sino multiplicar ofensas contra Dios?

Pues veamos: quien desta manera ha vivido, ¿no sería razón, que cesase ya de añadir pecados a pecados y deudas a deudas, y que comenzase ya a aplacar a Dios y descargar su ánima? ¿No sería razón que bastase lo que hasta aquí se ha dado al mundo y a la carne y al demonio, y que se diese algo de lo que queda al que todo lo dio? ¿No sería razón temer, a cabo de tanto tiempo y de tantas injurias, la justicia divina, que cuanto sufre los malos con mayor paciencia tanto los castiga después con mayor justicia? ¿No sería justo temer estar tanto tiempo en pecado y en desgracia de Dios, y tener contra sí un tan poderoso contrario como él, y de padre piadoso hacerlo juez y enemigo? ¿No sería razón temer la fuerza de la mala costumbre, no venga a convertirse en naturaleza, y hacer del vicio necesidad o poco menos? ¿Cómo no temes de venir poco a poco a dar contigo en aquel despeñadero del sentido reprobado, al cual después que viene el hombre, ya no hace caso de nada?

Dijo el patriarca Jacob a su suegro Labán: «Catorce años ha que te sirvo y que miro por tu hacienda; tiempo es ya que yo también mire por la mía y comience a entender en las cosas de

mi casa.» Pues si tú tantos años ha que te has empleado en servicio deste mundo y desta vida, ¿no será razón comenzar ya a ganar algo para tu ánima y para la vida advenidera? No hay cosa más breve ni más frágil que la vida del hombre. Pues, ¿por qué, proveyendo con tanto cuidado lo necesario para esta vida tan breve, no provees algo para aquella que durará para siempre?



Capítulo X

Conclusión de todo lo susodicho

Pues si todo esto es así, ruégote ahora, hermano, por la sangre de Cristo, que te acuerdes de ti mismo, y mires que eres cristiano y que tienes por suma verdad todo lo que predica la fe. Pues esa fe te dice que tienes sobre ti un juez, ante cuyos ojos están presentes todos los pasos y momentos de tu vida, en que es cierto que ha de venir día en que te pida cuenta hasta de una palabra ociosa. Esa fe te dice que no se acaba del todo el hombre cuando muere, sino que después de esta vida temporal queda otra vida perdurable, y que no mueren las ánimas con los cuerpos, sino que, quedándose el cuerpo en la sepultura, el ánima entrará en otra nueva región y en otro nuevo mundo, donde tal tendrá la suerte y la compañía cuales tuvo aquí las costumbres y la vida. Esa fe te dice que, así el galardón de la virtud como el castigo del vicio, es una cosa tan grande, que aunque todo el mundo estuviese lleno de libros y todas las criaturas fuesen escritores, antes se cansarían los escritores y se agotaría el mundo, que se acabase de declarar lo que cada cosa destas comprende. Esa misma fe te dice que son tan grandes las

deudas y beneficios que debemos a Dios, que aunque el hombre tuviese más vidas que arenas hay en la mar, era poco emplearlas todas en su servicio. Esa misma fe te dice que la virtud es un bien tan grande, que todos los tesoros del mundo, y todo cuanto el corazón humano puede desear, no se puede comparar con ella.

Pues si tantas y tan grandes cosas nos convidan a la virtud, ¿cómo son tan pocos los amadores y seguidores della? Si los hombres se mueven por interés, ¿qué mayor interés que vida perdurable? Si por temor de castigo, ¿qué mayor castigo que pena para siempre? Si por obligaciones de deudas y beneficios, ¿qué mayores deudas que las que se deben a Dios, así por ser él quien es, como por lo que dél tenemos recibido? Si nos mueve el temor de los peligros, ¿qué mayor peligro que el de la muerte, cuya hora es tan incierta, y cuya cuenta tan estrecha? Si la paz y la libertad y el sosiego del espíritu y la suavidad de la vida son cosas que todo el mundo desea, claro está que se hallará mejor todo esto en la vida que se rige por virtud y por razón, que en la que se rige por antojo y por pasión, pues el hombre es criatura racional y no bestial. Y si todo esto es poco para tener en algo este negocio, ¿no bastará ver que por él bajó Dios del cielo a la tierra y se hizo hombre, y, habiendo criado en seis días el mundo, gastó treinta y tres años en esta obra, y sobre ella perdió la vida? Dios muere porque el pecado muera. ¿Y con todo esto queremos dar vida en nuestros corazones a quien Dios la quiso quitar con su muerte?

¿Qué más diré? Sobran ya razones, sobran si por razón se hubiese de llevar este negocio. Porque no digo yo mirando a Dios en una cruz, mas a doquiera que volviéremos los ojos, hallaremos que todas las cosas nos dan voces y nos llaman a este bien, pues no hay criatura en el mundo, si bien se mira, que no

nos llame al amor y servicio del común señor. De manera que, cuantas son las criaturas del mundo, tantos son los predicadores, tantos los libros, tantas las razones y, finalmente, tantas las voces que nos llaman a él.

Pues, ¿cómo es posible que tantas voces como éstas, y tantas promesas y amenazas, no sean parte para llevarnos a él? ¿Qué más había Dios de hacer de lo que hizo, ni prometer de lo que prometió, ni amenazar de lo que amenazó, para traernos a sí y apartarnos de pecado? Y con todo esto, ¡que sea tan grande, no digo yo el atrevimiento, sino el encantamiento de los hombres! Y hombres que tienen esto por fe, ¡que no recelen estar todos los días de su vida en pecado, y acostarse con pecado, y levantarse con pecado, y derramarse por todo género de pecados, y esto tan sin temor y tan sin escrúpulo y tan sin perder por eso el sueño ni la comida, como si todo lo que creen fuese sueño y todo lo que dicen los evangelios mentira!

Di, traidor, di, tizón aparejado para arder en aquellas eternas y vengadoras llamas: ¿qué más harías de lo que haces, si tuvieses por mentira todo lo que crees? Porque veo que, aunque por temor de la justicia del mundo refrenas algo de tus apetitos, mas por temor de Dios no veo que dejas de hacer lo que quieres, ni tomar venganza de quien quieres, ni cumplir todo lo que deseas, si puedes. Dime, ciego y desatinado, entre tanta seguridad y confianza, ¿qué hace el gusano de la conciencia? ¿Dónde está la fe? ¿Dónde el seso y el juicio y la razón que, sola, te quedaba de hombre? ¿Cómo no temes tan grandes, tan ciertos y tan verdaderos peligros? Si te pusiesen un manjar delante, y algún hombre, aunque fuese mentiroso, te dijese que tenía ponzoña, ¿osarías por ventura tocar en él, por sabroso que fuese el manjar y mentiroso el denunciador? Pues si los profetas,

si los apóstoles, si los evangelistas, si el mismo Dios te da voces y te dice: «La muerte está en esa olla, hombre miserable, la muerte está en esa golosina que el diablo te pone delante», ¿cómo osas tomar la muerte con tus manos y beber tu perdición? ¿Qué hace esa fe en tu corazón? ¿Dónde está su luz? ¿Dónde sus aceros y sus filos, pues ninguna cosa corta de tus vicios?

¡Oh miserable frenético, embaucado por el enemigo, sentenciado a perpetuas tinieblas interiores y exteriores para que de las unas vayas a las otras, ciego para ver tu miseria, insensible para entender tu daño, y duro más que diamante para no sentir el martillo de las palabras divinas! ¡Oh mil veces miserable, digno de ser llorado no con otras lágrimas que con aquellas que lloraron tu perdición diciendo: «¡Si conocieses en este día la paz y el descanso y las riquezas que Dios te ofrece, las cuales están ahora escondidas de tus ojos!» ¡Oh, miserable el día de, tu nacimiento, y mucho más el de tu muerte, porque será principio de tu condenación! ¡Cuánto mejor te fuera nunca haber nacido, si has de ser para siempre condenado! ¡Cuánto mejor te fuera no haber sido bautizado ni recibido la fe, pues de ninguna otra cosa allí te servirá, sino de que sea más inexcusable tu culpa! Porque si la lumbre sola de la razón bastó para hacer inexcusables a los filósofos, porque conociendo a Dios en alguna manera, no le glorificaron ni sirvieron -como dice el apóstol-, ¿cuánto menos excusa tendrá quien recibió lumbre de fe y agua del bautismo, y cada año abre su boca para recibir al mismo Dios, y cada día oye su doctrina, si ninguna cosa hace más que aquéllos?

Pues, ¿qué podemos luego inferir de todo lo susodicho, sino concluir en breve que no hay otro seso ni otra sabiduría ni otro consejo en el mundo, sino que, dejados aparte todos los

embarazos y marañas desta vida, sigamos aquel único y verdadero camino por do se alcanza la verdadera paz y la vida perdurable? A esto nos llama la razón y la justicia y la ley y el cielo y la tierra y el infierno y la vida y la muerte y la justicia y la misericordia de Dios. A esto señaladamente nos convida el Espíritu Santo por boca del *Eclesiástico* diciendo así: «Hijo, desde los primeros años de tu mocedad oye la doctrina, y en tus postrimerías gozarás del dulce fruto de la sabiduría. Así como el que ara y siembra, te llega a ella, y espera con paciencia los frutos que te dará. Poco será lo que trabajarás y presto gozarás de grandes bienes. Oye, hijo mío, mis palabras, y no tengas en poco este consejo que te daré. Pon de buena gana tus pies en los grillos della, y tu cuello en sus cadenas. Baja los hombros y llévala sobre ti, y no te entristezcas con las ataduras della. Allégate a ella con todo corazón, y con todas tus fuerzas sigue sus caminos. Búscala con toda diligencia y descubrírsete ha. Y después que la hubieres hallado, no la desampares, porque por ella vendrás a hallar descanso en tus postrimerías, y lo que antes te parecía trabajoso, después se te hará deleitable. Y serte han sus grillos defensión de fortaleza y fundamentos de virtud, y sus cadenas vestidura de gloria, porque en ella hay hermosura de vida, y sus vínculos son atadura de salud.» Hasta aquí son palabras del *Eclesiástico*, por las cuales en alguna manera entenderás qué tan grande sea la hermosura, los deleites, la libertad y riquezas de la verdadera sabiduría, que es la misma virtud y conocimiento de Dios de que hablamos aquí.

Y si aun todo esto no basta para vencer tu corazón, alza los ojos a lo alto y no mires a las aguas del mundo que desvanecen, sino mira a aquel señor que está en la cruz muriendo y satisfaciendo por tus pecados. Allí está en aquella figura que ves, clavados los pies para esperarte y abiertos los brazos para

recibirte, e inclinada la cabeza para darte -cuando vinieres, como al hijo pródigo-, besos de paz. Desde ahí te está llamando, si lo sabes oír, con tantas voces y clamores, cuantas llagas tiene en todo su cuerpo. Desde ahí, pues, imagina que habla a tu corazón y le dice así: «Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete a mí, que yo te recibiré. Bien sé que has fornicado con todos cuantos amadores has querido. Mas con todo eso vuélvete a mí, que yo te perdonaré. Vuélvete a mí, que yo soy tu padre, tu Dios, tu hacedor, tu salvador y tu verdadero amigo, y tu único bienhechor y tu bienaventuranza cumplida y tu último fin. En mí hallarás descanso y alegría y paz y salud y verdad y sabiduría y todos los bienes. En mí hallarás la vena de las aguas vivas que matan la sed y levantan hasta la vida eterna. En mí estarás como árbol plantado par de las corrientes de las aguas, que da su fruto en su tiempo y nunca perderá su frescura. Y todo lo que hicieres será prosperado.»

Éstas son, hermano mío, las voces con que la sabiduría eterna llama a los pecadores. Si tú quieres más creer a estas voces que a las de la antigua serpiente, y volverte a Dios y mudar la vida - que es lo que en esta escritura se pretende-, cómo esto se haya de hacer, el libro siguiente te lo dirá.

Fin del Libro Primero

Libro segundo

Comienza el libro segundo, en el cual se contienen reglas de bien vivir



Capítulo I

El cristiano que, tocado ya de la mano de Dios, y movido por la consideración de estas persuasiones susodichas o por cualesquier otras que el Espíritu Santo lo haya querido mover, se ha determinado de mudar la vida, dos cosas le enseña el profeta David que debe hacer, que son: guardarse de mal y hacer bien. Porque en estas dos cosas consiste la suma de toda justicia. Pues siguiendo esta orden y división del profeta, partiremos esta regla en dos partes, en la primera de las cuales trataremos de los males que debemos huir y de sus remedios, y en la segunda, de los bienes que debemos hacer, que es de las virtudes de que debemos usar así para con Dios, como para con los prójimos, como también para con nosotros mismos. Mas antes que esto comencemos, será necesario poner dos preámbulos para todo este negocio.



Capítulo II

De dos cosas que ha de presuponer el que se determina servir a Dios

Pues el que de nuevo se determina de ofrecer al servicio de nuestro señor, la primera cosa que le conviene hacer es que sienta bien desta nueva profesión que toma, y la estime en lo que ella merece ser estimada, entendiendo lo que es suma verdad- que ésta es la mayor empresa, la mejor jornada, la mayor cordura, el mayor tesoro, la mayor sabiduría y el mayor bien y mayor negocio de cuantos hay en el mundo. Antes, que ni

hay otro bien que sea verdadero bien ni otro negocio que sea negocio, sino éste, que es fin de todos los bienes y de todos los negocios, pues, como dice el Salvador, una sola cosa es necesaria, que es amar y servir a solo Dios. Y lo mismo entendió Salomón en aquellas últimas palabras con que dio fin a su *Eclesiastés*, diciendo: «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo hombre». Quiere decir: éste es todo el ser y todo el bien del hombre, y para esto fue criado el hombre. Y todo lo que sale de aquí, es lo que dijo al principio deste libro: «Vanidad de vanidades y todo vanidad.»

Para tener este concepto de la virtud y desta nueva profesión, te sirve todo el libro pasado, conviene saber, la consideración de la muerte, del juicio, del paraíso, del infierno, de los beneficios divinos, de tus propios pecados, y de todos los otros bienes que de presente acompañan a la virtud, y de futuro se le prometen. Porque todas estas cosas declaran la importancia de este negocio y la obligación grande que tenemos a él. Y aunque nada desto hubiera, bastaba haber bajado Dios del cielo a la tierra sobre este caso, y padecido muerte por matar y desterrar del mundo al pecado, que es la mayor hazaña de cuantas Dios ha hecho ni hará jamás.

El segundo presupuesto sea que, entendida la dignidad e importancia deste negocio, y conociendo que ninguna cosa hay en el mundo grande, que no tenga un pedazo de dificultad aneja, te aparejes con esforzado corazón a todas las dificultades, contradicciones, persecuciones, murmuraciones y encuentros que sobre este caso se te ofrecieren, considerando que la joya por que militas es de tan gran valor, y la margarita de tan grande precio, que de todo esto y mucho más es merecedora,

aprovechándote para esto del ejemplo de Cristo y de todos los santos mártires, que por muy más caro precio la compraron.

Y para que no te haga desmayar este presupuesto, acuérdate que donde hay trabajos de mundo hay favores del cielo, y donde hay contradicciones de naturaleza hay socorros de gracia, que es más poderosa que la naturaleza. Porque, como en el libro precedente dijimos, lo uno y lo otro se halla en este camino. En él hay yugo, pero muy suave; en él hay carga, pero muy liviana. Porque lo que la naturaleza hace pesado, el favor de la gracia hace ligero, como lo significó el profeta cuando dijo que el yugo se pudriría por virtud del olio, dando a entender que la carga de la ley divina se quitaría o aliviaría con la abundancia del olio de la divina gracia. De manera que hay trabajos y no hay trabajos, hay yugo y no hay yugo, porque el yugo se deshace con la virtud del olio. Así que, hermano mío, si lo uno te desmaya, lo otro te debe animar, y sobre todo, como dije, el valor de la joya, que aunque se diesen mil cuentos de vidas por ella, todavía se daba de gracia, pues ninguna cosa criada alcanza a merecer la gloria. Presupuestos estos dos preámbulos, comencemos ya la primera parte desta doctrina, que trata de los pecados y de sus remedios.

Primera parte desta Regla, que trata de los vicios y de sus remedios



Capítulo III

Pecado mortal en común

Presupuestos ya estos dos preámbulos, el primer fundamento desta obra y la primera piedra deste edificio es asentar en tu corazón un muy firme y determinado propósito de morir mil muertes, si fuese necesario, antes que hacer un pecado mortal contra Dios. De manera que, así como una mujer noble y virtuosa está aparejada para morir antes que hacer traición a su marido, así el cristiano debe ser tan fiel a Dios, y debe estar tan casado con él, que esté aparejado a padecer cualquier detrimento de vida, de honra y de hacienda, por grande que sea, antes que cometer esta manera de traición contra él. Para lo cual, entre otras muchas cosas, te aprovechará entender las pérdidas en que un hombre cae por un pecado mortal, las cuales son tantas y tan grandes, que quienquiera que atentamente las considerare, no podrá dejar de quedar atónito y espantado de ver la facilidad que muchos tienen en cometer este género de pecados.

Porque por este pecado se pierde primeramente la gracia del Espíritu Santo, que es la mayor dádiva de cuantas Dios puede dar a una pura criatura en esta vida. Porque no es otra cosa gracia sino una forma sobrenatural que hace al hombre, si decir se puede, pariente de Dios, que es consorte y participante de la naturaleza divina. Piérdese también la amistad y privanza con Dios, que anda siempre en compañía de la misma gracia. Y si es mucho perder la de un príncipe de la tierra, bien se ve cuánto más será perder la del rey de cielos y tierra. Piérdense también las virtudes infusas y dones del Espíritu Santo, con los cuales el hombre estaba hermoso y ataviado en los ojos de Dios, y armado y fortalecido contra todo el poder y fuerzas del enemigo. Piérdese el derecho del reino de los cielos, que también procede desta misma gracia, porque por la gracia se da la gloria, como dice el apóstol. Piérdese el espíritu de adopción que nos hace hijos de Dios, y así nos da espíritu y corazón de hijos para con

él. Y junto con este espíritu, se pierde el tratamiento de hijo y la providencia paternal que Dios tiene de aquellos que así recibe por hijos, que es uno de los grandes bienes que en este mundo se pueden poseer, en el cual con grandísima razón se gloriaba el profeta cuando decía: «Alegrarme he, Señor, en verme puesto debajo la sombra de tus alas», que es debajo de la tutela y providencia paternal que tienes de los que recibes por tuyos.

Piérdese también por aquí la paz y serenidad de la buena conciencia. Piérdense los regalos y consolaciones del Espíritu Santo. Piérdese el fruto y mérito de todos cuantos bienes se han hecho en toda la vida hasta aquella hora. Piérdese la participación de los bienes de toda la Iglesia, de los cuales no goza el hombre de la manera que antes gozaba. Y, sobre todo esto, piérdese la participación de los méritos de Cristo nuestra cabeza, por no estar el hombre con él unido como miembro vivo por caridad y por gracia. Todo esto se pierde por un pecado mortal. Y lo que se gana es quedar condenado a las penas del infierno para siempre, quedar por entonces borrado del libro de la vida, quedar hecho en lugar de hijo de Dios, esclavo del demonio, y en lugar de templo y morada de la Santísima Trinidad, hecho cueva de ladrones y nido de serpientes y basiliscos. Finalmente, queda el hombre como quedó el rey Sedequías en poder de Nabucodonosor, o como Sansón después de perdidos los cabellos en que estaba toda su fortaleza, flaco como todos los otros hombres, y en poder de sus enemigos, los cuales le arrancaron los ojos y le ataron a una atahona como a bestia, y así le hacían moler y entender en oficio de bestia. Pues en este mismo estado queda el hombre miserable después que por el pecado pierde los cabellos -que es la fortaleza y ornamento de la divina gracia-, flaco para todas las obras buenas, y ciego para el conocimiento de las cosas divinas, y

cautivo en poder de los demonios, los cuales lo ocupan siempre en oficios de bestia, que es en cumplir y poner por obra todos sus apetitos bestiales.

¿Parécete, pues, que es estado éste para desear? ¿Parécete que son pérdidas éstas para temer? ¿Parécete que es posible que tengan seso de hombres los que, teniendo esto por fe, osan cometer con tanta facilidad tantos pecados? Verdaderamente ésta es una de las cosas de mayor asombro y espanto que hay en el mundo. Porque cosa es pecado mortal, que ni de un rayo que cayese par de nosotros, ni del mismo infierno que viésemos abierto ante los ojos, habíamos de tener tan grande espanto como de sólo oír este nombre de pecado mortal.

Pues de todas estas consideraciones te debes aprovechar cada vez que fueres solicitado del enemigo a pecar, pesando en una balanza, por una parte todas estas pérdidas, y por otra el interés y golosina del pecado, y mirando si es razón que, por una tan sucia y tan torpe ganancia, pierdas todos estos tan grandes y tan inestimables tesoros. Porque el que esto hiciere, ninguna cosa le falta para ser hijo heredero de aquel profano Esaú, de quien dice la *Escritura* que vendió un tan rico mayorazgo que le pertenecía por una tan baja golosina; y, esto hecho, fuese, haciendo poco caso de haber vendido una heredad de tanto precio.



Capítulo IV

Los pecados en particular

Y aunque de todos los pecados mortales generalmente se debe el hombre apartar, pero señaladamente lo debe hacer de estos seis, que son los más ordinarios y en que más veces puede caer.

Entre los cuales, el primero y el más grave de todos es la blasfemia, que es un pecado muy vecino a los tres mayores pecados del mundo, que son infidelidad, desesperación y odio de Dios -que es absolutamente el mayor de todos, al cual es muy semejante la blasfemia, porque el blasfemo, si pudiese en aquella hora tomar a Dios entre los dientes, parece que lo despedazaría con aquel espíritu de furor que el demonio le inspira-. Por donde dijo san Agustín que no menos pecaban los que blasfemaban de Cristo, que ahora reina en el cielo, que los que le crucificaron cuando estaba acá en la tierra. Éste es un pecado que castiga Dios tan gravemente, que porque el rey Senaquerib blasfemó contra él, le mató en una noche ciento y ochenta y cinco mil hombres que tenía puestos en campo, y de ahí a pocos días se levantaron contra él sus propios hijos y le mataron. Porque justa cosa era que los mismos hijos rebelasen contra el padre que había sido rebelde y blasfemo contra Dios.

Las mujeres no caen en este pecado comúnmente, pero caen en otro muy semejante a él, que es volverse contra Dios en los trabajos que les envía, y quejarse dél y de su providencia, y poner mácula en su justicia, y decir que no le agradecen la vida que les da, y maldecir al día de su nacimiento y el siglo de sus padres, y pedirse la muerte con la ira y rabia que tienen, y quejarse porque tanto tarda, y a veces ofrecerse al demonio y echar maldiciones sobre sí. Todo esto es linaje de blasfemia, y, todo, lenguaje que propiamente se usa en el infierno entre los condenados, los cuales día y noche ninguna otra cosa hacen sino

ésta. Y éstos parece que han de ser compañeros los que ahora usan este mismo oficio y hablan en esta misma lengua. Y por esto, si tú temes ser deste número, trabaja por humillarte y abajar la cabeza en todos los trabajos que Dios te envía, tomándolos de su mano como una purga ordenada por un sapientísimo médico para tu remedio, presuponiendo que Dios es la misma bondad y la misma rectitud y justicia, y que tan imposible es hacer cosa mal hecha, como dejar de ser el que es.

Y si dices que los trabajos son grandes, piensa cuerdamente que no los haces menores con la impaciencia, sino antes con ella los acrecientas y doblas. Y si quieres hacer que te parezcan pequeños, compáralos, como aconseja san Bernardo, con cuatro cosas, conviene saber, con los beneficios que has recibido de Dios, y con los pecados que has hecho contra él, y con las penas del infierno que por ellos mereces, y con la gloria del Paraíso que por ellos esperas. Y con cualquier cosa destas que los compares, te parecerán pequeños, cuanto más si los comparas con todas ellas juntas.

El segundo pecado, que tampoco está muy lejos de éste, es jurar el nombre de Dios en vano. Porque este pecado es derechamente contra Dios, y así, de su condición, es más grave que cualquier otro pecado que se haga contra el prójimo, por muy grave que sea. Y no sólo tiene esto verdad cuando se jura por el mismo nombre de Dios, sino también cuando se jura por la cruz, y por los santos, y por la vida propia. Porque cualquiera destes juramentos, si cae sobre mentira, es pecado mortal, y pecado muy reprendido en las escrituras sagradas como injurioso a la divina majestad.

Verdad es que cuando el hombre descuidadamente, sin mirar en ello, jura mentira, excusarse ha de pecado mortal, porque donde no hay juicio de razón ni determinación de voluntad, no hay esta manera de pecado.

Mas esto no se entiende en los que tienen costumbre de jurar a cada paso sin hacer caso ni mirar cómo juran, y no les pesa de tenerla ni procuran hacer lo que es de su parte por quitarla. Porque éstos no se excusan de pecado cuando, por razón desta mala costumbre, juran mentira sin mirar en ello, pudiendo y debiendo mirarlo. Ni pueden alegar diciendo que no miraron en ello ni era su voluntad jurar mentira. Porque, supuesto que ellos quieren tener esta mala costumbre, también quieren lo que se sigue de ella, que es éste y otros semejantes inconvenientes. Y por esto no dejan de imputárseles por pecados, y llamarse voluntarios.

Por esto debe trabajar el cristiano todo lo posible de desarraigar de sí esta mala costumbre, para que así no se le imputen estos descuidos por culpa mortal. Y para esto no hay otro mejor medio que tomar aquel tan saludable consejo que nos dio primero el Salvador, y después su apóstol Santiago diciendo: «Ante todas las cosas, hermanos míos, no queráis jurar ni por el cielo ni por la tierra, ni otro cualquier juramento; sino sea vuestra manera de hablar, sí por sí, y no por no, porque no vengáis a caer en juicio de condenación.» Quiere decir: porque no os lleve la costumbre a jurar alguna mentira por donde seáis juzgados y sentenciados a muerte perpetua.

Y no sólo de su propia persona, sino también de sus hijos y familia y casa trabaje por desterrar este tan peligroso vicio, reprendiendo y avisando a todos sus familiares cuando los viere

jurar cualquier juramento que sea. Y cuando él mismo en esto se descuidare, tenga por estilo de dar alguna limosna, o rezar siquiera un *Pater noster* y *Ave Maria*, para que esto le sea, no tanto penitencia de la culpa, cuanto memorial y despertador para no caer más en ella.

El tercero pecado que debe huir después déste es todo género de torpeza y carnalidad, en el cual pecado puede el hombre caer, o por obra, o por palabra, o por pensamiento y deseo determinado de hacer algún mal recaudo, o también por delectación morosa, que es otra manera de pecado mortal más sutil y menos conocido. Y delectación morosa llamamos, cuando un hombre voluntariamente se quiere estar pensando y deleitando en un pensamiento torpe, aunque no le quisiese poner por obra. Porque también esto es pecado mortal como lo demás. Esto se entiende cuando el hombre ve lo que piensa, y quiere estarse en ello, o no lo quiere apartar de sí. Porque si esto fuese como a traición, y el hombre no echase de ver lo que hace, y cuando volviese en sí y se hallase con el hurto en las manos trabajase por sacudirle de sí, ya esto no sería pecado mortal, por la falta que hubo de deliberación.

El cuarto pecado mortal es cualquier odio y enemistad formada, que comúnmente viene acompañada con deseo de venganza. Digo esto porque cuando es algún rencorcillo y disgusto entre personas, que no llega a deseos de venganza ni a desear mal, o pedirlo a Dios o procurarlo, no es pecado mortal. Mas de la otra manera sí, y muy grave, como luego se verá.

El quinto pecado mortal es retener lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Porque todo el tiempo que desta manera lo retiene, está en estado de condenación, como si estuviese enemistado o

amancebado. Porque no sólo es pecado mortal el tomar lo ajeno, sino también el retenerlo contra voluntad de cuyo es. Y no basta que tenga el hombre propósito de restituir adelante, como algunos hacen, si luego lo puede hacer, porque no sólo tiene obligación a restituir, sino también a luego restituir si luego puede. Porque si no pudiese luego, o del todo no pudiese, por haber venido a suma pobreza, en tal caso no sería obligado ni a uno ni a otro, porque Dios no obliga a nadie a lo imposible.

El sexto pecado mortal es quebrantar cualquiera de los mandamientos de la Iglesia que obligan debajo de precepto, como son oír misa entera con atención domingos y fiestas, confesar una vez en el año, comulgar por Pascua, y ayunar los días que ella manda, etc. Este ayuno obliga de veintiún años arriba a los que no son enfermos o muy flacos, o viejos o trabajadores, o mujeres que crían o están preñadas, y a los que no tienen para comer bastantemente una vez al día. Y así puede haber otros impedimentos semejantes.

En lo que toca al oír de las misas los días de obligación, hase de advertir que no cumple con este mandamiento el que está en la misa con sólo el cuerpo, y mucho menos el que allí está hablando. Sino es necesario que procure estar allí atento a la misa y a los misterios de ella o de alguno otro santo pensamiento, o a lo menos rezando alguna cosa devota.

Ítem, los que tienen esclavos, criados, hijos y familia deben procurar con todo estudio y diligencia que éstos oigan misa los días de obligación, y si no pudieren acudir a la mayor por haber de quedar en casa a aderezar la comida o a otras cosas necesarias, a lo menos procuren que ese día por la mañana oigan una misa rezada, para que así cumplan con esta obligación. En

lo cual hay muchos señores de familia muy culpados y negligentes en esta parte, los cuales darán a Dios cuenta estrecha desta negligencia. Verdad es que cuando se ofreciese urgente y razonable causa por donde no se pudiese oír la misa, como es estar curando de un enfermo o cosas semejantes, entonces no sería pecado dejar la misa, porque la necesidad carece de ley.



Capítulo V

Otras seis maneras de pecados que muchas veces pueden ser mortales

Estas seis maneras de pecados susodichos siempre son mortales. Hay otras seis que, aunque no siempre sean mortales, muchas veces lo pueden ser, y comúnmente son pecados veniales graves y muy vecinos a mortales, por lo cual se deben también evitar con todo estudio y diligencia.

Entre los cuales el primero es la envidia, que aunque no todas veces sea pecado mortal -como cuando es de cosas pequeñas, o cuando es más un movimiento en la parte sensitiva de nuestra ánima, que en la voluntad determinada por juicio de razón-, mas muchas veces lo puede ser, cuando es en cosas graves y con juicio y determinación de la voluntad. Y ella misma de su linaje es pecado mortal, porque milita contra la caridad, en la cual consiste la vida del ánima. Y por tanto debe el hombre huir deste pecado como de la misma muerte.

El segundo pecado es ira, que aunque no siempre, ni las más veces, sea pecado mortal, algunas veces lo puede ser, como cuando llega a decir palabras, no sólo desentonadas y coléricas, sino también afrentosas e injuriosas al prójimo. Y cuando no es pecado mortal, a lo menos es pecado grave y que desasosiega mucho el ánimo y turba la paz de la conciencia. Los señores que tienen esclavos y criados bien pueden, cuando es razón, castigarlos por obra y por palabra, mas deben refrenar cuanto pudieren la ira del corazón, y guardarse de llamarles perros o moros, o de encomendarlos al demonio, o de echarles maldiciones, especialmente cuando son hijos.

El tercero pecado es murmuración, la cual algunas veces viene a parar en detracción, porque comenzando a decir de una persona las culpas públicas y livianas, de ahí venimos poco a poco a parar en las secretas y graves, con que una persona queda infamada y publicada por mala, lo cual sin duda es de grandísimo peligro y perjuicio, pues es contra la fama y la honra, la cual todos tienen en más que la hacienda, y algunos aún en más que la misma vida.

El cuarto pecado es escarnecer y mofar del prójimo. El cual vicio tiene toda la fealdad que el pasado, y añade más sobre él soberbia, presunción, menosprecio y desdén, que es una cosa muy aborrecible a Dios y al mundo. Por lo cual mandaba el mismo Dios en la ley, diciendo: «No serás maldiciente ni escarnecedor en los pueblos.»

El quinto pecado es juzgar temerariamente los hechos y dichos de los prójimos, echando a mala parte lo que se podía echar a buena, contra aquello que el Salvador nos manda en el evangelio diciendo: «No juzguéis, y no seréis juzgados; no

condenéis, y no seréis condenados.» Esto también muchas veces puede ser pecado mortal, cuando lo que se juzga es cosa grave, y se juzga livianamente y con poco fundamento. Mas cuando la cosa fuese liviana y el juicio fuese más sospecha que juicio, entonces no sería pecado mortal. En este pecado hay un grande y no conocido peligro, algunas veces en hombres y muchas más en mujeres, las cuales, cuando les falta algo de sus casas o tienen celos de sus maridos, con el dolor y escocimiento de lo uno o de lo otro, dan lugar a su corazón de sospechar, y a veces también de juzgar sobre fulano y fulana, por muy livianos indicios que tengan. Y lo que peor es: muchas veces sacan por la boca lo que tienen en el corazón, donde vienen a hacer a una ladrona, a otra mala mujer, a otra entrevenida o hechicera. Donde caen en dos grandes pecados: el uno juzgar al prójimo, y el otro levantarle falso testimonio, a quien después quedan obligadas a restituir su fama, que por maravilla restituyen.

El sexto pecado es mentira y lisonja, que también pueden ser pecados mortales cuando lo uno o lo otro cae en cosa grave y perjudicial al prójimo. Lo cual es pecado mortal, y aún con cargo de restitución, cuando de aquí se siguió algún daño notable.

Éstos son los pecados más cotidianos, en que más veces suelen caer los hombres. De los cuales, todos debemos siempre huir con suma diligencia, de los unos porque son mortales, y de los otros porque están muy cerca de serlo, demás de ser de suyo más graves que los otros comunes veniales. Desta manera conservaremos la inocencia y aquellas vestiduras blancas que nos aconseja Salomón, cuando dice: «En todo tiempo estén blancas tus vestiduras, y nunca jamás falte olio de tu cabeza», que es la unción de la divina gracia, la cual nos da lumbre y

fortaleza para todas las cosas, y nos enseña y esfuerza para todo bien.



Capítulo VI

Los pecados veniales

Y aunque éstos sean los principales pecados de que te debes guardar, no por eso pienses ya que tienes licencia para aflojar la rienda a todos los otros pecados veniales. Antes instantísimamente te ruego no seas del número de aquellos que, en sabiendo que una cosa no es pecado mortal, luego sin más escrúpulo se arrojan a ella con grandísima facilidad. Acuérdate que dice el Sabio que el que menosprecia las cosas menores, presto caerá en las mayores. Acuérdate del proverbio que dice que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, y por un caballo un caballero. Las casas que vienen a caer por tiempo, primero comenzaron por unas pequeñas goteras y éstas poco a poco pudrieron la madera, y así vinieron a arruinarse y dar consigo en tierra. Acuérdate que aunque sea verdad que no bastan siete ni siete mil pecados veniales para hacer un mortal, pero que todavía es verdad lo que dice san Agustín por estas palabras: «No queráis menospreciar los pecados veniales porque son pequeños, sino temedlos porque son muchos. Porque muchas veces acaece que las bestias pequeñas, cuando son muchas, maten los hombres. ¿Por ventura no son muy menudos los granos del arena? Pues si cargáis un navío de mucha arena, presto se irá con ella a fondo. ¡Cuán menudas son las gotas del agua! ¿Por ventura no hinchen los

caudalosos ríos y derriban las casas soberbias?» Esto, pues, dice san Agustín, no porque muchos pecados veniales hagan un mortal, como ya dijimos, sino porque disponen para él y muchas veces vienen a dar en él. Y no sólo esto es verdad, sino también lo que dice san Gregorio, que muchas veces es mayor peligro caer en las culpas pequeñas que en las grandes. Porque la culpa grande, cuanto más claro se conoce, tanto más presto se enmienda; mas la pequeña, como se tiene en nada, tanto más peligrosamente se repite, cuanto más seguramente se comete.

Finalmente, los pecados veniales, por pequeños que sean, hacen mucho daño en el ánimo, porque quitan la devoción, turban la paz de la conciencia, apagan el fervor de la caridad, enflaquecen los corazones, amortiguan el vigor del ánimo, aflojan el rigor de la vida espiritual y, finalmente, resisten en su manera al Espíritu Santo e impiden su operación en nosotros. Por donde con todo estudio se deben evitar, pues nos consta cierto que no hay enemigo tan pequeño que, despreciado, no sea muy poderoso para dañar.

Y si quieres saber en qué géneros de cosas se cometen estos pecados, digo que en un poco de ira o de gula o de vanagloria, en palabras y pensamientos ociosos, en risas y burlas desordenadas, en tiempo perdido, en dormir demasiado, en mentiras y lisonjerías de cosas livianas, y así en otras cosas semejantes.

Tenemos, pues, aquí señaladas tres diferencias de pecados: unos, que comúnmente son mortales; otros, que comúnmente son veniales; otros, como medios entre estos dos extremos, que a veces son mortales y a veces veniales. De todos conviene que nos guardemos, pero mucho más de estos que están como en el

medio, y mucho más de los mortales, pues por ellos solos se rompe la paz y amistad con Dios y se pierden todos aquellos bienes que arriba dijimos.

Ahora será bien que tratemos de los remedios generales que hay contra ellos.



Capítulo VII

De los remedios generales contra todo pecado

Y porque no basta descubrir las llagas si no se provee de medicina contra ellas, señalaré aquí en breve doce maneras de remedios generales que hay contra todo género de pecados, especialmente contra los mortales.

Entre los cuales, el primero es considerar atentamente todas aquellas pérdidas que dijimos se perdían por un pecado mortal. Porque apenas puede haber hombre que tenga seso y se ponga a considerar todas aquellas pérdidas sobredichas, o parte de ellas, que tenga manos o corazón para cometer un pecado desta cualidad.

El segundo, huir las ocasiones de pecados, como son juegos, malas compañías, conversaciones, comunicaciones sospechosas, y vista y trato de mujeres, porque quien esto no evita, bien puede tenerse por caído y llorarse ya por muerto. Si un hombre estuviese tan flaco y enfermo que de su estado propio cayese muchas veces en tierra, ¿qué seguridad tendría éste si le tirasen

por el brazo o le diesen un empujón? Pues si el hombre, por el pecado, quedó tan miserable y tan flaco que muchas veces cae por su propia flaqueza sin tener ocasión para caer, ¿qué hará ofreciéndosele ocasión para ello, pues es verdadera sentencia que en el arca abierta el justo peca?

El tercero es resistir al principio de la tentación con grandísima presteza, poniendo ante los ojos del ánimo a Cristo crucificado, con aquella misma figura lastimera que tuvo en la cruz, todo hecho llagas y ríos de sangre, y acordarse que aquél es Dios, y que se puso allí por el pecado, y temblar de hacer cosa que fue parte para traer a Dios en tal estado. Y

considerando esto, llamémosle de lo íntimo de nuestro corazón para que nos ayude y libre dese dragón infernal, y no permita que tan gran trabajo suyo haya sido tomado por nosotros en vano.

El cuarto es el uso de los sacramentos, que no son otra cosa sino remedios inventados por Dios para curar los pecados hechos y preservar de los venideros, y es el mayor beneficio que recibimos en la ley de gracia. Y aunque en todo tiempo tenga sazón el uso de los sacramentos, pero especialmente al tiempo de la tentación es grandísimo remedio acudir a la confesión. Y si alguna vez, lo que Dios no permita, cayeses en pecado, en ninguna manera te debes acostar con él, porque no sabes lo que será de ahí a la mañana, sino trabaja ese mismo día por confesarte y arrepentirte, porque, como dice san Gregorio, «si el pecado no se quita luego por la penitencia, luego con su propia carga trae otro en pos de sí».

El quinto es el uso de la frecuente y devota oración, en la cual se pide fortaleza y gracia contra el pecado y se gustan las consolaciones del Espíritu Santo, con que fácilmente se desprecian las del mundo, y se alcanza el espíritu de la devoción esencial que nos hace prontos y hábiles para todo bien.

El sexto es lección de buenos y santos libros, con la cual se ocupa bien el tiempo, y se alumbra el entendimiento con el conocimiento de la verdad, y se enciende la voluntad en devoción, y así se hace el hombre más fuerte contra el pecado y más hábil para toda virtud.

El séptimo es ocupación en obras pías y ejercicios honestos, porque el hombre ocioso es como la tierra holgada, que no llega otra cosa sino cardos y espinas. Por donde con razón dijo el Sabio que muchos males enseñó al hombre la ociosidad.

El octavo es el ayuno y las asperezas corporales, y abstinencia de vino y de manjares calientes, porque, entre otros loores que tiene el ayuno, éste es muy principal que, enflaqueciendo el enemigo doméstico, enflaquece también todos los ímpetus y pasiones dél. Y por esta causa, y también por satisfacción de nuestros pecados y por imitación y honra de la pasión de Cristo, se da por muy saludable consejo que el cristiano procure cada día, y especialmente todos los viernes del año, hacer alguna manera de penitencia, aunque sea pequeña, o en el comer, o en el beber, o en el dormir, o en estar de rodillas, o en sufrir algún pequeñuelo trabajo, o en perdonar algún enojo, o en negar su propia voluntad y apetito en cosas que mucho desea, o en otra cualquier obra semejante. Porque esto aprovecha, no sólo para remedio de los pecados, sino también para otros grandes provechos.

El nono es silencio y soledad, porque como dice Salomón, «en el mucho hablar no pueden faltar pecados», y, como dijo otro sabio, «nunca entré en la compañía de otros hombres, que no saliese de allí menos hombre». Y por esto el que quiere quitar parte de sus armas al pecado, huya de conversaciones, de compañías no necesarias, y de visitaciones y cumplimientos de mundo, porque por experiencia hallará, si esto no hace, cuál vuelve después a su posada, cuán desconsolado y descontento, y cuán llena la cabeza de imágenes y representaciones de cosas que le dan bien en qué entender al tiempo que quiere recogerse.

El décimo es examinarse cada noche antes que se acueste, y tomarse cuenta de lo que ha hecho aquel día y de cómo ha gastado el tiempo. Y puede proceder en este examen por los mismos documentos desta regla, considerando si ha caído en alguno destos doce pecados que aquí habemos contado, y desfallecido en los remedios.

Desta manera podrá examinarse, y también acusarse ante Dios, de la soberbia y vanagloria, de la envidia, rencores o enemistades, de las sospechas y juicios temerarios, de la vana tristeza y vana alegría por las cosas del mundo, de los deseos desordenados de tener haciendas o estados u honras temporales, de las tentaciones contra la fe y contra la limpieza y castidad, de las mentiras y palabras ociosas, de los juramentos sin necesidad, de las burlas y palabras dichas en ofensas del prójimo, de la pereza y negligencia en las obras de virtud, de que eres tibio en el amor de Dios, desagradecido a su majestad, olvidado de los beneficios recibidos, seco como una arista en la oración, frío en la caridad con los pobres. Y de todo esto en particular te pese, y pide perdón a nuestro señor con firme propósito de la enmienda. Y después que así hubieres lavado con lágrimas tu lecho según

lo hacía David, dormirás con más sosegado sueño y sentirás grande alivio de tu conciencia y espiritual consolación en tu alma.

Y para los que son particularmente tentados de algún vicio - como es ira, vanagloria, jactancia u otros semejantes- es muy gran remedio, demás deste examen y confesión de la noche, armarse cada día por la mañana con propósitos y oraciones contra este tal vicio, pidiendo instantemente al Señor especial ayuda contra él, porque esta manera de prevención y reparo cotidiano hace mucho al caso para ganar victoria del enemigo. Y no menos ayuda para esto tomar cada semana una especial empresa, o de vencer un vicio o de alcanzar una virtud, porque desta manera poco a poco va el hombre ganando tierra y alcanzando virtudes y apoderándose de sí mismo.

El undécimo remedio es vivir con cuidado de evitar aún los pecados veniales, pues ellos son los que disponen para los mortales, de lo cual arriba ya tratamos. Porque el que está habituado a huir los menores males, mucho más se guardará de los mayores.

El duodécimo y último remedio es romper con el mundo y con todas sus leyes, vanidades y cumplimientos, y no hacer caso del decir de las gentes, porque éste es el primer capítulo que ha de aceptar el que trata de amistad con Dios, según aquello de Santiago que dice: «Quienquiera que quisiere ser amigo de Dios, luego se ha de declarar por enemigo del mundo.» Porque de otra manera, como dice el Salvador, «imposible es servir a dos señores», especialmente siendo tan contrarios como son, pues Dios es la suma de todos bienes, y el mundo está todo, como dice san Juan, armado sobre males. Y tenga por cierto

quienquiera que no rompiere con el mundo, ni le perdiere la vergüenza en lo que debe perderse, que no podrá dejar de hacer muchos males por temor del mundo, y excusarse de muchos bienes por la misma causa. Y esto basta para tenerse por siervo del mundo y no de Dios, pues, por no descontentar al mundo, descontenta a Dios.



Capítulo VIII

De los remedios particulares contra los vicios

Estos son los remedios generales que se suelen dar contra los vicios. Hay otros particulares que militan contra cada uno de los vicios en particular. Y porque las raíces de todos cuantos vicios hay son aquellos siete que por esto se llaman capitales, contra éstos puedes aprovecharte destes brevísimos y eficacísimos remedios, con los cuales se defendía un religioso varón, diciendo así:

Contra la soberbia

Cuando considero a cuán grande extremo de humildad se abajó aquel altísimo hijo de Dios por mí, nunca tanto me pudo abatir alguna criatura, que no me tuviese por digno de mayor abatimiento.

Contra la avaricia

Como entendí que con ninguna cosa podía mi ánima tener hartura sino con sólo Dios, parecióme que era gran locura buscar otra cosa fuera de él.

Contra la lujuria

Después que entendí la grandísima dignidad que mi cuerpo recibe cuando recibe el sacratísimo cuerpo de Cristo, parecióme que era grande sacrilegio profanar el templo, que él para sí consagró, con la torpeza de los pecados carnales.

Contra la ira

Ninguna injuria de hombres bastará para turbarme, si me acordare de las injurias que yo tengo hechas contra Dios.

Contra el odio y envidia

Después que entendí cómo Dios había recibido un tan gran pecador como yo, no pude querer a nadie mal ni negarle perdón.

Contra la gula

Quien considerare aquella amarguísima hiel y vinagre que en medio de sus tormentos se dio por último refrigerio al Hijo de Dios, que por ajenos pecados padecía, habrá vergüenza de buscar manjares regalados y exquisitos, teniendo tanta obligación a padecer algo por sus propios pecados.

Contra la pereza

Como entendí que después de tan brevísimo trabajo se alcanzaba gloria perdurable, parecióme que era muy pequeña cualquier fatiga que por esta causa se padeciese.

Segunda parte de esta Regla, en que se trata del ejercicio y práctica de las virtudes



Capítulo IX

Prudentísimamente dividió el profeta David la suma de toda la justicia en dos partes, que son no hacer mal y hacer bien, a la primera de las cuales pertenece huir de los vicios, y a la segunda usar de las virtudes. Y pues habemos dicho ya brevemente de la una, será razón digamos ahora con la misma brevedad de la otra.

A esta segunda parte de justicia pertenece dar a cada uno lo que es suyo, especialmente a Dios y al prójimo y a sí mismo. Porque el cumplimiento desta parte consiste en estar el hombre bien ordenado para con estos tres géneros de personas. Y esto hecho, no resta más que hacer para que el hombre se llame enteramente justo. Pues si quieres saber en muy pocas palabras y por unas muy breves comparaciones cómo esto se deba hacer, digo que con estas tres obligaciones cumplirá el hombre perfectísimamente si tuviere estas tres cosas, conviene saber: para con Dios corazón de hijo, y para con el prójimo corazón de madre, y para consigo espíritu y corazón de juez. Éstas son aquellas tres partes de justicia en que el profeta constituyó la

suma de todo nuestro bien, cuando dijo: «Enseñarte he, ¡oh hombre!, en qué está todo el bien y qué es lo que el Señor quiere de ti. Quiere que hagas juicio y que ames la misericordia y que andes solícito y cuidadoso con Dios.» Entre las cuales partes, el hacer juicio declara lo que el hombre debe hacer para consigo; y el amar la misericordia, lo que debe para con el prójimo; y el andar solícito con Dios, lo que debe a su servicio y obediencia. Y pues en estas tres cosas está todo nuestro bien, de ellas trataremos ahora por la orden siguiente.



Capítulo X

Para consigo

Porque la caridad bien ordenada comienza de sí mismo, comencemos por donde el profeta comenzó, que es por el hacer juicio, que pertenece al espíritu y corazón de juez. Pues al oficio del buen juez pertenece tener bien ordenada y reformada su república. Para lo cual necesariamente se requieren dos cosas, que son prudencia y fortaleza. Prudencia para entender todo lo que se debe hacer, y fortaleza para ejecutarlo con todo rigor y severidad.

Y porque en esta pequeña república del hombre hay dos partes principales que reformar, que son el cuerpo con todos sus miembros y sentidos, y el ánima con todos sus afectos y potencias, todas estas cosas conviene que sean reformadas y enderezadas al bien en la manera siguiente.

I

De la reformatión del cuerpo

Primeramente, el cuerpo conviene que sea tratado con rigor y aspereza, no con regalos ni blanduras. Porque así como la carne muerta, con la sal y con la mirra -que es amarguísima- se conserva, y sin ella luego se daña y se hinche de gusanos, así también este cuerpo, con los regalos y blanduras se corrompe y se hinche de vicios, y con el rigor y aspereza se conserva en toda virtud.

Ejemplo tenemos en muchas ciudades famosísimas, y en reinos e imperios, que con regalos y delicias se perdieron y cayeron de la cumbre de su dignidad. Porque ninguna cosa hay que haga a los hombres más mujeriles y afeminados, y mas inhábiles para toda virtud, que el uso y demasía destas cosas. Pues por esto conviene que en todas las cosas se trate con aspereza: en el comer, en el beber, en el vestir, en la cama, en la mesa, en la casa, y finalmente en todas las cosas que pertenecen para conservación del cuerpo, en las cuales no se ha de tener respeto a su regalo, sino a la necesidad.

A esta misma parte pertenece también la composición y disciplina del hombre exterior, guardando aquello que dice san Agustín, que en el andar y en el estar y en el hábito y en todos los otros movimientos corporales, ninguna cosa se haga que ofenda los ojos de nadie, sino lo que convenga a la santidad de nuestra profesión. Y por esto procure el siervo de Dios tratar con los hombres con tanta gravedad y humildad y suavidad y mansedumbre, que todos cuantos con él trataren queden siempre

edificados y aprovechados con su ejemplo. Desta manera podrá conservar su espíritu quieto y reposado. Porque, de otra manera, por maravilla se puede hallar corazón recogido en cuerpo inquieto y desasosegado.

II

De la guarda de los sentidos

Concertado desta manera el cuerpo, mire luego por el concierto y guarda de los sentidos. Entre los cuales ponga señaladamente recaudo en los ojos, que son como unas puertas donde se desembarcan todas las vanidades que entran en nuestra ánima, y muchas veces suelen ser ventanas de perdición por donde se nos entra la misma muerte. Y pues el santo Job con toda su inocencia ponía guarda en estas puertas, y el rey David con toda su santidad, por no ponerla, vino a tan grande mal, ¿quién de nosotros se podrá tener por seguro si no pusiere aquí todo recaudo?

En los oídos también conviene poner el mismo cobro que en los ojos, porque por estas puertas entran también muchas cosas en nuestra ánima que la inquietan, distraen y ensucian. Y primeramente conviene guardar aquello que nos aconseja el Sabio diciendo: «Cerca tus orejas con espinas y no quieras oír las malas lenguas.» Donde no se contenta con que tapemos los oídos para no oír semejantes palabras, sino quiere que esto sea con espinas, para significar que, de tal manera y con tal semblante debemos oír las tales palabras, que el que las dice quede pungido y lastimado como si pusiese las manos en espinas, según que él mismo más claramente lo significó en otro

lugar diciendo: «El viento cierzo esparce las nubes, y el rostro triste las palabras del que murmura.» Porque, como san Jerónimo dice a este propósito, «la saeta no se hinca en la piedra dura, sino antes muchas veces de ahí resurte y hiere al que tiró». Y no sólo nos debemos guardar de oír palabras perjudiciales, sino también de oír nuevas de cosas que pasan por el mundo, que no nos tocan. Porque los que destas cosas no se guardan, después lo vienen a pagar al tiempo de la oración, donde se les ponen delante las imágenes de las cosas que oyeron, las cuales de tal manera embarazan y ocupan sus corazones, que no les dejan puramente contemplar las cosas divinas.

Del sentido del oler no hay que decir, porque traer olores o ser amigo de ellos, demás de ser una cosa muy lasciva y sensual, es cosa infame, y no de hombres sino de mujeres, y aun no de buenas mujeres.

Del gusto hay más que decir, el cual conviene que sea mortificado con la memoria de la hiel y vinagre que el Señor en la cruz bebió, y con los ejemplos de todos los santos que tan extremados fueron en la virtud de la abstinencia, para que por este ejemplo huyamos de todo género de regalos y sabores y manjares exquisitos y vinos preciosos, acordándonos que está escrito: «El que es amigo de convites vivirá en pobreza, y el que se huelga con vinos preciosos y manjares delicados, nunca medrará.» Acuérdate siempre que el rico glotón del evangelio, por haber sido tan largo en esta parte, pide tantos mil años ha una gota de agua en el infierno, y no se la dan. ¡Desdichado gusto que, durando por un tan breve momento, es castigado con eterno tormento!

III

De la lengua

De la lengua hay mucho que decir, pues dijo el Sabio: «La muerte y la vida está en manos de la lengua.» En las cuales palabras dio a entender que todo el bien y mal del hombre consistía en la buena o mala guarda deste órgano. Y no menos encareció este negocio el apóstol Santiago cuando dijo que así como los navíos grandes se rigen por un pequeño gobernalle, y los caballos poderosos con un pequeño freno, así quienquiera que trajere muy bien gobernada y enfrenada su lengua será poderoso para enfrenar y poner en orden todo lo demás de la vida.

Pues, para el buen gobierno desta parte, conviene que todas las veces que habláremos, tengamos atención a cuatro cosas, conviene saber: a lo que decimos y a la manera en que lo decimos, al tiempo en que se dice y al fin con que se dice.

Y primeramente, en lo que se dice -que es en la materia de que hablamos- conviene guardar aquello que el apóstol aconseja diciendo: «Toda palabra mala no salga por vuestra boca, sino la que fuere buena y provechosa para edificar los oyentes.» Y en otro lugar, especificando más las palabras malas, dice: «Palabras torpes y locas, y chocarrerías o truhanerías que no convienen para la gravedad de nuestro instituto, no se nombren entre vosotros.» Por donde, así como dicen que los sabios marineros tienen marcados en la carta de marear todos los bajos en que las naos podrían peligrar para guardarse de ellos, así el siervo de Dios debe también tener señaladas todas estas especies de

palabras malas, de que siempre se deben guardar para no peligrar en ellas. Sean, pues, para ti como bajos o como rocas de la mar todas las palabras torpes, mentirosas, lisonjeras, airadas, maliciosas y vanas, y especialmente las que fueran en alabanza tuya o en vituperio del prójimo, para que así estés lejos por una parte de jactancia, y por otra de murmuración, que son dos vicios muy comunes entre los hombres. Y no menos debes ser fiel en el secreto que te encomendaron, y tener por otra roca no menos peligrosa que las pasadas descubrir el secreto que de ti se confió. En el modo del hablar conviene mirar que no hablemos, ni con demasiada blandura, ni con demasiada desenvoltura, ni apresuradamente, ni curiosa y pulidamente, sino con gravedad, con reposo, con mansedumbre, con llaneza y simplicidad. La buena agua dicen que no ha de tener ningún sabor, y la graciosa y buena manera de hablar no ha de tener resabio de cosa exquisita y afectada.

A este modo pertenece también no ser el hombre porfiado y cabezudo y amigo de salir con la suya, porque muchas veces por aquí se pierde la paz de la conciencia, y aun la caridad y la paciencia y los amigos. De largos y generosos corazones es dejarse vencer en semejantes contiendas, y de prudentes y discretos varones cumplir aquello que nos aconseja el Sabio diciendo: «En muchas cosas conviene que te hayas como hombre que no sabe, y oye callando y preguntando a los que saben.»

Lo tercero conviene mirar, demás del modo, que digamos también las cosas en su tiempo, porque, como dice el Sabio, de la boca del loco no es bien recibida la palabra sentenciosa, porque no la dice en su tiempo. Y por el contrario, es cosa tan hermosa decir cada cosa en su lugar, que dice el mismo Sabio:

«Así como parecen bien las manzanas de oro sobre las columnas de plata, así las palabras dichas con sazón y con tiempo.»

Lo último, después de todo esto, conviene mirar el fin y la intención que tenemos cuando hablamos. Porque unos hablan cosas buenas por parecer buenos, otros por parecer discretos, otros por venderse por agudos y bien hablados; de lo cual lo uno es hipocresía y fingimiento, y lo otro vanidad y locura. Y por esto conviene mirar que no sólo sean las palabras buenas, sino que también el fin sea bueno, pretendiendo siempre con purísima intención la gloria de sólo Dios y el provecho de nuestros prójimos.

También conviene, después de todo esto, mirar quién habla. Porque hablar mozos donde están viejos, y simples donde están sabios, y seglares en presencia de sacerdotes y religiosos, y finalmente dondequiera que no se recibirá bien lo que se dice, o parecerá presunción decirse, es muy loable y necesaria cosa callar.

Todos estos puntos y acentos ha de mirar el que habla para que no yerre. Y porque no es de todos mirar todas estas circunstancias, por eso es gran remedio acogerse al puerto del silencio, donde con sólo cuidado y atención de callar cumple el hombre con todas estas observancias y obligaciones. Por lo cual dijo el Sabio que aun el loco, si callase, sería tenido por sabio y, si cerrase sus labios, a muchos parecería discreto.

IV

De la mortificación de las pasiones

Concertado desta manera el cuerpo con todos sus sentidos, quedáanos ahora la mayor parte deste negocio, que es el concierto del ánima con todas sus potencias. Donde, primeramente, se nos ofrece el apetito sensitivo, que comprende todos los afectos y movimientos naturales, como son amor, odio, alegría, tristeza, deseo, temor, esperanza, ira, y otros semejantes afectos. Ésta es la más baja parte de nuestra ánima, y por consiguiente la que más nos hace semejantes a bestias, las cuales en todo y por todo se rigen por estos apetitos y afectos. Ésta es la que más nos acivila y abate a la tierra, y más nos aparta de las cosas del cielo. Ésta es la fuente y el venero de todos cuantos males hay en el mundo, y la que es causa de nuestra perdición, porque, como dice san Bernardo, «cese la propia voluntad -que son los deseos deste apetito-, y no habrá para quién sea el infierno».

Aquí está todo el almacén, toda la fuerza y toda la munición del pecado, porque de aquí toma fuerzas y armas, y aquí toma todos sus filos y aceros para herirnos más agudamente. Esta es otra nuestra Eva -que es la parte más flaca y más mal inclinada de nuestra ánima-, por la cual aquella antigua serpiente acomete a nuestro Adán -que es la parte superior de nuestra ánima, donde está el entendimiento y voluntad-, para que quiera poner los ojos en el árbol vedado. Ésta es donde más se descubren y señalan las fuerzas del pecado original, y donde más poderosamente empleó toda la fuerza de su ponzoña. Aquí son las batallas, aquí las caídas, aquí las victorias, aquí las coronas. Quiero decir que aquí son las caídas de los flacos, aquí las victorias de los esforzados, y aquí las coronas de los vencedores, y aquí finalmente toda la milicia y ejercicio de la virtud. Porque en domar estas fieras y en enfrenar estas bestias bravas consiste una muy gran parte del ejercicio de las virtudes morales. Ésta es la viña que habemos siempre de cavar, ésta la huerta que habemos

de escardar, éstas las malas plantas que habemos de arrancar para plantar en su lugar las de las virtudes.

Pues según esto, el principal ejercicio del siervo de Dios es andar siempre por esta huerta con un escardillo en la mano, entresacando las malas hierbas de las buenas. O por otra comparación, estar siempre como el gobernador de un carro sobre estas pasiones para reprimirlas y regirlas y enderezarlas, unas veces aflojando las riendas, otras recogién-dolas para que no vayan al paso que ellas quisieren, sino al que quiere la ley de la razón. Éste es el ejercicio principal de los hijos de Dios, los cuales no se rigen ya por afectos de carne ni de sangre, sino por espíritu de Dios. En esto se diferencian los hombres carnales de los espirituales: que los unos a manera de bestias brutas se mueven por estos afectos, y los otros por espíritu de Dios y por razón.

Ésta es aquella mortificación y aquella mirra tan alabada en las escrituras sagradas. Ésta es la muerte y la sepultura a que tantas veces nos convida el apóstol. Ésta es la cruz y el negamiento de sí mismo que nos predica el evangelio. Esto el hacer juicio y justicia, que tantas veces nos repiten los salmos y profetas. Y por esto aquí principalmente conviene emplear todos nuestros trabajos, nuestras fuerzas, nuestras oraciones y ejercicios.

Y particularmente conviene que cada uno tenga muy bien entendida su natural condición y sus inclinaciones, y allí tenga siempre mayor recaudo donde sintiere mayor peligro. Y aunque hayamos de tener siempre guerra con todos nuestros apetitos, pero especialmente la conviene tener con los deseos de honra, de

deleites y de bienes temporales, porque éstas son las tres principales fuentes y raíces de todos los males.

Miremos también no seamos apetitosos -esto es, muy amigos- de que se haga siempre nuestra voluntad y se cumplan todos nuestros apetitos, que es un vicio muy aparejado para grandes desasosiegos y caídas, y muy familiar a grandes señores y a todas las personas criadas y habituadas en hacer su voluntad. Para lo cual muchas veces aprovechará ejercitarnos en cosas contrarias a nuestros apetitos, y negar nuestra propia voluntad aun en las cosas lícitas, para que así estemos diestros y fáciles para negarla en las cosas ilícitas. Porque no menos se requieren estos ensayos y ejercicios para ser diestros en las armas espirituales que para serlo en las carnales, sino tanto más cuanto es mayor victoria vencer a sí y vencer demonios que vencer todo lo demás. Debe también ejercitarse en oficios humildes y bajos, sin tener cuenta con el decir de las gentes, pues tan poco es lo que el mundo puede dar ni quitar al que tiene a Dios por su tesoro y heredad.

V

De la reformatión de la voluntad

Para alcanzar esta mortificación ayuda en gran manera la reformatión y ornamento de la voluntad superior que es el apetito racional, la cual habemos de adornar con estas tres virtudes -entre otras muchas- que son: humildad de corazón, pobreza de espíritu y odio santo de sí mismo. Porque estas tres virtudes hacen más fácil el negocio de la mortificación, demás de ser ellas por sí virtudes muy eminentes. La humildad es,

como la define san Bernardo, desprecio de sí mismo, que nace del profundo y verdadero conocimiento de sí mismo. A la cual virtud pertenece desterrar del ánimo todos los ramos e hijos de la soberbia, con todos los apetitos y deseos de honra, y ponerse en el más bajo lugar de las criaturas, creyendo que a cualquiera otra criatura que nuestro señor diese los aparejos de bien vivir que ha dado a él, los agradecería mejor y se aprovecharía más de ellos que él.

Y no basta que tenga el hombre dentro de sí este reconocimiento y desprecio, sino procure tratarse en lo de fuera lo más llana y hūmilmente que le sea posible según la cualidad de su estado, haciendo poco caso de los juicios y voces del mundo que a esto contradijeren. Para lo cual conviene que todas nuestras cosas den olor de pobreza, bajeza y humildad, sujetándonos por amor de Dios, no sólo a los mayores e iguales, sino también a los menores.

La segunda virtud es pobreza de espíritu, que es un menosprecio voluntario de las cosas del mundo y un contentamiento con la suerte que Dios nos dio por muy pobre que sea, la cual corta de un golpe la raíz de todos los males, que es la codicia, y pone al hombre en tanta paz y sosiego de corazón, que osó decir della Séneca estas palabras: «El que tiene cerrada la puerta a los deseos de su codicia bien puede competir con Júpiter en la felicidad», dando a entender que, pues la felicidad del hombre es sosiego de los deseos de su corazón, quien ha llegado a tener sosegados estos deseos ya ha llegado a la cumbre de la felicidad, o a lo menos tiene alcanzada gran parte de ella.

La tercera virtud es el odio santo de sí mismo, de que dice el Salvador. «El que ama su vida, ése la destruye, y el que la aborrece, ése la guarda para la vida eterna.» Lo cual no se entiende de mal odio, como el que se tienen los hombres aburridos y desesperados, sino del que tuvieron los santos a su propia carne, como a quien les fue causa de muchos males y les es siempre estorbo de muchos bienes, tratándola, no conforme a su gusto y apetito, sino conforme a lo que pide la ley de la razón, la cual muchas veces quiere que la traigamos arrastrada y mal tratada y hecha un estropajo del espíritu, para que a costa della se haga lo que conviene a él. Porque de otra manera vendrá a ser lo que dice el Sabio: «El que cría regaladamente a su criado de su niñez, después le hallará rebelde y contumaz cuando se quiera servir dél.» Por donde se nos amonesta en otro lugar que, como a bestia mal domada, le demos de palos y sofrenadas y le tengamos preso con unas sueltas, y hagamos trabajar, porque no esté ocioso y así se haga soberbio y malicioso.

Pues este santo odio señaladamente aprovecha para el negocio de la mortificación, que es para mortificar y cortar todos nuestros malos apetitos y deseos, aunque duela. Porque de otra manera, ¿cómo será posible herir de agudo y sacar sangre y dar grande golpe en cosa que mucho amamos? Por donde el brazo y fortaleza de la mortificación toma las fuerzas emprastadas, no sólo del amor de Dios, sino también del odio de sí mismo, y con ellas tiene ánimo, no de piadoso, sino de severo cirujano para cortar por doquiera que lo pide la corrupción de los miembros dañados, sin alguna piedad.

VI

De la reformatión de la imaginación

Después de estas dos potencias apetitivas, hay otras dos -si se sufre decir- cognoscitivas, que son imaginación y entendimiento, las cuales corresponden a las dos precedentes, para que cada cual de los dos apetitos susodichos tenga su guía y conocimiento proporcionado. Pues la imaginación, que es la más baja dellas, es una de las potencias de nuestra anima que más desmandadas quedaron por el pecado, y menos sujetas a la razón. De donde nace que muchas veces se nos va de casa como esclavo fugitivo, sin licencia, y primero ha dado una vuelta al mundo, que echemos de ver a dónde está. Es también una potencia muy apetitosa y codiciosa de pensar todo cuanto se le pone delante, a manera de los perros golosos, que todo lo andan probando y trastornando, y en todo quieren meter el hocico, y aunque a veces los azoten y echen a palos, siempre se vuelven al regosto. Es también una potencia muy libre y muy cerrera, como una bestia salvaje que se anda de otero en otero, sin querer sufrir sueltas ni cabestro ni dueño que la gobierne.

Y demás de tener ella de suyo estas malas mañas, hay algunos que acrecientan su malicia con negligencia, tratándola como a un hijo regalado, al cual dejan discurrir por todas cuantas cosas quiere sin contradicción y sin freno. De donde nace que después, cuando la quieren quietar en la consideración de las cosas divinas, no les obedece, por el mal hábito que tiene cobrado. Por lo cual conviene que, entendidas las malas mañas desta bestia, le acortemos los pasos y la atemos a un solo pesebre, que es a la consideración sola de las cosas buenas o necesarias, poniéndole perpetuo silencio en lo demás. De suerte que, así como atamos arriba la lengua para que no hablase sino

palabras buenas o necesarias, así también atemos la imaginación a buenos y santos pensamientos, cerrando la puerta a todos los otros.

Para lo cual conviene que haya de nuestra parte grande discreción y vigilancia para examinar cuáles pensamientos debemos admitir y cuáles desechar, para que a los unos recibamos como amigos y a los otros desechemos como a enemigos. Porque los que en esto son desproveídos, muchas veces dejan entrar en su ánima cosas que le quitan no solamente la devoción y el fervor de la caridad, sino también la misma caridad en que está la vida del ánima. Durmióse la portera del rey Isbosef, que estaba limpiando el trigo a la puerta de su recámara, y entraron dos ladrones famosos y cortaron la cabeza al rey. Desta manera, cuando se duerme la discreción, que tiene por oficio escoger y apartar la paja del grano -que es el buen pensamiento del malo-, entran tales pensamientos en el ánima, que muchas veces le quitan la vida.

Y no sólo para conservar esta vida, sino también para el silencio y recogimiento de la oración vale mucho esta diligencia. Porque así como la imaginación inquieta y corredora no deja tener oración sosegada, así la recogida y habituada a santos pensamientos fácilmente persevera y se quieta en ellos.

VII

De la reformatión del entendimiento

Después de todas estas partes y potencias del hombre, resta la más alta y más noble de todas, que es el entendimiento, el cual,

entre otras virtudes, ha de ser adornado con aquella altísima y rarísima virtud de la prudencia y discreción. Esta virtud en la vida espiritual es lo que los ojos en el cuerpo, lo que el piloto en el navío, lo que el rey en el reino, y lo que el gobernador en el carro, que tiene por oficio llevar las riendas en la mano y guiar el carro por donde ha de caminar. Sin esta virtud, la vida espiritual sería toda ciega, desproveída, desconcertada y llena de confusión. Por donde aquel bienaventurado padre Antonio, en un ayuntamiento que tuvo con otros santos monjes donde se trataba de la excelencia de las virtudes, vino a poner ésta en altísimo lugar, como a guía y maestra de todas las otras. Por donde todos los amadores de la virtud deben señaladamente poner sus ojos en ella, para que así puedan aprovechar más en todas las otras.

Esta virtud no tiene un oficio solo, sino muchos y diversos. Porque no sólo es virtud particular, sino también general, que interviene en los ejercicios de las otras virtudes, dando orden en todo lo que conviene. Y según este oficio general, trataremos aquí de algunos actos que a ella pertenecen.

Porque, primeramente, a la prudencia pertenece conocer el fin de todas nuestras obras, que es Dios, y enderezar a él todo lo que hiciéremos, examinando sutilmente la intención que tenemos en las obras que hacemos, para ver si buscamos puramente a Dios, o si buscamos a nosotros. Porque la naturaleza humana, como dice un doctor, es muy sutil, y en todas las cosas busca a sí misma, aun en los muy altos ejercicios.

Prudencia es también saber tratar con los prójimos, para que les aprovechemos y no escandalicemos. Para lo cual conviene

prudentemente tomar el pulso a la condición y espíritu de cada uno, y llevarlo por aquellos términos y por aquellos medios por donde pueda ser mejor encaminado.

Prudencia es también saber sufrir los defectos de los otros, y dar pasada a las flaquezas ajenas, y no querer descarnar las llagas hasta el hueso, acordándose que todas las cosas humanas están compuestas de acto y potencia, esto es, de perfecto e imperfecto, y que no puede dejar de haber infinitas imperfecciones y defectos en la vida, especialmente después de aquella gran caída de la naturaleza por el pecado. De donde, así como dijo Aristóteles que no era de hombre sabio pedir igual certidumbre y averiguación en todas las materias -porque unas se pueden claramente averiguar, y otras no-, así tampoco es de hombre prudente pedir que todas las cosas humanas estén tan sentadas por nivel, que no haya más que desear, porque unas pueden sufrir esto, y otras no. Y el que pusiese pies en pared por hacer violentamente lo contrario, causaría más daño con los medios que para esto tomase, que provecho con el fin que pretendiese, aunque saliese con él.

Prudencia es también conocer el hombre a sí mismo y tener muy bien entendido todo lo que hay de sus puertas adentro, conviene saber, todos sus resabios, siniestros, apetitos y malas inclinaciones, y, finalmente, su poco saber y poca virtud, para que no presuma de sí vanamente, y para que mejor entienda con qué género de enemigos ha de tener guerra continua, hasta acabar de echarlos fuera de la tierra de promisión que es su ánima, y con cuánta solicitud y atención le conviene velar sobre esto.

Prudencia es también saber gobernar la lengua conforme a las leyes y circunstancias que arriba dijimos, y entender muy bien lo que se debe hablar y lo que se debe callar, y el tiempo de lo uno y de lo otro. Porque, como dice Salomón, hay tiempo de hablar y tiempo también de callar, pues nos consta que en la mesa y en los convites, y en otras cosas semejantes, con mayor alabanza calla el sabio, que habla.

Prudencia es no fiarse de todos, ni derramar luego todo su espíritu con el calor de la plática, ni decir luego todo lo que el hombre siente de las cosas, pues como dice el Sabio: «Todo su espíritu derrama el necio, mas el sabio detiéndose y guarda las cosas para adelante.» Mas el que se fía de quien no se debe fiar, siempre vivirá en peligro, y será perpetuo esclavo de quien se fió.

Prudencia es saber el hombre repararse antes de los peligros y sangrarse en sanidad, y oler desde lejos la guerra que se puede levantar en tales y tales negocios, y repararse primero con oraciones y consideraciones para lo que podrá suceder. Este aviso es del *Eclesiástico*, que dice: «Antes que venga la enfermedad, provéete de medicina.» Por lo cual cuando fueres a fiestas, a convites, o a tratar con hombres rijosos y mal condicionados, o a lugares donde se puede ofrecer alguna ocasión o peligro, siempre debes ir prevenido y reparado para lo que podrá suceder.

Prudencia es también saber tratar el cuerpo con discreción y templanza, para que ni lo regalemos ni lo matemos, ni le quitemos lo necesario ni le demos lo superfluo, trayéndolo castigado y no mortificado, para que ni nos falte en el camino

por la flaqueza, ni derribe al que va encima con la hartura y abundancia.

Prudencia es también, y muy grande, saber tomar las ocupaciones, por honestas que sean, con templanza, para que no ahogemos el espíritu con el demasiado trabajo, a quien todas las cosas, como dice san Francisco en su *Regla*, deben servir, y para que de tal manera nos entreguemos a las cosas exteriores, que no perdamos las interiores, y así entendamos en los ejercicios del amor del prójimo, que no perdamos los del amor divino. Porque si los apóstoles, que tanto espíritu y suficiencia tenían para todo, se desembarazaron de algunas cosas menores por no faltar en el ejercicio de las mayores, nadie debe presumir tanto de sus fuerzas, que piense bastar para todo, pues es cierto que por la mayor parte aprieta poco quien abarca mucho.

Prudencia es también entender las artes y celadas del enemigo, sus entradas y sus salidas y sus reveses, y no creer a todo espíritu ni dejarse vencer de cualquier figura de bien, pues muchas veces Satanás se transfigura en ángel de luz, y trabaja por engañar siempre a los buenos con especie de bien. Y, por esto, de ningún peligro nos debemos más recatar que de aquel que viene con máscara de virtud. A lo menos es cierto que a los muy determinados en el bien comúnmente acomete el demonio por esta vía.

Prudencia es también saber temer y saber acometer, saber cuándo es ganancia perder y cuándo es pérdida ganar, y, sobre todo, saber despreciar los juicios y pareceres del mundo y el decir de las gentes, y los ladridos de los gozques que nunca cesan de ladrar a bulto sin propósito, acordándose que está escrito: «Si hiciese caso de agradar y contentar a los hombres,

no me tendría por siervo de Cristo.» A lo menos esto es cierto: que ninguna mayor locura puede hacer un hombre, que regirse por una bestia de tantas cabezas como es el vulgo, que ningún tiento ni consideración tiene en lo que dice. Bien es no escandalizar a nadie y temer donde hay razón de temer, y bien es no moverse a todos vientos. Pues hallar medio entre estos dos extremos, oficio es de prudencia singular.

VIII

De la prudencia en los negocios

No menos se requiere prudencia para acertar en los negocios y no caer en yerros que después no se puedan curar sin grandes inconvenientes, con que muchas veces se pierde la paz de la conciencia y se perturba la orden de la vida. Para lo cual podrán algún tanto aprovechar los avisos siguientes.

El primero de los cuales es del Sabio, que dice: «Tus ojos estén siempre atentos a la rectitud, y tus párpados miren primero los pasos que has de dar.» Donde nos aconseja que no nos arrojemos inconsideradamente a las cosas que se han de hacer, sino que ante toda obra preceda maduro consejo y deliberación. Para lo cual hallo ser cuatro cosas necesarias. La primera, encomendar a nuestro señor los negocios. La segunda, pensarlos muy bien pensados con toda atención y discreción, mirando no solamente la substancia de la obra, sino también todas las circunstancias della, porque una sola que falte, hasta para condenación de todo lo que se hace; porque, aunque sea muy acabada la obra y muy bien circunstanciada, sólo hacerse sin tiempo basta para poner mácula en ella. La tercera, tomar

consejo y tratar con otros lo que se ha de hacer; mas éstos sean pocos y muy escogidos, porque, aunque es provechoso oír los pareceres de todos para ventilar la causa, pero la determinación ha de ser de pocos para no errar en la sentencia. La cuarta, y muy necesaria, es dar tiempo a la deliberación y dejar madurar el consejo por algunos días, porque así como se conocen mejor las personas con la comunicación de muchos días, así también lo hacen los consejos. Muchas veces una persona a las primeras entradas parece uno, y después descubre otro; y así lo hacen a veces los consejos y determinaciones, que lo que a los principios agradaba, después de bien considerado viene a desagradar. La quinta cosa es guardarse de cuatro madrastras que tiene la virtud de la prudencia, que son: precipitación, pasión, obstinación en el propio parecer y repunta de vanidad. Porque la precipitación no delibera, la pasión ciega, la obstinación cierra la puerta al buen consejo, y la vanidad, doquiera que interviene, todo lo tizna.

A esta misma virtud pertenece huir siempre de los extremos y ponerse en el medio, porque la virtud y la verdad huyen siempre de los extremos y ponen su silla en el medio. Por donde ni todo lo condenes, ni todo lo justifiques, ni todo lo niegues, ni todo lo concedas, ni todo lo creas, ni todo lo dejes de creer, ni por la culpa de pocos condenes a muchos, ni por la santidad de algunos apruebes a todos, sino en todo mira siempre el fiel de la razón, y no te dejes llevar del ímpetu de la pasión a los extremos.

Regla es también de prudencia no mirar a la antigüedad y novedad de las cosas para aprobarlas o condenarlas, porque muchas cosas hay muy acostumbradas y muy malas, y otras hay muy nuevas y muy buenas. Y ni la vejez es parte para justificar lo malo, ni la novedad lo debe ser para condenar lo bueno, sino

en todo y por todo hinca los ojos en los méritos de las cosas y no en los años. Porque el vicio ninguna cosa gana por ser antiguo, sino ser más incurable, y la virtud ninguna cosa pierde por ser nueva, sino ser menos conocida.

Regla es también de prudencia no engañarse con la figura y apariencia de las cosas para arrojarse luego a dar sentencia sobre ellas, porque ni es oro todo lo que reluce ni bueno todo lo que parece bien, y, muchas veces, debajo de la miel hay hiel y debajo de las flores espinas. Acuérdate que dice Aristóteles que algunas veces tiene la mentira más apariencia de verdad que la misma verdad, y así también podrá acaecer que el mal tenga más apariencia de bien que el mismo bien.

Sobre todo esto debes asentar en tu corazón que, así como la gravedad y peso en las cosas es compañera de la prudencia, así la facilidad y liviandad es de locura. Por lo cual debes estar muy avisado no seas fácil en estas seis cosas, conviene saber:

1. En creer.
2. En conceder.
3. En prometer.
4. En determinar.
5. En conversar livianamente con los hombres.
6. Y mucho menos en la ira.

Porque en todas estas cosas hay conocido peligro en ser el hombre fácil y ligero para ellas. Porque creer ligeramente es liviandad de corazón; prometer fácilmente es perder la libertad; conceder fácilmente es tener de qué arrepentirse; determinar fácilmente es ponerse a peligro de errar, como hizo David en la causa de Mifiboset; facilidad en la conversación es causa de menosprecio; y facilidad en la ira es manifiesto indicio de locura. Porque escrito está que el hombre que sabe sufrir sabrá gobernar su vida con mucha prudencia, mas el que no sabe sufrir no podrá dejar de hacer grandes locuras.

IX

De algunos medios por do se alcanza esta virtud

Para alcanzar esta virtud, entre otros medios, aprovecha mucho la experiencia de los yerros pasados, y también de los acertamientos y buenos sucesos, así propios como ajenos, porque de aquí se toman ordinariamente muchos avisos y reglas de prudencia. Y por la misma razón se dice que la memoria de lo pasado es muy familiar ayudadora y maestra de la prudencia, y que el día presente es discípulo del pasado, pues, como dice Salomón, lo que será es lo que fue, y lo que fue es lo que será. Y por esto, por lo pasado podremos juzgar lo venidero y lo presente, y por lo presente lo pasado.

Mas, sobre todo, ayuda para alcanzar esta virtud la profunda y verdadera humildad de corazón, así como lo que más la impide es la soberbia, porque escrito está que donde está la humildad, ahí está la sabiduría. Y demás de esto, todas las *Escrituras* claman que Dios enseña a los humildes y que es

maestro de los pequeñuelos, y que a ellos comunica sus secretos. Mas, con todo esto, no ha de ser tal la humildad, que se rinda a cualesquier pareceres y se deje llevar de todos vientos, porque ésta ya no sería humildad, sino inestabilidad y flaqueza de corazón. En lo cual quiso proveer el Sabio cuando dijo: «No quieras ser humilde en tu sabiduría», dando a entender que, en las verdades que tiene el hombre con justos y católicos fundamentos asentados en su corazón, ha de ser constante y no se ha de mover a lumbre de pajas como hacen algunos flacos, ni dejarse llevar de cualesquier pareceres.

Lo último que ayuda a alcanzar esta virtud es la humilde y devota oración, porque, como uno de los principales oficios del Espíritu Santo sea alumbrar el entendimiento con el don de la ciencia, sabiduría, consejo y entendimiento, cuanto el hombre con mayor devoción y humildad se presentare delante dél con corazón de discípulo y de niño, tanto será más claramente enseñado y lleno destes dones celestiales.

Mucho nos habemos alargado en tratar de esta virtud, porque, como ella sea la guía de todas las otras, era necesario procurar que la guía no fuese ciega, porque no quedase a oscuras y sin ojos todo el cuerpo de las virtudes. Y porque todo esto sirve para justificar y ordenar el hombre para consigo mismo -que es la primera parte de justicia que arriba pusimos-, será bien que digamos ya de la segunda, que es de lo que debe hacer para con su prójimo.



Capítulo XI

Para con el prójimo

La segunda parte de justicia es hacer el hombre lo que debe para con sus prójimos, que es usar con ellos de aquella caridad y misericordia que Dios nos manda. Qué tan principal sea esta parte, y cuánto nos sea encomendada en las escrituras divinas, que son los maestros y adalides de nuestra vida, no lo podrá creer sino quien las hubiere leído. Lee los profetas, lee los evangelios, lee las epístolas sagradas, y verás tan encarecido este negocio, que te pondrá admiración. En *Isaías* pone Dios la suma de toda la justicia en la caridad y buen tratamiento de los prójimos. Y así, cuando los judíos se quejaban diciendo: «¿Por qué, Señor, ayunamos y no miraste nuestros ayunos, y aflijimos nuestras ánimas y no hiciste caso dello?», respóndeles Dios: «Porque en el día del ayuno vivís a vuestra voluntad y no a la mía, y apretáis y fatigáis a todos vuestros deudores. Ayunáis, mas no de pleitos y contiendas, ni de hacer mal a vuestros prójimos. No es, pues, ése el ayuno que me agrada a mí, sino éste: rompe las escrituras y contratos usurarios, quita de encima de los pobres las cargas con que los tienes opresos, deja en su libertad a los afligidos y necesitados y sácalos del yugo que tienes puesto sobre ellos. De un pan que tuvieres, parte el medio con el pobre, y acoge a los necesitados y peregrinos en tu casa. Y cuando esto hicieres, y abrieres tus entrañas al necesitado, y le socorrieres y dieres hartura, entonces te haré tales y tales bienes», los cuales prosigue muy copiosamente hasta el fin del capítulo, según que en el libro precedente alegamos. Ves aquí, pues, hermano, en qué puso Dios la suma de la verdadera justicia, y cuán piadosamente quiso que nos hubiésemos con nuestros prójimos en esta parte.

La misma sentencia hallarás en el profeta *Zacarías*, donde, preguntando los judíos a Dios si habían de ayunar tales y tales días para agradarle y cumplir su ley, respóndeles Dios y declárales con qué género de obras le habían de agradar, diciendo: «Mirad que guardéis justicia y juzguéis justamente las causas de vuestros prójimos, y que uséis de misericordia y de obras de piedad con vuestros hermanos, y no queráis buscar asillas para calumniar a la viuda y al huérfano y al extranjero y al pobre. Y nadie trate en su corazón de hacer mal a nadie. Y desta manera me agradaréis y cumpliréis mi ley». Harto encarecido está aquí este negocio, pero mucho más lo encareció el mismo Señor por Isaías cuando dijo: «Éste es mi descanso: que refrigeréis y consoléis a los cansados», porque esto parece que era lo último que se podía encarecer este negocio, cuando el Señor se ponía en el lugar del pobre y tomaba por su propio descanso el que por él se daba a los cansados.

Mas sobre todo esto confieso que me maravillo de lo que leo en el capítulo dieciséis de *Ezequiel*, donde, contando el mismo Dios los pecados por donde aquella infame ciudad de Sodoma vino a dar consigo en el extremo de tan grandes males, los resumió en cinco pecados diciendo: «Ésta fue la maldad de tu hermana Sodoma: soberbia y hartura y abundancia y ociosidad y no haber querido extender las manos para socorrer al pobre y al necesitado.» Pues, ¿qué más mal quieres tú oír deste vicio, que haberlo puesto Dios por el postrero de los escalones por donde subieron aquellos malaventurados al extremo de tan grande mal? ¿Dónde están los que atesoran ducados sobre ducados, y con todo esto se tienen por seguros, teniendo compañeros en esta culpa a los moradores de Sodoma?

Éstas y otras cosas semejantes dicen los profetas. Pues el evangelio, que es ley de amor, ¿qué dirá? ¿Qué más se pudo decir en favor desta virtud, que poner el Señor toda la razón y fundamento de la sentencia del juicio final en sólo haber usado o no usado de obras de misericordia? ¿Qué más se puede decir que lo que se sigue después desto en el mismo contexto: «Lo que a uno destes mis pequeñuelos hicisteis, a mí lo hicisteis»? ¿Qué más se puede decir que poner en solos estos dos mandamientos de amor de Dios y del prójimo la suma de la ley y de los profetas? Pues en aquel postrer sermón de la cena, ¿qué otra cosa más encomienda el Salvador que la caridad y bienquerencia para con los prójimos? «Éste -dice él- es mi mandamiento, que os améis unos a otros así como yo os amé.» Y más abajo: «En esto -dice él- conocerán todos que sois mis discípulos, si os amareis unos a otros.» Y no contento con encomendarles esto tan encarecidamente, hace luego oración al Padre por el cumplimiento desta ley diciendo: «Ruégote, Padre, que ellos sean entre sí una misma cosa, así como tú y yo lo somos, para que conozca el mundo que tú me enviaste.» Dando a entender que la caridad y amor entre los cristianos había de ser tan sobrenatural y tan grande y tan fuera de todo lo que se puede esperar de carne y de sangre, que había de bastar, como un manifiesto milagro, para convencer los entendimientos de los hombres y hacerles creer que no era posible que no fuesen hombres del cielo los que tal caridad entre sí tenían.

Pues, ¿qué diré del apóstol san Pablo? ¿En cuál de sus epístolas no es ésta la mayor de sus encomiendas? ¡Qué alabanzas predica de la caridad! ¡Cuánto la engrandece! ¡Cuán por menudo cuenta todas sus excelencias! ¡Cómo la antepone a todas las otras virtudes y dones del Espíritu Santo, diciendo que ella es el más excelente camino para ir a Dios! Y no contento

con esto, en un lugar dice que la caridad es vínculo de perfección, en otro dice que es fin de todos los mandamientos, en otro que el que ama a su prójimo tiene cumplida la ley. Pues, ¿qué mayores alabanzas se podían esperar de una virtud, que ésta? ¿Cuál es el hombre deseoso de saber con qué género de obras agrada a Dios, que no quede admirado y enamorado desta virtud, y determinado de ordenar y enderezar todas sus obras a ella?

Pues aún queda sobre todo esto la *Canónica* de aquél tan grande amado y amador de Cristo san Juan Evangelista, en la cual ninguna cosa más repite ni más encarece ni más encomienda que esta virtud. Y lo que hizo en esta epístola, eso mismo dice su historia que hacía toda la vida. Y preguntado por qué tantas veces repetía esta sentencia, respondió que porque sola ésta, si debidamente se cumpliese, bastaba para nuestra salud.

De los oficios de la caridad

Según esto, el que de veras desea acertar a contentar a Dios, entienda que el camino para esto es el cumplimiento deste mandamiento de amor, con tanto que este amor no sea desnudo y seco, sino acompañado de todos los efectos y obras que del verdadero amor se suelen seguir, porque de otra manera no merecería nombre de amor, como lo significó el mismo evangelista cuando dijo: «Si alguno tuviere de los bienes deste mundo, y viendo a su prójimo en necesidad no le socorre, ¿cómo está la caridad de Dios en él? Hijuelos, no amemos con solas palabras, sino con obras y con verdad.»

Según esto, debajo deste nombre de amor, entre otras muchas obras, se encierran señaladamente estas seis, conviene saber: amar, aconsejar, socorrer, sufrir, perdonar y edificar. La cuales obras tienen tal conexión con la caridad, que el que más tuviere dellas, tendrá más de caridad, y el que menos, menos. Porque algunos aman, y no pasa más adelante este amor. Otros aman, y ayudan con avisos y buenos consejos, mas no echarán mano a la bolsa ni abrirán el arca para socorremos. Otros aman, avisan y socorren con lo que tienen, mas no sufren con paciencia las injurias ni las flaquezas ajenas, ni cumplen con aquel dicho del apóstol: «Lleve cada uno la carga del otro, y así cumpliréis la ley de Cristo.» Otros, ya que sufren las injurias con paciencia, no las perdonan con misericordia, y aunque dentro del corazón no tienen odio, no quieren mostrar buena cara en lo de fuera. Éstos, aunque aciertan en lo primero, todavía desfallecen en lo segundo y no llegan a la perfección de esta virtud. Otros hay que tienen todo esto, mas no edifican a sus prójimos con palabras y ejemplos, que es uno de los más altos oficios de la caridad.

Pues, según esta orden, podrá cada uno examinar cuánto tiene y cuánto le falta de la perfección de esta virtud. Porque el que ama, podemos decir que está en el primer grado de caridad; el que ama y aconseja, en el segundo; el que ayuda, en el tercero; el que sufre, en el cuarto; el que perdona y sufre, en el quinto; y el que sobre todo esto edifica con sus palabras y buena vida, que es oficio de varones perfectos y apostólicos, en el postrero.

Éstos son los actos positivos o afirmativos que encierra en sí la caridad, en que se declara lo que debemos hacer con el prójimo. Hay otros negativos, donde se declara lo que no debemos de hacer, que son no juzgar a nadie, no decir mal de

nadie, no tocar en la hacienda ni en la honra ni en la mujer de nadie, no escandalizar con palabras injuriosas ni descortesías ni desentonadas a nadie, y mucho menos con malos ejemplos y consejos. Quienquiera que esto hiciere cumplirá enteramente con todo lo que nos pide la perfección de este divino mandamiento.

Y si de todo esto quieres tener particular memoria y comprenderlo en una palabra, trabaja por tener, como ya dijimos, para con el prójimo corazón de madre, y así podrás cumplir enteramente con todo lo susodicho. Mira de la manera que una buena y cuerda madre ama a su hijo, cómo le avisa, cómo le acude en sus necesidades, cómo lleva todas sus faltas, unas veces sufriendolas con paciencia, otras castigándolas con justicia, otras disimulándolas y tapándolas con prudencia, porque de todas estas virtudes se sirve la caridad como reina y madre de las virtudes. Mira cómo se goza de sus bienes, cómo le pesa de sus males, cómo los tiene y los siente por suyos propios, cuán grande celo tiene de su honra y de su provecho, con qué devoción ruega siempre a Dios por él, y finalmente cuánto más cuidado tiene dél que de sí misma, y cómo es cruel para sí, por ser piadosa para con él. Y si tú pudieras arribar a tener esta manera de corazón para con el prójimo, habrás llegado a la perfección de la caridad. Y ya que no puedas llegar aquí, a lo menos esto debes tener por blanco de tu deseo, y a esto debes siempre enderezar tu vida. Porque mientras más alto pretendieres subir, menos bajo quedarás.

Y si me preguntas: ¿Cómo podré yo llegar a tener esa manera de corazón para con un extraño? A esto respondo que no has de mirar tú al prójimo como a extraño, sino como a imagen de Dios, como a obra de sus manos, como a hijo suyo y como a

miembro vivo de Cristo, pues tantas veces nos predica san Pablo que todos somos miembros de Cristo y que, por eso, pecar contra el prójimo es pecar contra Cristo, y hacer bien al prójimo es hacer bien a Cristo. De suerte que no has de mirar al prójimo como hombre ni como a tal hombre, sino como al mismo Cristo o como a miembro vivo de este señor, pues a la verdad lo es. Y dado que no lo sea cuanto a la materia del cuerpo, ¿qué hace esto al caso, pues lo es cuanto a la participación de su espíritu y cuanto a la grandeza del galardón, pues él dice que así le pagará el beneficio como si él lo recibiera?

Considera también todas aquellas encomiendas y encarecimientos que arriba pusimos de la excelencia desta virtud y de lo mucho que por el mismo Señor nos es encomendada, porque, si hay en ti deseo vivo de agradar a Dios, no podrás dejar de procurar con suma diligencia una cosa que tanto le agrada.

Mira también el amor que tienen entre sí parientes con parientes sólo por comunicar en un poco de carne y de sangre, y avergüénzate que no pueda más en ti la gracia que la naturaleza, y la unión del espíritu que la de la carne. Si dices que ahí se halla unión y participación en una misma raíz y en una misma sangre que es común a entrambos, mira las uniones que el apóstol pone entre los fieles, pues todos tienen un padre, una madre, un señor, un bautismo, una fe, una esperanza, un mantenimiento y un mismo espíritu que les anima y da vida. Todos tienen un padre que es Dios, una madre que es la Iglesia, un señor que es Cristo, una fe que es una lumbre sobrenatural en que todos comunicamos y nos diferenciamos de todas las otras gentes, una esperanza que es una misma heredad de gloria en la cual seremos todos una ánima y un corazón, un bautismo donde

todos fuimos adoptados por hijos de un mismo padre y hechos hermanos entre nosotros, un mismo mantenimiento que es el santísimo sacramento del cuerpo de Cristo con que todos somos unidos y hechos una misma cosa con él, así como de muchos granos de trigo se hace un pan y de muchos granos de uvas un solo vino. Y sobre todo esto participamos un mismo espíritu, que es el Espíritu Santo, el cual mora en todas las ánimas de los fieles, o por fe, o por fe y gracia juntamente, y los anima y sustenta en esta vida. Pues si los miembros de un cuerpo, aunque tengan diversos oficios y figuras entre sí, se aman tanto por ser todos animados con una misma ánima racional, ¿cuánta mayor razón será que se amen los fieles entre sí, pues todos son animados con este espíritu divino, que cuanto es más noble, tanto es más poderoso para causar unidad en las cosas donde está? Pues si sola unidad de carne y de sangre basta para causar tan grande amor entre parientes, ¿cuánto más todas estas unidades y comunicaciones tan grandes?

Sobre todo esto, pon los ojos en aquel único y singular ejemplo de amor que Cristo nos tuvo, el cual nos amó tan fuertemente, tan dulcemente, tan graciosamente, tan perseverantemente y tan sin interés suyo ni merecimiento nuestro, para que, esforzado tú con este tan noble ejemplo y obligado con tan grande beneficio, te dispongas según tu posibilidad a amar al prójimo desta manera, para que así cumplas fielmente aquel mandamiento que el Señor te dejó tan encomendado a la salida deste mundo, cuando dijo: «Éste es mi mandamiento, que os améis unos a otros así como yo os amé.»



Capítulo XII

Para con Dios

Dicho ya de lo que debemos hacer para con nosotros y con nuestros prójimos, digamos ahora de lo que debemos hacer para con Dios, que es la principal y la más alta parte de justicia que hay, a la cual sirven aquellas tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que tienen por objeto a Dios, y la virtud que los teólogos llaman religión, que tiene por objeto el culto de Dios.

Pues con todas las obligaciones que debajo de todas estas virtudes se comprenden cumplirá el hombre enteramente si llegare a tener para con Dios el corazón que tiene un buen hijo para con su padre. De suerte que, así como cumple consigo quien para consigo tiene corazón de buen juez, y con el prójimo quien para con él tiene corazón de madre -como ya dijimos-, así también, en su manera, cumplirá con Dios quien tuviere corazón de hijo para con él, pues uno de los principales oficios del espíritu de Cristo es darnos esta manera de corazón para con Dios.

Considera, pues, ahora diligentemente el corazón que tiene un buen hijo para con su padre, qué amor le tiene, qué temor y reverencia, qué obediencia, qué confianza, qué celo de su honra, cuán sin interés le sirve, cuán confiadamente acude a él en todas sus necesidades, cuán humildemente sufre sus reprensiones y castigos con todo lo demás, y ten tú este mismo corazón para con Dios, y habrás cumplido enteramente con esta parte de justicia.

Pues para tener este corazón, ocho virtudes principalmente me parecen ser necesarias, entre las cuales la primera y la más principal es amor, la segunda temor y reverencia, la tercera confianza, la cuarta celo de honra divina, la quinta pureza de intención en las obras de su servicio, la sexta oración y recurso a él en todas las necesidades, la séptima agradecimiento a sus beneficios, la octava obediencia y conformidad entera con su santa voluntad.

I

Según esta orden, la primera cosa y la más principal que debemos hacer es amar este señor así como él lo manda, que es con todo nuestro corazón, con toda nuestra ánima, con todo nuestro entendimiento y con todas nuestras fuerzas. De suerte que todo cuanto hay en el hombre, cada cosa en su manera, ame y sirva a este señor: el entendimiento pensando en él, la voluntad amándole, los afectos inclinándose a lo que pide su amor, y las fuerzas de todos los miembros y sentidos empleándose en ejecutar todo lo que ordenare este amor. A este amor nos llaman y compelen todas cuantas razones y motivos de amor se hallan en todas las criaturas, porque todas ellas están juntas en sólo Dios, y todas en sumo grado de perfección, como adelante se verá cuando desto se tratare en su lugar.

II

La segunda cosa que debemos tener para agradar a Dios es temor. No temor servil, que es por miedo del castigo, sino temor filial, que es por no enojar a un tan amable y tan piadoso padre y señor. Porque tal es el temor que enfrena a los buenos hijos para no hacer cosa que no deban, y tal es el que hace solícita a la buena mujer para no consentir que haya cosa en su casa que ofenda a los ojos de su marido. Este santo temor, que es particular don del Espíritu Santo, se cría en nuestra ánima considerando estas cuatro cosas, conviene saber: la alteza de la divina majestad, la profundidad de sus juicios, la grandeza de su justicia, la muchedumbre de nuestros pecados, y especialmente la resistencia que tenemos a las inspiraciones divinas. Por lo cual será necesario algunas veces ocupar el corazón en la consideración de estas cuatro cosas, porque ella es la que sirve para criar y fomentar en nuestras ánimas este santo afecto, el cual echa fuera del ánima todo pecado.

A este mismo temor pertenece que cuando estuviéremos en los oficios divinos y en las iglesias, mayormente donde está el santísimo sacramento, estemos allí, no parlando ni paseando ni derramando los ojos a diversas partes, como hacen muchos, sino con grande temor y acatamiento de aquella imperial majestad ante quien estamos, la cual por una especial manera asiste en aquel lugar.

III

La tercera virtud es confianza, esto es, que así como un hijo en todas las tribulaciones y necesidades que se le ofrecen, si tiene el padre rico y poderoso, está muy seguro y confiado que

no le ha de faltar el socorro y providencia de su padre, así el hombre ha de tener en esta parte un corazón tan de hijo para con Dios, que considerando cómo tiene por padre a aquél en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, esté confiado en todas las tribulaciones que se le ofrecieren que, volviéndose a él y confiando en su misericordia, le sacará de aquel trabajo o lo enderezará para mayor bien y provecho suyo. Porque si esta manera de confianza tiene un hijo en su padre y con ella duerme seguro, ¿cuánto más se debe tener en aquél que es más padre que todos los padres, y más rico que todos los ricos, y que verdaderamente no es menos padre que rico, ni menos rico que padre?

Y si dijeres que la falta de servicios y merecimientos, y la muchedumbre de los pecados de la vida pasada, te hace desmayar, el remedio es no mirar por entonces a esto, sino mirar a Dios, y mirar a su Hijo, nuestro único salvador y medianero, para cobrar esfuerzo en él. De donde, así como los que pasan un río impetuoso, cuando se les desvanece la cabeza con la fuerza de la corriente, les damos voces y decimos que no miren a las aguas que desvanecen sino que alcen los ojos a lo alto y caminarán seguros, así también se debe aconsejar a los flacos en esta parte, avisándoles que no miren por entonces a sí ni a sus pecados pasados. Pues dirás: ¿En qué debo mirar para cobrar esa manera de esfuerzo y confianza? A esto te respondo que mires primeramente a aquella inmensa bondad y misericordia de Dios que se extiende al remedio de todos los males del mundo; que mires la verdad de su palabra, por la cual tiene prometido su favor y socorro a todos los que invocaren humildemente su santo nombre y se pusieren debajo de su amparo, pues vemos que aun los mismos enemigos que traen bando unos con otros no niegan su favor a los que se van a meter por sus puertas y guarecer en

sus casas al tiempo del peligro. Mira también la muchedumbre de los beneficios que hasta ahora tienes de su piadosa mano recibidos, y aprende de la misericordia experimentada en las mercedes pasadas a esperar las venideras. Y, sobre todo esto, mira a Cristo con todos sus trabajos y merecimientos, los cuales son nuestra justicia, nuestro derecho y el título que tenemos para pedir mercedes a Dios, pues nos consta que estos merecimientos, por una parte son tan grandes que no pueden ser mayores, y por otra son tan nuestros -si estamos unidos con él por fe y amor- como si nosotros mismos los hubiéramos ganado por nuestra lanza. Éstos son los principales estribos de nuestra confianza, y éstos son los que hacían a los santos estar tan firmes en lo que esperaban como lo estaba en su lugar el monte de Sión.

Mas es mucho de sentir que, teniendo tan grandes motivos para confiar, somos muy flacos en esta parte, pues luego como vemos el peligro al ojo, desmayamos y nos vamos a Egipto a buscar amparo en la sombra y carros de Faraón. De manera que hallaréis muchos siervos de Dios muy ayunadores y rezadores y limosneros y llenos de otras virtudes, mas muy pocos que tengan aquella manera de confianza que tenía santa Susana, la cual, estando sentenciada a muerte y sacándola ya para la ejecución de la sentencia, dice la *Escritura* que estaba su corazón confiado en el Señor.

Autoridades para persuadir esta virtud, quien las quisiere traer, puede traer aquí toda la escritura sagrada, mayormente salmos y profetas, porque apenas hay en ellos cosa más repetida que la esperanza en Dios y la certenidad del socorro para los que esperan en él.

IV

La cuarta virtud es celo de la honra de Dios, esto es, que el mayor de nuestros cuidados y el mayor de nuestros deseos sea ver prosperada y adelantada la honra de Dios, y ver santificado y glorificado su nombre, y hecha su voluntad en el cielo y en la tierra. Y el mayor de todos nuestros dolores sea ver que esto no se hace así, sino muy al revés. Tal era el corazón y celo que tuvieron todos los santos en cuyo nombre fueron dichas aquellas palabras: «El celo, señor, de vuestra gloria tiene enflaquecidas y envejecidas mis carnes.» Porque era tan grande la aflicción que por esta causa sentían, que el dolor del ánima salía a la cara y enflaquecía el cuerpo y corrompía la sangre y daba muestras de sí en todo el hombre exterior. Y si nosotros tal celo como ésteuviésemos, luego seríamos señalados con aquella gloriosa señal de *Ezequiel* en las frentes, por la cual estaríamos libres de todos los castigos y azotes de la justicia divina.

V

La quinta virtud es pureza de intención, a la cual pertenece que, en todas las obras que hiciéremos, no busquemos a nosotros ni pretendamos algún interés nuestro eterno ni temporal, sino puramente la gloria y obediencia y beneplácito de este señor, teniendo por cierto que, así como los que juegan a la gana pierde, perdiendo ganan y ganando pierden, así, mientras más sin interés tratáremos en esta parte con Dios, más ganaremos con él, y al revés. Ésta es una de las cosas que más habemos de

mirar y examinar en nuestras obras y de que mayores celos habemos de tener, recelando no se nos vayan por ventura los ojos a mirar en ellas otra cosa que Dios. Porque la naturaleza humana, como ya dijimos, es sutil, y en todas las cosas busca a sí misma. Muchos hay muy ricos de buenas obras que por ventura, cuando sean examinadas en el contraste de la justicia divina, se hallarán faltas desta pureza de intención que es aquel ojo del evangelio que, si es claro, todo el cuerpo hace claro, y si oscuro, todo lo hace también oscuro.

Muchas personas hay constituidas en dignidad, así en la república como en la Iglesia, que viendo cómo siempre la virtud en semejantes oficios es favorecida, trabajan por ser virtuosos y vivir a ley de hombres de bien, lavando sus manos de toda vileza y de toda cosa que pueda amancillar su honra. Mas esto hacen por no caer de la reputación en que están, por ser bienquistos con sus príncipes, por ser favorecidos y acrecentados en sus oficios y llevados a otros mayores. De manera que estas obras no proceden de centella viva de amor y temor de Dios, ni tienen por fin su obediencia y su gloria, sino sólo el interés y la gloria propia del hombre. Pues lo que así se hace, aunque a los ojos del mundo parezca algo, en los de Dios es todo humo y sombra de justicia, no verdadera justicia. Porque virtudes morales sin espíritu de amor y temor de Dios, muchas tuvieron los gentiles, como Sócrates y Platón y Catón y otros nobles griegos y latinos, mas con todas ellas se fueron a los infiernos. Porque no agrada a Dios, ni la ciencia ni la elocuencia ni la alteza de ingenio ni la nobleza de condición, ni tampoco las virtudes morales por sí solas ni los trabajos corporales, aunque sea sacrificar los propios hijos, sino sólo este espíritu de amor enviado del cielo, y lo que nace desta raíz y procede de ella. No había en el templo cosa que no fuese o de oro o dorada, ni hay

cosa que agrade a los ojos de Dios en el templo vivo de nuestra ánima que no sea caridad o vaya dorada con ella.

Por donde el siervo de Dios, no ponga tanto los ojos en lo que hace cuanto en lo que pretende con lo que hace, porque bajísimas obras con altísima intención son altísimas, y altísimas y provechosísimas con bajísima intención son bajísimas. Porque no mira Dios tanto al cuerpo de la obra cuanto al ánimo de la intención que procede de la fuente del amor.

VI

La sexta virtud es oración, mediante la cual, como hijos, recurramos a nuestro padre en el tiempo de la tribulación -como hacen hasta los niños chiquitos, que con cualquier miedo o sobresalto luego acuden a sus madres-, y para que, mediante ella, tengamos continua memoria de nuestro Padre y andemos siempre en su presencia y muchas veces platiquemos con él, pues todo esto está anejo a la condición y obligación de los buenos hijos para con sus padres.

VII

La séptima virtud es hacimiento de gracias y reconocimiento de los beneficios paternos, que es una de las mayores deudas que debemos a Dios y que más mal solemos pagar. Desta virtud y de la pasada trataremos adelante en su propio lugar.

VIII

La octava virtud es obediencia general a todo lo que manda Dios, en la cual consiste el cumplimiento y la suma de toda justicia. Esta virtud tiene tres grados. El primero, obedecer a los mandamientos divinos; el segundo, a los consejos; el tercero, a las inspiraciones y llamamientos de Dios. La guarda de los mandamientos de todo punto es necesaria para la salud; la de los consejos ayuda para la de los mandamientos, sin la cual muchas veces suele correr peligro: porque el no jurar, aunque sea verdad, sirve para no jurar cuando sea mentira; el no pleitear, para no perder la paz y la caridad; el no poseer cosa propia, para estar más seguro de codiciar la ajena; y el hacer bien a quien nos hace mal, para estar más lejos de procurarle o hacerle mal. Desta manera, los consejos sirven como de antemuro a los preceptos, y, por esto, el que desea acertar no se contenta con la guarda de lo uno, sino trabaje, según le fuere posible y según la condición de su estado, por guardar lo otro. Porque así como el que lucha con otro no se contenta con no dejarse derribar, sino trabaja por derribar si puede a su adversario -porque así está más seguro de no caer-, y así como el que pasa un río impetuoso no se contenta con atravesar por medio del río, sino antes sube hacia arriba y corta el agua contra la corriente para estar más seguro de no irse tras ella, así el siervo de Dios, no sólo ha de poner los ojos en aquello que puntualmente basta para salvarse, sino tomar el negocio más de atrás, porque si no saliere con lo que pretende -que es lo mejor-, a lo menos llegue a lo que cumple para su salud, que es lo que basta.

El tercero grado dijimos que era obedecer a las inspiraciones divinas, porque no es ésta menos obediencia que las pasadas, pues los buenos servidores, no sólo obedecen a lo que su señor les manda por palabras, sino también a lo que les significa por señales. Y por esto conviene que el hombre esté atento a los movimientos e inspiraciones divinas, para que luego acuda con aquellos santos animales de *Ezequiel* al ímpetu y llamamiento del Espíritu Santo.

Y porque en esto podría haber engaño, tomando por inspiración divina la que podría ser humana o diabólica, por esto nos conviene hacer aquí aquello que dice san Juan: «No queráis creer a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios.» Y para esto, demás del contraste de la escritura divina y de la doctrina de los santos, en el cual se han de examinar estas cosas, podrás guardar esta regla general: que como haya dos maneras de servicios de Dios, unos voluntarios y otros obligatorios, cuando éstos acaeciere encontrarse, siempre han de preceder los obligatorios a los voluntarios, por muy grandes y muy meritorios que sean. Y así se ha de entender aquella sentencia tan celebrada de *Samuel*, que dice: «Más vale la obediencia que el sacrificio», porque primero quiere Dios que el hombre obedezca a su palabra, y después le haga todos los servicios que quisiere sin perjuicio desta obediencia.

Y por servicios necesarios entendemos primeramente la guarda de los mandamientos de Dios, sin la cual no hay salud. Lo segundo, la guarda de los mandamientos de aquellos que están en su lugar, pues quien a estos resiste, resiste a la ordenación de Dios. Lo tercero, la guarda de todas aquellas cosas que están anejas al estado de cada uno, como son las obligaciones que tiene el prelado en su estado, y el religioso y el

casado en el suyo. Lo cuarto, la de aquellas cosas que, aunque no sean absolutamente necesarias, ayudan grandemente a la conservación de las necesarias, porque también éstas participan alguna manera de necesidad por razón de las otras. Pongamos ejemplo. Tienes tú ya experiencia de mucho tiempo que, cuando cada día tienes un pedazo de recogimiento para entrar dentro de ti mismo y examinar tu conciencia y tratar con Dios del remedio della, traes la vida más concertada y eres más señor de ti y de tus pasiones y estás más hábil y pronto para toda virtud; y por el contrario, que cuando faltas en esto, luego desfalleces y desvaras en muchas faltas, y te ves en peligro de volver a las costumbres pasadas, porque aún no tienes suficiente caudal de gracia ni estás aún del todo fundado en la virtud, y por esto, como el pobre que el día que no lo gana, no lo come, así tú, el día que no te dan este socorro de devoción, quedas ayuno y flaco y fácil para caer en las cosas menores, que disponen para las mayores. Pues en tal caso debes entender que Dios te llama a este ejercicio, pues ves que comúnmente por este medio te ayuda, y sin él sueles desfallecer. Esto digo, no para que entiendas aquí necesidad de precepto, sino necesidad de un muy conveniente medio para mejor responder a tu profesión.

Ítem, eres regalado y amigo de ti mismo y enemigo de cualquier trabajo y aspereza, y ves que por esto se impide mucho tu aprovechamiento, porque por esta causa dejas de entender en muchas obras virtuosas, por ser trabajosas, y desvaras en muchas culpables, por ser deleitables. En este caso entiende que el Señor te llama a la fortaleza y a la aspereza y mal tratamiento de tu cuerpo, y al trabajo de la mortificación y de todos tus gustos y apetitos, pues ves por experiencia lo que te importa este negocio.

Destá manera puedes discurrir por todas aquellas obras cuyo ejercicio te hace mayor provecho y cuya falta te hace mayor falta, y a esas entiende que te llama nuestro señor, aunque en esto y en todas las cosas debes siempre seguir el consejo de los mejores.

De lo dicho parece que, para acertar a escoger, no ha de poner el hombre los ojos en lo que de suyo es mejor, sino en lo que para él es mejor y más necesario, porque muchas obras hay altísimas y de grandísima perfección que no serán por eso mejores para mí aunque sean mejores en sí, porque no tengo yo fuerzas para ellas ni soy llamado para eso. Y, por tanto, cada uno permanezca en su llamamiento y se mida consigo mismo y ponga los ojos en lo que más le arma, y no los extienda a lo que de todo en todo excede sus fuerzas, como lo aconseja el Sabio diciendo: «No levantes los ojos a las riquezas que no puedes alcanzar, porque tomarán alas como de águila y volarán al cielo.» Y a los que hacen lo contrario reprende el profeta diciendo: «Miraste a lo más, y convirtiósse en menos; abarcaste mucho, y apretaste poco.»

Ésta es la ley que se ha de guardar entre los servicios voluntarios y obligatorios. Mas entre los que son voluntarios podrás tener la siguiente. Entre esta manera de servicios, unos son públicos y otros secretos, de unos se nos sigue honra, interés y deleite, y de otros nada desto se sigue. Pues entre éstos, si quieres no errar, siempre debes tener un poco más de recelo de los públicos que de los secretos, y de los que traen algún interés que de los que no lo traen. Porque, como ya muchas veces dijimos, la naturaleza del amor propio es muy sutil, y siempre se busca a sí misma, aun en los muy altos ejercicios. Por lo cual decía un religioso varón: «¿Sabéis dónde está Dios? Donde no

estáis vos.» Dando a entender que aquélla era más puramente obra de Dios donde no se hallaba interés propio, porque aquí no parece que se busca ni se pretende otra cosa que Dios. Y no digo esto para que de tal manera declinemos a este extremo que siempre hayamos de acudir a él -porque en el otro puede haber y hay muchas veces mayor mérito y mayor razón de obligación con todos esos contrapesos-, sino para dar aviso de las malicias y resabios del amor propio, para que no todas veces el hombre se fíe dél, aunque venga con máscara de virtud.

Estos tres grados abraza en sí la obediencia perfecta, los cuales por ventura significó el apóstol cuando dijo: «No queráis, hermanos míos, ser imprudentes, sino discretos y avisados para entender cuál sea la voluntad de Dios buena, agradable y perfecta», donde parece comprender estos tres grados de obediencia. Porque buena es la obediencia de los preceptos, y agradable la de los consejos, y perfecta la de las inspiraciones y llamamientos divinos, porque entonces habrá llegado el hombre a la perfección de la obediencia, cuando hubiere puesto por obra todo lo que Dios le manda, aconseja e inspira.

IX

A estos tres grados se añade el cuarto, que es una perfectísima conformidad con la divina voluntad en todo lo que ordenare de nosotros, dejándonos guiar, como ovejas, de su providencia pastoral por honra y por deshonra, por infamia y por buena fama, por salud o por enfermedad, por muerte o por vida, abajando humildemente y alegremente la cabeza a todo lo que él ordenare de nos, y tomando con igual corazón los azotes y los

regalos, los favores y los desfavores de su mano, no mirando lo que nos da, sino quién lo da y el amor con que lo da, pues no con menor amor azota el padre a su hijo, que le regala cuando ve que le conviene.

Para este grado sirve la paciencia en los trabajos y adversidades, en la cual ponen los doctores tres grados excelentes. Entre los cuales, el primero es llevar los trabajos con paciencia, el segundo desearlos por amor de Dios, el tercero alegrarse en ellos por esta misma causa. El primer grado se ve claramente en la paciencia del santo Job; el segundo, en el deseo que tuvieron algunos mártires del martirio; el tercero, en el alegría que recibieron los apóstoles por haber sido merecedores de padecer injurias por el nombre de Cristo. Y este mismo tuvo el apóstol cuando en una parte dice que se gloriaba en las tribulaciones; en otra que se alegraba en sus enfermedades, en angustias, en azotes, etc., por Cristo; en otra donde, tratando de su prisión, pide a los filipenses que le sean compañeros en el alegría que tenía por verse preso en aquella cadena por Cristo. Y esta misma gracia escribe él que fue dada en aquellos tiempos a los fieles de las iglesias de Macedonia, los cuales tuvieron abundantísima alegría en medio de una grande tribulación. Éste es uno de los altos grados de paciencia y de caridad y perfección adonde una criatura puede llegar, al cual grado llegan muy pocos. Y por esto no obliga Dios a nadie debajo de precepto a él, así como ni al pasado.

Verdad es que no se entiende por esto que nos hayamos de alegrar en las muertes y calamidades y trabajos de nuestros prójimos, ni menos de nuestros parientes y amigos, y mucho menos de la Iglesia. Porque la misma caridad que nos pide alegría en lo uno, nos mueve a tristeza y compasión en lo otro,

pues ella es la que sabe gozar con los que gozan y llorar con los que lloran, como vemos que lo hacían los profetas, los cuales gastaban toda la vida en llorar y sentir las calamidades y azotes de los hombres.

El que estos cuatro grados de obediencia tuviere, habrá alcanzado aquella resignación que tanto engrandecen los maestros de la vida espiritual, la cual de tal manera sujeta y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de cera blanda o de barro en las manos de un artífice, para que el Señor obre en él todo lo que quisiere sin resistencia. Porque resignada desta manera la propia voluntad, como cuando se resigna un beneficio en manos de un prelado, queda el hombre en aquel estado que significó el profeta cuando dijo: «El Señor me habló al oído, y yo no le contradigo ni doy paso atrás rehusando lo que me manda.» Éste es el medio y el camino que hay para subir a altísima perfección y para ser un hombre hecho a la voluntad de Dios, como se dice de David.

Pues quienquiera que estas ocho condiciones o virtudes tuviere, tendrá para con Dios corazón de hijo y habrá cumplido enteramente con esta postrera y suma parte de justicia que da a Dios lo que se le debe.



Capítulo XIII

De las obligaciones de los estados

Dicho ya en general de lo que conviene a todo género de personas, convenía descender en particular a tratar de lo que a cada una conviene en su estado. Mas porque éste sería largo negocio, por ahora bastará avisar brevemente que, demás de lo susodicho, debe tener cada uno respeto a las leyes y obligaciones de su estado, las cuales son muchas y diversas según la diversidad de los estados que hay en la Iglesia. Porque unos son prelados, otros súbditos, otros casados, otros religiosos, otros padres de familia, etc. Y para cada uno de éstos había de haber una ley por sí.

El prelado dice el apóstol que ejercite su oficio con toda solicitud y vigilancia. Y lo mismo le aconseja Salomón cuando dice: «Hijo mío, si te obligaste y saliste por fiador de algún amigo tuyo, mira que has tomado sobre ti una grande carga, y por esto discurre, date prisa, despierta a tu amigo, no des sueño a tus ojos ni dejes plegar tus párpados hasta poner el negocio en tales términos que salgas bien de esa obligación.» Y no te maravilles porque este sabio pida tanta solicitud sobre este caso, porque por dos causas suelen tener los hombres grande solicitud en la guarda de las cosas: o porque son de grande valor, o porque están en gran peligro. Y ambas concurren en el negocio de las ánimas en tan subido grado, que ni el precio puede ser mayor, ni tampoco el peligro, por donde conviene que sean guardadas con grandísimo recaudo.

El súbdito ha de mirar a su prelado, no como a hombre sino como a Dios, para reverenciarle y hacer lo que le manda con aquella prontitud y devoción que lo hiciera si se lo mandara Dios. Porque si el señor a quien yo sirvo me manda obedecer a su mayordomo, cuando obedezco al mayordomo, ¿a quién obedezco sino al señor? Pues si Dios me manda obedecer al

prelado, cuando hago lo que el prelado manda, ¿a quién obedezco, al prelado o a Dios? Y si san Pablo quiere que el siervo obedezca a su señor, no como a hombre sino como a Cristo, al cual solamente sujetó la condición de la fortuna, ¿cuánto más el súbdito a su prelado, a quien sujetó el vínculo de la obediencia?

En esta santa obediencia ponen tres grados: el primero, obedecer con sola obra; el segundo, con obra y con voluntad; el tercero, con obra, voluntad y entendimiento. Porque algunos hacen lo que les mandan, mas ni les parece bien lo mandado ni lo hacen de voluntad; otros lo hacen, y de buena voluntad, mas no les parece acertado lo que se les manda; otros hay que, cautivando su entendimiento en servicio de Cristo, obedecen al prelado como a Dios, que es con obra, voluntad y entendimiento, haciendo lo que les manda voluntariamente y aprobando lo que se manda humildemente, sin querer hacerse jueces de aquéllos de quien han de ser juzgados.

Así que, hermano mío, con todo estudio trabaja por obedecer a tu prelado, acordándote que está escrito: «El que a vosotros oye a mí oye, y el que a vosotros desprecia a mí desprecia.» No pongas jamás la boca en ellos, porque no te sea dicho de parte del Señor: «No es vuestra murmuración contra nosotros, sino contra Dios.» No los tengas en poco, porque no te diga el mismo señor: «No despreciaron a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos.» No trates con ellos con falsedad y doblez, porque no te sea dicho: «No mentiste a los hombres sino a Dios», y así pagues con arrebatada muerte la culpa de tu atrevimiento como los que esto hicieron.

La mujer casada mire por el gobierno de su casa, por la provisión de los suyos, por el contentamiento de su marido, y por todo lo demás. Y cuando hubiere satisfecho a esta obligación, extienda las velas a toda la devoción que quisiere, habiendo primero cumplido con las obligaciones de su estado.

Los padres que tienen hijos tengan siempre ante los ojos aquel espantoso castigo que recibió Helí por haber sido negligente en el castigo y enseñanza de sus hijos, cuya negligencia castigó Dios, no sólo con las arrebatadas muertes dél y dellos, sino con la prisión del arca del testamento, y con privación perpetua del sumo sacerdocio, y con la calamidad y muerte común de todo el pueblo. Mira que los pecados del hijo son pecados del padre, y la perdición del hijo es perdición del padre, y que no merece nombre de padre el que, habiendo engendrado su hijo para este mundo, no lo engendra para el cielo. Castíguele, avísele, apártele de malas compañías, búsquele buenos maestros, críele en virtud, enséñele desde su niñez con Tobías a temer a Dios, quiébrele muchas veces la propia voluntad, y, pues antes que naciese le fue padre del cuerpo, después de nacido séale padre del ánima. Porque no es razón que se contente el hombre con ser padre de la manera que los pájaros y los animales son padres, que no hacen más que dar de comer y sustentar sus hijos. Sea él padre como hombre, y como hombre cristiano, y como verdadero siervo de Dios, que cría su hijo para hijo de Dios, heredero del cielo, y no para esclavo de Satanás y morador del infierno.

Los señores de familia que tienen criados y esclavos acuérdense de aquella terrible amenaza de san Pablo que dice: «Si alguno no tiene cuidado de sus domésticos y familiares, éste tal negado ha la fe -o la fidelidad que debiera guardar-, y es peor

que un infiel.» Acuérdesese que éstos son como ovejas de su manada, y que él es como pastor y guarda de ellas, mayormente de los que son esclavos, y piense que algún tiempo le pedirán cuenta de ellos y le dirán: «¿Dónde está la grey que te fue encomendada y el ganado noble que tenías a tu cargo?» Y llámalo con mucha razón noble, por causa del precio con que fue comprado y por la sacratísima humanidad de Cristo con que fue ennoblecido, pues que ningún esclavo hay tan bajo que no sea libre y noble por la humanidad y sangre de Cristo.

Tenga, pues, el buen cristiano cuidado que los que tiene en su casa estén libres de vicios conocidos, como son enemistades, juegos, perjurios, blasfemias y deshonestidades. Y demás desto, que sepan la doctrina cristiana y que guarden los mandamientos de la Iglesia, y señaladamente el de oír misa domingos y fiestas, y ayunar los días que son de ayuno si no tuvieren algún legítimo impedimento, según que arriba fue declarado.



Capítulo XIV

Aviso primero. De la estima de las virtudes, para mayor entendimiento desta regla

Así como al principio desta regla pusimos algunos preámbulos que para antes della se requerían, así, después de ella, conviene dar algunos avisos para que mejor se entienda lo contenido en ella. Porque primeramente, como aquí se haya tratado de muchas maneras de virtudes, es necesario declarar la dignidad que tienen unas sobre otras, para que sepamos estimar

cada cosa en lo que es, y dar a cada una su lugar. Porque así como el que trata en piedras preciosas conviene que entienda el valor de ellas porque no se engañe en el precio, y así como el mayordomo de un señor conviene que sepa los méritos de los que tiene en su casa para que trate a cada uno según su merecimiento porque lo contrario sería desorden y confusión, así, el que trata en las margaritas de las virtudes, y el que, como buen mayordomo, ha de dar a cada uno su derecho, conviene que para esto tenga muy entendido el precio de ellas, y para que, cuando las cosas se encontraren, sepa cuáles ha de anteponer a cuáles, porque no venga a ser, como dicen, allegador de la ceniza y derramador de la harina, como a muchos acontece.

Pues para esto es de saber que todas las virtudes de que hasta aquí habemos tratado se pueden reducir a dos órdenes, porque unas son más espirituales e interiores, y otras más visibles y exteriores. En la primera orden ponemos las virtudes teologales con todas las otras que señalamos para con Dios, y principalmente la caridad, que tiene el primer lugar, como reina, entre todas ellas. Y con éstas se juntan otras virtudes muy nobles y muy vecinas a éstas, que son humildad, castidad, misericordia, paciencia, discreción, devoción, pobreza de espíritu, menosprecio del mundo, negamiento de nuestra propia voluntad, amor de la cruz y aspereza de Cristo, y otras semejantes a éstas, que llamamos aquí, extendido este vocablo, virtudes. Y llamámoslas espirituales e interiores porque principalmente residen en el ánimo, puesto caso que proceden también a obras exteriores, como parece en la caridad y religión para con Dios, que, aunque sean virtudes interiores, producen también sus actos exteriores para honra y gloria del mismo Dios.

Otras virtudes hay que son más visibles y exteriores, como son el ayuno, la disciplina, el silencio, el encerramiento, el leer, rezar, cantar, peregrinar, oír misa, asistir a los sermones y oficios divinos, con todas las otras observancias y ceremonias corporales de la vida cristiana o religiosa. Porque aunque estas virtudes estén en el ánimo, pero los actos propios de ellas salen más afuera que los de las otras, que muchas veces son ocultos e invisibles, como son creer, amar, esperar, adorar, contemplar, humillarse interiormente, dolerse de los pecados, juzgar discretamente, y otros actos semejantes.

Entre estas dos maneras de virtudes no hay que dudar sino que las primeras son más excelentes y más necesarias que las segundas con grandísima ventaja. Porque, como dijo el Señor a la samaritana: «Mujer, créeme que es llegada ya la hora cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre tales quiere que sean los que le adoran. Espíritu es Dios, y por eso los que le adoran, en espíritu y verdad conviene que le adoren.» Esto es en romance claro lo que canta aquel versico tan celebrado en las escuelas de los niños. Pues que Dios es espíritu, como las *Escrituras* nos lo enseñan, por eso conviene que sea honrado con pureza y limpieza de espíritu. Por esto el profeta David, describiendo la hermosura de la Iglesia, o del ánima que está en gracia, dice que toda la gloria y hermosura de ella está allá dentro escondida, donde está guarnecida con fajas de oro y vestida de diversos colores de virtudes. Lo mismo nos significó el apóstol cuando dijo a su discípulo Timoteo: «Ejercítate en la piedad, porque el ejercicio corporal para pocas cosas es provechoso, mas la piedad para todo vale, pues a ella se prometen los bienes desta vida y de la otra.» Donde por la piedad entiende el culto de Dios y la misericordia para con los prójimos, y por el ejercicio corporal la

abstinencia y las otras asperezas corporales, como santo Tomás y Cayetano declaran sobre este paso.

Entendieron esta verdad hasta los filósofos gentiles, porque Aristóteles, que tan pocas cosas escribió de Dios, con todo eso dijo: «Si los dioses tienen cuidado de las cosas humanas, como es razón que se crea, cosa verosímil es que se huelguen con la cosa más buena y semejante a ellos; ésta es la mente o el espíritu del hombre; y por esto, los que adornaren este espíritu con el conocimiento de la verdad y con la reformación de sus afectos, éstos han de ser muy agradables a Dios.» Lo mismo sintió maravillosamente el príncipe de los médicos, Galeno, el cual, tratando en un libro de la composición y artificio del cuerpo humano, y llegando a un paso donde singularmente resplandecía la grandeza de la sabiduría y providencia de aquel artífice soberano, arrebatado en una profunda admiración de tan grandes maravillas, como olvidado de la profesión de médico y pasando a la de teólogo, exclamó diciendo: «Honren los otros a Dios con sus hecatombes -que son sacrificios de cien bueyes-; yo te honraré reconociendo la grandeza de su sabiduría, que tan altamente supo ordenar las cosas; y la grandeza de su poder, que tan enteramente pudo poner por obra todo lo que ordenó; y la grandeza de su bondad, la cual de ninguna cosa tuvo envidia a sus criaturas, pues tan cumplidamente proveyó a cada una de todo lo que le cumplía sin alguna manera de falta.» Esto dijo este filósofo gentil. Dime: ¿Qué más pudiera decir un perfecto cristiano? ¿Qué más dijera si hubiera leído aquel dicho del profeta: «Misericordia quiero y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos»? Muda las hecatombes en holocaustos, y verás la concordia que tuvo aquí el filósofo gentil con el profeta.

Mas con todos estos loores que se dan a estas virtudes, las otras que pusimos en la segunda orden, dado caso que en la dignidad sean menores, pero son importantísimas para alcanzar las mayores y conservarlas, y algunas de ellas necesarias por razón del precepto o voto que en ellas interviene. Esto se prueba claramente discurriendo por aquellas mismas virtudes que dijimos. Porque el encerramiento y la soledad excusa al hombre de ver, de oír, de hablar y de tratar mil cosas y tropezar en mil ocasiones en las cuales se pone a peligro, no sólo la paz y sosiego de la conciencia, sino también la castidad y la inocencia. El silencio ya se ve cuánto ayuda para conservar la devoción y excusar los pecados que se hacen hablando, pues dijo el Sabio que en el mucho hablar no podían faltar pecados. El ayuno, demás de ser acto de la virtud de la temperancia y ser obra satisfactoria y meritoria, si se hace en caridad enflaquece el cuerpo y levanta el espíritu y debilita nuestro adversario y dispone para la oración, lección y contemplación, y excusa los gastos y codicias en que viven los amigos de comer y beber, y las burlerías y parlerías y porfías y disoluciones en que entienden después de hartos. Pues el leer libros santos y oír semejantes sermones, y el rezar y cantar y asistir a los oficios divinos, bien se ve cómo éstos son actos de religión e incentivos de devoción y medios para alumbrar más el entendimiento y encender más el afecto en las cosas espirituales.

Pruébese también esto mismo por una experiencia tan clara, que si los herejes la miraran, no vinieran a dar en el extremo que dieron. Porque vemos cada día con los ojos y tocamos con las manos que en todos los monasterios donde florece la observancia regular y la guarda de todo lo exterior, siempre hay mayor virtud, mayor devoción, más caridad, más valor y ser en las personas, más temor de Dios, y finalmente más cristiandad.

Y por el contrario, donde no se tiene cuenta con esto, así como la observancia anda rota, así también anda la conciencia y las costumbres y la vida, porque, como hay mayores ocasiones de pecar, así hay más pecados y desconciertos. De suerte que, como en la viña bien guardada y bien cercada está todo seguro, y la que carece de guarda y de cerca está toda robada y esquilhada, así está la religión cuando se guarda la observancia regular, o no se guarda. Pues, ¿que más argumento queremos que éste, que procede de una tan clara experiencia, para ver la utilidad e importancia destas cosas?

Pues ya, si un hombre pretende alcanzar y conservar siempre aquella soberana virtud de la devoción que, siendo una sola virtud, hace al hombre hábil y pronto para toda virtud y es como espuelas y estímulo no para un bien solo, sino para todo bien, ¿cómo será posible alcanzar y conservar este afecto tan sobrenatural y tan delicado, si se descuida en la guarda de sí mismo? Porque este afecto es tan delicado y, si sufre decirse, tan fugitivo, que a vuelta de cabeza, no sé cómo, luego desaparece. Porque una risa desordenada, una habla demasiada, una cena larga, un poco de ira o de porfía o de otro cualquier distraimiento, un ponerse a querer ver, oír o entender en cosas no necesarias -aunque no sean malas- basta para agotar mucha parte de la devoción. De manera que no sólo los pecados, sino los negocios no necesarios y cualquier cosa que nos haga divertir de Dios, no hace disminuir la devoción. Porque así como el hierro, para que esté hecho fuego, conviene que esté siempre o cuasi siempre en el fuego, porque si lo sacáis de allí, de ahí a poco se vuelve a su frialdad natural, así este noble afecto depende tanto de andar el hombre siempre unido con Dios por actual amor y consideración, que, en desviándolo de

allí, luego se vuelve al paso de la madre, que es a la disposición de su propia naturaleza.

Por donde, el que trata de alcanzar y conservar este santo afecto ha de andar tan solícito en la guarda de sí mismo -esto es, de los ojos, de los oídos, de la lengua, del corazón-, ha de ser tan templado en el comer y beber, ha de ser tan sosegado en todas sus palabras y movimientos, ha de amar tanto el silencio y la soledad, ha de procurar tanto la asistencia a los oficios divinos y todas aquellas cosas que le puedan despertar y provocar devoción, que mediante estas diligencias pueda conservar y tener seguro este tan precioso tesoro. Y si esto no hace, tenga por cierto que no le sucederá este negocio prósperamente.

Todo esto nos declara bastante la importancia de

estas virtudes, dejando en su lugar y no derogando a la dignidad de las otras que son mayores. De lo cual todo se podrá colegir la diferencia que hay entre las unas y las otras, porque las unas son como fin, las otras como medio para este fin; las unas como salud, las otras como medicina con que se alcanza la salud; las unas son como espíritu de la religión, las otras como el cuerpo de ella, que aunque es menor que el espíritu, es parte principal del compuesto y de que tiene necesidad para sus operaciones, las unas son como tesoro, y las otras como llave con que se guarda este tesoro; las unas son como la fruta del árbol, y las otras como las hojas que adornan el árbol y conservan la fruta dél. Aunque en esto falta la comparación, porque las hojas del árbol de tal manera guardan el fruto, que no son parte del fruto, mas estas virtudes de tal manera son guarda de la justicia, que también son partes de justicia, pues todas éstas son obras

virtuosas que, ejercitadas en caridad, son merecedoras de gracia y gloria.

Ésta es, pues, hermano, la estima que debes tener de las virtudes de que en esta regla hemos tratado, que es lo que al principio deste capítulo propusimos, y con esta doctrina estaremos seguros de dos extremos viciosos, que es de dos grandes errores que ha habido en el mundo en esta parte, el uno antiguo de los fariseos, y el otro nuevo de los luteranos. Porque los fariseos, como gente carnal y ambiciosa y como hombres criados en la observancia de aquella ley que aún era de carne, no hacían caso de la verdadera justicia, que consiste en las virtudes espirituales, como toda la historia del evangelio nos lo muestra. Y así quedábanse, como dice el apóstol, con la imagen sola de la virtud sin poseer la substancia de ella, pareciendo buenos en lo de fuera y siendo abominables en lo de dentro. Mas los luteranos ahora, por el contrario, entendiendo este engaño, por huir de un extremo vinieron a dar en otro, que fue despreciar del todo las virtudes exteriores, cayendo, como dicen, en el peligro de Escila por huir el de Caribdis.

Mas la verdadera y católica doctrina huye de estos dos extremos y busca la verdad en el medio, y de tal manera la busca, que dando su lugar y preeminencia a las virtudes interiores, da también el suyo a las exteriores, poniendo las unas como en la orden de los senadores, y las otras como en la de los caballeros y ciudadanos, que componen una misma república, para que se sepa el valor de cada cosa y se dé a cada una su derecho.



Capítulo XV

De cuatro documentos que se siguen desta doctrina susodicha
Documento primero

Desta doctrina susodicha se infieren cuatro documentos muy importantes para la vida espiritual. El primero es que el perfecto varón y siervo de Dios no se ha de contentar con buscar solas las virtudes espirituales, aunque éstas sean las más nobles, sino debe también juntar con ellas las otras, así para la conservación de aquéllas como para conseguir enteramente el cumplimiento de toda justicia. Para lo cual debe considerar que así como el hombre no es ánima sola ni cuerpo solo, sino cuerpo y ánima juntamente -porque el ánima sola sin el cuerpo no hace hombre perfecto, y el cuerpo sin el ánima no es más que un muladar de gusanos, así también entienda que la verdadera y perfecta cristiandad no es lo interior sólo ni lo exterior sólo, sino uno y otro juntamente. Porque lo interior sólo, ni se puede conservar sin algo o mucho de lo exterior, según la obligación y estado de cada uno, ni basta para cumplimiento de toda justicia. Mas lo exterior sin lo interior no es más parte para hacer a un hombre virtuoso, que el cuerpo sin ánima para hacerle hombre. Porque así como todo el ser y vida que tiene el cuerpo se recibe del ánima, así todo el valor y precio que tiene lo exterior se recibe de lo interior, y señaladamente de la caridad.

Por donde, el que quiere vivir desengañado, así como no apartaría el cuerpo del ánima si quisiese formar un hombre, así tampoco debe apartar lo corporal de lo espiritual si quiere hacer

un perfecto cristiano. Abrace el cuerpo con el ánima juntamente, abrace el arca con su tesoro, abrace la viña con su cerca, abrace la virtud con los reparos y defensivos della, que también son parte de la misma virtud, porque de otra manera crea que se quedará sin lo uno y sin lo otro, porque lo uno no podrá alcanzar, y lo otro no le aprovechará aunque lo alcance.

Acuérdese que así como la naturaleza y el arte -imitadora de naturaleza- ninguna cosa hacen sin su corteza y vestidura, y sin sus reparos y defensivos para conservación y ornamento de las cosas, así tampoco es razón que lo haga la gracia, pues es más perfecta forma que éstas y hace sus obras más perfectamente. Acuérdese que está escrito que el que teme a Dios ninguna cosa menosprecia, y que el que no hace caso de las cosas menores, presto caerá en las mayores. Acuérdese de lo que arriba dijimos, que por un clavo se pierde una herradura, y por una herradura un caballo, etc. Acuérdese de los peligros que allí señalamos de no hacer caso de cosas pequeñas, porque ése era el camino para no lo hacer de las grandes. Mire que, en la orden de las plagas de Egipto, tras de los mosquitos vinieron las moscas, para que por aquí entienda que el quebrantamiento de las cosas menores abre la puerta para las mayores, de suerte que el que no hace caso de los mosquitos que pican, presto vendrá a parar en las moscas que ensucian.

Documento segundo

Por aquí también se conocerá en cuáles virtudes habemos de poner mayor diligencia y en cuáles menor. Porque así como los hombres hacen más por una pieza de oro que por otra de plata, y

más por un ojo que por un dedo de la mano, así conviene que repartamos la diligencia y estudio de las virtudes conforme a la dignidad y méritos de ellas. Porque de otra manera, si somos diligentes en lo menos y negligentes en lo más, todo el negocio espiritual irá desordenado. Por donde prudentísimamente hacen los prelados que así como en sus capítulos y ayuntamientos repiten muchas veces estas voces: silencio, ayuno, encerramiento, ceremonias, composición y coro, así y mucho más repiten éstas: caridad, humildad, oración, devoción, consideración, temor de Dios, amor del prójimo y otras semejantes. Y tanto más conviene hacer esto, cuanto es más secreta la falta de lo interior que la de lo exterior, y por eso aun más peligrosa. Porque como los hombres suelen acudir más a los defectos que ven que a los que no ven, corre peligro no vengan por esta causa a no hacer caso de los defectos interiores porque no se ven, haciéndolo mucho de los exteriores porque se ven.

Y, demás desto, las virtudes exteriores, así como son más visibles y manifiestas a los ojos de los hombres, así son más honrosas y más conocidas dellos, como es la abstinencia, las vigiliias, las disciplinas y el rigor y aspereza corporal. Mas las virtudes interiores, como es la esperanza, la caridad, la humildad, la discreción, el temor de Dios, el menosprecio del mundo, etc., son más ocultas a los ojos de los hombres, por donde, aunque sean de grandísima honra delante de Dios, no son de tanta honra en el juicio del mundo. Porque como dijo el mismo Señor, los hombres ven lo que por de fuera parece, mas el Señor mira el corazón. Conforme a lo cual dice el apóstol: «No es agradable a Dios el que solamente en lo público es fiel y el que públicamente trae circuncidada su carne, sino el que en lo interior de su ánima es fiel y trae circuncidado su corazón, no

con cuchillo de carne sino con el temor de Dios, cuya alabanza no es de los hombres -que no tienen ojos para ver esta espiritual circuncisión-, sino de sólo Dios.»

Pues como estas cosas exteriores sean tan aparentes y honrosas, y el apetito de la honra y de la propia excelencia sea uno de los más sutiles y más poderosos apetitos del hombre, corre gran peligro no nos lleve este afecto a mirar y celar más aquellas virtudes de que se sigue mayor honra que de las que se sigue menor. Porque al amor de las unas nos llama el espíritu, mas al de las otras espíritu y carne juntamente, la cual es vehementísima y sutilísima en todos sus apetitos. Y siendo esto así, hay razón para temer no prevalezcan estos dos afectos contra uno y así le corran el campo. Contra lo cual se opone la luz desta doctrina que aboga por la causa mejor y pide que, sin embargo de todo esto, se le dé su merecido, amonestando que se cele y encomiende con mayor diligencia lo que nos consta ser de mayor importancia.

Documento tercero

Por aquí también se entenderá que cuando alguna vez acaeciére encontrarse de tal manera las unas virtudes con las otras que no se pueda cumplir juntamente con ambas, que en tal caso, conforme a la regla y orden que hay en los mismos mandamientos de Dios cuando aciertan a encontrarse, dé lugar lo menor a lo mayor, porque lo contrario sería gran desorden y perversión. Esto dice san Bernardo en el libro *De la dispensación*, por estas palabras: «Muchas cosas instituyeron los padres para guarda y acrecentamiento de la caridad. Pues todo el

tiempo que estas cosas sirvieren a la caridad, no se deben alterar ni variar. Mas si por ventura alguna vez acertasen a serle contrarias, ¿no está claro que sería muy justo que las cosas que se ordenaron para la caridad, cuando no se compadecen con ella, o se dejasen o se interrumpiesen o se mudasen en otras por autoridad de aquéllos a quien esto incumbe? Porque de otra manera, perversa cosa sería si, lo que se ordenó para la caridad, se guardase contra la ley de la caridad. Es, pues, la conclusión, que todas estas cosas deben permanecer estables y fijas en cuanto sirven y militan para esta virtud, y no de otra manera.» Hasta aquí son palabras de san Bernardo, el cual alega para confirmación de lo dicho dos decretos, uno del papa Gelasio y otro de León.

Por do parece, tornando a nuestro propósito, que si un sacerdote fuese idóneo para predicar y confesar y hacer en esto mucho fruto, y él fuese de tal cualidad que no pudiese entender en esto sin que le dispensasen del coro o de los ayunos o de otras cosas semejantes, contra caridad sería si, por ver el coro más lleno de cantores o por no dispensar en las cosas menores, se dejasen las mayores cuales son los actos excelentes de la caridad. Porque esto sería tan gran desorden y perversión como si un hombre, por amparar el brazo, pusiese la cabeza a esperar el golpe del espada. Verdad es que este ejemplo particular no se debe entender en las órdenes monacales que están dedicadas a la vida contemplativa, como es la Cartuja, etc., porque éstas, así como tienen otro instituto y otro fin, así tienen otras reglas y medios para conseguir su fin.

De aquí también se puede colegir que hay dos maneras de justicia, una verdadera y otra falsa. Verdadera es la que abraza las cosas interiores con todas aquellas exteriores que para conservación suya se requieren. Falsa la que retiene algunas de las exteriores sin las interiores, esto es, sin amor de Dios, sin temor, sin humildad, sin devoción y sin otras semejantes virtudes, cual era la de los fariseos a quien dijo el Señor: «¡Ay de vosotros, letrados y fariseos, que pagáis muy escrupulosamente el diezmo de todas vuestras legumbres y hortalizas, y no hacéis caso de las cosas más importantes que manda la ley, que son juicio, y misericordia, y verdad!» Y en otro lugar les dice que eran muy solícitos en los lavatorios de los platos y de las manos y en otras cosas semejantes, teniendo los corazones llenos de rapiña y de maldad. Por donde en otro lugar les dice que eran como los sepulcros blanqueados, que de fuera parecían a los hombres hermosos, y dentro estaban llenos de huesos de muertos.

Ésta es la manera de justicia que tantas veces reprende el Señor en las escrituras de los profetas, porque por uno dellos dice así: «Este pueblo con los labios me honra, y su corazón está lejos de mí. Sin causa y sin propósito me honran, guardando las doctrinas y leyes de los hombres y desamparando la ley que yo les di.» Y en otro lugar: «¿Para qué quiero yo -dice él- la muchedumbre de vuestros sacrificios? Lleno estoy ya de los holocaustos de vuestros carneros y de las enjundias de vuestros ganados. No me ofrezcáis de aquí adelante sacrificios en balde. Vuestro incienso me es abominación, vuestros ayuntamientos son perversos, vuestras calendas -que son las fiestas que hacéis al principio de cada mes- y las otras festividades del año aborreció mi ánima. Molestas me son y enojosas, y paso trabajo en sufrirlas.» Pues, ¿qué es esto? ¿Condena Dios lo que él

mismo ordenó y tan encarecidamente mandó, mayormente siendo estos actos de aquella nobilísima virtud que llaman religión, que tiene por oficio venerar a Dios con actos de adoración y religión? No por cierto, mas condena los hombres que se contentaban con sólo esto sin tener cuenta con la verdadera justicia y con el temor de Dios, como luego lo significa diciendo: «Lavaos, sed limpios, quitad la maldad de vuestros pensamientos delante de mis ojos, cesad de hacer maldad y aprended a hacer bien, etc., y entonces yo perdonaré vuestros pecados y desterraré la fealdad y tizne de vuestras ánimas.

Y en otro lugar, aun más encarecidamente, repite lo mismo por estas palabras: «El que me sacrifica un buey, es para mí como si matase un hombre; el que me sacrifica otra res, como el que me despedazase un perro; el que me ofrece alguna ofrenda, como si me ofreciese sangre de puercos; el que me ofrece incienso, como el que bendijese a un ídolo. Pues, ¿qué es esto, Señor? ¿Por qué tenéis por tan abominables las mismas obras que vos mandasteis? Luego da la causa desto diciendo: «Estas cosas escogieron en sus caminos para agradarme con ellas, y con todo esto se deleitaron en sus maldades y abominaciones.» ¿Ves, pues, cuánto valen todas las cosas exteriores sin fundamento de lo interior? A este mismo propósito, por otro profeta, dice así: «Quita de mis oídos el ruido de tus cantares, que no quiero oír la melodía de tus instrumentos músicos.» Y aún en otro lugar más encarecidamente dice que derramará sobre ellos el estiércol de sus solemnidades. Pues ¿qué más que esto es menester para que entiendan los hombres lo que montan todas estas cosas exteriores, por altísimas y nobilísimas que sean, cuando les falta el fundamento de justicia, que consiste en el amor y temor de Dios, y aborrecimiento del pecado?

Y si preguntares: ¿Qué es la causa por que tanto afea Dios esta manera de servicios, comparando los sacrificios con homicidios, y el incienso con la idolatría, y llamando ruido al cantar de los salmos, y estiércol a las fiestas de sus solemnidades? La respuesta es: Porque demás de ser estas cosas de ningún merecimiento cuando carecen del fundamento que ya dijimos, toman muchos de ellas ocasión para soberbia y presunción y menosprecio de los otros que no hacen lo que ellos hacen, y lo que peor es, por aquí vienen a tener una falsa seguridad causada de aquella falsa justicia, que es uno de los grandes peligros que puede haber en este camino, porque, contentos con esto, no trabajan ni procuran lo demás. ¿Quieres ver esto muy claro? Mira la oración de aquel fariseo del evangelio, que decía así: «Dios, gracias te doy porque no soy como los otros hombres, robadores, adúlteros, injustos, como lo es este publicano. Ayuno dos días cada semana y pago fielmente el diezmo de todo lo que poseo.» Mira, pues, cuán claramente se descubren aquí aquellas tres peligrosísimas rocas que dijimos: la presunción, cuando dice: no soy yo como los otros hombres; el menosprecio de los otros, cuando dice: como este publicano; la falsa seguridad, cuando dice que da gracias a Dios por aquella manera de vida que vivía, pareciéndole que estaba seguro en ella y que no tenía por qué temer.

De donde nace que los que de esta manera son justos vienen a dar en un linaje de hipocresía muy peligrosa. Para lo cual es de saber que hay dos maneras de hipocresía: una muy baja y grosera, que es la de aquellos que claramente ven que son malos y muéstranse en lo de fuera buenos, para engañar el pueblo. Otra hay más sutil y más delicada, con que el hombre no sólo engaña a los otros, sino también engaña a sí mismo, cual era la deste fariseo, que realmente con aquella sombra de justicia no sólo

había engañado a los otros, sino también a sí mismo. Porque siendo de verdad malo, él se tenía por bueno. Ésta es aquella manera de hipocresía de que dijo el Sabio: «Hay un camino que parece al hombre derecho, y con esto va a parar en la muerte». Y en otro lugar, entre cuatro géneros de males que hay en el mundo, cuenta éste diciendo: «La generación que maldice a su padre y no bendice a su madre; la generación que se tiene por limpia, y con todo esto no está limpia de sus pecados; la generación que trae los ojos altivos y levanta sus párpados en alto; la generación que tiene por dientes cuchillos, y se traga los pobres de la tierra.» Estos cuatro géneros de personas cuenta aquí el Sabio entre las más infames y peligrosas del mundo, y entre ellas cuenta ésta de que aquí hablamos, que son los hipócritas para sí mismos, que se tienen por limpios siendo sucios como lo era este fariseo.

Éste es un estado de tan gran peligro, que verdaderamente sería menos mal ser un hombre muy malo y tenerse por tal, que ser desta manera justo y tenerse por seguro. Porque cuanto quiera que sea un hombre malo, principio es en fin de salud el conocimiento de la enfermedad. Mas el que no conoce su mal, el que estando enfermo no se quiere tener por tal, ¿cómo sufrirá la medicina? Por esta razón dijo el Señor a los fariseos que los publicanos y las malas mujeres les precederían en el reino de los cielos. Donde en el griego leemos «preceden» de presente: por donde aún está más claro lo que decimos. Esto mismo nos representan muy a la clara aquellas tan oscuras y temerosas palabras que dijo el Señor en el *Apocalipsis*: «¡Ojalá fueses, o bien frío, o bien caliente; mas porque eres tibio, comenzarte he a echar de mi boca.» Pues, ¿cómo es posible que caiga en deseo de Dios ser un hombre frío? Y ¿cómo es posible que sea de peor condición el tibio que el frío, pues está más cerca del caliente?

Oye ahora la respuesta: Caliente es aquel que, con el fuego de la caridad que tiene, posee todas las virtudes así interiores como exteriores, de que ya dijimos; frío es aquel que, así como carece de caridad, así carece de lo uno y de lo otro, así de lo interior como exterior; tibio es aquel que tiene parte de ambos los extremos, porque tiene algo de lo exterior y ninguna cosa de lo interior, a lo menos de caridad. Pues danos aquí a entender el Señor que éste tal es de peor condición que el que está del todo frío, no por ventura porque tenga más pecados que él, sino porque es más incurable su mal, porque tanto está más lejos del remedio, cuanto se tiene por más seguro. Porque, de aquella justicia superficial que tiene, toma ocasión para creer de sí que es algo, como quiera que a la verdad sea nada. Y que éste sea el sentido literal destas palabras evidentemente se ve por lo que luego en continente se sigue. Porque explicando el Señor más claramente a quién llamaba tibio, dijo: «Dices que eres rico y que no te falta nada para la verdadera justicia, y no entiendes que eres mezquino y miserable, pobre y ciego y desnudo.» ¿No te parece que ves en estas palabras dibujada la imagen de aquel fariseo que decía: «Dios, gracias te doy que no soy yo como los otros hombres», etc.? Verdaderamente éste es el que se tenía en su corazón por rico de riquezas espirituales, pues por esto daba gracias a Dios. Mas sin duda él era pobre, ciego y desnudo, pues dentro estaba vacío de justicia, lleno de soberbia y ciego para no conocer su propia culpa.

Tenemos, pues, aquí ya declarado cómo hay dos maneras de justicia, una falsa y otra verdadera, y cuán grande sea la excelencia de la verdadera, y cuánto el peligro de la falsa. Y no piense nadie que se ha perdido tiempo en gastar en esto tantas palabras; porque, pues el santo evangelio, que es la más alta de todas las escrituras divinas y la que singularmente es espejo y

regla de nuestra vida, tantas veces reprende esta manera de justicia, y lo mismo hacen tantas veces los profetas, como arriba declaramos, no era razón que pasásemos en esta regla livianamente por lo que tantas veces repiten y encarecen las escrituras divinas. Mayormente que los peligros claros y manifiestos quienquiera los conoce, porque son como las rocas que están en la mar descubiertas, y por esto tienen menos necesidad de doctrina; mas los ocultos y disimulados, como los bajos que están cubiertos con el agua, éstos es razón que estén más claramente señalados y marcados en la carta del marcar para no peligrar en ellos.

Y no se engañe nadie diciendo que entonces era esta doctrina necesaria porque reinaba mucho este vicio, y ahora no, porque antes creo que siempre el mundo fue cuasi de una manera, porque unos mismos hombres, y una misma naturaleza, y unas mismas inclinaciones, y un mismo pecado original en que todos somos concebidos -que es la fuente de todos los pecados- forzado es que para unos mismos delitos, porque donde hay tanta semejanza en las causas de los males, también la ha de haber en los mismos males. Y así, los mismos vicios que había entonces en tales y tales géneros de personas, esos mismos hay ahora, aunque alterados algún tanto los nombres de ellos, así como las comedias de Plauto o de Terencio son las mismas que fueron mil años ha, puesto caso que cada día, cuando se representan, se mudan las personas que las representan.

De donde, así como entonces aquel pueblo rudo y carnal pensaba que tenía a Dios por el pie cuando ofrecía aquellos sacrificios y ayunaba aquellos ayunos y guardaba aquellas fiestas literalmente y no espiritualmente, así hallaréis ahora muchos cristianos que oyen cada domingo su misa, y rezan por

sus horas y por sus cuentas, y ayunan cada semana los sábados a Nuestra Señora, y huelgan de oír sermones y otras cosas semejantes, y con hacer esto -que a la verdad es bien hecho- tienen tan vivos los apetitos de la honra y de la codicia y de la ira, como todos los otros hombres que nada desto hacen. Olvídense de las obligaciones de sus estados, tienen poca cuenta con la salvación de sus domésticos y familiares, andan en sus odios y pasiones y pundonores, y no se humillarán ni darán a torcer su brazo por todo el mundo. Y aun algunos dellos hay que tienen quitadas las hablas a sus prójimos, a veces por livianas causas, y muchos también pagan muy mal las deudas que deben a sus criados y a otros. Y si por ventura les tocáis en un punto de honra o de interés o de cosa semejante, veréis luego desarmado todo el negocio y puesto por tierra. Y algunos de estos son muy largos en rezar muchas coronas de avemarías, y muy estrechos en dar limosna y hacer bien a los necesitados. Y otros hallaréis que por todo el mundo no comerán carne el miércoles y otros días de devoción, y con esto murmuran sin ningún temor de Dios, y degüellan cruelísimamente los prójimos. De manera que siendo muy escrupulosos en no comer carne de animales, que Dios les concedió, ningún escrúpulo tienen de comer carnes y vidas de hombres, que Dios tan caramente les prohibió. Porque verdaderamente una de las cosas que más había de celar el cristiano es la fama y honra de su prójimo, de que éstos tienen muy poco cuidado, teniéndolo tanto de cosas sin comparación menores.

Esto y otras cosas semejantes no me puede negar nadie sino que cada día pasan entre los hombres del mundo y entre los de fuera del mundo. Y pues éste es tan grande y tan universal engaño, necesaria cosa era dar este desengaño, mayormente pues no todos los que tienen por oficio darlo lo dan. Y por esto

convenía que con doctrina clara se supliere esta falta para aviso de los que desean acertar este camino.

Y para que el cristiano lector se aproveche mejor de lo dicho y no venga a enfermar con la medicina, conviene que tome primero el pulso a su espíritu y condición para ver a lo que es más inclinado. Porque hay unas doctrinas generales, que sirven para todo género de personas, como las que se dan de la caridad, humildad, paciencia, obediencia, etc. Otras hay particulares, que son para remedios particulares de personas, que no arman tanto a otras. Porque a un muy escrupuloso es menester alargarle algo la conciencia, mas al que es largo de conciencia es menester estrechársela; al pusilánime y desconfiado conviene predicar de la misericordia, al presuntuoso de la justicia, y así a todos los demás, según nos lo aconseja el *Eclesiástico*, diciendo que tratemos con el injusto de la justicia, con el temeroso de la guerra, con el envidioso del agradecimiento, con el inhumano de la humanidad, con el perezoso del trabajo, y así con todos los demás.

Pues según esto, como haya dos diferencias de personas, unas que se acuestan más a lo interior sin hacer tanto caso de lo exterior, y otras que se inclinan más a lo exterior sin tener tanta cuenta con lo interior, a los unos conviene encarecer lo uno y a los otros lo otro, para que así vengan a reducirse los humores a debida proporción. Nos, en esta doctrina, de tal manera templamos el estilo, que cada cosa pusiésemos en su lugar, levantando las cosas mayores sin perjuicio de las menores, y encargando las menores sin agravio de las mayores. Y desta manera estaremos libres de aquellas dos peligrosísimas rocas que aquí habemos querido derribar: la una de los que precian tanto lo interior, que desprecian lo exterior, y la otra de los que

abrazando mucho lo exterior se descuidan en lo interior, mayormente en el temor de Dios y aborrecimiento del pecado.

La suma, pues, deste negocio sea fundarnos en un profundísimo temor de Dios, que nos haga temer de sólo el nombre del pecado. Y quien éste tuviere muy arraigado en su ánima téngase por dichoso, y sobre este fundamento edifique lo que quisiere. Mas el que se hallare fácil para cometer un pecado téngase por miserable, ciego y malaventurado, aunque tenga todas las apariencias de santidad que hay en el mundo.



Capítulo XVI

Segundo aviso

El segundo aviso sirve para no juzgar unos a otros en la manera de vida que cada uno tiene. Para lo cual es de saber que, como sean muchas las virtudes que se requieren para la vida cristiana, unos se dan más a unas y otros a otras. Porque unos se dan más a aquellas virtudes que ordenan al hombre para con Dios, que por la mayor parte pertenecen a la vida contemplativa; otros a las que nos ordenan para con el prójimo, que pertenecen a la activa; otros a las que ordenan al hombre consigo mismo, que son más familiares a la vida monástica.

Ítem, como todas las obras virtuosas sean medios para alcanzar la gracia, unos la procuran más por un medio y otros por otro. Porque unos la buscan con ayunos y disciplinas y asperezas corporales, otros con limosnas y obras de

misericordia, otros con oraciones y meditaciones continuas. En el cual medio hay tanta variedad, cuantos modos hay de orar y meditar, porque unos se hallan bien con un linaje de oraciones y meditaciones y otros con otras. Y así como hay infinitas cosas que meditar, así hay infinitos modos de meditación, entre los cuales aquél es mejor para cada uno, en que halla mayor devoción y más provecho.

Pues acerca desto suele haber un muy común engaño entre personas virtuosas, y es que los que han aprovechado por alguno destes medios, piensan que, como ellos medraron por allí, que no hay otro camino para medrar con Dios sino sólo aquél, y ése querrían enseñar a todos, y tienen por errados a los que por allí no van, pareciéndoles que no hay más de un camino solo para el cielo. El que se da mucho a la oración piensa que sin esto no hay salud. El que se da mucho a ayunos parecele que todo es burla sino ayunar. El que se da a la vida contemplativa piensa que todos los que no son contemplativos viven en grandísimo peligro, y toman esto tan por el cabo, que algunos vienen cuasi a deshacer, o a lo menos a tener en poco, la vida activa. Por el contrario los activos, como no saben por experiencia qué es lo que pasa entre Dios y el ánima en aquel ocio de la contemplación, y ven el provecho palpable que se sigue de la vida activa, y como el evangelio dice que en el día del juicio se ha de dar el reino de los cielos a los que se dan a esta vida, deshacen cuanto pueden la vida contemplativa, y apenas pueden aprobar vida contemplativa pura, si no es compuesta de la una y de la otra, como si esto fuese fácil de hacer a quienquiera. Asimismo, el que se da a la oración mental parecele que toda otra oración, sin ésta, es infructuosa; y el que a la vocal, dice que ésta es de mayor trabajo y que así será de mayor provecho.

De suerte que cada buhonero, como dicen, alaba sus agujas, y así cada uno, con una tática soberbia e ignorancia, sin ver lo que hace, alaba a sí mismo, engrandeciendo aquello en que él tiene más caudal. Y así viene a ser el negocio de las virtudes como el de las ciencias, en las cuales cada uno alaba y levanta sobre los cielos aquella ciencia en que él reina, apocando y deshaciendo todas las otras. El orador dice que no hay otra arte en el mundo que iguale con la elocuencia; el astrólogo, que no la hay tal como la que trata del cielo y de las estrellas; el filósofo dice otro tanto; el que se da a la escritura divina dice mucho más, y con mayor razón; el que al estudio de las lenguas, porque sirven para la *Escritura*, dice lo mismo; el teólogo escolástico no se contenta con el lugar de en medio, sino pone su silla sobre todos; y a ninguno le faltan razones, y grandes razones, para creer que su ciencia es la mejor y más necesaria. Pues esto que se halla en las ciencias tan descubiertamente, se halla en las virtudes, aunque más disimuladamente, porque cada uno de los amadores de las virtudes, por un cabo desea acertar en lo mejor, y por otro busca lo que más arma con su naturaleza, y de aquí nace que lo que a él está mejor, cree que es mejor para todos, y el zapato que a él viene justo, cree que también vendrá justo a todos los otros.

Pues desta raíz nacen los juicios de las vidas ajenas, y las divisiones y cismas espirituales entre los hermanos, creyendo los unos de los otros que van descaminados porque no van por el camino que ellos van. Casi en este engaño vivían los de Corinto, los cuales, habiendo recibido muchos y diversos dones de Dios, cada uno tenía el suyo por mejor, y así se anteponían unos a otros, prefiriendo unos el don de las lenguas, otros de la profecía, otros la interpretación de las *Escrituras*, otros el hacer milagros, y así todos los demás.

Contra este engaño no hay otra mejor medicina que aquella de que el apóstol usa en esta epístola contra esta dolencia. Donde copiosísimamente declara cómo el Espíritu Santo quiso que la Iglesia fuese un perfectísimo y hermosísimo cuerpo, digno de tal cabeza como es Cristo. Por lo cual, así como en un cuerpo conviene que haya diversos miembros los cuales tengan entre sí diversísimas figuras y oficios, así conviene que en este cuerpo místico haya esta misma variedad en diversos grados y maneras de vidas, para que de todos ellos resulte una común fábrica deste cuerpo, y una común consonancia y armonía de diversas voces. En lo cual, demás de la hermosura de la obra, resplandece también la grandeza de la bondad y misericordia divina, que así como desea comunicarse a todos y llevar a todos a su reino, así no quiso que hubiese para esto un solo camino, sino muchos y diversos según la diversidad de las condiciones y corazones de los hombres, para que así les fuese más fácil este negocio, y nadie se pudiese excusar de andar este camino.

Pues quien esto atentamente considerare, dejará a cada uno en su llamamiento, esto es, dejará al pie ser pie, y a la mano ser mano, y no querrá ni que todos sean pies, ni todos manos. Esto es lo que tan largamente pretendió persuadir el apóstol en la epístola susodicha, y esto mismo es lo que nos aconseja cuando dice: «El que no come, no menosprecie al que come». Porque por ventura aquel que no come tendrá por una parte necesidad de comer, y por otra quizá tendrá otra virtud más alta que esa que tú tienes, de que tú carecerás, por donde en lo uno no tendrá culpa y en lo otro te hará ventaja. Porque así como no menos sirven para el canto los puntos que están en regla, que los que están en espacio, así no menos sirven a la consonancia y música espiritual de la Iglesia el que come que el que no come, y el que parece que está ocioso que el que está ocupado, si en su ocio

trabaja por alcanzar con qué pueda después edificar a su prójimo.

Esto mismo nos encomienda muy encarecidamente san Bernardo avisando que, excepto aquéllos a quien es dado ser jueces y presidentes en la Iglesia, nadie se entremeta en querer escudriñar ni juzgar la vida de nadie, ni comparar la suya con la de nadie, porque no le acaezca lo que al monje que tenía por agravio que su pobreza se igualase con las riquezas de Gregorio, a quien fue dicho que más rico era él con una gatilla que tenía, que el otro con tantas riquezas.



Capítulo XVII

Tercer aviso

El postrer aviso sea éste, que porque en esta regla se han puesto muchas maneras de virtudes y documentos para reglar la vida, y nuestro entendimiento no puede comprender muchas cosas juntas, para esto conviene procurar una virtud general que las comprenda todas, y supla, según es posible, las veces de todas, que es una perpetua sollicitud y vigilancia y una continua atención a todo lo que hubiéremos de hacer y decir, para que todo vaya nivelado con el juicio de la razón. De suerte que, así como cuando un embajador hace una habla delante de un grande senado, en un mismo tiempo está atento a las cosas que ha de decir y a las palabras con que las ha de decir y a la voz y a los meneos del cuerpo, y a otras cosas semejantes, así el siervo de Dios trabaje cuanto le sea posible por traer consigo una perpetua

atención y vigilancia para mirar por sí y por todo lo que hace, para que hablando, callando, preguntando, respondiendo, negociando, en la mesa, en la plaza, en la iglesia, en casa y fuera de casa, esté como con un compás en la mano, midiendo y compasando sus obras, sus palabras y pensamientos con todo lo demás, para que todo vaya conforme a la ley de Dios y al juicio de la razón y al decoro y decencia de su persona. Porque como sea tanta la distancia que hay entre el bien y el mal, y Dios haya impreso en nuestras ánimas una luz y conocimiento de lo uno y de lo otro, apenas hay hombre tan simple, que si mira atentamente lo que hace, no se le trasluzga poco más o menos lo que debe hacer. Y así, esta atención y solicitud sirve por todos los documentos desta regla y de muchas otras.

Ésta es aquella solicitud que nos encomendó el Espíritu Santo cuando dijo: «Guarda, hombre, a ti mismo y a tu ánima solícitamente.» Esta es la tercera parte de las tres que señaló el profeta Miqueas, según que arriba alegamos, que es andar solícito con Dios, la cual es un continuo cuidado y atención de no hacer cosa que sea contra su santa voluntad. Esto nos significa la muchedumbre de ojos que tenían aquellos misteriosos animales de *Ezequiel*, con los cuales nos dan a entender la grandeza de la atención y vigilancia con que debemos militar en esta milicia, donde hay tantos enemigos y tantas cosas a que acudir y proveer. Esto nos representa aquella postura de los setenta caballeros esforzados que guardaban el lecho de Salomón, los cuales tenían las espadas sobre el muslo a punto de desenvainar, para dar a entender esta manera de atención y vigilancia con que conviene que ande el que anda siempre entre tantos enjambres y escuadrones de enemigos.

La causa desta tan grande solicitud es, demás de la muchedumbre de los peligros, la alteza y delicadeza deste negocio, mayormente en aquellos que anhelan y procuran arribar a la perfección de la vida espiritual. Porque conversar y vivir como Dios merece, y guardarse limpio y sin mancilla deste siglo, y vivir en esta carne sin tizne de carne, y conservarse sin reprehensión y sin querella para el día del Señor, como dice el apóstol, son cosas tan altas y tan sobrenaturales, que todo esto es menester y mucho más, y aun Dios y ayuda.

Mira, pues, la atención que tiene un hombre cuando está haciendo alguna obra muy delicada, porque ésta es la más delicada obra que se puede hacer, y la que pide mayor atención; mira también de la manera que anda el que lleva en las manos un vaso muy lleno de un precioso licor, para que no se le vierta nada; mira el tiento que lleva el que pasa un río por unas piedras mal asentadas para no caer o no mojarse en el agua; y, sobre todo, mira el que lleva el que anda paseándose por una maroma para no declinar un punto a la diestra ni a la siniestra por no caer, y desta manera trabaja siempre por andar, mayormente a los principios, hasta hacer hábito, con tanto cuidado y atención, que ni hables una palabra, ni tengas un pensamiento, ni hagas un meneo que desdiga un punto, en cuanto fuere posible, de la línea de la virtud. Para esto da Séneca un muy familiar y maravilloso consejo, diciendo que debía el hombre deseoso de la virtud imaginar que tiene delante sí alguna persona de grande veneración y a quien tuviese mucho acatamiento, y hacer y decir todas las cosas como las haría y diría si realmente lo tuviera delante.

Otro medio hay para esto mismo, no menos conveniente que el pasado, que es pensar el hombre que no tiene más que sólo

aquel día de vida, y hacer todas las cosas como si creyese que aquel mismo día, en la noche, hubiese de parecer ante el tribunal de Cristo y dar cuenta de sí.

Pero muy más excelente medio es andar siempre, en cuanto sea posible, en la presencia del Señor, y traerlo ante los ojos, pues en hecho de verdad él está en todo lugar presente, y hacer todas las cosas como quien tiene tal majestad, tal testigo y tal juez delante, pidiéndole siempre gracia para conversar de tal manera que no sea indigno de tal presencia. De suerte que esta atención que aquí aconsejamos ha de tirar a dos blancos: el uno a mirar interiormente a Dios y estar delante dél adorándole, alabándole, reverenciándole, amándole, dándole gracias y ofreciéndole siempre sacrificio de devoción en el altar de nuestro corazón; y el otro, mirar todo lo que hacemos, pensamos y decimos, para que de tal manera hagamos nuestras obras, que en ninguna cosa nos desviemos de la senda de la virtud. De suerte que con el uno de los dos ojos habemos de mirar a Dios pidiéndole gracia, y con el otro a la decencia de nuestra vida usando bien de ella. Y así habemos de emplear la luz que Dios nos dio en la consideración de las cosas divinas y en la rectificación de las obras humanas, estando por una parte atentos a Dios, y por otra a todo lo que debemos hacer.

Y aunque esto no se pueda hacer siempre, a lo menos procuremos que sea con la mayor continuación que pudiéremos, pues esta manera de atención no se impide con los ejercicios corporales, antes en ellos está el corazón libre para hurtarse muchas veces de los negocios y esconderse en las llagas de Cristo.



Capítulo XVIII

Cuarto aviso. De la fortaleza que se requiere para alcanzar las virtudes

El precedente aviso nos proveyó de ojos para mirar atentamente lo que debemos hacer; éste nos proveerá de brazos, que es de fortaleza para poderlo hacer. Porque como haya dos dificultades en la virtud, la una en distinguir y apartar lo bueno de lo malo, y la otra en vencer lo uno y proseguir lo otro, para lo uno se requiere atención y vigilancia, y para lo otro fortaleza y diligencia, y cualquiera destas dos cosas que falte, queda imperfecto el negocio de la virtud, porque o quedará ciego si falta la vigilancia, o manco si faltare la fortaleza.

Esta fortaleza no es aquella que tiene por oficio templar los atrevimientos y temores, que es una de las cuatro virtudes cardinales, sino es una fortaleza general que sirve para vencer todas las dificultades que nos impiden el uso de las virtudes, y por esto anda siempre en compañía dellas como con la espada en la mano, haciéndoles camino por doquiera que van. Porque la virtud, como dicen los filósofos, es cosa ardua y dificultosa, y por esto conviene que tenga siempre a su lado esta fortaleza para que le ayude a vencer esta dificultad. De donde, así como el herrero tiene necesidad de traer siempre el martillo en las manos por razón de la materia que labra, que es dura de domar, así también el hombre virtuoso tiene necesidad desta fortaleza como de un martillo espiritual por razón desta dificultad que en la virtud se halla. Por donde, así como el herrero sin martillo

ninguna cosa haría, así tampoco el amador de las virtudes sin fortaleza, por la misma razón. Si no, dime: ¿Cuál de las virtudes hay que no traiga consigo algún especial trabajo y dificultad? Míralas todas una por una -la oración, el ayuno, la obediencia, la templanza, la pobreza de espíritu, la paciencia, la castidad, la humildad-: todas ellas, finalmente, siempre tienen alguna dificultad aneja, o por parte del amor propio, o por parte del enemigo, o por parte del mismo mundo. Pues quitada esta fortaleza de por medio, ¿qué podrá el amor de la virtud desarmado y desnudo? Por do parece que sin esta virtud todas las otras están como atadas de pies y manos para no poderse ejercitar.

Y por esto tú, hermano mío, que desees aprovechar en las virtudes, haz cuenta que el mismo señor de las virtudes te dice también a ti aquellas palabras que dijo a Moisés, aunque en otro significado: «Toma esta vara de Dios en la mano, que con ella has de hacer todas las señales y maravillas con que has de sacar a mi pueblo de Egipto.» Ten por cierto que, así como aquella vara fue el instrumento de todas aquellas maravillas y la que dio cabo a aquella jornada tan gloriosa, así esta vara de virtud y fortaleza es la que ha de vencer todas las dificultades que el amor de nuestra carne y el enemigo nos han de poner delante y hacernos salir al cabo con esta empresa tan gloriosa. Y por esto nunca esta vara se ha de soltar de la mano, pues ninguna destas maravillas se puede hacer sin ella.

Por lo cual me parece avisar aquí de un grande engaño que suele acaecer a los que comienzan de nuevo a servir a Dios, los cuales, como leen en algunos libros espirituales cuán grandes sean las consolaciones y gustos del Espíritu Santo y cuánta la suavidad y dulzura de la caridad, creen que todo este camino es

de deleites, y que no hay en él fatiga ni trabajo, y así se disponen para él como para una cosa fácil y deleitable, de manera que no se arman como para entrar en batalla, sino vístense como para ir a una fiesta. Y no miran que, aunque el amor de Dios de suyo es muy dulce, el camino para él es muy agro, porque para esto conviene vencer el amor propio y pelear siempre consigo mismo, que es la mayor pelea que puede ser. Lo uno y lo otro significó el profeta Isaías cuando dijo: «Sacúdete del polvo, levántate y asiéntate, Jerusalén.» Porque en el asentar es verdad que no hay trabajo, mas haylo en el sacudir el polvo de las afecciones terrenales y en levantarnos del pecado y sueño que dormimos, que es lo que se requiere para venir a esta manera de asiento. Aunque también es verdad que provee el Señor de grandes y maravillosas consolaciones a los que fielmente trabajan y a todos aquellos que trocaron ya los placeres del mundo por los del cielo. Mas si este trueque no se hace, y el hombre todavía no quiere soltar de las manos la presa que tiene, crea que no le darán este refresco, pues sabemos que no se dio el maná a los hijos de Israel en el desierto hasta que se les acabó la harina de Egipto.

Pues tornando al propósito: los que no se armaren desta fortaleza ténganse por despedidos de lo que buscan, y sepan cierto que, mientras no mudaren los ánimos y el propósito, nunca lo hallarán. Crean que con trabajos se gana el descanso, y con batallas la corona, y con lágrimas el alegría, y con el aborrecimiento de sí mismo el amor suavísimo de Dios. Y de aquí nació reprenderse tantas veces en los *Proverbios* la pereza y negligencia, y alabarse tanto la fortaleza y diligencia, como en otra parte declaramos. Porque sabía muy bien el Espíritu Santo, autor desta doctrina, cuán grande impedimento para la virtud era lo uno y cuán grande ayuda lo otro.

De los medios por donde se alcanzará esta fortaleza

Mas por ventura preguntará qué medio [hay] para alcanzar esa fortaleza, pues también ella es dificultosa como las otras virtudes. Porque no en balde comenzó el Sabio aquél su abecedario, tan lleno de doctrina espiritual, por esta sentencia: «Mujer fuerte, ¿quién la hallará? El valor de ella es sobre todos los tesoros y piedras preciosas traídas desde los últimos fines de la tierra.»

Pues, ¿por qué medios podremos alcanzar cosa de tan gran valor? Primeramente considerando este mismo valor, porque sin duda cosa es de gran valor la que tanto ayuda para alcanzar el tesoro inestimable de las virtudes. Si no, dime: ¿Qué es la causa porque los hombres del mundo huyen tanto de la virtud? No es otra sino la dificultad que hallan en ella. Porque por lo demás, ¿qué cosa hay más honesta ni más honrosa ni más hermosa ni más provechosa que la virtud? Sola la dificultad que hay en ella es la que hace desmayar a los cobardes y perezosos. «Dice el perezoso: El león está en el camino, en medio de las plazas tengo de ser muerto.» Y en otra parte añade el mismo Sabio diciendo: «El loco mete las manos en el seno y come sus carnes, diciendo: Más vale un poquito con descanso, que las manos llenas con aflicción y trabajo.» Pues como no haya otra cosa que nos aparte de la virtud sino sólo esta dificultad, teniendo fortaleza con que vencer esta dificultad, luego es conquistado el reino de las virtudes. Pues, ¿quién no tomará aliento y se esforzará a conquistar esta fuerza, la cual ganada, es ganado el reino de las virtudes y con él el de los cielos, el cual no pueden ganar sino sólo los esforzados? Con esta misma fortaleza es

vencido el amor propio con todo su ejército, y, echado fuera este enemigo, luego es allí aposentado el amor de Dios, o por mejor decir, el mismo Dios, pues como dice san Juan, «quien está en caridad está en Dios».

Aprovecha también para esto el ejemplo de muchos siervos de Dios que ahora vemos en el mundo pobres, desnudos, descalzos y amarillos, faltos de sueño y de regalo y de todo lo necesario para la vida. Algunos de los cuales desean y aman tanto los trabajos y asperezas, que así como los mercaderes andan a buscar las ferias más ricas, y los estudiantes las universidades más ilustres, así ellos andan a buscar los monasterios y provincias de mayor rigor y aspereza donde hallen, no hartura sino hambre, no riquezas sino pobreza, no regalo de cuerpo sino cruz y mal tratamiento de cuerpo. Pues, ¿qué cosa más contraria a los nortes del mundo y a los deseos de las gentes, que andar a buscar un hombre por tierras extrañas arte y manera como ande más hambriento, más pobre, más remendado y desnudo? Obras son éstas contrarias a carne y a sangre, mas muy conformes al espíritu del Señor.

Y más particularmente aprovecha, y también condena nuestros regalos, el ejemplo de los mártires que con tales y tan crudos géneros de tormentos conquistaron el cielo. Apenas hay día que no nos proponga la Iglesia algún ejemplo destes, no tanto por honrar a ellos con la fiesta que les hace, cuanto por aprovechar a nosotros con el ejemplo que nos da. Un día nos proponen un mártir asado, otro desollado, otro ahogado, otro despeñado, otro atenazado, otro desmembrado, otro aradas las carnes con surcos de hierro, otro hecho un erizo con saetas, otro echado a freír en una tina de aceite, y otros de otras maneras atormentados. Y muchos dellos pasaron, no por un solo género

de tormento, sino por todos aquellos que la naturaleza y compostura del cuerpo humano podía sufrir. Porque a muchos, de la prisión pasaban a los azotes, y de los azotes a las brasas, y de las brasas a los peines de hierro, y de allí al cuchillo, que sólo bastaba para acabar la vida, mas no la fe ni la fortaleza.

Pues, ¿qué diré de las artes e invenciones que la ingeniosa crueldad, no ya de los hombres, sino de los demonios, inventó para combatir la fe y fortaleza de los espíritus con el tormento de los cuerpos? A unos, después de cruelísimamente llagados, hacían acostar en una cama de abrojos y de cascos de tejas muy agudas, para que por todas partes el cuerpo tendido recibiese en un punto mil heridas y padeciese un dolor universal en todos los miembros, y así fuese combatida la fe con un ejército de dolores extraños. A otros hacían pasear con las plantas desnudas sobre carbones encendidos. A otros arrastraban por cardos y rastrojos, atados a las colas de caballos no domados. Para otros inventaban ruedas horribles cercadas de navajas muy agudas, para que estando en lo alto el cuerpo fijo, esperase el encuentro de toda aquella orden de navajas que lo despedazasen. A otros tendían en unos ingenios de madera que para esto tenían hechos, y estirados allí fuertemente los cuerpos, los araban de alto a bajo con garfios de hierro.

¿Qué diré, sino que aun no contenta la ferocidad de los tiranos con todos estos ensayos de tormentos, vino a inventar otro más nuevo, que fue atar por los pies al mártir a las ramas de dos grandes árboles, abajándolas violentamente hasta el suelo, para que soltándolas después y resurtiendo a sus lugares, llevasen volando por los aires cada una su pedazo de cuerpo? Mártir hubo en Nicomedia -y como éste hubo otros innumerables- a quien, después de haber azotado tan crudamente

que no sólo habían rasgado ya la piel y los cueros, sino que ya los azotes habían comido mucha parte de la carne y llegado a descubrir por muchas partes los huesos blancos entre las heridas coloradas, y acabado este tormento, le regaron las llagas con vinagre y las polvorearon con sal, y no contentos con esto, viendo aún que todavía estaba el ánima en el cuerpo, le tendieron sobre unas parrillas al fuego, y allí le volteaban de una banda a otra con horcas de hierro, hasta que así asado ya y tostado el sagrado cuerpo, envió el espíritu a Dios. De manera que los perversos homicidas pretendían otra cosa aún más cruel que la muerte, que es la última de las cosas terribles, porque no pretendían tanto matar como atormentar, con tantos y tan horribles martirios, que sin herida ninguna de muerte hiciesen partir las ánimas de los cuerpos a poder de tormentos.

No eran, pues, estos mártires de otros cuerpos que los nuestros ni de otra masa y composición que la nuestra, ni tenían por ayudador otro Dios que el que nosotros tenemos, ni esperaban otra gloria que la que todos esperamos. Pues si éstos con tales y tantas muertes compraron la vida eterna, ¿cómo nosotros por la misma causa no mortificaremos siquiera los malos deseos de nuestra carne? Si aquéllos morían de hambre, ¿por qué tú no ayunarás un día? Si aquéllos perseveraban enclavados en la cruz orando, ¿por qué tú no perseverarás un rato de rodillas en oración? Si aquéllos tan fácilmente dejaban cortar y despedazar sus miembros, ¿por qué tú no cercenarás y mortificarás tus apetitos y pasiones? Si aquéllos estaban tanto tiempo encerrados en cárceles oscuras, ¿por qué tú no estarás siquiera un poco recogido en la celda? Si aquéllos así dejaban arar sus espaldas, ¿por qué tú alguna vez por Cristo no disciplinarás las tuyas?

Y si aun estos ejemplos no bastan, alza los ojos a aquel santo madero de la Cruz, y mira quién es aquel que allí está padeciendo tan crueles tormentos por tu amor. Mirad, dice el apóstol, a aquel que tan grandes encuentros recibió de los pecadores, porque no os canséis ni desmayéis en los trabajos. Espantoso ejemplo es éste por doquiera que lo quisierdes mirar. Porque si miras los trabajos, no pueden ser mayores; si a la persona que los padece, no puede ser más excelente; si a la causa por que los padece, ni es por culpa suya -porque él es la misma inocencia- ni por necesidad suya -porque él es señor de todo lo criado-, sino por sola caridad y amor. Y con ser esto así, padeció en su cuerpo y ánima tan grandes tormentos, que todas las pasiones de los mártires y de todos los hombres del mundo no igualan con ellos. Cosa fue ésta de que se espantaron los cielos y tembló la tierra y se despedazaron las piedras y sintieron todas las cosas insensibles. Pues, ¿cómo será el hombre tan insensible que no sienta lo que sintieron los elementos? ¿Y cómo será tan ingrato, que no procure de imitar algo de aquello que se hizo por su ejemplo? Porque por esto, como dijo el mismo Señor, convenía que Cristo padeciese y así entrase en su gloria, porque pues había venido al mundo para guiarnos al cielo, que pues el camino para él era la cruz, que fuese él en la delantera crucificado, para que así tomase esfuerzo el vasallo para pasar los menores trabajos, pues veía a su rey cargado de los mayores.

Pues, ¿quien será tan ingrato, o tan regalado, o tan soberbio, o tan desvergonzado, que viendo al señor de la majestad con todos sus amigos y escogidos caminar con tanto trabajo, que quiera él ir en una litera y gastar la vida en regalos? Mandaba el rey David a Urías, que venía de la guerra, ir a dormir y descansar a su casa y cenar con su mujer, y el buen criado

respondió: «El arca de Dios está en las tiendas, y los siervos del rey mi señor duermen sobre la haz de la tierra, ¿e iré yo a mi casa a comer y beber y descansar? Por la salud tuya y por la de tu ánima, tal cosa no haré.» ¡Oh fiel y buen criado, tan digno de ser alabado cuan indignamente muerto! Pues, ¿cómo tú, cristiano, viendo de la manera que ves a tu señor en la cruz, no tendrás este mismo comedimiento?

El arca de Dios, hecha de madera de cedro incorruptible, padece dolores y muerte, ¿y tú buscas regalos y descanso? Aquel arca, donde estaba el maná y el pan de los ángeles escondido, gustó hiel y vinagre por ti, ¿y tú buscas deleites y golosinas? Aquel arca, donde estaban las tablas de la ley, que son todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, es vituperada y tenida por locura, ¿y tú buscas honras y alabanzas? Y si no basta el ejemplo desta arca mística para confundirte, junta con ella los trabajos de los siervos de Dios que duermen sobre la haz de la tierra, conviene saber, los ejemplos y pasiones de tantos santos, de tantos profetas y mártires y confesores y vírgenes que con tantos dolores y asperezas pasaron esta vida, como lo cuenta uno dellos, diciendo así: «Los santos padecieron escarnios, azotes, prisiones y cárceles; fueron apedreados, aserrados, tentados y muertos a cuchillo; anduvieron pobrementemente vestidos de pieles de ovejas y de cabras, necesitados, angustiados, afligidos, de los cuales el mundo no era merecedor. Vivían en las soledades y desiertos, en las cuevas y concavidades de la tierra, y todos ellos en medio destos trabajos fueron probados y hallados fieles a Dios.»

Pues si ésta fue la vida de los santos, y lo que más es, del santo de los santos, no sé yo por cierto con qué título ni por cuál privilegio piensa alguno de ir adonde ellos fueron si no va por el

camino que ellos caminaron, que fue de cruz y de trabajos. Y por tanto, hermano mío, si deseas ser compañero de su gloria, procura ser yo de su pena; si quieres reinar con ellos, procura también de padecer con ellos.

Todo esto sirve para exhortarte a esta noble virtud de fortaleza, para que así seas imitador de aquella santa ánima de quien se dice ciñó sus lomos con fortaleza y esforzó sus brazos para el trabajo. Y para que traigas siempre este propósito en el corazón, escribe en las paredes de tu celda estas palabras del Salvador: *El reino de los cielos padece fuerza, y los esforzados son los que lo arrebatan.* Ítem, éstas del mismo señor: *Quienquiera que quisiere venir en pos de mí, niegue a sí mismo y tome su cruz y sígame.* Ítem éstas del santo Job: *La cruz eligió mi ánima, y la muerte desearon mis huesos.*

Para este mismo propósito sirve el segundo preámbulo que antes desta regla pusimos, y el capítulo en que hablamos de la mortificación de las pasiones y del odio santo de sí mismo, para que con todas estas exhortaciones y socorros concibamos esta determinación y fortaleza, con la cual es luego allanado el camino de la virtud.

Esto es, cristiano lector, lo que por ahora me pareció que te debía avisar para la institución y orden de tu vida. Mas porque todo esto es poco, según lo mucho que en esta parte había que decir, quise añadir aquí estas breves reglas que se siguen, para autorizar con ellas esta escritura y suplir con ellas todas las faltas e imperfecciones que por mi parte ha habido en ella.

Fin de la Regla.



Síguese, una breve regla de vida cristiana, que el reverendísimo padre fray Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, envió a una persona noble y virtuosa

Primeramente debe vuesa merced, ante todas las cosas, procurar la limpieza de su ánima, trabajando por traer la conciencia limpia de todo linaje de pecado mortal y venial grave, con todo cuidado, aviso y diligencia, sobre la cual limpieza se funda el espíritu, como sobre oro fino el rosicler. Esta pureza es el primer fundamento de todo bien, por la cual se asegura la conciencia y la salvación, y en ésta se ha de emplear todo nuestro cuidado y estudio. Valen para alcanzar esta pureza las cosas siguientes:

Clausura y recogimiento de cuerpo y de sentidos; apartar conversaciones de mundanos y visitaciones demasiadas y sin provecho; ocupación continua en buenas obras; limpiar muy a menudo el ánima con el escoba de la confesión; comulgar a menudo; tomarse cuenta a la noche de cómo ha vivido el día; pedir al Señor gracia para ello con lágrimas y gran deseo, y otras cosas desta manera. Ninguna persona debe reposar hasta haber alcanzado de Dios esta virtud, para contenerse de todo pecado mortal. Ésta es la mejor y mayor jornada para el cielo.

Lo segundo que debe hacer es ofrecer y resignar a sí mismo y a todas sus cosas que es todo cuanto tiene y sabe y puede a Dios, sujetándose a él de tal manera, que si supiese cuál es su voluntad

y de qué es él más servido y agradado, luego lo haría y pondría por obra aunque todo el mundo se lo estorbase. Esta manera de obediencia general es el fin y cumplimiento de toda justicia.

Lo tercero, debe conversar con Dios a menudo a solas, en lugar apartado, abriéndole sus entrañas y derramando delante dél su corazón con palabras vivas y entrañables, con mucha reverencia y acatamiento, como criatura a su criador, descubriéndole sus faltas, quejándose de sus tibiezas y negligencias, considerando sus dones y beneficios y misericordias, su amor, su bondad, la gloria que le tiene aparejada, y razonando con él más oyendo que hablando. Para esto basta recogerse a la oración, especialmente a las mañanas que es cuando el sentido está más descansado y más vivo, por la puerta que le abrieren, que es, o por la contrición y dolor de los pecados, o por el agradecimiento de los beneficios divinos, o por la meditación de la sagrada pasión. Tome lo que le dieren y téngalo en mucho, porque se lo den otra vez. Esta familiaridad con Dios es el venero de toda riqueza espiritual y el tesoro de toda virtud.

Lo cuarto, tenga muy gran cuidado y aviso de no perder el tiempo y este momento de vida de que depende nuestra eternidad. Siempre esté ocupado en Dios, empleando el día en oír misa -y misas, si hay oportunidad para ello-, y ógalas devotísimamente, y asimismo en rezar sus devociones, conversar con Dios a solas como dicho es, a ratos, en lecciones espirituales y meditaciones profundas de sus pecados, de la pasión, del engaño de los mortales, de la brevedad y falacia desta vida, de la eternidad de la otra, y en leer ejemplos de santos, maravillándose de las virtudes que tuvieron -variando estos ejercicios, porque no le causen hastío-. Otro rato será bien

entender en obras activas: visitar hospitales y enfermos, curarlos y darles lo necesario con toda caridad, sirviendo a Cristo en cada uno dellos. Otro rato, en labor de manos para iglesias y altares, labrando o cosiendo, etc. Otro rato hablando con alguna persona espiritual que le despierte a bien vivir, lo cual también sirve de una lícita y santa recreación. Desta manera siempre faltará día. Y para que el valor del tiempo le dé espuelas a bien obrar, ponga en su oratorio estas palabras, y piénselas muy bien: *Momentum unde pendet aeternitas*.

Lo quinto, de tal manera abrace la vida contemplativa, que no deje la activa, porque para todo hay tiempo. Y no deje sus limosnas y piedad para con los pobres, dando por sus manos a Dios lo que sobra de lo necesario para su casa y persona.

Lo sexto, que mientras tuviere enfermedades no siga asperezas corporales, porque no se haga inútil y más enfermo. Bástele sufrir con paciencia sus enfermedades por ahora. Y cuando Dios le diere fuerzas, podrá con moderación llevar la cruz de la penitencia. Por ahora procure aprovechar en las virtudes espirituales, que son las más perfectas, como son caridad, humildad, paciencia, mansedumbre, paz de corazón, gozo en el Espíritu Santo, menosprecio de sí y del mundo, recogimiento y castidad y otras semejantes, las cuales no estorba la enfermedad.

Lo séptimo, que rompa con el mundo si quiere agradar a Dios; y huya las conversaciones de las gentes, si quisiere conversar con Dios; y desprecie todos los gozos y pasatiempos corporales, si quiere gustar de los espirituales. Olvídese de quién es, y téngase por esclavo de Jesucristo. Huya de toda vanidad y cumplimiento de honra. No se le dé nada porque le reprendan, y

tengan en poco por esto, los amadores del mundo. Haga lo que cumple al servicio del eterno Dios. Aquí ponga todo su corazón, y luego despreciará todo lo demás. Nunca se aparte de su memoria gloria y pena para siempre sin fin. Sea firme y constante en lo que comenzare, y no siervo tibio y perezoso.

Lo octavo, quite toda afición y amor demasiado de criatura. Sobre todos los que ama, ame a Dios y por Dios, y deje siempre el corazón libre y desocupado para él.

Lo último, tenga mucho cuidado, si tiene casa, que todos sus súbditos vivan bien, y que sean bien tratados. No siga muchos pareceres. Asiente en un estilo de vida, y sígalo.



Síguese otra breve regla de vida cristiana, compuesta por el reverendo padre maestro Johannes de Ávila

Lo primero que debe hacer el que desea agradar a nuestro señor es tener dos ratos buenos entre día y noche diputados para oración. El de la mañana para pensar en el misterio de la pasión, y el de la noche para acordarse de la muerte, considerando muy despacio y con mucha atención cómo se ha de acabar esta vida y cómo ha de dar cuenta de la más chica palabra ociosa que hubiere hablado, con otras cosas semejantes. Y así cumplirá el consejo de la santa escritura que dice: «Acuérdate de tus postrimerías, y no pecarás jamas.»

Lo segundo sea que trabaje por traer siempre su memoria en algún buen pensamiento, porque el demonio le halle siempre ocupado, y ande siempre con una memoria que Dios le mira, trabajando de andar siempre compuesto con reverencia delante tan gran señor, gozándose de que su Majestad sea en sí mismo tan lleno de gloria como es. Desta manera le traían presente aquellos padres del Testamento Viejo, los

cuales juraban diciendo: «Vive el Señor delante de quien estoy.» Por do parece que traían consigo esta memoria. Y es mucha razón que así la traiga él, pues trae consigo un ángel que está siempre delante de Dios, cuya majestad hinche todo lo criado, diciendo el mismo Dios: «Yo hincho el cielo y la tierra.» Y pues en todo lugar está Dios tan poderoso y tan sabio y tan glorioso como en el cielo, en todo lugar es razón que nuestra alma le adore, para que ninguna criatura nos mueva a ofenderle.

El tercero sea que trabaje de confesar y comulgar a menudo, por imitar aquel santo tiempo de la primitiva Iglesia cuando comulgaban de ocho a ocho días los fieles. De cuya memoria, quedó ahora el pan bendito que dan a los domingos con la paz, para que citando vea sacar aquel pan, se acuerde que la frialdad nuestra causó que se diese aquel pan bendito, y no el mismo santísimo sacramento como antes daban, según parece por muchas historias.

El cuarto documento sea que asiente en su corazón muy fijo que, si al cielo quiere ir, que ha de pasar muchos trabajos y que ha de ser escarnecido y perseguido de muchos, conforme a aquel dicho de nuestro redentor: «Si a mí persiguieron, a vosotros perseguirán», para que estando así armado, no le aparten de sus buenos ejercicios las malas lenguas ni los contrarios que

dondequiera ha de hallar, sino como hombre que ya lo sabe, no se le haga nueva una cosa tan cierta a todos los que sirven a Dios. Sino mire a Cristo nuestro redentor y a todos los santos, que fueron por aquí, y baje la cabeza sin alboroto ninguno dejando los perros que ladren cuanto quisieren.

Sea el quinto, que ponga siempre sus ojos en sus faltas y deje de mirar las ajenas, conforme a aquel dicho de nuestro señor: «Hipócrita, ¿por qué miras la paja en el ojo de tu hermano, y no consideras tú la viga que tienes atravesada en el tuyo?» No tenga cuenta más de con sus propios defectos, y si algo viere en el prójimo digno de reprehensión, no se indigne contra él, sino compadézcase de él, porque la santidad verdadera dice san Gregorio que es compadecerse de los pecados, y la falsa indignarse contra ellos. Si son personas que tomarán su corrección, corríjalas caritativamente, conociéndose por hombre de la misma masa de Adán. Y si no lo son, vuélvase a Dios suplicándole que los remedie, y dándole gracias porque ha guardado a él de pecado semejante, hallándose muy obligado a servir al Señor que de este mal le libró, en el cual él también cayera si el Señor no le guardara.

Sea el sexto, que trabaje lo más que pudiere por hacer alguna caridad cada día a algún prójimo, acordándose de aquella sentencia del Redentor que dice: «En esto conocerán todos si sois mis discípulos, si os amareis unos a otros.» Y conforme a esto debe también tener memoria cada día de rogar a Dios por la Iglesia que con tanta costa redimió.

Sea el séptimo, que pida siempre a Dios perseverancia, acordándose del dicho de nuestro redentor, que el que perseverare hasta la fin será salvo. Y así, ponga sus ojos en la

muerte, teniendo delante que si hasta allí no dura en la virtud, que todo lo que hiciere se perderá. Y así, quite siempre los ojos del bien que hiciere y póngalos en lo que le quedaba por hacer, para que lo hecho no le ensoberbezca, y lo por hacer le ponga humildad y cuidado de pedir a Dios gracia para cumplirlo. Y tema siempre no sea él uno de aquellos que dijo el Salvador que se habían de resfriar en la caridad, porque había de abundar la malicia. Como vemos que muchos hacen, que la mucha maldad que ven por ese mundo en tanta abundancia les es ocasión de dejar los buenos ejercicios que comenzaron, y saliéndose de Sodoma, como la mujer de Lot, por tornar la cabeza atrás se quedan hechos estatuas de sal, su alma endurecida para el bien, y sabrosa y apetitosa para el mal.

Sea el octavo, que en todas sus obras busque la gloria de Dios, y no su consuelo ni su provecho, para que aunque se halle seca su alma y desconsolada, no por eso deje sus santos ejercicios con que Dios se glorifica y se sirve. Y así ordene cuanto hiciere a que Dios sea glorificado, conforme al consejo de san Pablo que dice: «Ora comáis, o bebáis, o hagáis otra cualquier cosa, todo lo haced para gloria de Dios.» Y pues las obras naturales, como el comer y beber, dice el apóstol que se hagan para gloria de Dios, mucha más razón es que se haga la oración y lo demás. Y así, pretendiendo sólo esto, no le desconsolará mucho la sequedad que a muchos desconsuela y hace aflojar en el servicio de Dios, habiendo de ser entonces más diligentes en la guarda de sí mismos y más solícitos en escudriñar si han hecho algún pecado por el cual el Señor los dejase así desconsolados, y proveer en esto con diligencia, pues las más veces nace el tal desconsuelo de soberbia o murmuración o pláticas vanas, que aunque parecen pequeña culpa, todavía desconsuelan el alma.

Sea el nono, que huya muy de raíz toda compañía que no le trajere provecho, porque della sale todo el mal que a nuestra ánima lastima, porque como dice el profeta, «la garganta de los malos es como una sepultura abierta de donde siempre salen hedores de muerte». Y por esto, siempre debe huir la compañía de los tales, porque si en ello mira, nunca hablan sino palabras conformes a la muerte que sus ánimas dentro de sí tienen. Ya mejor librar, cuando las palabras son cuerdas al parecer dellos, entonces son nocivas al prójimo, diciendo mal y murmurando. Lo cual debe él con gran cuidado huir, reprendiéndolo si es persona que aprovechará, y si no, mostrándole un semblante triste. Porque dice san Bernardo que duda él cuál peca más, el que murmura, o el que oye de buena gana murmurar. Debe luego, por no caer en este pecado, mostrar mala cara y no oír al murmurador, porque viendo su semblante, cesará su murmuración. Porque como dice san Jerónimo, pocas veces uno murmura cuando ve que el oyente oye de mala gana.

El décimo y último sea que de tal manera obre bien, que ponga sus ojos y confianza en los merecimientos de Jesucristo, no mirando a lo que hace, sino a la muerte y pasión del Redentor, porque sin él todo es poco lo que hacemos. Quiero decir, que el valor de nuestras obras nace de los merecimientos de Jesucristo y de la gracia que por él se nos da, y así debe lanzar toda soberbia y vanagloria de su corazón, por muchas obras buenas que le parezca hacer. Porque si bien mira en ello hallará que, por la mayor parte, todo cuanto hace va mezclado de mil imperfecciones, por donde más tenemos por qué pedir perdón al Señor por la mala manera de obrar, que por dónde esperar el galardón por la substancia de las obras. Porque mirada su majestad, delante cuyo acatamiento tiemblan los serafines, van nuestras obras tan tibias, tan sin reverencia y con tanta

mezcla de imperfecciones, que está muy claro aceptarlas Dios por el amor de su Unigénito hijo. Y así quitada toda liviandad de corazón, acabada la buena obra, preséntese delante de Dios pidiéndole perdón del desacato y poca reverencia con que la hizo, y ofrezca a Jesucristo al eterno padre, confiando que por amor de aquel señor el padre eterno aceptará aquella obra con que le hubiere servido. De esta manera vivirá humilde y confiado, porque el verdadero camino para el cielo dice un doctor que es obrar bien y no presumir de sí, sino poner su confianza en Cristo.



Síguese el sermón del Señor en el monte, con algunos otros pedazos de doctrina sacados del santo evangelio y de las epístolas de San Pablo. Prólogo.

Sabida cosa es que, entre todas las doctrinas que están escritas, la más alta y más divina es la que salió por la boca de aquella eterna sabiduría que nos habla en el evangelio. Y entre todas las doctrinas del evangelio, la más provechosa es aquella que el Señor predicó en el Monte -que recuenta el evangelista san Mateo en tres capítulos de su evangelio-, y la que predicó a los discípulos cuando los envió a predicar, y cuando se despidió dellos en el sermón de sobrecena. Y por esto, me pareció sería cosa conveniente para mayor luz y cumplimiento desta doctrina juntar con ella estas palabras de vida, pues está claro que, cuanto fueron enseñadas por más alto maestro, tanto son de mayor autoridad y tanto serán merecedoras de mayor atención y reverencia. Así que, pues hasta aquí habemos oído a los

ministros de Dios, oigamos ahora al mismo Dios que habla por boca de su Unigénito hijo. Si hasta aquí habemos bebido de los chorrillos de la sabiduría humana, bebamos ahora de la misma fuente de vida. Y si teníamos en poco las palabras salidas del pecho de un hombre mortal, tengamos en mucho las que salieron de aquel armario donde están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios.

Entendía aquel gran filósofo Platón que Dios merecía ser venerado y honrado sobre todas las cosas, y decía que ninguna cosa había más excelente que aquella virtud que se llama religión, con la cual veneramos a Dios. Mas no sabía él con qué manera de culto y veneración había de ser honrado. Y por esto dice que deseaba ser discípulo de quien le enseñase con qué género de ritos y ceremonia agradecería a aquella soberana majestad, porque veía al mundo muy vario y perplejo en este negocio. Pues quienquiera que este deseo tuviere, aquí le presentamos el Unigénito hijo de Dios salido del pecho del eterno padre, para dar nuevas al mundo de lo que allí dentro pasa, y para dar noticia a los hombres de las cosas que más agradan y deleitan a aquellas beatísimas entrañas de donde él salió.

Ésta es la regla de las reglas y la doctrina de las doctrinas y la medida con que se han de reglar y medir todas las otras reglas e institutos de vida. Porque cuanto más se llegaren a ésta y mejor encaminaren todos sus ritos y ceremonias a alcanzar el cumplimiento della, tanto serán más acertadas, y cuanto más se desviaren desta, tanto menos lo serán. Lo que aquí principalmente se enseña es caridad, humildad, castidad, mansedumbre, paciencia, obediencia, misericordia, limosna, oración, pureza de intención, limpieza de corazón, pobreza de

espíritu, menosprecio de mundo, mortificación de apetitos, y negamiento de sí mismo y de su voluntad, con otras virtudes semejantes que tan a menudo se predicán y encarecen en el evangelio. Pues cuanto las vidas de los hombres y las reglas humanas más se llegaren a esto, tanto serán más perfectas, y cuanto menos se allegaren, menos.

Resta luego que, pues esta doctrina es de tanta dignidad, que todas las veces que nos llegáremos a leerla, nos lleguemos con aquel acatamiento y reverencia que llegaríamos a unas preciosas reliquias que hubiesen tocado en el mismo cuerpo de Cristo. Porque pues estas palabras salieron de su mismo pecho, no menos se deben tener por reliquias, que las que tocaron en su sacratísimo cuerpo, sino mucho más. Acordémonos que está escrito: «¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y manso y que tiembla de mis palabras?» Y en otro lugar: «Oíd -dice el profeta- la palabra del Señor los que treméis cuando la oís. Porque sólo aquél digna y fructuosamente la oye, que desta manera la oye.» Aparéjese, pues, el hombre cuando quisiere leer esta escritura, haciendo primero oración al Señor, pidiendo lumbre para entenderla, espíritu para sentirla y fuerzas para obrarla, para que así le comprenda aquella bendición del Señor que dice: «Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan.»

I

Por razón de la brevedad deste volumen no se pone aquí la declaración desta doctrina. Bastará declarar algunos pasos que

tienen necesidad de declaración, remitiendo lo demás al espíritu y devoción del que esto leyere.

En el número I, donde dice: «Yo digo a vosotros», nota que por «juicio» entiende aquí el juzgado donde había pocos jueces y era liviana la pena. Por «concilio» entiende el juzgado donde todos los jueces juzgaban, como en cosa de más calidad. Añade nuestro redentor sobre estos dos juicios el tormento del infierno.

En el número II, donde dice: «Conciértate con tu adversario», nota que en esto se nos enseña con cuánta diligencia habemos de procurar que no se rompa la caridad, y el peligro que, de no hacerlo, nos puede venir. Pónese por ejemplo señaladamente la materia de los pleitos, que suelen ser ocasiones de muchos males. Son en él particularmente reprendidos los deudores avarientos que no quieren pagar lo que deben, sin pleitos y sin contiendas. Es ejemplo universal para otras muchas cosas.

En el número III, donde dice: «Si tu ojo derecho», nota que aquí nos enseña con cuánto cuidado debemos excusar todas las ocasiones de pecados, aunque sea apartándonos de cosas de grande gusto e importancia, las cuales significó por nombre de ojos y pies y manos, mandándonos que no tengamos ley con nada desto, porque la tengamos con Dios. Porque la naturaleza humana es tan flaca y tan inclinada al mal, que teniendo el objeto y la ocasión presente, es como milagro dejar de peligrar.

En el número IV, donde dice: «Cuando orareis, no gastéis muchas palabras», nota que no se reprende aquí la oración larga y prolija, pues el Señor la hizo tal en el huerto, sino aquellos que piensan que la razón total de ser oídos es mucho número de oraciones dichas sin espíritu y sin atención, creyendo que el

valor de las oraciones es como el de los dineros, que cuando son muchos valen más.

En el número V, donde dice: «Cuando ayunas, unge tu cabeza», etc., no se entiende otra cosa más de que disimulemos y encubramos decentemente así el ayuno como cualquier otro bien que hiciéremos, por el peligro de la vanagloria.

En el número VI, donde dice: «La candela de tu cuerpo es tu ojo», nota que aquí habla de la intención en el bien obrar, la cual es lo que los ojos en el cuerpo. Porque si los ojos están ciegos, todo el cuerpo y todos los miembros están ciegos, y por el contrario, si están claros y limpios. Así pues, cuando la intención es pura y limpia, todo el cuerpo de la obra es limpio; mas si la intención es mala o vana, tal es también el cuerpo de la obra que se hace con ella.



Síguese el sermón del Señor en el monte, contenido en el capítulo V y VI y VII de San Mateo

«Viendo Jesús las compañías, subió en el Monte. Y como se hubiese sentado, llegaron a él sus discípulos, y abriendo su boca, enseñábalos diciendo:

»Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque dellos es el reino de los cielos.

»Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

»Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

»Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos recibirán hartura.

»Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzaran misericordia.

»Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

»Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

»Bienaventurados los que padecen persecución por hacer lo que deben, porque dellos es el reino de los cielos.

»Bienaventurados sois cuando os injuriaren los hombres y os persiguieren y dijeren muchos males contra vosotros, y esto dijeren por mi causa y mintiendo. Alegraos y gozaos, porque vuestro premio es abundante en los cielos. Porque desta manera persiguieron a los profetas que fueron ante vosotros.

»Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal pierde su sabor, ¿con qué podrá ser salada? Para ninguna cosa aprovecha de ahí adelante, sino para que sea lanzada fuera y pisada de los hombres.

»Vosotros sois luz del mundo. No puede la ciudad que está edificada en el monte ser escondida, ni encienden la candela y la ponen debajo del almud, sino sobre el candelero, para que dé luz a todos los que están en casa. Desta manera resplandezca vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro padre que está en los cielos.

»No penséis que fue mi venida para destruir la Ley o los profetas. No vine para destruir la Ley, sino para cumplirla. Dígoos de verdad que antes pasará el cielo y la tierra que una jota o un punto de la Ley se deje de cumplir, hasta que todas las cosas sean hechas. Cualquiera, pues, que quebrantare uno de estos mandamientos pequeños y así lo enseñare a los hombres, pequeño será llamado en el reino de los cielos. Mas el que obrare y enseñare, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Dígoos de verdad que si no fuere mayor vuestra justicia que la de los escribas y fariseos, no podéis entrar en el reino de los cielos.

»Oído habéis que fue dicho a los antiguos: 'No matarás, y cualquiera que matare quedará obligado a juicio.' Yo digo a vosotros que cualquiera que se airare contra su hermano será obligado a juicio. Y cualquiera que dijere contra su hermano apuntamiento de injuria será obligado a concilio. Cualquiera que le dijere loco será obligado a la llama del infierno.

»Pues si llevares tu ofrenda al altar y ahí te viniere a la memoria que tu prójimo tiene alguna razón de enojo contra ti, deja allí la ofrenda delante del altar, y ve y reconcíliate primero con tu hermano; y cuando esto hayas hecho, ve y ofrece tu ofrenda.

»Conciértate con tu adversario de presto, entretanto que estuvieres en el camino con él, porque por ventura tu contrario no te lleve delante del juez, y el juez te entregue al ministro, y seas metido en la cárcel. Dígote de verdad que no saldrás de allí hasta que hayas pagado hasta el último cuatrín.

»Oísteis que fue dicho a los antiguos: 'No cometerás adulterio.' Yo digo a vosotros que todo aquel que mirare a la mujer para codiciarla, ya cometió adulterio contra ella dentro de su corazón. Pues si tu ojo derecho fuere escándalo para ti, sácalo y lánzalo fuera, porque mejor te será que uno de tus miembros perezca, que ser todo tu cuerpo echado en la llama del infierno. Y si tu mano derecha te escandalizare, córtala y lánzala de ti, porque mejor te será que perezca uno de tus miembros, que ser echado todo tu cuerpo en el infierno.

»Dicho está: 'Cualquiera que desechare a su mujer, déle carta de quitación.' Yo digo a vosotros que todo aquel que dejare a su mujer, si no fuere por causa de fornicación, hace que ella sea adúltera, y el que se casare con ella comete adulterio.

»Ítem, habéis oído que fue dicho a los antiguos: 'No te perjurarás, y cumplirás con el Señor lo que jures.' Yo digo a vosotros que en ninguna manera juréis: ni por el cielo, porque es trono de Dios; ni por la tierra, porque es estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es ciudad del grande rey. Ni tampoco jurarás por tu cabeza, porque no es en tu poder hacer un cabello blanco o negro. Será, pues, vuestra habla sí por sí y no por no, porque lo que demás desto se añade, de mala raíz procede. Oído habéis que fue dicho: 'Ojo por ojo y diente por diente.' Yo digo a vosotros que no resistáis al mal. Antes si alguno te diere una bofetada en tu maxila derecha, ofrécele la otra; y al que quisiere

contender contigo por pleito y llevarte tu sayo, déjale también la capa; y si alguno te llevare por espacio de mil pasos, ve con él dos mil. Al que te pidiere, darás, y no desecharás al que te pidiere prestado.

»Oído habéis que fue dicho: 'Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo.' Yo digo a vosotros: Amad a vuestros enemigos, orad bien a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, haced oración por los que os perjudican y persiguen, porque seáis hijos de vuestro padre que está en los cielos, el cual deja salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores. Porque si solamente amareis a los que os aman, ¿qué premio tenéis por esto? ¿Por ventura no hacen esto mismo los publicanos? Y si solamente saludareis y tratareis amigablemente a vuestros hermanos, ¿qué cosa de ventaja hacéis? ¿Por ventura no hacen esto mismo los publicanos? Seréis, pues, vosotros perfectos como es perfecto vuestro padre que está en los cielos.



Capítulo VI

»Mirad bien que no hagáis vuestra limosna en presencia de los hombres para ser vistos dellos, porque de otra manera no tenéis premio de mano de vuestro padre que está en los cielos. De manera que, cuando tú hicieres limosna, no vaya la trompeta pregonando delante de ti, de la manera que lo hacen los hipócritas en las congregaciones y conventículos, para ser de los hombres glorificados. Dígoos de verdad que ya tienen recibido

su galardón. Mas tú, cuando hicieres limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha, porque tu limosna sea en secreto, y tu padre que lo ve en secreto te lo pagará en pública plaza.

»Semejantemente, cuando orareis no seréis como los hipócritas, que suelen estar orando en los ayuntamientos y rincones de las plazas para que los vean los hombres. Dígoos de verdad que recibieron ya su galardón. Pues tú, cuando oras, entra en tu retrainamiento y, cerrada tu puerta, haz oración a tu padre en oculto, y tu padre que lo ve en oculto te dará en público el galardón.

»Y cuando orareis, no gastéis muchas palabras como hacen los gentiles, pensando que por hablar mucho serán oídos. No seáis, pues, semejantes a ellos, porque bien sabe vuestro padre lo que habéis menester antes que le pidáis. Oraréis, pues, en esta forma: *Padre nuestro que estás en los cielos, tu nombre sea santificado. Venga el tu reino. Hágase en la tierra tu voluntad así como se hace en el cielo. Nuestro pan de cada día dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros las perdonamos a nuestros deudores. Y no nos traigas en tentación, sino líbranos del mal. Amén.* Porque si perdonareis sus pecados a los hombres, el padre celestial perdonará a vosotros. Mas si vosotros no perdonareis a los hombres, ni vuestro padre perdonará a vosotros los vuestros.

»Cuando ayunareis, no os hagáis tristes como los hipócritas, los cuales demudan sus gestos para que los hombres vean que ayunan. Dígoos de verdad que tienen recibido ya su galardón. Mas tú, cuando ayunares, unge tu cabeza y lava tu rostro para que los hombres no vean que ayunas, sino tu padre que está en

oculto, y este padre que lo ve en secreto te dará la paga en público.

»No alleguéis vuestros tesoros en la tierra, donde la carcoma y la polilla corrompen y donde los ladrones cavan y hurtan, mas poned vuestros tesoros en el cielo, donde ni la carcoma ni la polilla corrompen, y donde los ladrones no cavan ni hurtan. Porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón.

»La candela del cuerpo es el ojo. De manera que si tu ojo fuere simple, todo tu cuerpo será resplandeciente; mas si fuere malo tu ojo, todo tu cuerpo será tenebroso. Pues si la lumbre que es en ti son tinieblas, las mismas tinieblas, ¿qué tan grandes serán?

»Ninguno puede servir a dos señores, porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o allegarse ha al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

»Por tanto, os digo que no seáis solícitos para vuestra vida de lo que habéis de comer y beber, ni para vuestro cuerpo de lo que habéis de vestir. ¿Por ventura no vale la vida más que el manjar, y el cuerpo más que la vestidura? Volved los ojos a las aves del cielo, que ni siembran ni cogen ni amontonan en las trojes, y vuestro padre celestial les da de comer. ¿Por ventura no sois vosotros más aventajados que ellas? ¿Quién de vosotros con su solicitud puede añadir un codo a su estatura? Pues de la vestidura también, ¿para qué tenéis congoja? Parad mientes en los lirios del campo, cómo crecen sin trabajar ni hilar: dígoos de verdad que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno déstos. Pues si el heno del campo, que hoy es y mañana lo echan

en el horno, así viste Dios, ¿cuánto mas a vosotros, hombres de poca fe? Así que no tengáis congoja diciendo qué comeremos o qué beberemos o con qué nos cubriremos, porque todas estas cosas buscan los gentiles. Sabe bien vuestro padre celestial que de todas estas cosas tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino de Dios y su justicia, y estas cosas todas se os añadirán. Así que no seáis solícitos para mañana, porque el día de mañana amanecerá con su solicitud. Bástate a cada día su propia fatiga.»



Capítulo VII

»No juzguéis, porque no seáis juzgados. No condenéis, porque no seáis condenados. Porque de la manera que juzgareis seréis juzgados, y con la medida que midiereis seréis medidos. ¿Por qué estás atento a la paja que está en el ojo de tu hermano y no ves la viga que está en el tuyo? ¿Cómo, veamos, dirás a tu hermano: 'Espera, sacaré una pajueta de tu ojo', teniendo tú una viga en el tuyo? Hipócrita, lanza primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la pajueta del ojo de tu hermano.

»No deis lo que es santo a los perros ni lancéis vuestras piedras preciosas ante los puercos, porque por ventura no las pisen con sus pies, y los perros, vueltos contra vosotros, os despedacen.

»Pedid y daros han, buscad y hallaréis, llamad y abriros han, porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama le abren. ¿Por ventura hay entre vosotros algún hombre

que, pidiéndole su hijo pan, le dé una piedra, o que si le pidiere un pez le dé una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenos dones a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro padre que está en los cielos dará buenas cosas a quien se las pidiere?

»Todo aquello que queréis vosotros que los otros hombres hagan con vosotros, aquello mismo haced vosotros con ellos, porque esto es la Ley y los profetas.

»Entrad por la puerta angosta. Porque ancho y espacioso es el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por él; porque angosta es la puerta y estrecha la carrera que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.

»Guardaos atentamente de los falsos profetas que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, y dentro son lobos robadores. Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura cogen uvas de las espinas, o higos de los abrojos? Pues desta manera, todo buen árbol da buenos frutos, y el árbol podrido da mal fruto. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el malo buenos. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado en el fuego. Por sus obras, pues, los conoceréis.

»No todo aquel que me dice 'señor, señor' entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi padre que está en ellos. Muchos me dirán en aquel día: 'Señor, señor, ¿no profetizamos en nombre tuyo? ¿No lanzamos en tu nombre demonios e hicimos en tu nombre muchas maravillas?' Entonces responderles he: 'Nunca os conocí; apartaos de mí los que obráis maldad.'

»Pues todo aquel que oye estas mis palabras y las pone por obra será semejante a un varón sabio que edificó su casa sobre peña; y descendió la lluvia y vinieron los ríos y soplaron los vientos y combatieron aquella casa, y no cayó, porque estaba fundada sobre piedra. Por el contrario, todo aquel que oye estas mis palabras y no las pone por obra será semejante a un hombre loco que edificó su casa sobre arena; y descendió la lluvia y vinieron los ríos y soplaron los vientos y embistieron sobre aquella casa, y cayó y fue grande su caída.

»Y aconteció que, como estas palabras acabase Jesús, se espantaron las compañías de su doctrina, porque los enseñaba como quien tiene potestad, y no como los letrados de la Ley.»

Ítem, en el capítulo XXV de san Mateo, hablando el Señor de las obras de misericordia, dice así:

«Cuando venga el Hijo del hombre en su majestad, y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre la silla de su majestad. Y juntarse han delante dél todas las gentes, y apartará los unos de los otros de la manera que el pastor aparta las ovejas de los cabritos, y pondrá las ovejas a la diestra y los cabritos a la siniestra. Entonces dirá el rey a los que estuvieren a su diestra: 'Venid, benditos de mi padre, y tomad el reino que os está aparejado desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y dísteisme de comer, tuve sed y dísteisme de beber, era huésped y recogísteisme, estaba desnudo y vestísteisme, estaba enfermo y visitásteisme, estaba en la cárcel y vinisteis a mí.» Entonces le responderán los justos, diciendo: 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? ¿Y cuándo te vimos huésped y te recogimos, o desnudo y te cubrimos? ¿O cuándo te vimos enfermo o encarcelado y

vinimos a ti?' Y respondiendo el rey, decirles ha: 'En verdad os digo que cuando esto hicisteis a uno destos pequeñuelos hermanos míos, a mí lo hicisteis.'

»Entonces dirá también a los que estuvieren a su siniestra: 'Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está aparejado al diablo y a sus ángeles. Porque hube hambre y no me disteis de comer, y sed y no me disteis de beber, era huésped y no me recogisteis, andaba desnudo y no me vestisteis, estaba enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.' Entonces responderán los malos, diciendo: 'Señor, ¿cuándo te vimos hambriento o sediento o huésped o desnudo o enfermo o en la cárcel y no te proveímos?' Entonces responderles ha, diciendo: 'En verdad os digo que cuando no lo hicisteis a uno destos menores, ni a mí lo hicisteis.' E irán estos al tormento eterno, y los justos a la vida eterna.»

Ítem, en el capítulo X de san Mateo, enviando el Señor los discípulos a predicar, les dio esta regla de perfección y vida apostólica. En el cual dice así:

«Y llamando Jesús sus doce discípulos, dioles poder para lanzar los espíritus sucios y curar toda manera de enfermedades y dolencias en el pueblo. Y díjoles: 'Id y predicad que es llegado ya el reino de los cielos. Curad los leprosos, lanzad los demonios: de balde lo recibisteis, de balde lo dad. No queráis llevar oro ni plata, ni dinero en vuestras bolsas, ni alforjas para el camino, ni vestiduras dobladas, ni zapatos ni bordón, porque merecedor es el trabajador de su manjar. En cualquier ciudad o castillo que entrareis preguntad quién allí sea digno, y estad en

su casa hasta que de allí os vayáis. Y entrando en la casa, saludadla diciendo: *Paz sea en esta casa*. Y si allí estuviere algún hijo de paz, descansará sobre él vuestra paz; y si no, volverse ha con vosotros.»

»Mirad que os envío como a corderos entre lobos. Y por esto, conviene que seáis prudentes como serpientes, y simples como palomas. Y parad mientes en los hombres, porque os han de entregar a los concilios y azotar en sus sinagogas y llevar ante los presidentes y reyes para testimonio de ellos y de las gentes. Y cuando os entregaren a ellos, no os paréis a pensar qué ni cómo hablaréis, porque en aquella hora se os dará lo que habéis de hablar: porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el espíritu de vuestro padre que hablará en vosotros. Y entregará el hermano a su hermano a la muerte, y el padre a su hijo, y levantarse han los hijos contra los padres y matarlos han, y seréis aborrecibles a todos los hombres por amor de mí. Mas el que perseverare hasta la fin, será salvo.

»No es el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre su señor. Basta al discípulo que sea como su maestro, y al siervo que sea como su señor. Pues si al padre de la familia llamaron Belzebub, ¿cuánto más llamarán a los de su casa? No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el ánima, sino temed a aquel que después de muerto el cuerpo puede enviar el ánima al infierno. ¿Por ventura no se venden cinco pájaros por un muy bajo precio? Y con esto ni uno sólo de ellos cae en el lazo sin consentimiento de vuestro padre. Pues tened por cierto que él tiene contados todos vuestros cabellos. Así que no tenéis por qué temer, porque más valéis vosotros que muchos pájaros.

»En verdad os digo que quienquiera que me confesare delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi padre; y quien delante de ellos me negare, yo le negaré delante de mi padre. No penséis que vine a poner paz en la tierra, porque no vine a poner paz sino cuchillo, ca vine a apartar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra. Y enemigos del hombre serán los mismos de su casa. El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí. Y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí. Y el que no lleva su cruz a cuevas y va en pos de mí no es digno de mí. El que ama su vida, ése la pierde, y el que la perdiere por amor de mí, ése la hallará en la vida eterna. El que recibe a vosotros a mí recibe, y el que a mí recibe recibe aquel que me envió. El que recibe al profeta porque es profeta recibirá galardón de profeta. Y el que recibe al justo porque es justo recibirá galardón de justo. Y quienquiera que diere a beber a uno destes un solo jarro de agua fría porque es discípulo mío, en verdad os digo que no perderá su galardón.»



Síguese otro pedazo de doctrina singular sacada del sermón de sobrecena que el Salvador predicó víspera de su pasión a los discípulos

Acabados los misterios de la cena, predicó el Señor un sermón de grande consolación y doctrina a sus discípulos, donde entre otras muchas cosas dice así:

«Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos a otros así como yo os amé. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amareis unos a otros. Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros así como yo os amé. Ninguno tiene mayor amor que aquel que pone la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hicierais lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor, mas a vosotros llamé amigos, porque os di parte de todo lo que supe de mi padre. No me escogisteis vosotros, sino yo os escogí y diputé para que vayáis y fructifiquéis, y vuestro fruto permanezca; para que cualquier cosa que pidierais al padre en mi nombre, os sea concedida.

»Esto os mando: que os améis unos a otros. Si el mundo os aborreciere, acordaos que primero me aborreció a mí. Si fuereis del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; mas porque no sois del mundo -por haberos yo escogido del mundo-, por eso os aborrece el mundo. Acordaos de una palabra que os dije: No es mayor el siervo que su señor. Si a mí persiguieron, a vosotros perseguirán, y si a mí anduvieron mirándome a las palabras, también andarán mirando las vuestras.

»En verdad, en verdad os digo que el que en mí creyere hará las obras que yo hago, y aun mayores las hará. Porque yo voy al padre, y cualquier cosa que le pidierais en mi nombre, yo la alcanzaré, para que así sea glorificado el padre en el hijo. Si alguna cosa pidierais al padre en mi nombre, yo la acabaré con él. Si me queréis bien, guardad mis mandamientos, y yo rogaré al padre, y daros ha otro consolador que permanezca con vosotros eternamente, que es el espíritu de verdad a quien el mundo no puede recibir porque no le ve ni le conoce. Mas vosotros le conoceréis, porque en vosotros permanecerá y estará.

No os tengo de dejar huérfanos; vendré a vosotros. De aquí a muy poco no me verá el mundo, mas vosotros me veréis, porque yo vivo, y vosotros viviréis. En aquel día conoceréis cómo yo estoy en mi padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama. Y el que me ama será amado de mi padre, y yo le amaré y me le daré a conocer.»

Y más abajo, avisándoles de los peligros y trabajos venideros, dice así:

«En verdad os digo que lloraréis y plantearéis vosotros, y el mundo se alegrará, y vosotros os entristeceréis; mas vuestra tristeza se volverá en alegría. La mujer, cuando pare, tristeza tiene porque es llegada su hora, mas después que ha parido, ya no se acuerda del trabajo pasado, por el gozo que recibe de ver un hombre nacido en el mundo. Pues así vosotros ahora tenéis tristeza, mas yo os volveré a ver otra vez, y gozarse ha vuestro corazón, y vuestro gozo nadie os le quitará.

»En verdad, en verdad os digo que si alguna cosa pidieréis al padre en mi nombre, que os la dará. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Estas cosas os he hablado oscuramente; mas ya se llega la hora cuando no os hablaré oscuramente, sino descubiertamente os hablaré de mi padre. En aquel día pediréis en mi nombre y no digo yo que rogaré al padre por vosotros, porque el padre os ama, porque vosotros me amasteis y creísteis que salí dél. Salí del padre y vine al mundo, y otra vez vuelvo a dejar el mundo y tomo al padre.»

Y más abajo, haciendo oración por los discípulos, dice así:

«Padre santo, guarda a éstos que me diste en tu nombre, para que así sean una misma cosa, así como nos lo somos. Cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre, y ninguno de ellos se perdió sino sólo el hijo de la perdición, para que se cumpliese la *Escritura*. Mas ahora yo vuelvo a ti, y hablo estas cosas en el mundo para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les di tus palabras, y el mundo los aborreció porque no son del mundo. No te ruego que los saques del mundo, sino que los guardes de mal. Santifícalos de verdad. Tu palabra es verdad. Así como tú me enviaste al mundo, así yo los envíe al mundo. Y yo por ellos santifico a mí mismo, porque ellos sean santos de verdad. Y no ruego solamente por ellos, sino también por todos aquellos que han de creer en mí mediante su palabra. Yo les he dado la claridad que tú me diste, para que ellos sean una cosa, así como nos lo somos, yo en ellos, y tú en mí, para que sean consumados en uno y conozca el mundo que tú me enviaste y amaste a ellos así como a mí amaste. Padre, quiero que los que me diste estén conmigo adonde yo estuviere, para que vean la claridad que tú me diste.»



Síguese un breve paráfrasis sobre algunos capítulos de las epístolas de San Pablo, y primero sobre el capítulo XII de la epístola a los romanos, donde concluye la epístola, diciendo así:

«Ruégoo, hermanos míos, por la misericordia de Dios, que le ofrezcáis vuestros cuerpos así como un sacrificio vivo, santo y agradable a Dios. Y mirad que vuestro servicio sea reglado con la razón. Y no queráis conformaros con este siglo, sino reformaos con la novedad del conocimiento que os es dado, para que con él entendáis cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta. Y por esto aconsejo -por la gracia que me es dada- a todos los que están entre vosotros que nadie quiera saber más de lo que conviene saber, sino procure saber lo que le basta según la medida de la fe que le es dada. Porque así como en un cuerpo hay muchos miembros, mas no todos ellos tienen un mismo oficio, así todos nosotros, aunque muchos, somos una misma cosa en Cristo, y los unos somos miembros de los otros. Y así tenemos diferentes dones de Dios según la diversidad de la gracia que nos es dada, de los cuales debe cada uno usar según su llamamiento: el que profetiza, mirando que su profecía sea conforme a la lumbre de la fe; el que recibió algún ministerio, en administrarlo; el que enseña, en el trabajo del enseñar; el que amonesta, en amonestar; el que da lo que tiene por Dios, que lo dé con simplicidad; el que preside sobre otros, que sea con solicitud; el que usa de misericordia, que sea con alegría.

»Teneos amor sin fingimiento, aborreced el mal, allegaos al bien. Amaos con amor de hermanos, y tomad siempre la delantera en honraros unos a otros. Sed solícitos, y no perezosos; sed fervientes en el espíritu para servir al Señor. Estad gozosos con la esperanza, sed sufridos en la tribulación,

daos con toda instancia a la oración o socorred a las necesidades de los santos, acoged en vuestra casa los peregrinos. Bendecid a los que os persiguen; bendecidlos, y no los queráis maldecir. Gozaos con los que se gozan, llorad con los que lloran. Sentid todos una misma cosa. No seáis altivos en vuestros pensamientos, sino antes os acomodad a los pequeñuelos y humildes. No os tengáis por prudentes en vuestra estimación. A ninguno deis mal por mal, y proveed que viváis con tanta honestidad, que ni Dios ni los hombres tengan justa querrela de vosotros. Y si fuere posible, a lo menos cuanto es de vuestra parte, trabajad por tener paz con todos los hombres. No os queráis defender, hermanos míos, sino dad lugar a la ira, pues está escrito: 'A mí se deje la venganza, que yo daré a cada uno su merecido, dice el Señor.' Antes, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer, y si sed, dale de beber, porque haciendo esto, le pondrás carbones de fuego sobre la cabeza para encenderle en tu amor. No te dejes vencer del mal, desistiendo de hacer virtud por la culpa de otro, sino trabaja por vencer los males ajenos con beneficios.»

Síguese el capítulo IV y V y VI de la epístola a los de Éfeso.

«Ruégoo, hermanos míos, yo, preso en esta cadena por la gloria del Señor, que viváis conforme al llamamiento a que sois llamados con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos unos a otros con caridad, procurando conservar entre vosotros la unidad del espíritu mediante el vinculo de la paz, a la cual pertenece conservar esta unidad. Seamos todos un mismo cuerpo y un mismo espíritu, pues somos llamados a la esperanza de un mismo galardón. Uno es el Señor que todos

tenemos, una la fe, uno el bautismo, un Dios y padre de todos, que es sobre todos y por todas las cosas, y es en todos nosotros.»

Y más abajo:

«Esto, pues, os amonesto y testifico en el Señor: que ya no viváis de la manera que los gentiles, los cuales viven conforme a la vanidad de su entendimiento, el cual tienen oscurecido con tinieblas, estando alejados de aquella manera de vida que Dios enseña por la ignorancia que en sí tienen por razón de la ceguedad de su corazón. Los cuales, perdida la esperanza de los bienes advenideros, se entregaron a toda deshonestidad, suciedad y avaricia. Mas vosotros no habéis aprendido esto de Cristo, si con todo esto le habéis oído y estáis por él enseñados en el camino de la verdad. Por lo cual os conviene despojar el viejo hombre con toda su antigua conversación, el cual se corrompe y estraga con deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestro ánimo, vistiéndoos de otro nuevo hombre criado según Dios en justicia y santidad verdadera. Por lo cual, despojándoos de toda mentira, trate verdad cada uno con su prójimo, porque somos, unos, miembros de otros.

»Airaos y no queráis pecar. Mirad que no se ponga el sol sobre vuestra ira. No queráis dar lugar al diablo. El que hasta aquí hurtaba, ya no hurte, sino trabaje con sus manos en cosa que sea honesta, para que tenga con qué poder socorrer a los que padecen necesidad. Toda palabra mala no salga por vuestra boca, sino la que fuere buena para edificación de la fe y provecho de los oyentes, y no queráis entristecer al Espíritu Santo, con el cual estáis señalados para el día de la redención, en

el cual habéis de ser salvos. Toda amargura, ira, indignación, vocinglería y maledicencia sea quitada de vosotros, con toda malicia. Y sed entre vosotros benignos y misericordiosos, perdonandoos unos a otros así como Dios os perdonó por Cristo.»

Capítulo V

»Sed, pues, imitadores de Dios así como hijos muy amados, y vivid siempre en amor así como Cristo nos amó y se ofreció por nosotros a Dios en ofrenda y sacrificio de grande acepción y suavidad. Cosa de fornicación o suciedad o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, así como conviene a santos; ni tampoco palabras torpes o desvariadas o chocarrerías que no convienen para la gravedad de nuestro instituto; sino, en lugar de esto, haya hacimiento de gracias. Porque esto habéis de saber y entender: que todo fornicador o sucio o avariento, lo cual es servir a ídolos, no tienen parte en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os engañe con vanas palabras, porque por estos pecados vino la ira de Dios en los hijos de la desconfianza. No queráis, pues, tener que ver con ellos. Porque aunque algún tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor, y por eso conviene que viváis como hijos de luz. Y el fruto desta luz es vivir en toda bondad y justicia y santidad verdadera, mirando con atención lo que sea más agradable a Dios. Y no queráis seguir las obras infructuosas de las tinieblas, sino antes las reprended.

»Así que, hermanos míos, mirad que andéis con toda circunspección, no como hombres ignorantes, sino como discretos, trabajando por aprovecharos del tiempo y de cualquier

oportunidad y ocasión que se os ofrezca para bien hacer, porque los días son malos. Y por tanto, no seáis imprudentes, sino avisados para entender cuál sea la voluntad de Dios. Y no queráis henchiros de vino, en el cual está la lujuria, sino procurad de andar llenos del Espíritu Santo, platicando en vuestros corazones con vosotros mismos en salmos e himnos y cantares espirituales, cantando dentro de vuestros corazones a Dios y dándole gracias en nombre de Cristo por todos sus beneficios, humillándoos y sujetándoos unos a otros con temor de Cristo.

»Las mujeres estén sujetas a sus maridos así como al Señor, porque el varón es cabeza de la mujer así como Cristo es de la Iglesia, el cual da salud al cuerpo de ella. Vosotros también, los maridos, amad a vuestras mujeres así como Cristo amó a la Iglesia y ofreció a sí mismo por ella, limpiándola con lavatorio de agua y palabra de vida, para juntar consigo una gloriosa Iglesia que no tuviese mácula ni ruga, sino que fuese limpia y sin mancha. Y así los maridos han de amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo ama - porque ninguno jamás tuvo odio a su propia carne, sino antes la cría y regala- así como Cristo amó la Iglesia, porque miembros somos de su cuerpo, carne de su carne y huesos de sus huesos. Por esto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y allegarse ha a su mujer, y serán dos en una carne. Este sacramento es grande, entendiéndolo

de Cristo y de la Iglesia. Así que cada uno de vosotros ame a su mujer como a sí mismo, y la mujer tema a su marido.»

Capítulo VI

»Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque esto pide la ley de la justicia: 'Honra a tu padre y a tu madre -que es el primer mandamiento de aquellos a quien se añade luego la promesa-, para que te sucedan las cosas prósperamente y vivas largos días sobre la tierra.' Y vosotros, padres, no queráis provocar a ira a vuestros hijos, sino criadlos con disciplina y enseñanza conforme a la ley del Señor. Los que sois siervos, obedeced a vuestros señores carnales con temor y temblor y con simplicidad de corazón, como si sirviéis a Cristo, no mirando a sólo hacer lo que debéis cuando los tenéis presentes como quien desea agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo en esto de todo corazón la voluntad de Dios, sirviéndoles con amor como quien sirve a Dios y no a hombres, sabiendo que cada uno recibirá del Señor el galardón del bien que hiciere, ora sea siervo, ora libre. Y vosotros, los que sois señores, tratadlos de la misma manera, templándoos en los castigos y amenazas, sabiendo que tenéis un común señor en el cielo, en el cual no ha lugar la acepción de personas.

»De aquí adelante, hermanos, esforzaos en el Señor y en el poder de su virtud, y vestíos las armas de Dios para que podáis estar firmes contra las celadas del enemigo. Porque no tenemos trabada pelea contra carne y contra sangre, sino contra los príncipes y potestades, y contra los regidores deste mundo tenebroso, y contra las espirituales malicias que están en este aire. Por tanto, tomad las armas de Dios para que con ellas podáis resistir en el día malo y estar en todo perfectos. Estad, pues, ceñidos vuestros lomos con verdad, y vestidos de la loriga de justicia, y calzados los pies como aparejados para predicar el evangelio de la paz, tomando en todas las cosas el escudo de la

fe, con la cual podáis matar todas las saetas encendidas de aquel malvado. Y tomad el capacete de salud, que es la esperanza en Cristo nuestro salvador, y el cuchillo del espíritu, que es la palabra de Dios, orando para esto en todo tiempo con fervor de espíritu, con toda instancia y con toda oración y suplicación, y especialmente haciendo oración por todos los santos, y por mí, para que me sean dadas palabras con que libre y confiadamente publique el misterio del evangelio, por cuya predicación estoy preso en esta cadena, para que en él hable como me conviene hablar.»

Ítem, en el capítulo III y IV de la Epístola a los Colosenses, dice así:

«Hermanos, si habéis ya resucitado con Cristo a otra nueva manera de vida, buscad las cosas que están en lo alto, donde está Cristo sentado a la diestra del Padre. Éstas procurad de saber y traer en vuestro corazón, y no las que están sobre la tierra, porque ya estáis muertos a todas éstas, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Porque él solo conoce la dignidad desta vida, así como él solo conoce la dignidad de Cristo. Y así, cuando Cristo descubriere al mundo su gloria, entonces también se descubrirá la vuestra. Y por tanto, procurad de mortificar vuestros miembros que están sobre la tierra, que son fornicación, suciedad, lujuria, codicia mala y avaricia -la cual es una manera de idolatría-, por los cuales pecados vino la ira del Señor sobre los hijos de la incredulidad, entre los cuales algún tiempo estuvisteis cuando vivíais en ellos. Mas ahora os conviene dejar todas estas cosas, conviene saber, ira,

indignación, malicia, blasfemia y toda palabra torpe, que nunca salga de vuestra boca.

»No queráis decir mentira unos a otros, pues habéis comenzado a despojaros del viejo hombre con todas sus obras y a vestir el nuevo, el cual es renovado a imagen de aquel que lo crió mediante el conocimiento de Dios. En el cual no se conoce macho ni hembra, gentil ni judío, circuncisión ni prepucio, bárbaro ni escita, pues todos son una misma cosa en Cristo. Y por tanto, como escogidos de Dios y como santos y amados suyos, vestíos de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia, de paciencia, sufriendoos unos a otros, perdonándoos unos a otros si alguno tiene querella de otro, para que así como el Señor os perdonó, así vosotros perdonéis. Y sobre todas estas cosas tened caridad, la cual es vínculo de perfección. Y la paz y concordia de Cristo triunfe en vuestros corazones y los rija, a la cual sois llamados en un mismo cuerpo de su Iglesia, por el cual beneficio le debéis ser agradecidos. Y la palabra de Cristo -que es su doctrina- more en vosotros abundantemente en toda sabiduría, enseñando y amonestando a vosotros mismos con salmos e himnos y cantares espirituales, cantando alabanzas a Dios en vuestro corazón. Las palabras que hablareis y las obras que hicieréis, todas las haced para gloria de Cristo, dando gracias a Dios y al padre eterno por él.»

Y más abajo, después de haber encomendado en particular las obligaciones que cada uno tiene en su estado como arriba se trató, añade y dice así:

«Daos con toda instancia a la oración, velando en ella con hacimiento de gracias, haciendo oración también por mí porque Dios me abra camino y me dé palabras para hablar el misterio de Cristo, por el cual estoy ahora preso, para que lo publique y enseñe como me conviene hacer. Y mirad que tratéis avisadamente con los que están fuera -esto es, con los que no han entrado en el cuerpo de la Iglesia-, buscando siempre ocasión para traerlos a Cristo. Y vuestras palabras vayan siempre saladas con suavidad y discreción, para que entendáis cómo habéis de responder a cada uno.»

Ítem, para que veas, cristiano lector, cómo la perfección de la vida cristiana, con ser un paraíso del hombre interior, es una perpetua cruz del exterior, y por consiguiente, cuánta necesidad tenemos de aquella fortaleza general que pusimos en el postrer aviso de nuestra regla, oye lo que este celestial enseñador dice en el sexto capítulo de la Epístola a los de Corinto:

«Y para ayudaros, hermanos míos, en vuestro buen propósito, os amonestamos que no recibáis en balde la gracia del Señor, porque escrito está: 'En el tiempo acepto te oí, y en el día de salud te ayudé.' Veis aquí: ahora estamos en el tiempo acepto a Dios y en el día de la salud, y por tanto a nadie demos causa de ofensión ni de querella, para que no sea vituperado nuestro ministerio, sino que en todo nos hayamos como ministros de Dios en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en ser tenidos y tratados del mundo como hombres revoltosos, en trabajos, en vigiliias, en ayunos, en castidad, en ciencia, en longanimidad, en suavidad,

en el Espíritu Santo, en caridad no fingida, en hablar verdad, en virtud de Dios, andando siempre armados con armas de justicia a la diestra y a la siniestra, esto es, pasando igualmente por honras y por deshonras, por infamia y por buena fama, siendo tenidos por engañadores como quier que seamos verdaderos, siendo tenidos por no conocidos de Dios como quier que seamos conocidos, siendo reputados por muertos como quiera que estemos vivos, siendo castigados mas no por eso mortificados o muertos, pareciendo en lo defuera tristes y estando siempre en el ánimo gozosos, siendo tenidos por pobres como quiera que hagamos ricos a muchos, tratándonos como si nada tuviésemos y poseyendo todas las cosas.»

Y porque no pienses, cristiano lector, que esto es decir y no hacer, oye lo que dice tras esto en el capítulo XI de la misma epístola, dando cuenta de sus trabajos:

«Heme visto por amor de Cristo en muchos trabajos y en muchas más cárceles, y sufrido muchos más azotes de los que se puede creer. Cinco veces fui azotado de los judíos -dándome cada vez los cuarenta azotes que manda la ley, haciéndome gracia de sólo uno-, otras tres veces fui azotado con varas por los gentiles, una vez fui apedreado, tres veces padecí naufragios, una noche y un día estuve en el profundo de la mar. En los caminos, muchas veces padecí peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de la gente de mi linaje, peligros de las otras gentes, peligros en la ciudad y peligros en la soledad, peligros en la mar y peligros en los falsos hermanos, con trabajo y molestia y con muchas vigiliyas, con hambre y sed y con muchos

ayunos, con frío y desnudez. Y, entre otras cosas, no cuento los otros trabajos que de fuera me vienen, que son la instancia y prisas de cada día y el cuidado de todas las iglesias de Dios. ¿Quién está enfermo, que yo no lo esté? ¿Quién se escandaliza, que yo no me abraze? Si es lícito al hombre gloriarse, en estos trabajos que por Cristo padecí me gloriaré. Dios y el padre de nuestro señor Jesucristo, el cual es bendito en todos los siglos, sabe que no miento. El presidente de Damasco tenía puestas guardas en esta ciudad para prenderme, y en una espuerta me colgaron por el muro, y desta manera escapé de sus manos.

»Y si es lícito gloriarme, aunque esto no conviene, vendré a las visiones y revelaciones del Señor. Conozco un hombre en Cristo Jesús que, antes destos catorce años, fue arrebatado hasta el tercero cielo -en cuerpo o fuera de cuerpo no lo sé; Dios lo sabe-. Y sé que este hombre -en cuerpo o fuera de cuerpo no lo sé; Dios lo sabe- fue arrebatado al paraíso, y oyó allí tan grandes secretos, que no es lícito al hombre hablarlos. Y porque la grandeza de las revelaciones no me ensoberbezca, me fue dado un estímulo de mi carne, que es un ángel de Satanás que me dé de bofetadas. Por lo cual rogué tres veces al Señor que me librase dél, y respondiome: 'Bástate para eso mi gracia, porque la virtud crece con los trabajos', porque more en mí la virtud de Cristo. Por lo cual me alegro en mis fatigas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias por Cristo, porque cuando me veo en estos trabajos, entonces estoy más poderoso.»

Fin del Segundo Libro

Este volumen, cristiano lector, creció más de lo que se pensaba, y por esto lo que resta va en otro volumen.



Al religioso lector

Ya que pusimos en este segundo libro, religioso lector, algunos avisos y reglas pertenecientes a diversas maneras y estados de personas, parecióme cosa conveniente poner también aquí alguna regla apropiada para religiosos y religiosas, que es uno de los principales estados de la Iglesia. Para lo cual no me pareció que había cosa más propia que una carta que el muy R.P.F Jerónimo de Ferrara envió a una señora que quería entrar por monja en un monasterio, en la cual brevísima y religiosamente declara todo lo principal que a este estado pertenece. La cual hice trasladar a un religioso, de lengua toscana en castellana, y añadir a este segundo libro, pidiendo a todos los religiosos y religiosas por honra de Cristo la quieran leer muchas veces atentamente y tener por un clarísimo espejo y dechado de su vida, para que por ella vean la obligación que sobre sí tienen, y el grande peligro y engaño en que viven si con ella no cumplen.



Tratado que envió el rvdo. P. Fray Jerónimo de Ferrara, de la orden de predicadores

A la señora Magdalena, condesa de la Mirándula, la cual quería entrar en religión

Habiendo sabido yo, carísima mía en el Señor, el deseo de vuestro corazón que tenéis de desamparar la vanidad del siglo y seguir la verdad del eterno esposo, la caridad me fuerza a escribiros estas pocas palabras para confirmaros en vuestro propósito y para mostraros el camino de Dios cerca deste estado que habéis santamente escogido, para que no sigáis los yerros de muchos y los malos usos de nuestro tiempo. Porque muchos hay que creen que desamparan al siglo, mas a la verdad no lo desamparan, sino van de un siglo a otro, y muchas veces, engañados del demonio, pierden el uno y el otro. Pues será necesario a cada un religioso entender claramente; y, entendiendo, considerar continuamente; y, considerando, amar ardientemente; y, amando, obrar solícitamente aquello por lo cual entró en el monasterio.

Muchos hay en estos días que no entienden a qué fin entraron en la religión, y por esto no pueden bien enderezar su vida, porque el conocimiento del fin es la regla de nuestras obras. Otros hay que conocen el fin a que vinieron, pero no le consideran, y con esto viven en el monasterio sin fruto de buenas obras. Otros, conociendo y considerando su fin, no le aman ardientemente, y con esto quedan tibios y hacen las obras de Dios con negligencia, no pensando aquel dicho del profeta: «Maldito el hombre que hace las obras de Dios negligentemente.» Otros, conociendo y considerando y amando su fin, no le ponen en obra como conviene, y éstos caen del primer fervor, y muchas veces pierden el fruto de sus trabajos.

Pues para que vos no perdáis vuestros trabajos en esta caballería en que entrasteis, os es necesario claramente entender y continuamente considerar y ardientemente amar y obrar diligentemente aquello que pertenece para el fin de la religión

cristiana, y especialmente a aquellos que por la excelencia de su estado son llamados singularmente religiosos. Pues dado que el fin de todos los cristianos sea el reino del cielo, mas con todo esto yo al presente no hablo del último fin, sino del fin más cercano que los santos religiosos trabajan por alcanzar en la presente vida, el cual no es otro que la caridad de Dios y del prójimo. Por esto, los santos religiosos procuran y no pretenden otra cosa más que unir su ánima por caridad con Cristo crucificado, hasta que lleguen a aquel término que puedan decir con el apóstol: «Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo.» Así que de día y de noche no piensa otra cosa su ánima, no suspira por otra su corazón, y su lengua otra cosa no habla sino a Cristo crucificado, por cuyo amor no solamente los trabajos y las tribulaciones no le son graves, mas antes le parece grande dignidad poder padecer algo por quien tuvo por bien ser por ellos crucificado; tanto, que pueden decir con admirable fervor lo que el apóstol osadamente decía: «Guárdeme Dios que yo en otra cosa me glorie sino en la cruz de mi señor Jesucristo, por quien el mundo está para mí crucificado, y yo por él al mundo.»

Pues a este fin y a este amor están atentos los ojos del buen religioso, y tanto le parece que crece o falta en la religión, cuanto va adelante o vuelve atrás en este deseo, sabiendo que el apóstol san Pablo dice: «El fin del precepto es la caridad de corazón puro y conciencia buena y fe no fingida.» Y porque la perfección desta caridad no se alcanza sin la pureza del corazón, es necesario que quien quiere crecer en el amor divino limpie su corazón de toda afición carnal y terrena, y arranque las malas raíces de la propia voluntad y sensualidad, las cuales, o por el principio de nuestro nacimiento, o por la mala costumbre de nuestra vida, hemos adquirido. Esta pureza es la última disposición para el amor de Cristo, porque luego que el hombre

ha desamparado el siglo y limpiado dentro de sí el corazón de toda mancilla de pecado y de toda afición de criatura, alcanza cumplidamente el amor del esposo eterno Cristo Jesús crucificado. Pues para alcanzar esta caridad y pureza que siempre ha de pretender en todas sus cosas el verdadero religioso, es necesario, según dijimos, conozca claramente que no mora para otra cosa en el monasterio sino para limpiar su corazón y henchirlo de amor divino. Y porque la consideración hace al hombre enderezar el camino, es menester traer esto continuamente delante los ojos y considerarlo continuamente y procurarlo con ardiente deseo y trabajar por obrarlo solícita e infatigablemente. Para esto se hacen en la religión los tres votos: para que por ellos se limpie el corazón de todo afecto terreno y perecedero.

Del primer voto: de la pobreza

El primer voto es de la pobreza, que limpia el corazón de la afición de los bienes terrenos. El cual voto no basta guardar solamente en las cosas de fuera, mas es menester amar tanto la pobreza, que el siervo o la esposa de Cristo no quiera poseer sino aquello que le es necesario para pasar la vida, aun con fatiga y trabajo, sin poner la esperanza en cosa del mundo, sino en sólo Cristo Jesús, el cual mantiene a todo el mundo. Este voto, hija mía, en nuestro tiempo es mal guardado de muchos religiosos, los cuales querrían ser pobres, mas de tal manera que nada les faltase. Dejan en el siglo cosas de mucho valor, y después, en el monasterio, envuelven sus corazones en cosas pequeñas, conviene saber, en el amor de una celda o de una túnica nueva o de un breviario pulido o de otras cosas de niños

que les impiden la pureza del ánimo e inquietan a sí mismos, y finalmente viven en el monasterio como los árboles estériles y sin fruto en la huerta.

¡Oh, miserable condición de hombres que han dejado el oro y plata y otras cosas preciosas, y después ensucian sus ánimas con la arena y con el polvo! Pues a vos conviene considerar que, de la manera que en el siglo los desposados se deleitan en ver sus esposas ataviadas de oro y plata y piedras preciosas, así el esposo celestial, por el contrario, desea ver su esposa despojada de todo ornamento terreno y vestida de lo que más propiamente conviene a su estado. Porque cuanto más pobre fuere de corazón y de obra, tanto más será a él semejante, y por consiguiente de él más amada. Del abad Arsenio se lee que siendo mayordomo en el palacio del emperador, así como en aquella corte ninguno se vestía más preciosamente que él siendo lego, así, después que se hizo monje, ninguno en el yermo vestía más pobremente; tanto, que los otros monjes se afrentaban viendo que, siendo ellos de más bajo estado, se vestían mejor que él, que había sido en el mundo grande y poderoso, y así era espejo y ejemplo de humildad y pobreza a todos los ermitaños. Por tanto, queriendo vos despediros deste mundo por seguir a Cristo y descender de alto estado y de muchas riquezas a la pobreza de Cristo nuestro salvador, cuanto estando en el mundo os vistiereis más rica y pomposamente que vuestras compañeras, tanto holgad en el monasterio vestiros más despreciadamente que ellas, porque justa cosa es que los que en la caballería del diablo procuraban de aventajarse a sus compañeros, después que vinieren a los reales de Cristo, procuren en esto también llevarles ventaja.

Pues que así, es, no os conviene traer vestido nuevo o de paño fino, ni cosillas de oro ni breviarios dorados ni otros libros

de precio, ni conviene que las cosas que pertenecen a vuestro menester sean de grande valor, porque no parezca que no habéis despreciado al mundo y que todavía se os acuerda de la dignidad de vuestros padres y de la pompa y trajes deste mundo maligno, como hacen algunas mal enseñadas en el camino de Cristo, las cuales, queriendo entrar en el monasterio, se proveen de hábitos nuevos y preciosos, como si hubiesen de ir a casarse, no con Cristo pobre, mas con algún príncipe deste siglo. Dejad, dejad, hija mía, esta mala costumbre, y entrad en el monasterio pobre y desnuda.

Traed un vestido pobre y grosero y remendado, y todas las otras cosas, sin las cuales no podréis vivir en tal estado, sean convenientes a la pobreza y no a la vanidad. El breviario sea bajamente encuadrado, sin hojas doradas ni iluminaciones, y sin cintas de seda y sin otras gentilezas, cubierto de cuero o de lienzo -y aun si pudieseis pasar sin breviario sería mucho mejor, y decir el oficio juntamente con las otras, o cuando acaeciése que rezaseis a solas, con algún breviario común del monasterio-. Vuestros libritos sean antes enmendados que lozanos, y después que hubiereis usado dellos, ponedlos en el lugar común para su guarda. Vuestra celda sea tal, y esté de tal manera proveída, que la podáis dejar abierta aun a los ladrones. No tengáis en ella sino apenas aquello que es necesario: la cama simple, la mesa simple, las imágenes simples, y todas vuestras cosas finalmente de olor de pobreza. Muñecas labradas y vestidas no se hallen en vuestras celdas, las cuales son el día de hoy ídolos de las monjas, en que gastan muchos dineros con que podrían enriquecer a muchos pobres, de lo cual darán cuenta a Dios en el día del juicio -fuera del perdimiento de tiempo que pasan labrando inútilmente estas niñerías-. Tened un crucifijo en vuestro oratorio, no de oro ni de plata ni curiosamente labrado,

mas devoto y lastimero, que os despierte la devoción del alma, y sea de poco precio para que, siéndoos pedido, fácilmente le podáis dejar de las manos.

No os dejéis engañar diciendo: Mis parientes son ricos, y a ellos se hace poco trabajo darme cosas preciosas. Porque en el monasterio no habéis de mirar lo que es proporcionado a vuestros parientes, sino lo que conviene al estado de la servidumbre de Cristo. Porque no solamente habéis de buscar aquí la salvación de vuestras ánimas, sino también dar ejemplo a los otros con que se salven. Porque os afirmo y testifico que, cuanto más amareis esta pobreza, tanto más poseeréis la paz y pureza del corazón, y por consiguiente la caridad. Tampoco os dejéis engañar de algunos que dicen que esta pobreza no consiste en el carecer de las cosas exteriores, mas en la afición y propósito interior. Porque dado que esto sea así verdad, todavía es muy dificultoso y cuasi imposible poseer las cosas exteriores y no amarlas. Por la cual razón los santos pasados, puesto que su afición fuese toda por Cristo, pero, con esto, se despojaban de toda cosa, sabiendo ellos que la posesión de las cosas terrenas es ocasión de muchos pecados. Y esto se ve claramente en muchos religiosos, los cuales tienen abundancia así en las cosas comunes del monasterio como en las particulares de sus celdas, los cuales son tibios en el amor de Cristo y poco llegados a la oración, ociosos, sensuales, parleros, murmuradores, airados, codiciosos, mudables, envidiosos, soberbios y desobedientes. Lo cual les viene porque dejaron el primer fundamento de la pobreza verdadera, no entendiendo que quien sirve a Dios en el monasterio conviene que sea pobre así en el espíritu como en los bienes exteriores. Pues no os mueva persuasión de algún hombre a lo contrario desta regla que yo os he dado. De otra manera,

tened por cierto que no hallaréis contentamiento, porque ésta es doctrina de todos los santos probada por continua experiencia.

Del segundo voto: de castidad

El segundo voto limpia el corazón de todas las aficiones carnales, que es el de la castidad. El cual, cuánto sea trabajoso para ser perfectamente guardado, muéstralo san Agustín cuando dice: «Entre todas las batallas de los cristianos, la más dura es la de la castidad, donde es continua la guerra y muy rara la victoria.» Y este combate es más terrible en la mocedad, y tanto más cuanto la castidad quiere ser guardada con el ánimo y con el cuerpo juntamente. Y porque contra la castidad se levantan tres cosas, conviene saber, los encuentros que de fuera se ofrecen, la inclinación de la carne y los pensamientos interiores del ánimo, por esto los santos padres proveyeron en la religión contra estas tres cosas de otras tres contrarias a ellas, que son encerramiento, penitencia y continuo ejercicio, o del ánimo o del cuerpo. Las cuales cosas quien no tuviere, tenga por cierto que no tendrá victoria en esta batalla.

Pero no basta, para lo primero, estar cerrada la puerta del monasterio si la esposa de Cristo en el monasterio no está secreta. Porque muchas en este tiempo están encerradas entre cuatro paredes, mas todo el día están puestas a la reja o al torno, y debajo de especie de espíritu y de piedad todo el día murmuran y parlan con sus amigos y parientes, a los cuales convidan a que vayan muchas veces a visitarlas. Las cuales, si verdaderamente tuviesen espíritu, no los querrían ver de los ojos, antes los despedirían con palabras duras, no haciendo caso

si por eso se enojasen. Vayan las tales a leer en las vidas de los santos padres, y hallarán cómo los hijos no querían ver a sus propias madres, ni los hermanos a sus hermanas, ni las hermanas a sus hermanos. Acordábanse éstos bien de lo que dice el Salvador: «No vine a poner paz en la tierra, sino cuchillo. Porque vine a apartar al hombre de su padre y a la hija de su madre y a la nuera de su suegra, y a que tuviese el hombre por sus enemigos a los mismos de su casa.»

Así que, señora muy amada en Cristo Jesús, entrando en el monasterio, dejad fuera todos los vuestros, y de tal manera los dejad, que no los queráis más ver ni oír, especialmente a los hombres. De esta manera obedeceréis a la voz del padre eterno, que dice a la esposa de su amado hijo Jesucristo: «Oye, hija, y ve, e inclina tu oreja, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y codiciará el rey tu hermosura.» Porque es imposible conversar al modo que conversan algunas monjas tibias, queriendo ser graciosas a los ojos de los seglares, y no henchir la fantasía de muchas vanidades y de deseos carnales. Y después que desta manera os apartareis del siglo, porque la carne nunca cesa de conquistar al espíritu, según que está escrito: «La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne», tenéis necesidad de la segunda defensa, que es la penitencia. En la cual es menester tener templanza, de manera que no sea demasiada ni menor de lo que conviene. El cual medio es muy dificultoso de acertar, y no se puede dar mejor regla a los que comienzan, que ésta, conviene saber, que tomen consejo con los experimentados y discretos en la vida espiritual. Pero debe el siervo de Dios y la sierva de Cristo antes acostarse a la austeridad que al regalo, de tal manera que siempre sea estrecho un poco en el comer y en el beber y en el dormir y en las otras cosas y necesidades corporales, las cuales ha de tomar como medicinas,

considerando lo que dice el apóstol: «Vuestro servicio sea con discreción.»

Después desto, resta combatir con los pensamientos, para lo cual es necesaria la tercera arma, esto es, el continuo ejercicio, o espiritual o corporal. Por tanto, los santos nuestros padres ordenaron que en los monasterios estén siempre los religiosos ocupados, o en ejercicios espirituales, esto es, en leer, cantar, decir salmos, meditar, orar, o en los corporales, como son obras de manos. De donde dice san Jerónimo: «Siempre haz alguna obra, porque el diablo siempre te halle ocupado.» Pues si estas tres cosas diligentemente guardareis, la flor de vuestra virginidad estará limpia y resplandeciente para el esposo de vuestra ánima, Cristo Jesús.

Del tercero voto: de obediencia

El tercero voto, que limpia el corazón de los desordenados deseos del ánimo, es el voto de la obediencia, la cual es acepta sobre todo sacrificio, como escribe el profeta diciendo: «Mejor es la obediencia que los sacrificios.» El cual voto si le queréis guardar como conviene por agradar a vuestro esposo, que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, es menester que hagáis lo que hizo un monje, el cual por breve tiempo llegó por esta vía a grande santidad de vida. Porque, entrando en el monasterio, asentó consigo mismo, diciendo: «Tú y el asno seréis una misma cosa. El asno va donde es llevado, lleva grande carga y sufre los palos que le dan, y con todo calla. Así conviene que olvidéis la gloria del siglo percedero, y os acordéis que todos somos hijos de Adán, todos mortales, todos

iguales en la naturaleza, y que siempre tengáis en la memoria la humildad de nuestro salvador, el cual, siendo Dios, se sujetó a la obediencia de los hombres, conviene saber, de la Virgen María y de José, para que no se afrente el hombre de sujetarse a la obediencia de otro hombre.

Pues así como entrareis en el monasterio, determinad que vais a servir y no a ser servida, a obedecer y no a mandar, y a sujetaros a aquéllas las cuales por ventura se tuvieran por dichosas de servirlos en el siglo. Pues haced un propósito firme en vuestro ánimo, no sólo de ser sujeta y obediente a vuestras superiores, sino también a vuestras iguales y aun a las más bajas, como el hijo de la Virgen no vino para ser servido, sino para servir y para dar su ánima en redención por muchos, pensando siempre que toda su vida fue humildad y que la soberbia es principio y raíz de todos los males, por la cual Lucifer con sus compañeros cayó del muy alto cielo en los abismos. Porque quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado.

Brevemente: entrando en el monasterio, pensad que nada sabéis de bien ni de mal sino lo que os enseñaren. No disputéis con alguna persona ni contradigáis a alguno ni os tengáis por sabia, porque dice nuestro salvador: «Si no os volviereis e hiciereis como este pequeñuelo, no entraréis en el reino de los cielos.» Estad en el monasterio en el lugar más bajo, y entrad en él como niña para aprender y no para enseñar. Porque todo religioso, mayormente mozo, que se tiene por sabio, va fuera del camino de Dios y no sabe dónde camina.

Pues tornando a lo primero, digo que estos tres votos se instituyeron en la religión para purificar el ánimo de los afectos

y amor de las cosas criadas, así exteriores como interiores, cual es el amor de la propia excelencia. Para que el corazón, totalmente desnudo de su propio amor, todo se vista de caridad y se encienda en el amor de Cristo crucificado, con el cual se haga una misma cosa. Ya este fin se ordenan todas las otras cosas de la religión, a esto es los ayunos, las vigiliass, los trabajos, el silencio y las oraciones. Por tanto, si el religioso no pone siempre los ojos en este blanco, no puede entender si aprovecha en la religión o no.

Pues si queréis ser bienaventurada en este siglo y en el venidero, yo os amonesto que dejéis este vano siglo como habéis determinado. Pero amonéstoos que le dejéis, no en parte sino en todo, y traspasaos toda a Dios, en cuyo solo amor se halla paz y reposo, como dice san Agustín: «Hicístenos, señor, para ti, y nuestro corazón está desasosegado hasta que descanse en ti.» Pues guardad diligentemente lo que yo os he aquí escrito, ayudando a esto la continua oración, la cual es el principal estudio del religioso. Mas porque la oración no se puede bien hacer si no nace del silencio y del trabajo, conviéneos en todo caso refrenar la lengua, porque como dice Santiago apóstol, «quien piensa que es religioso, y no refrena su lengua sino engaña su corazón, vana es su religión», haciéndoos saber que en ninguna cosa puede el demonio más presto engañar a los religiosos que en la lengua. Porque debajo de color de alguna recreación o de otros bienes semejantes trae a hablar demasíadamente, y muchas veces a murmurar del prójimo, no considerando aquella sentencia de Salomón, que dice: «En el mucho hablar no faltará pecado», y que por el mucho hablar se pierde la fuerza de la oración, de la cual el demonio ha mayor miedo que de ninguna otra cosa, y sin la cual ningún temor tiene al religioso.

Y si a todos los religiosos es necesario guardar la lengua, mucho más necesario es a las vírgenes de Cristo, a las cuales conviene ser muy vergonzosas y apenas hablar cuando son preguntadas. A las cuales la sagrada Virgen dio ejemplo desto cuando, hablando con el ángel y diciéndole él muchas cosas y de grande importancia, ella respondió poquísimas palabras, y solas aquellas que fueron necesarias a lo que el ángel le propuso.

Finalmente, por mucho hablar pierde el religioso el vigor de su ánimo e inquieta a sí y a los otros. Pero es necesario acompañar el silencio con el trabajo, porque el uno no se sufre sin el otro, y ambos a dos engendran como padre y madre a la oración, que es la elevación del ánimo en Dios, como dice el profeta: «Bueno es al varón que traiga el yugo de su mocedad; sentarse ha solitario y callará, y levantará su ánimo sobre sí.» Por esto debéis acostumbraros en la religión a estar muchas veces solitaria, mayormente a los tiempos ordenados. Y no busquéis ni tengáis alguna amistad particular, mas sed común a todas. Y, mayormente, huid la compañía de las hermanas murmuradoras y de las disolutas, si alguna hay en vuestra casa, y llegaos siempre a aquellas que tienen espíritu y buen olor de devoción y son ejemplares y graves en sus pláticas -y llamo aquí graves, no a las que son soberbias, sino a las que son calladas y humildes en su conversación, de las cuales podáis siempre aprender y sacar fruto de virtud-. Así que, como arriba es dicho, amad siempre la soledad, en la cual ejercitéis vuestro entendimiento en santas lecciones de la escritura sagrada y de santos doctores. Y especialmente os amonesto que, después de las escrituras santas, os ejercitéis en el estudio de las *Colaciones de los Santos Padres*, que escribió Juan Casiano, y de las *Vidas* de aquellos padres del yermo que escribió san Jerónimo. Después de la cual lección debéis meditar y rumiar cómo podáis

poner por obra lo que hubiereis leído; después de la cual meditación habéis de levantar el ánimo a Dios y hacer oración, suplicándole os conceda las gracias que a ellos concedió, para que le podáis servir así en las cosas prósperas como en las adversas con corazón puro, sencillo y entero. Haciendo desta manera, siempre seréis ocupada en las obras divinas.

Y lo mismo podréis también guardar en los ejercicios exteriores, conviene saber, que labrando o cosiendo con las manos, el entendimiento esté ocupado en las cosas espirituales, y vuestro celestial esposo os concederá la gracia de la contemplación, en la cual gustaréis una cosa que este mundo no conoce, y vivireis alegre, pareciéndoos cualquiera cosa ligera de hacer por la dulzura del amor de Cristo, y así ganaréis la gloria del ciclo. Rogaréis asimismo por mí, pecador, para que Dios me dé gracia de llegar juntamente con vos al triunfo de su gloria soberana. El cual es bendito en todos los siglos de los siglos. Amén.

Fin

Libro tercero

Primera redacción

Segunda parte del libro llamado *Guía de pecadores*, en la cual se trata de tres muy principales medios con que se alcanza la divina gracia, que son oración, confesión y comunión. Va entretejido aquí un *Vita Christi* muy devoto, y un piadoso ejercicio en la consideración de los beneficios divinos, con otras muchas oraciones para diversos propósitos y afectos.

Fue examinado este segundo volumen del libro llamado *Guía de pecadores* por el R.P. maestro Fr. Gaspar de los Reyes, examinador de libros por el Reverendísimo y Serenísimo Cardenal Infante, inquisidor general en estos reinos de Portugal.

Está tasado cada pliego a cinco blancas, y véndese en casa de Juan de Borgoña, librero del Rey.

Nos, el licenciado don Pedro de Illanes, maestrescuela de Oviedo, canónigo de Lugo, provisor y vicario general en lo espiritual y temporal en la Iglesia y Obispado de Salamanca por el Ilustrísimo y Reverendísimo señor don Francisco Manrique de Lara, obispo de Salamanca, del Consejo de su Majestad, por la presente damos licencia y facultad a cualquier impresor deste dicho Obispado para que pueda imprimir y vender un libro llamado *Guía de pecadores*, dividido en dos partes, Primera y Segunda, que hizo el Reverendo padre Fray Luis de Granada, provincial de la orden de santo Domingo en los reinos de Portugal, con que antes y primero sea el dicho libro visto y aprobado por el Reverendo padre maestro fray Gaspar de Torres, comendador del Monasterio de la Vera Cruz desta ciudad de Salamanca, y con su cédula de aprobación damos la dicha licencia conforme al Decreto del concilio Tridentino. Fecha en Salamanca, a veinte días de febrero de mil y quinientos y cincuenta y siete años.

El licenciado Illanes



Aprobación de la obra

Por mandado y comisión del muy Reverendo señor don Pedro de Illanes, vicario general y provisor en el Obispado de Salamanca, leí con mucha atención dos partes que compuso el muy R. padre provincial Fray Luis de Granada, que tiene por título *Guía de pecadores*, las cuales contienen doctrina muy católica, consideraciones muy subidas y avisos muy provechosos. Y como sea el autor persona muy religiosa y tan ejercitada en cosas espirituales, con gran seguridad podemos - pues ninguno con verdad puede decir estar sin pecado tomar su guía. Y así, me parece ser muy útil se imprima y comunique esta *Guía de pecadores* para mejor atinar el camino del cielo. Fecha en Salamanca, a tres de marzo de 1557.

Fray Gaspar de Torres

Después fue vista la presente obra, por mandado de los señores del Consejo Real de su Majestad en Valladolid, por el muy Reverendo padre fray Rodrigo de Vadillo, de la orden de san Benito, predicador de su Majestad, y aprobada por devota y católica, y de cuya lección redundaría gran provecho a los lectores, y tal, que era muy justo que se imprimiese.

El Rey

Por cuanto por parte de vos, fray Luis de Granada, provincial de la orden de santo Domingo en el reino de Portugal, me ha sido fecha relación que vos habéis compuesto un libro llamado *Guía de pecadores*, dividido en dos partes, Primera y Segunda, en el cual habéis tenido mucho trabajo, suplicándonos os diese licencia para que vos, o la persona que vuestro poder hubiese, y no otra persona alguna, pudieseis imprimir y vender el dicho libro, o como la mi merced fuese, el cual visto y examinado en el mi consejo, fue acordado que debíamos mandar esta mi cédula en la dicha razón, y yo túvelo por bien. Por lo cual vos doy licencia y facultad para que vos, o la persona que vuestro poder hubiere, podáis imprimir el dicho libro que de suso se hace mención, y para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la data desta mi cédula en adelante, podáis vender el dicho libro. Y mando y defiendo que persona alguna sin vuestra licencia, durante el dicho tiempo de los dichos diez años, no le pueda imprimir ni vender, so pena de perder los libros que dello hubiere imprimido y más diez mil maravedís para la mi cámara, con tanto que hayáis de vender y vendáis cada pliego de molde de la dicha impresión a cinco blancas y no más. E mando a los del mi Consejo, presidente y oidores de las mis audiencias, alcaldes, alguaciles de la mi casa y corte y chancillerías, y a todos los corregidores, asistentes, gobernadores, alcaldes y otros jueces y justicias cualesquier de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros reinos y señoríos, y a cada uno dellos, así a los que ahora son como a los que serán de aquí adelante, que vos guarden y cumplan y hagan guardar y cumplir esta mi cédula y

merced que vos así hacemos, y que contra el tenor y forma della no vayan ni pasen, ni consientan ir ni pasar por alguna manera, so pena de la mi merced y de cincuenta mil maravedís para la mi cámara. Fecha en Valladolid, a treinta días del mes de marzo de mil y quinientos y cincuenta y siete años.

La Princesa

Por mandado de su Majestad,

su Alteza en su nombre.

Juan Vázquez

Por otros diez años está concedido semejante privilegio que éste para esta obra en los reinos de Portugal.



A la muy alta y muy poderosa señora Doña Catalina, reina de Portugal, etc., nuestra señora

Tres cosas señaladamente se requieren, serenísima y cristianísima señora, para la perfecta sabiduría que nos enseña la religión cristiana. La primera es entender lo que nos importa guardar la ley de Dios. La segunda, saber qué es lo que contiene esa ley de Dios. Y la tercera, cómo alcanzaremos fuerzas para que la podamos guardar. De las dos cosas primeras tratamos en los dos libros pasados, y de la tercera trataremos ahora en el presente, que es de los principales medios y ejercicios con que

se alcanza la divina gracia -en la cual consiste toda nuestra fortaleza-, que son, entre otros muchos, oración, confesión y comunión. De esto tiene V. A. no solamente la teórica, sino mucho más la práctica, pues de tal manera se ocupa en estos tres santos ejercicios, que este solo ejemplo había de bastar para que todas las personas deste reino, y aun de todos los otros reinos, supiesen estimar estos piadosos ejercicios, y no perseguirlos como a ratos lo suele hacer el mundo cuando se le antoja.

Y aunque de la oración tratamos en otro libro muy a la larga, pero aquí se trata della más compendiosamente, y se añaden muchas cosas que allí no se pusieron. Porque, primeramente, aquí se ponen muchas oraciones vocales para diversos propósitos y afectos, que allí se prometieron y aquí se escriben, las cuales por la mayor parte saqué de un muy religioso doctor llamado Ludovico Blosio, monje de san Benito, a cuyas escrituras me dicen ser V. A. muy aficionada. Lo segundo, aquí se pone un muy devoto ejercicio en la consideración de los beneficios divinos, de que también V. A. con mucha razón es muy devota, porque verdaderamente no hay cosa que más provoque al amor y servicio deste común señor, que la profunda y devota consideración de sus beneficios y misericordias. Lo tercero y más principal, aquí se pone un *Vita Christi* donde se tratan todos los pasos principales de la vida de nuestro salvador, desde el principio de su encarnación hasta el fin de su gloriosa ascensión, poniendo primero el texto de los evangelistas, y después apuntando algunas consideraciones sobre los principales pasos del texto. De las cuales, unas sirven para mover a compasión, otras a devoción, otras a amor de Cristo, otras a agradecimiento de sus beneficios, y otras también para sacar alguna doctrina con que se enmiende nuestra vida.

Todo esto se trató con la mayor brevedad que me fue posible, no haciendo más que apuntar las cosas, dejando la dilatación de ellas a la piadosa meditación del que en esto se ejercitase: porque así suelen platicar esto los que más acertadamente lo saben enseñar. Ésta es la más excelente materia de consideración de cuantas hay, la más copiosa, más dulce, más moral y más provechosa. De la cual hasta ahora no pienso que se ha escrito en lenguaje castellano cosa digna de lección, excepta los libros del Cartujano, que no son para traer en el seno, como esta celestial doctrina requería.

Reciba, pues, V. A. este pequeño presente con su acostumbrada serenidad: del cual si tomare algún pequeño gusto placera al Señor abrirme camino para que le pueda enviar este mismo argumento de la vida de Cristo tratado más copiosamente, para que por medio de V. A. participen y gozen deste fruto del árbol de vida todos sus vasallos y naturales.

Siervo de V. A.

Fray Luis de Granada



Capítulo I

De doce singulares provechos y excelencias que tiene la virtud de la oración

Para que el siervo de Dios con más alegre corazón se mueva al trabajo y ejercicio de la oración, pondré aquí sumariamente

algunos provechos y excelencias desta virtud, presuponiendo primero, como adelante se tratará, que no hablo aquí de cualquier manera de oración, sino de aquella que es atenta y devota, y que va acompañada con la meditación y consideración de las cosas divinas. Y para más claro entendimiento desto será bien hacer una comparación desta virtud a las otras, para que se vea claro lo que tiene común con ellas y lo que tiene de más.

La primera cosa, pues, que tienen las otras virtudes es ser merecedoras de gracia y de gloria si se ejercitan con caridad, y esto también lo tiene la oración aun en más subido grado que las otras virtudes morales, porque es acto de religión, que es la más excelente de todas estas virtudes y más propinqua a las teologales. Y así, cuanto es de más noble casta, tanto por esta parte es de mayor merecimiento.

La segunda cosa que tienen muchas de las otras virtudes es ser satisfactorias por las penas que se deben por los pecados, en esta vida o en la otra. Y esta excelencia tampoco falta a esta virtud, porque la satisfacción destas penas señaladamente se hace por ayunos, limosnas y oraciones, como está determinado en el concilio Florentino. Estas dos cosas tiene la oración comunes con otras virtudes.

Tiene, demás desto, lo tercero y propio suyo: ser obra impetratoria, esto es, que es instrumento proporcionado para alcanzar de nuestro señor, no sólo acrecimiento de gracia y gloria, que es lo que cae debajo de nombre de merecimiento, sino otras innumerables cosas que se piden y alcanzan por oración, como leemos en las escrituras sagradas y vidas de santos. Porque, como dice el profeta, «los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos en las oraciones de ellos».

Y qué tanto sea lo que por este medio se alcanza, el mismo negocio parece que de suyo se lo dice, si se mira con todas sus circunstancias. Porque siendo Dios, como lo es, infinitamente bueno y dadivoso, y llegándose un hombre a él con entrañable deseo de hacer su voluntad, y reconociendo por una parte humildemente su miseria y la inhabilidad que para esto tiene, y confesando por otra su inefable bondad y misericordia, se derriba a sus pies, y persevera con la Cananea llamando a las puertas de su clemencia, pidiendo por las llagas y merecimientos de Cristo una migajuela de gracia para servir mejor con ella al mismo señor que la pide. Y esto hace a la mañana y a la noche y al mediodía, y casi toda la vida, y muchas veces persevera clamando dos y tres horas continuas. Quien esto hace, ¿qué no alcanzará de aquella infinita largueza a quien ninguna cosa es más natural ni más gloriosa que usar de misericordia y perdonar? Y si esta misericordia llega hasta oír a los pecadores, que son enemigos suyos, ¿qué hará a los justos, a los cuales ha recibido por hijos? Pues si los padres de la tierra, siendo malos, saben dar buenas dádivas a sus hijos, ¿cuánto más aquel padre que está en los cielos dará su espíritu bueno a los que se le pidieren? Y si los jueces, siendo malos, no pueden dejar de hacer justicia citando son importunados por ella, ¿cómo no cumplirá el Dios de justicia, y volverá por la causa de sus escogidos que claman a él día y noche sobre ella? Ésta es, pues, la tercera y muy propia y singular excelencia desta virtud. Y para mayor verificación desto, lee todas las historias y toda la Escritura del Testamento viejo, y hallarás por cierto que nunca jamás los hijos de Israel clamaron a Dios, viéndose en alguna gran tribulación, que no fuesen oídos y socorridos por ella. Por donde verás con cuánta razón canta la Iglesia diciendo que nadie hace oración a Dios en vano, esto es, sin esperanza de misericordia.

La cuarta es que en ella muchas veces se gustan los deleites y consolaciones espirituales, que son grandísima ayuda, así para acometer cualesquier trabajos y dificultades por amor de Dios, como para despreciar todos los otros deleites carnales y mundanos. Y quien quisiere ver esto más a la larga, lea a san Agustín en el capítulo XXIII de sus *Soliloquios*, y a san Bernardo en el sermón XXXV de los *Cantares*, y ahí verá cuánta parte sean estos espirituales deleites para todo lo susodicho.

La quinta es que en la oración, mayormente cuando es atenta y devota como aquí presuponemos, se ejercitan en su manera los actos de muchas singulares y excelentes virtudes, como son fe, esperanza, caridad, temor, dolor de pecados, agradecimiento de los beneficios divinos, conocimiento de sí mismo, adoración y reverencia de la divina majestad, propósitos y determinaciones de bien vivir y de padecer trabajos por amor del Señor, con otros semejantes actos virtuosos, como en otra parte declaramos. Y, señaladamente, aquí muchas veces intervienen actos de caridad, y ejercicio en el amor divino, que es, como dice santo Tomás, la más alta obra y de mayor merecimiento de cuantas se pueden ejercitar en esta vida. Porque aquí muchas veces interviene la consideración de las perfecciones de Dios y de sus beneficios, como adelante se dirá, que son las cosas cuya consideración más poderosamente enciende en nuestros corazones la llama deste divino amor. Quien quisiere ver esto más a la larga, lea a fray Jerónimo de Ferrara, lib. I *De simplicitate vitae christianae*, en la décima conclusión.

La sexta es que la oración es singular remedio y escudo para contra todas las tribulaciones y tentaciones del enemigo, porque es un principal medio para implorar y atraer a sí el favor divino,

que es el mayor escudo que hay para contra todo género de tentación. Y para prueba desto, demás del común ejemplo de todos los santos que a esta sagrada áncora se acogían en el tiempo del peligro, basta que aquel maestro desta espiritual milicia armó a sus discípulos con estas armas al tiempo de la mayor necesidad, diciéndoles: «Velad y orad, porque no entréis en tentación». Esto mismo entendió el profeta David, cuando dijo: «Si no fuera, señor, porque tenía ocupado mi corazón en la consideración de tu ley, por ventura desfallecería mi ánima en el tiempo de la tribulación». Y en otro lugar: «Mis ojos -dice él- tengo siempre puestos en el Señor, porque él librará mis pies de los lazos».

La séptima es que en esta manera de oración interviene la consideración, así de los misterios de la vida de Cristo como del *Símbolo de la fe*, que son las primeras raíces y fundamentos de la vida cristiana. La cual consideración, cuanto es más larga y más profunda, tanto abre más los ojos del hombre para el conocimiento de la suma verdad, y tanto más le despierta al amor y temor de Dios y menosprecio del mundo. De cuyas alabanzas quien quisiere saber algo, lea el principio del primer libro *De la consideración* que escribió san Bernardo al papa Eugenio, y allí verá los grandes provechos que desta consideración se siguen. Y para mejor entendimiento desto es de saber que una de las mayores hermosuras y consonancias que tiene la religión cristiana es, ya que nos manda vivir vida celestial, proveernos de singulares ayudas e ingenios para vivir esta manera de vida. Quiero decir, ya que nos manda edificar una obra tan alta, proveernos de suficientes andamios y coadjutores para ella. Éstos son los artículos y determinaciones de nuestra fe, la muchedumbre de los beneficios divinos, los misterios de la vida de Cristo, los ejemplos de innumerables

santos y santas, y otras cosas semejantes, las cuales son tan grandes estímulos y motivos para bien vivir, que exceden todo lo que en este género se puede encarecer y pensar, pues es cierto que el ánima que tiene consideración es la que tiene la llave destes tesoros, y la que mediante este ejercicio lo ve todo y gusta de todo y se aprovecha de todo. Y así, con las llaves desta consideración, abre las puertas del infierno y desciende allá a ver lo que aquellos malaventurados padecen, y con estas mismas abre las puertas del paraíso y sube allá a ver lo que aquellos bienaventurados gozan. Y así, con lo uno se despierta al temor de tan horribles tormentos, y con lo otro, al amor de tan grande galardón; y con lo uno y con lo otro se mueve, como con dos espuelas, a andar este camino de la virtud. Mas por el contrario, al que ninguna manera de consideración tiene, todo le está cerrado y tapado, y así tan poco le presta todo esto, como si nada dello hubiera en el mundo. Porque así como la misma cuenta sería no haber medicina en el mundo, o no querer usar della aunque la hubiese, así lo mismo es no haber nada desto de por medio, o no querer poner el hombre los ojos en considerarlo. Pues sin estos andamios, ¿cómo se levantará este edificio? Sin estas espuelas, ¿cómo se andará este camino? Sin estas ayudas y socorros de vida celestial, ¿cómo se podrá vivir esta vida? Ves luego cuánta necesidad tiene el cristiano de alguna manera de consideración, aunque no sea con ejercicios limitados y ordenados, para despertarse al amor y temor de Dios y perseverar en el bien.

La octava es que la persona que cada día tiene, como el profeta Daniel, sus tiempos determinados para oración, cada hora destas entra en juicio consigo, y se tiene capítulo y examina su conciencia y se acusa de sus males y propone la enmienda de ellos y pide al Señor gracia y favor para esto. Y así, con esta

cuenta que cada día se toma y con esta renovación de buenos propósitos y deseos, cada hora se va disponiendo y aprovechando más y más en la vida espiritual.

La nona es que la persona que se determina de tener esta manera de ejercicio y recogimiento, y se pone a querer mantener oración y devoción, por el mismo caso se obliga a todos aquellos medios sin los cuales esto no se puede sustentar. Y el que esto no procura, o no perseverará en la oración, o será vano todo su trabajo, si no procura tener todas aquellas virtudes con que se conserva esta virtud. Y aun ésta es una de las cosas que más provocan y despiertan este sobredicho capítulo y examen que dijimos, porque faltando al ánima aquella ración ordinaria de devoción que el Señor le suele dar, luego cree que esto le acaecería por alguna culpa suya. Y para esto examina su conciencia y trabaja por enmendar aquello que le fue causa de tan grande pérdida.

La décima es que la oración es un medio convenientísimo para llegar al hombre a su último fin, que es hacerlo semejante a Dios. Porque así como el aldeano, tratando con cortesanos, poco a poco se va haciendo cortesano, y el no sabio, tratando con sabios, se hace sabio, y el grosero, conversando

con elocuentes, elocuente, etc., así, y mucho más, el que trata y conversa muy a menudo con Dios, poco a poco se va haciendo divino, porque mucho más comunicativo es Dios de sí mismo, que ninguna destas criaturas lo pueden ser. Por donde dijo el apóstol: «El que se allega al Señor, un espíritu se hace con él».

La undécima es que, siendo esta virtud de tanta excelencia y eficacia para todo bien, es en gran manera acomodada a todo

género de personas, lugares y tiempos. Porque ningún lugar hay tan público, ningún tiempo tan embarazado, ningún ejercicio tan extraño y ninguna persona tan inhábil que no pueda, con el favor de Dios, en cualquier sazón destas hurtar a ratos el corazón de los negocios y levantarlo a Dios, que es la oración de que aquí hablamos, pues no es otra cosa oración sino levantamiento de nuestro espíritu a Dios. De la limosna se excusa el pobre, porque no tiene qué dar; del ayuno el flaco, porque no puede ayunar; de la peregrinación el enfermo, porque no puede caminar; de la lección el ignorante, porque no sabe leer; de la frecuencia de los sacramentos, que es lo que más ayuda para toda virtud, se excusan muchos por muchas maneras de impedimentos con que esto se impide o se dilata más de lo que la necesidad y devoción de los fieles requería. Mas la oración, como no depende más que de la voluntad del hombre, a nadie puede faltar en todo tiempo y lugar si el hombre no quisiere faltar a sí mismo.

Todas estas excelencias se han dicho con suma brevedad, excepta la que se sigue, que porque hacía más al propósito de esta escritura, se trató más copiosamente. Mas así con ésta como con las otras, solamente pretendo probar la utilidad grande desta virtud, no la necesidad, porque ésta no la pongo mayor que en los otros preceptos afirmativos, los cuales no obligan más que en solos aquellos tiempos y artículos de necesidad que los doctores señalan. Verdad es que si uno, demás de la común obligación de la vida cristiana, quisiese vivir vida espiritual y aspirar a la perfección, esto no se podría hacer sin algún ejercicio de oración y consideración, aunque esto no fuese en tiempos limitados ni con ejercicios ordenados, sino con cualquier otra manera que el Espíritu Santo le enseñase. Porque yendo uno por la calle, y entendiendo en los negocios familiares de su casa, puede traer a Dios ante sus ojos y ocuparse en santos

pensamientos, puesto caso que esto, regularmente hablando, no es de todos, sino de aquellos que teniendo el pecho lleno, regüeldan, adquiera que están, la abundancia de la devoción y suavidad divina que rebosa en su corazón. Porque así como una sala, regada muy bien por la mañana en el verano, echa de sí todo el día un frescor deleitable, así el corazón que a lo menos una vez al día es regado abundantemente con agua de lágrimas y devoción, siempre está echando de sí muchos santos pensamientos con que el ánima espiritualmente es refrigerada y consolada.

Pues tornando al propósito, la duodécima excelencia desta virtud, por la parte que abraza y comprende también la meditación y consideración, es ser un grande estímulo e incentivo de la devoción, la cual hace al hombre pronto y hábil para toda virtud. Porque devoción propiamente hablando, como dice santo Tomás es una virtud que hace al hombre pronto y aparejado para todo bien, y la que le despierta y habilita para toda obra virtuosa. De manera que con ser ella una simple virtud, como dice el mismo santo, es de tan maravilloso poder y fecundidad, que despierta y habilita al hombre para todas las virtudes y para todo aquello que entiende ser agradable a nuestro señor.

Indicio tenemos desto si consideramos cuál sale el hombre después que ha tenido una larga y profunda oración, cuán devoto, cuán alegre, cuán esforzado para el bien, cuán ganoso de poner luego las manos en algo por amor de Dios, cuán lleno de buenos propósitos y deseos, y sobre todo, si la oración ha sido tal, cuán deseoso de padecer trabajos y vituperios, y aun derramar sangre, por aquel que tan dulce y tan amable se le mostró en la oración, y tan digno de todo servicio. De manera

que no sólo sale de allí con esfuerzo para llevar la carga de los mandamientos, sino también la sobrecarga de los consejos, con todo lo demás que se le puede ofrecer.

Y que la oración y consideración sean causa desta devoción enséñalo claramente santo Tomás en el lugar alegado, donde dice que la devoción procede de dos causas, una exterior y otra interior. Y la exterior dice que es el Espíritu Santo, el cual es autor e inspirador de la devoción, y la interior dice que es la meditación y consideración de las cosas espirituales, y señaladamente de dos, conviene saber, de las perfecciones y beneficios de Dios, y de los pecados y miserias del hombre. Porque con la profunda consideración destas cosas se despierta en la voluntad este buen afecto que llamamos devoción, el cual nos hace hábiles y prontos para toda virtud. Pues si de tan grande bien es causa la devoción, y ésta es hija y compañera de la meditación, ¿qué tal será el árbol que tal fruto produce, y la causa de donde nace tal efecto?

Y para mayor declaración desto, no dejaré de referir aquí lo que el cardenal Cayetano dice sobre este paso casi por estas palabras: «En este artículo tercero debes notar dos causas intrínsecas que el santo doctor señala de la devoción, las cuales son, por una parte la meditación de Dios y de sus beneficios, y por otra la consideración de los propios defectos. A la primera parte pertenece la consideración de la bondad, misericordia, justicia, caridad y hermosura de Dios, con todos los atributos y perfecciones suyas, y señaladamente la de caridad y amor para con todos los hombres, y particularmente para con cada uno de ellos. Ítem, la consideración de los beneficios divinos, como son la creación, la redención, el bautismo, el sacramento del altar, las inspiraciones divinas, los llamamientos y voces de Dios -o

por sí o por otras causas segundas-, el habernos esperado tanto tiempo a penitencia, el habernos misericordiosamente preservado de tantos peligros así de cuerpo como de ánima, y el haber diputado sus mismos ángeles para nuestra guarda, con todos los otros beneficios divinos.

»A la segunda parte pertenece la consideración de sí mismo, conviene saber, de los propios defectos y miserias, así de las culpas presentes como de las pasadas; la facilidad y prontitud tan grande que tenemos por parte de nuestro apetito para todo género de pecado; el estrago de la propia hacienda -que es de las habilidades y bienes de naturaleza-, por haber habituado las inclinaciones y potencias de nuestra ánima a mal obrar; la habitación en esta región tan distante y tan apartada de la conversación y amistad de Dios; la perversidad de nuestro apetito, que más siente los provechos y daños temporales que los espirituales; la desnudez y pobreza de las virtudes; las heridas y llagas espirituales de nuestra ánima, que son ceguera, malicia, concupiscencia y flaqueza; las cadenas con que estamos atados de pies y manos, que son los impedimentos grandes que por parte de nuestra carne tenemos para bien obrar; el estar en tinieblas y hedores y amarguras, y no sentirlo; no oír la voz del pastor que nos llama de dentro; y, sobre todo esto, haber hecho tantas veces a Dios nuestro capital enemigo pecando mortalmente, y por consiguiente haberle hecho tan grande injuria como si no lo quisiéramos tener por Dios, y haber puesto en su lugar y hecho dioses al vientre y al dinero y a la honra y al deleite y otras cosas semejantes, las cuales antepusimos y preciamos más que a Dios.

»Pues destas meditaciones -las cuales habían de ser cotidianas a los religiosos y a todas las personas espirituales,

dejado aparte el mucho hablar de las oraciones vocales cuando no son de obligación- se engendra la devoción, y con ella juntamente todas las otras virtudes. Y no merecen nombre de religiosos ni religiosas, ni de personas espirituales, los que a lo menos una vez al día no se ejercitan en esto. Porque así como no se puede alcanzar el efecto sin la causa, ni el fin sin el medio, ni el puerto sin la navegación que para él se ordena, así tampoco se puede alcanzar la verdadera religión sin frecuentar y repetir los actos de las causas y medios con que ella se alcanza.»

Hasta aquí son palabras de Cayetano, en las cuales ves cuánto alaba y cuán encarecidamente encomienda aquí el ejercicio desta meditación. Porque, primeramente, dice que con la consideración cotidiana destas cosas se engendra la devoción, y con ella consecuentemente todas las otras virtudes, cuyo estímulo es la devoción. Lo segundo, que no merecen nombre de religiosos ni de personas espirituales los que a lo menos una vez al día no se recogen un poco para vacar a este santo ejercicio. Lo tercero, que así como no se puede conseguir el fin sin los medios, como es el puerto sin la navegación, así tampoco la pureza y perfección de la religión sin los ejercicios de la oración y consideración, que son las causas della.

Y lo que dice que para esto se debe dejar el mucho hablar de las oraciones vocales, no lo dice para condenar por esto el uso de la oración vocal, porque no es cosa que cabe en entendimiento de hombre de razón, alabando la oración mental, condenar la vocal. Porque si es santa cosa llamar a Dios con el corazón, ¿cómo puede ser no santa añadir a la voz del corazón la de la boca y de la lengua que él crió para su alabanza? Mas dice esto para condenar, no el uso, sino el abuso de las oraciones vocales de algunas personas que rezan tan apresuradamente, tan

de corrida y tan sin atención y devoción, que ningún fruto, o casi ninguno, sacan desta manera de rezar. Y aun algunas veces en lugar de fruto sacan daño cuando ya que se ponen a rezar y hablar con Dios, no hacen esto con la reverencia y atención y con las otras circunstancias que deberían, como lo declara este mismo doctor en la *Suma de pecados*. Y pluguiese a Dios no fuesen muchos los que en esta culpa caen. Mas quien mira de la manera que muchos clérigos y sacerdotes el día de hoy rezan y cantan las horas y el oficio divino, así en público como en secreto, y el poco fruto y devoción que desto sacan, verá claramente con cuánta razón reprende este doctor, no el uso, sino el abuso desta manera de orar.

Todas cuantas veces leo esta doctrina, confiésote, cristiano lector, que me maravillo mucho de ver en cuán pocas palabras comprendió aquí este doctor todos los ejercicios y casi toda la doctrina de cuantos libros espirituales hay. Porque quienquiera que atentamente los leyere verá que, aunque en la manera de las palabras parezcan diferentes, pero en la sustancia, ni dicen más ni pretenden más de lo que este doctor enseñó, ni aun encarecen y autorizan más sus ejercicios de lo que éste los encareció. Por do parece claro cómo la Iglesia se rige por un mismo espíritu, y cómo todos los siervos de Dios tienen un mismo maestro, pues todos vienen a dar en un mismo fin y en un mismo camino. Haz tú lo que este doctor enseña -que es señalar cada día un pedazo de tiempo para pensar en tus pecados y en los beneficios de Dios, entre los cuales el más principal es el de nuestra redención, donde entran todos los misterios principales de la vida de Cristo-, y trabaja, como animal limpio, por rumiar las palabras y obras de la vida de este señor, que ni es otra cosa el Rosario de nuestra Señora, ni otra la que todos los libros devotos enseñan. Todo es un mismo manjar. Mas, como son diversos los

gustos, unos lo guisan de una manera y otros de otra. Lea quien pudiere los *Opúsculos* de san Buenaventura, que fue un doctor tan señalado en letras, en devoción, en religión, en prudencia de gobernar -pues a los trece años de su profesión fue general de su orden, y después obispo y cardenal-, y ahí verá cuántas maneras de potajes hace este santo de la vida y pasión de Cristo, enseñándola a meditar unas veces por las horas del día, otras por los días de la semana, otras reduciéndola a himnos y oraciones vocales, otras haciendo della un árbol de la vida del Crucificado. Y todo esto hacía el santo varón porque entendía, por una parte, cuánto nos importaba este santo ejercicio, y por otra, cuán diferentes eran los gustos de los hombres. Y por esto guisaba este manjar de tantas maneras.

Para declaración del fruto que de aquí se sigue no alegaré más de lo que este santo doctor alegó, que es la experiencia de muchas personas que él escribe en su tiempo grandemente aprovechadas por medio destes ejercicios. Y la misma podemos alegar ahora, pues quienquiera que mirare este negocio con claros ojos hallará por cierto que, todas las personas que tienen sus tiempos diputados para emplearse en estas santas meditaciones y consideraciones, regularmente hablando, están más aprovechadas en el servicio de Dios y en el camino de las virtudes, y que en ellas se halla más devoción, más fervor de espíritu, más lágrimas, más silencio y recogimiento, más amor y temor de Dios, más aborrecimiento del pecado, más sentimiento de las cosas espirituales, más gusto de las palabras divinas, más piedad y misericordia para con los prójimos, y demás desto, tanto ejercicio de ayunos, vigiliass asperezas y disciplinas, que ninguna otra cosa vemos cada día, sino muchas cabezas, estómagos y cuerpos estragados, y otros semejantes excesos ocasionados del fervor de la devoción.

Ejemplos de los santos, y especialmente de nuestro Padre santo Domingo

Pues por éstas y otras semejantes utilidades fueron todos los santos tan dados a los ejercicios de la oración y consideración como leemos en sus historias. Si no, dime: ¿qué otra cosa hacían aquellos santos padres del desierto, aun cuando entendían en tejer sus canastillas de mimbres, sino vacar a la oración? ¿Qué hizo el primero de todos ellos, que fue san Pablo, por todos aquellos sesenta años que estuvo en el desierto sin vista de hombre mortal, sino ocuparse día y noche en oración? ¿Para qué el bienaventurado Hilarión sobre diez veces mudó la celda que tenía, por esconderse de la gente que lo buscaba, sino para ocuparse, como escribe san Jerónimo, perpetuamente en ayunos y salmos y oraciones? ¿Qué otra cosa hacían todos los otros que llamaban anacoretas, que quiere decir solitarios, sino entender siempre en oficio de ángeles, que es vacar a la contemplación de las cosas divinas? ¿Qué otra cosa leemos en los libros de *Judit*, de *Ester*, de *Tobías*, de los *Reyes* y de los nobles *Macabeos*, sino maravillas y grandezas alcanzadas por oración? ¿Quién esforzó el animo de aquella santa Judit para emprender una tan gran hazaña como fue cortar la cabeza de Holofernes, sino la virtud de la oración? Puesta la ciudad en tan grande estrecho por el ejército de los asirios, los sacerdotes oraban, la gente del pueblo oraba, los niños también oraban, la santa Judit en su retraimiento oraba, y al tiempo que se partió para el campo de los enemigos, mandó que ninguna otra cosa se hiciese por ella sino oración. Y estando entre ellos cada noche salía fuera a hacer oración. Y al tiempo que desenvainó el espada para herir la cerviz del tirano, esforzó el brazo flaco y femenino con la virtud de la oración. Y

así, cortada la cabeza del enemigo, dio fin a aquella tan memorable hazaña.

Y si por ventura dijeres que todos estos padres antiguos, mayormente los que moraban en los desiertos, tenían más aparejo para este ejercicio porque carecían de todo negocio, para eso te quiero poner ahora delante uno de los más ocupados hombres del mundo, que fue nuestro glorioso Padre santo Domingo, el cual no por eso dejó de llegar a la cumbre de la perfecta oración y contemplación. De suerte que, estando en medio de la plaza de todos los negocios que la caridad y misericordia le pedían, no por eso carecía de la oración y contemplación que los monjes en el desierto tenían. Por donde con mucha razón le compete aquella alabanza del Sabio que dice: «Fue así como la oliva que comienza a brotar, y como el ciprés que se levanta a lo alto». Extraña cosa parece caber en una persona propiedades de dos cosas tan distantes como son el ciprés alto y estéril y la oliva baja y fecunda. Sin duda lo uno y lo otro conviene a este bienaventurado padre, pues como oliva fructuosa daba olio de misericordia para socorro de los prójimos ocupándose en obras de vida activa, y como ciprés que todo se va a lo alto subía con excesos de amor a los ejercicios de la vida contemplativa. Y así abrazaba en uno ambas hermosuras de oliva y de ciprés, tomando de la una la fecundidad dejando la bajeza, y del otro la alteza dejando la esterilidad.

Pues qué tan continuas hayan sido las oraciones de este santo, y de cuántas maneras de orar haya usado, es bien que lo oigan ahora todos, y mucho más los que se glorian del nombre de sus hijos, a quien es más dulce y más eficaz la memoria de los ejemplos del padre. Pues de la continua oración de este santo, y de las maneras que tenía de orar, escribe san Antonino

en la tercera parte de sus *Historias* así: «Aunque toda la vida de este santo era una prolija y continua oración, todavía, demás de las siete horas canónicas, usaba de otros muchos modos de orar para despertar más con algunos actos exteriores la devoción interior. De los cuales el primero era inclinándose profundamente ante el altar, presuponiendo que el altar era Cristo, acordándose que está escrito: 'La oración del que se humilla, penetra los cielos'. Y así, aconsejaba él a sus frailes que se humillasen profundamente cuando pasasen ante la imagen del crucifijo por nosotros humillado.

«El segundo era postrándose todo en tierra de largo a largo, de la manera que Cristo oró en el huerto. Y así, compungido en su corazón y como hombre confundido, dentro de sí decía: 'Señor Dios, apiádate de mí pecador'. Y aquello del salmo 'Humillada está, señor, en el polvo nuestra ánima, y nuestro vientre está pegado con la tierra'. Y exhortando sus frailes a esta manera de orar, les alegaba el ejemplo de aquellos santos Magos que, postrados en tierra, adoraron al niño Jesús. Añadiendo que, aunque ellos no tuviesen pecados por qué orar, debían orar por los pecados ajenos y por la conversión de sus prójimos.

»El tercero era estando en pie y disciplinándose con una cadena de hierro, diciendo aquel verso del profeta: 'Tu disciplina, señor, me corrigió hasta la fin, y tu disciplina me enseñará'. Y en memoria de esto se ordenó después entre sus religiosos que los días feriales recibiesen todos en común disciplinas con unas varas, diciendo el salmo de *Miserere mei Deus* por sus pecados y por los ajenos.

»El cuarto era hincándose muchas veces de rodillas, a imitación de aquel leproso del evangelio que, arrodillado ante la

presencia del Salvador, decía: 'Señor, si quieres, puedesme limpiar', y a imitación del bienaventurado san Esteban que, puesto de rodillas, hizo oración por sus enemigos. Y en esta manera de orar, muchas veces era oído levantar la voz en alto y decir: 'A ti, señor, clamaré; Dios mío, no calles tú a mí'. Otras veces hablaba con solo el corazón en gran silencio, donde le acontecía estar algunas veces como suspenso y espantado por un grande espacio, y allí parece que pasaba de vuelo y penetraba los cielos con el entendimiento. Y después volvía en sí con mucha alegría, y limpiaba las lágrimas que de los ojos corrían, y tornaba con toda composición y presteza a levantarse en pie, y después a hincarse de rodillas como de antes.

»El quinto era estando en pie delante del altar, las manos levantadas y un poco extendidas a manera de un libro abierto. Y así estaba como delante de Dios, leyendo con grande devoción y reverencia, y meditando las palabras divinas, y platicándolas dulcemente consigo.

»El sexto era poniéndose en cruz, como oró cuando resucitó a un mancebo en la iglesia de san Sixto en Roma, cuando fue visto levantarse en el aire con grande admiración de los que presentes estaban. De esta manera oró el Salvador cuando, estando crucificado, hizo oración por nosotros con grande clamor y lágrimas, y fue oído por su reverencia.

»El séptimo era algunas veces estando en pie, y las manos extendidas y derechas al cielo como saeta que sube a lo alto de un arco flechado. Y créese que en esta manera de orar se le acrecentaba la gracia, y alcanzaba lo que pedía al Señor para su Orden. Y algunas veces, orando desta manera, le oían los frailes

decir aquellas palabras del salmo: 'Oye, señor, mi voz cuando clamo a ti y cuando levanto mis manos a tu santo templo'.

»El octavo era el que tenía después de las horas canónicas, o de las gracias que se dan después de comer. Porque en estos tiempos el santo varón, lleno de espíritu de devoción con las palabras de los salmos que había cantado, o de las que había oído en la lección de la mesa, luego se recogía en la celda o en algún lugar solitario, y hecha la señal de la cruz, abría un libro y comenzaba a leer por él con grande suavidad, pareciéndole que le hablaba el mismo Dios en aquel libro, y que él oía sus palabras atentamente, diciendo con el profeta: 'Oiré lo que habla en mí el señor Dios'. Y era cosa maravillosa ver de la manera que el santo varón se había en este ejercicio, porque algunas veces parecía que disputaba con otra persona y que le hablaba con atención, y otras veces que le oía con gran silencio; unas veces se sonreía, otras lloraba; unas hincaba los ojos en un lugar, otras los bajaba. Y así en este ejercicio como en todos los demás tenía él por costumbre levantarse siempre de la lección a la oración y de la meditación a la contemplación, y así, en un mismo rato de ejercicio, subía por todos los pasos de aquella escalera mística que describe san Bernardo. Y era tanta la reverencia que tenía a las palabras de Dios y a los libros de los santos, que, cuando estaba solo, inclinaba la cabeza al libro y lo tomaba en las manos y lo besaba, especialmente si era de los evangelios.

»El nono era otra muy loable costumbre que el santo varón tenía cuando andaba camino, que siempre iba dentro de sí orando y meditando. Y para mejor hacer esto, decía a los compañeros que se fuesen delante o se quedasen atrás, por quedarse él solo, alegándoles para esto dulcemente aquel dicho

del profeta que dice: 'llevarla he a la soledad, y hablarle he al corazón'. Y tenía por costumbre en esta manera de oración mover algunas veces las manos como si quisiese ojear algunas moscas de delante de sí, y signábase muchas veces con la señal de la cruz. Y creían los religiosos que por esta manera de ejercicio había alcanzado entendimiento de las escrituras sagradas.»

Hasta aquí son palabras de san Antonino.

Éstos, pues, son los modos de orar, éstos los ejercicios y los ejemplos de este glorioso padre. No sé aquí por cierto qué primero diga, ni de qué primero me maraville. Maravíllome cuando considero qué tan grande sería la suavidad y gusto que este bienaventurado padre recibía cuando así perseveraba en estos ejercicios, pues ni de día ni de noche, ni andando ni parado, ni comiendo ni después de haber comido se cansaba ni se hartaba de estar siempre ocupado en estos divinos coloquios. Maravíllome de ver tantas maneras de potajes y ensaladas como este santo varón halló en una cosa tan simple como es la oración, para nunca empalagarse comiendo siempre de un mismo manjar, y para despertar más el apetito de las cosas espirituales con esta variedad. Sobre todo esto me maravillo de la destreza de este tan valeroso capitán, que no menos peleaba con la mano siniestra que con la diestra, pues tan continuo era en el socorro de los prójimos y tan continuo en el trato con Dios, sin impedirse el un ejercicio al otro.

De ángeles es entender de tal manera en los negocios de los hombres, que no por eso dejen la contemplación de Dios. Y este ángel de la tierra y hombre del cielo de tal manera tenía sus ojos puestos en Dios, que ni la gobernación de toda su Orden, ni el

estudio de las letras, ni las ocupaciones del predicar y confesar y disputar con herejes y andar caminos y acudir a tantas cosas impedían aquella unión de su beatísimo espíritu con Dios. Y si algunas veces por algún breve momento le impedían, es de creer que luego, a semejanza de aquellos misteriosos animales de Ezequiel, iba y volvía al secreto de su recogimiento como un relámpago resplandeciente. Porque, como varón perfecto, había llegado a aquel estado felicísimo donde las dos maneras de vida, activa y contemplativa, hacen una compuesta de ambas, sin que la una perjudique a la otra, sino antes ayudándose una a otra. Porque el ejercicio de las buenas obras hacía su oración más eficaz y más aceptada, y la devoción que sacaba de la oración le hacía más pronto y ligero en el bien obrar. Y demás desto, con la oración guiaba mejor los negocios de la gobernación, porque los consultaba primero con Dios, y les pedía el buen suceso. Y con ella también guiaba los de la predicación, porque por ella salían sus palabras teñidas con el espíritu de la devoción y encendidas como hachas en la fragua del divino amor. Y de aquí fue que preguntándole una vez dónde había aprendido aquellas maravillas que predicaba, respondió que en el libro del amor. En el cual si estudiasen ahora tanto los predicadores como estudian en los otros libros humanos, no hay duda sino que sin comparación harían mucho mayor provecho del que hacen.

Resta, pues, avisar y suplicar a todos los que nos preciamos deste glorioso padre, que pues somos hijos suyos según el espíritu y no según la carne, que no usurpemos este tan glorioso nombre sin causa, sino que, o dejemos el nombre de hijos, o trabajemos por ser herederos del espíritu de nuestro padre. Su espíritu fue apostólico, y su instituto, de vida apostólica. Si nos agrada la gloria deste nombre, no nos desagraden los ejercicios por donde el nombre se merece. Los ejercicios de los apóstoles

fueron universales en todo género de virtud, y señaladamente, como ellos mismos lo testificaron, en oración y predicación. De los cuales usaban de tal manera, que del uno se ayudaban para el otro, porque en la oración cogían lo que en la predicación enseñaban, ejercitando en lo uno el oficio de la vida contemplativa y en lo otro de la activa. Éste sea, pues, muy amados hermanos, nuestro instituto, y a éste enderecemos la proa de todos nuestros ejercicios, para que a imitación deste bienaventurado padre merezcamos pasar gloriosamente del instituto y perfección de la vida monástica al de la apostólica, no perdiendo lo uno por lo otro, sino acrecentando lo uno a lo otro, que es una perfección mayor a otra menor.



Capítulo II

De tres maneras de hacer oración

Para que mejor se entienda de qué linaje de oración tratamos en este libro, será necesario tratar primero de diversas maneras que hay de orar, y de la ventaja que hay de las unas a las otras. Y porque acerca desto suele haber alguna diversidad de pareceres entre la gente devota, por donde vienen a confundir y oscurecer esta materia, que de suyo es clarísima, no será fuera de propósito poner aquí una breve resolución de todo este negocio. Y para mayor luz de lo que se dijere, presupondré primero dos muy comunes sentencias de los doctores en esta materia.

La primera es: La oración, de necesidad, pide alguna manera de atención actual o virtual -como adelante se declarará-, y la que ninguna manera de atención tuviese no merece nombre de oración. Esta sentencia es de Johannes Casiano, que dice así: «Poco ora el que solamente ora cuando está hincado de rodillas, y ninguna cosa ora el que, aunque esté hincado de rodillas, voluntariamente se distrae». Por do parece ser verdad lo que comúnmente se dice, que la atención es ánima de la oración. Porque aunque la caridad sea ánima de la oración cuanto al ser meritoria, pero la atención se dice ánima de la oración cuanto al ser oración. Por donde, así como faltando la caridad no será meritoria la oración, así faltando del todo la atención susodicha no será oración.

El segundo fundamento sea que, entre las condiciones que ha de tener la fructuosa y perfecta oración, una de las principales es que se haga con espíritu y devoción, como nos lo aconseja el apóstol cuando dice: «Orad todo tiempo en espíritu». Y «orar en espíritu» es orar con entrañables deseos y suspiros del ánima, con los cuales el Espíritu Santo hace orar a sus siervos. Porque orar desta manera es especial del Espíritu Santo. De donde se infiere que cuanto una oración se hiciere con mayor espíritu y devoción, tanto será por esta cabeza más fructuosa. Destos dos fundamentos tan claros depende toda la resolución desta materia, porque por ellos podrá quienquiera juzgar cuál sea oración y cuál no, y cuál sea más provechosa y cuál menos.

Mas para mayor claridad de lo dicho es de saber que hay tres maneras de hacer oración. Porque unos rezan por sus horas o por sus cuentas muy apresuradamente y muy de corrida, y con poca atención a lo que dicen. Esta manera de orar, así como se hace con poco espíritu y atención, así es de poco fruto, como se

infiere claro de lo que acabamos de decir. Y tanta podría ser en esta parte la negligencia y el descuido, que la tal oración se convirtiese en pecado cuando el hombre se pusiese a orar sin ninguna manera de reverencia y atención. Porque dado caso, como el cardenal Cayetano dice, que no sea el hombre obligado a orar, mas ya que ora -pues no es otra cosa orar sino hablar con Dios-, ha de procurar de acompañar su oración con atención y reverencia de aquel señor con quien está hablando. Y si esto no quiere hacer, hace contra lo que debe a tan grande majestad, lo cual no carece de pecado.

Y porque es innumerable la gente, así de clérigos y sacerdotes como de otros legos, que rezan desta manera, por eso es tantas veces reprendida esta manera de orar de los santos, y por esto dijo Cayetano que se había de dejar el mucho hablar de las oraciones vocales, como arriba declaramos. Y que ésta sea muy común manera de orar del mundo manifiéstalo su grande perdición. Porque si el mundo estuviera más reformado en la manera del orar, también lo estuviera en la del vivir.

II.-Segunda manera de orar

Otra manera de orar hay de mucho mayor provecho, que es cuando uno reza, o por sus horas o por sus cuentas, procurando, según le es posible, de estar entero y atento a aquello que hace, diciéndolo con todo reposo y sosiego, y habiéndose en ello como hombre que entiende que está hablando con Dios, que es con reverencia y atención.

Y porque esta atención es una de las principales cosas que se requerían para la oración, es de notar que hay tres maneras de atención. Una a las palabras, procurando decir las bien pronunciadas y con aquella reverencia y devoción que se debe a palabras sagradas, como hacen las personas que cantan o rezan devotamente los salmos en lengua que no entienden. Otra hay mejor que ésta, que es de aquellos que entienden las palabras que dicen, y así trabajan por ir atentos al sentido dellas cuando las dicen, cumpliendo aquello que dice san Agustín en su *Regla*: «Cuando con salmos e himnos hacéis oración a Dios, procurad de tratar en vuestro corazón lo que pronunciáis por la boca». Hay aún otra mejor atención, que es la de aquellos que, aunque van rezando los salmos con la boca, tienen el espíritu levantado y fijo en Dios, sin discurrir por la diversidad de los conceptos que aquellas palabras significan; porque éste es el fin de todos estos santos ejercicios, y el fin siempre es mejor que las cosas que se ordenan a él. Demás de ser verdad que mucho más aprovecha un misterio o una palabra santa profundamente considerada, que muchas pasadas así de corrida.

También aquí es de notar, acerca de la atención, que cuando el hombre se llega a orar con intención de hacer en esta parte lo que debe, si después, no por culpa suya sino por la fragilidad humana, se derrama una vez y muchas en otros pensamientos, que no por eso carece de muchos de los frutos de la oración. Porque la oración, como ya dijimos, es obra meritoria, satisfactoria e impetratoria, y ninguno destos frutos pierde en este espacio, por razón de aquel buen propósito y determinación que al principio tuvo. Porque así como la piedra, después de despedida de la mano, se mueve en virtud de aquel ímpetu que le puso el brazo cuando la despidió de sí, así también lo hace la oración en virtud de aquel primer buen propósito y

determinación que el hombre tuvo cuando comenzó a orar. Solamente carece por entonces, como dice santo Tomás, del gusto y consolaciones del Espíritu Santo, las cuales dependen de la actual consideración y contemplación de las cosas divinas. Y por eso, faltando ésta, falta también lo que se sigue della. La cual doctrina sirve para consolación de las personas humildes y devotas, que suelen demasadamente afligirse cuando ven que se les distrae el corazón en este tiempo, comoquiera que esto sea natural a todo hombre, y muchas veces sea más éste, vicio de la naturaleza que de la persona.

Pues tornando al propósito, esta manera de oración susodicha, demás de ser muy provechosa, es muy fácil a todo género de personas. Porque la meditación y consideración no es para todos, porque presupone devoción y alguna inteligencia de las cosas espirituales. Porque si ésta falta, luego falta la materia de la meditación, y si falta la devoción, como ésta sea la lengua del alma, según dice san Bernardo, luego el hombre queda mudo, y ni sabe ni tiene qué hablar con Dios. Mas en esta manera de orar no puede faltar materia, mientras no faltaren salmos u oraciones que rezar. Y la devoción tiene grandes despertadores en las palabras dulces y devotas, que suelen ser unas espirituales saetas y brasas que encienden y hieren el corazón. Y así, los que ni tienen materia de meditación ni caudal de devoción, vanse en pos de aquellas sentencias y palabras santas, y guían por allí su espíritu como los niños que, cuando no saben andar, los arriman a unas carretillas, y así se mueven al paso de ellas los que por sí solos no se podrían mover. Desta manera, los que por razón de su espiritual infancia no saben aún hablar con Dios, hábanle con aquellas palabras ajenas, y con ellas provocan y despiertan su devoción.

Y no sólo para niños y principiantes, sino también para los aprovechados y perfectos ayuda muchas veces esta manera de oración, cuando por distraimiento de negocios o trabajo de caminos o fatiga de enfermedades no pueden tan fácilmente levantar el espíritu a Dios. Porque entonces es gran remedio ir poco a poco despertando y encendiendo la devoción con palabras santas y devotas. Conforme a lo cual, leemos del bienaventurado san Agustín que diez días antes que muriese mandó que le escribiesen los siete salmos penitenciales y los pusiesen en una pared enfrente dél, y allí los estaba leyendo, y derramando muchas lágrimas cuando los leía. Y con este mismo intento la santa madre Iglesia, llena de Espíritu Santo, ordenó los cantares de los salmos y de los otros oficios divinos para despertar con aquellas celestiales voces la devoción de los que oran. Donde no sólo la virtud y sentido de las palabras, sino también la suavidad y melodía de las voces penetra el corazón y despierta la devoción, como leemos de san Agustín, el cual derramaba muchas lágrimas y sentía grande dulzura en su ánima oyendo los cantos y la música de las voces de la Iglesia. Porque como dice un filósofo, naturalmente es tan deleitable la música a nuestros sentidos, que hasta los niños en la cuna se adormecen y acallan con la suavidad de las voces de las madres que les están dulcemente cantando.

Mas así como las palabras santas y devotas ayudan a despertar la devoción cuando está dormida, así, después que está ya despierta y encendida, muchas veces la podrían impedir. Porque cuando el ánima se levanta y suspende en algún grande afecto y sentimiento de amor o temor de Dios, o de la admiración de la grandeza de sus obras y maravillas, entonces querría el hombre estarse con san Pedro en un mismo lugar, y no salir de allí donde el Espíritu Santo le da aquel sentimiento. Y

pensar o hablar en otra cosa es sacarle de un muy deleitable paraíso y darle un grave tormento. Y cuanto más aquí se juntan las fuerzas del ánimo a gozar desta fiesta que Dios le hace, tanto queda más envarada la lengua y todos los otros miembros y sentidos para menos poder usar de sus oficios ni acudir a otra cosa.

Pues cuando algunas veces el hombre se viere en esta disposición, y sintiere que la pronunciación de las palabras le es algún impedimento de su devoción, debe dejar luego las palabras, como deja el marinero el navío cuando ha llegado al puerto, y el enfermo la medicina cuando ha alcanzado la salud, pues no es razón que lo que se ordenó para la devoción milite contra esa misma devoción para quien se ordenó. Porque entonces ya no serviría el medio para el fin, sino el fin para el medio, lo cual es manifiesta desorden y perversión. Por do parece cuánto yerran algunas personas devotas que, rezando algunas oraciones por sus horas o por sus cuentas, y dándoles nuestro señor alguna señalada devoción y sentimiento en ellas, y viendo que entonces el proceder y pasar adelante les impide el gusto y sentimiento de aquello que se les dio, todavía procuran cumplir con su tarea y llevar al cabo su oración, no mirando que esto es huir de lo que buscan y desechar lo que ya tenían hallado, pues nos consta que todo esto se ordena para la devoción, y que las palabras devotas tanto tienen de más o menos provecho cuanto más o menos sirven para este propósito.

Verdad es que esto no se entiende en las oraciones públicas que se ordenaron para edificación del pueblo, ni en aquellas a que el hombre está obligado por razón de voto o de otro vínculo semejante, sino en las que el hombre toma por su voluntad para despertar con ellas su devoción.

III.-De la tercera manera de orar

Hay aún otra manera de orar algo diferente de la pasada, que es, no con palabras escritas o decoradas, sino con aquellas que nos enseña la devoción o la tribulación o el Espíritu Santo, que nos hacen pedir con gemidos que no se pueden explicar. Tal fue la oración que hizo Moisés a Dios cuando pecó el pueblo, y la de Ezequías cuando lo cercó Senaquerib, y la de Josafat cuando vinieron sobre él los moabitas y amonitas, y la de Mardoqueo cuando lo perseguía Amón, y la de Ester y de Judit y de Tobías y de todos los santos y santas del viejo Testamento, y así también las de todos aquellos que en el nuevo con viva fe pedían al Salvador remedio de sus necesidades, no con palabras compuestas o decoradas, sino con aquellas que el Espíritu Santo y su tribulación les enseñaba.

Entre esta manera de oración y la pasada ninguna diferencia esencial hay ni puede haber, porque la una es oración y la otra oración, la una acto de religión y la otra también. Y por eso, así como dar limosna Pedro y dar limosna Juan no difieren esencialmente, porque ambas son obras de una misma especie, así el orar de aquella manera o desta tampoco difieren esencialmente, pues ambos son actos de una misma especie, que es, como dije, religión. Solamente podrá aquí intervenir alguna diferencia accidental por parte de las circunstancias con que se puede hacer esta o aquella oración. Porque siendo verdad que la devoción y espíritu con que oramos es como ánima de la oración, tanto una oración será más excelente que otra cuanto se hiciere con mayor espíritu y devoción. Por donde, si el que reza por unas cuentas o por un libro, ora con mayor espíritu y

devoción que el otro, ésa será mejor oración. Y si esto tuviere el que ora con las palabras que su devoción y tribulación le hacen decir, esa oración será mejor.

Lo común es que los que desta postrer manera oran, suelen orar con mayor fervor y atención. Porque la misma tribulación que los fatiga es como pólvora que lleva sus oraciones al cielo y les hace clamar a Dios de todo su corazón, de quien sólo esperan su remedio. Porque así como el sermón decorado -como uno que se predica en latín-, comúnmente no se dice con tanto fervor como aquel que va más profundamente considerado que decorado, así también ordinariamente suele acaecer en la oración que se dice de coro, o en la que se dice dictándola y ordenándola el corazón, aunque algunas veces puede acaecer lo contrario. Y orar de esta manera es muy gran parte para ser oído, según aquello del salmo que dice: «Clamé con todo mi corazón; óyeme, señor». Y aquello del mismo profeta: «El deseo de los pobres oyó Dios», esto es, la oración que se hace con espíritu. Porque no es otra cosa orar en espíritu, sino pedir con entrañables suspiros y deseos del corazón, como ya dijimos. Tal fue la oración de Ana, madre de Samuel, que viéndose acosada de su competidora, hizo oración a Dios con grande ansia de su corazón, de donde le vino que con la fuerza y embebecimiento del espíritu hacía tales gestos por defuera, que el sacerdote Helí creyó que estaba beoda. Mas no era, cierto, del vino que él pensaba, sino del vino de la devoción que se había exprimido en el lagar de su ánima con husillo de la tribulación.

Tiene también otra cosa esta manera de orar, que suele causar menos hastío en el que ora. Porque aunque a los varones espirituales y perfectos nunca les dé en rostro ninguna oración escrita por muchas veces que la repitan -porque siempre hallan

en ella nuevo gusto-, mas a los flacos y defectuosos muchas veces acaece lo contrario, después que tienen muchas veces trillada y repetida una oración o un salmo. De donde nace que mayor gusto toman en cualquier lectura y oración las primeras veces que la leen, que después de haberla pasado muchas veces. Y este hastío no menos se debe temer en las cosas espirituales que en las corporales, pues en ambos casos retrae a los hombres del remedio que les ha de venir por vía de mantenimiento espiritual o corporal. Lo cual no ha tanto lugar en estotra manera de oración, porque cuando no tiene el hombre palabras señaladas para orar, ora con aquellas que le enseña la devoción o la tribulación o la disposición que de presente tiene. Y como estas cosas sean cada día y cada hora de su manera, así son diversísimas las palabras y las sentencias y afectos con que el hombre ora, y así hay menos ocasión para tener este hastío. De donde nace que cuando el ánima está muy devota y muy enamorada de Dios, sabe decir cosas tan excelentes, que Tulio con toda su elocuencia no acertaría a las decir tales.

También es de notar que a esta manera de oración está aneja la meditación y consideración de las cosas espirituales, a la cual el uso tiene puesto nombre de oración mental porque por ella se levanta la mente a Dios. Y esta manera de consideración no se puede negar sino que sea de inestimable provecho, como arriba tocamos, alegando para esto los libros *De la consideración* de san Bernardo. Porque así como la especulación y estudio de las ciencias humanas es un muy principal medio para alcanzar la sabiduría humana, así la consideración de las cosas divinas es un muy principal medio para alcanzar la verdadera y suma sabiduría, en la cual consiste todo nuestro bien.

De aquí se sigue también otro provecho, que es la digestión y sentimiento de las cosas espirituales. Porque el que reza por sus horas o por sus cuentas pasa por las cosas más ligeramente, hasta llegar al término de su oración y dar cabo a sus devociones ordinarias. Mas el que considera, no tiene cuenta con esto, sino con estarse en una palabra de la *Escritura* o en un misterio de la vida de Cristo todo el tiempo que halla que rumiar en ella, que a veces acaece durar por grande espacio, como se lee de san Francisco, que toda una noche entera se estuvo repitiendo estas dos palabras: «Dios mío, conózcate a ti, y conózcame a mí». Y cóstanos claro que mucho más aprovecha un misterio desta manera considerado, que muchos y muy grandes misterios pasados apresuradamente y de corrida. Y esto, que por un parte es tan provechoso, por otra es tan deleitable, que después que el ánima está embebecida y suspensa en algún paso destes, a palos no la podrán echar de allí ni hacer pensar en otra cosa sin mucho trabajo y disgusto suyo, porque la fuerza del deleite la llama y arrebatada en pos de sí.

Bien es verdad que también el que reza por un libro podría hacer esto mismo, si todas las veces que llegase a un paso dulce y devoto hiciese allí una estación y se pusiese a considerar despacio lo que allí el Espíritu Santo le diese a entender. Y así, hay algunas personas que se están una hora rezando la oración del paternóster, o el símbolo de la fe -que es el Credo-, deteniéndose en la consideración de los misterios que allí se contienen con grande gusto y provecho. Y esta manera de rezar, demás de ser muy fácil a todo género de personas, es de grande provecho y es la misma que aquí enseñamos y encarecemos, que es la que tiene aneja a sí la consideración.

Y porque unos se aplican más a una manera de orar y otros a otra, y unos sienten más provecho en una y otros en otra, por eso me pareció sería cosa conveniente tratar aquí de entrambas. Para que los que no están aún dispuestos y hábiles para la consideración, que requiere, como dijimos, mayor inteligencia de las cosas espirituales, ni tienen aún la lengua que san Bernardo dice de la devoción para hablar con Dios y alegar de su derecho, tengan aquí sus oraciones escritas, por donde puedan guiar su espíritu y despertar sus afectos y significar sus peticiones a Dios. Para que, después de ejercitados en esto y ganada alguna devoción, pasen a la segunda parte, que trata de la consideración, donde ya el hombre no habla por boca ajena, sino bebe, como dicen, por su pico, y sabe hablar y negociar con Dios. Desta manera será más fácil de entrar en este camino de la oración, comenzando por lo más fácil, y procediendo por ahí a lo más dificultoso.



Suma de todas las oraciones contenidas en esta primera parte

Para dar materia competente a esta primera manera de orar, señalaré primero aquí cuatro maneras de oraciones que el siervo de Dios debe hacer cada día. La primera para arrepentirse de sus pecados y pedir al Señor perdón dellos. La segunda para darle gracia por los beneficios recibidos. La tercera para ofrecer ante el acatamiento divino los méritos y trabajos de Cristo. La cuarta para pedir al Señor, por estos merecimientos, remedio para todas

nuestras necesidades y miserias, y también para las de nuestros prójimos y de toda su Iglesia.

Después de esto se pondrán tres muy devotas oraciones a la Virgen nuestra señora, abogada y madre nuestra. De las cuales se podrá un día rezar una y otro otra, para que con la variedad de las oraciones se renueve y despierte algún tanto la devoción. Y para los sábados especialmente, que es día diputado a la veneración de esta sacratísima Virgen, pondremos otra oración, en la cual se contiene una breve conmemoración de todos los pasos principales de su vida santísima.

Y después de todo esto pondremos siete oraciones, las cuales podrá cada uno repartir por los días de la semana, cada día la suya, en las cuales se tratan todos los principales misterios de la vida de nuestro salvador, desde el misterio de su encarnación hasta la venida del Espíritu Santo, pidiendo en cada misterio éstos alguna petición conforme a lo que se trata en él.

ORACIÓN PRIMERA

para pedir al Señor perdón de los pecados

¡Oh padre todopoderoso, todo piadoso y misericordioso!: Yo, miserable pecador, con cuanta humildad puedo y con entera confianza de tu infinita bondad y misericordia, derribado ante tus pies, confieso humildemente mis grandes y graves pecados, con los cuales hasta ahora ofendí a ti, mi benignísimo padre. Confieso también mi muy grande desagradecimiento a tus infinitos beneficios, que es a tanto amor y benignidad como conmigo usaste, esperándome tanto tiempo a penitencia y no

castigándome ni echándome en los infiernos, donde merecía estar por mis malicias, sino antes muchas veces provocándome y convidándome con tu gracia. ¡Oh, cuántas veces, señor mío, llamaste a las puertas de mi ánima con muchas inspiraciones! ¡Cuántas veces me provocaste con beneficios! ¡Cuántas me halagaste con regalos! ¡Cuántas me apretaste con aflicciones! Pero con todas ellas te despedí de mí, y siempre te volví las espaldas, sosteniéndome tú todavía con inefable paciencia. ¡Oh cuán justamente me pudieras echar en el abismo del infierno, y por tu sola clemencia detuviste el ímpetu y furor de la ira que yo tenía merecida!

Maravilla es por cierto, ¡oh padre dulcísimo!, cómo mi corazón no revienta de dolor cuando tales cosas considero. Verdaderamente, ni el mismo infierno tiene tantos tormentos cuantos merece la culpa de mis pecados. Indigno soy de llamarme tu criatura y de que la tierra me sustente y me dé frutos con que viva. Maravilla es, señor, cómo no han tomado venganza todas las criaturas y todos los elementos de las injurias y desacatos que he hecho contra ti con mis continuas maldades. Pero ya, padre misericordioso, ten misericordia de mí y vuelve a mí, desconsolado y miserable pecador, los ojos de tu divina clemencia. Ábreme las entrañas de tu piedad y recíbeme graciosamente en ellas. Perdóname porque tanto dilaté convertirme a ti. Descúbreme ese benignísimo pecho de padre, y dame el mantenimiento y sustentación que sueles dar a tus hijos. Suplícote, señor, obres ahora en mí prestamente aquello para que tanto tiempo me esperaste y para lo que eternalmente me tienes determinado. ¡Ay de mí, miserable pecador, que desamparé un padre tan benigno y tan poderoso, que nunca conmigo mostró sino amor, sino beneficios, sino gracia y fidelidad! ¡Ay de mí, porque te negué el corazón en que habías

acordado fundar tu templo y morada, y le ensució con mucha basura, y le hice vaso de maldad y cueva de los espíritus malignos! Claramente, señor, confieso que soy el más vicioso de cuantos viciosos el mundo tiene. Mas, con todo esto, confío en tu inmensa bondad. Porque dado que mis pecados no tengan cuenta, tampoco lo tiene la muchedumbre de tus misericordias.

¡Oh padre amantísimo!, si tú quieres, sin duda puedes limpiarme. Sáname, señor, y seré sano, pues claramente confieso que pequé contra ti. Acuérdate de la palabra de tanta consolación que pronunciaste por uno de tus profetas, diciendo: «Tú fornicaste con muchos enamorados; pero vuélvete a mí, que yo te recibiré». Por lo cual, padre piadoso, confiado en esta promesa, y de todo corazón, me vuelvo a ti como si conmigo solo hubieras hablado y a mí solo quisieras llamar con voz tan amorosa. Porque yo soy aquella sucia y desleal ánima, aquel hijo pródigo y desperdiciado, que desdichadamente me enajené de ti, padre de las lumbres, de quien todos los bienes descenden, y como oveja modorra me perdí de tu rebaño y me alejé de tu cabaña, perdiendo y destruyendo tan largas mercedes cuantas con infinita liberalidad me habías concedido. Dejéte, fuente de aguas vivas, y cavé para mi beber pozos salobres de amargas consolaciones que súbitamente se agotan. Es cierto que todos los temporales y carnales deleites más presto que humo desaparecen. Dejéte, pan de vida, y comí las bellotas desechadas y holladas de los puercos, siguiendo mis aficiones viciosas y mis apetitos bestiales. Desamparéte, sumo y perfectísimo bien, y fuime tras los terrenos y perecederos bienes, y con ellos peregí. Porque desnudo, pobre, miserable y sucio fui hecho, y en el estiércol de mis vicios me pudrí. Mas ahora, padre mío, suplicote quieras olvidarte de la afrenta y deservicios que te

hice, no por la penitencia que yo tengo hecha, sino por la que por ellos hizo tu Unigénito hijo.

Y tú; ¡oh dulcísimo Hijo, salvador y señor mío Jesucristo!, ten misericordia de mí. En tu divina clemencia y en tu benigna gracia y en las sacratísimas llagas que por mí recibiste, descargo todas mis maldades, todo mi desagradecimiento, mi deshonestidad, mi ira, mi soberbia, mi avaricia, mi desobediencia, mis solturas, mis desvergüenzas, mis atrevimientos con todos los otros males míos. Y ruégote, Dios mío, que todos los quieras deshacer con tu preciosa sangre, de tal manera que ninguna memoria quede dellas. ¡Oh amable Jesús, único consuelo mío!: Vesme aquí vengo a ti con toda afición y deseo de te amar y de huir todo aquello que me pueda apartar de tu amor. Tú eres toda mi esperanza y toda mi consolación y mi amparo. Cuanto me turban y enflaquecen mis pecados, tanto me alegra y esfuerza tu inmensa bondad y los merecimientos de tu pasión. Porque todo cuanto yo por mi culpa hice, por tu muerte cruel fue deshecho, y todo cuanto a mí falta, sobra al valor de tu sacratísima encarnación y pasión. Y dado que mis pecados sean grandes e innumerables, pero muy pequeños y pocos son, comparados a tu infinita misericordia. Por lo cual confío de tu bondad que no dejarás perecer a quien criaste a tu imagen y semejanza, y por quien te hiciste consorte de nuestra misma naturaleza, nuestra carne y nuestra sangre. Finalmente, espero que no seré de ti condenado, pues con tanto trabajo y por tan caro precio me redimiste. Tú que vives y reinas, etc.

SEGUNDA ORACIÓN

para dar al Señor gracias por los beneficios recibidos

Gracias te doy, dulce Jesús, porque me hiciste y criaste a tu imagen y semejanza, y por este cuerpo que me diste con todos sus sentidos, y esta ánima con todas sus potencias, para que con ellas te conociese y amase. Dame, señor, gracia para que de tal manera sirva yo a ti, mi criador y padre celestial, que, muertas todas mis pasiones y viciosas aficiones, vuelva a reformar en mí esta imagen que tú criaste, y a ser semejante a ti por inocencia de vida.

Gracias te doy por el beneficio de la conservación. Porque tú mismo, que me criaste, me estás siempre conservando en este ser que me diste, y porque para esta misma conservación criaste cuantas cosas hay en este mundo: el cielo, la tierra, la mar, el sol, la luna, las estrellas, los animales, los peces, las aves, los árboles, y finalmente todas las otras criaturas, de las cuales unas hiciste para mantenerme, otras para curarme, otras para recrearme, otras para enseñarme y otras también para castigarme. Suplícote, señor, me concedas que sepa yo usar como debo de tus criaturas y aprovecharme dellas para lo que tú las criaste, esto es, para que por ellas venga yo en conocimiento de ti, mi verdadero Dios y señor, y por ellas se encienda mi espíritu y arrebate en admiración y amor de tu santo nombre.

Gracias te doy, dulce Jesús, por el beneficio de la redención, que es por aquella incomprensible bondad y misericordia que conmigo usaste, y por aquella profundísima humildad y ardentísima caridad con que me amaste y trabajaste a sufrir por mí tantas y tan grandes fatigas. Gracias te doy por todos los pasos y trabajos de tu vida santísima y de tu afligida y deshonorada muerte. Gracias te doy por la humildad de la

encarnación, por la pobreza del nacimiento, por la sangre de la circuncisión, por el destierro de Egipto, por el ayuno del desierto, por las vigilijs de las oraciones, por el cansancio de los caminos, por el discurso de las predicaciones, por el trabajo de las persecuciones, por las calumnias de tus adversarios y por la pobreza y humildad de toda tu vida santísima. Gracias te doy por todas las fatigas y deshonras que por mi causa padeciste en tu afligidísima y deshonradísima muerte. Gracias te doy por la oración del huerto, por el sudor de sangre, por la prisión, por las bofetadas, por las blasfemias, por los azotes, por la corona de espinas, por la vestidura de púrpura, por los escarnios, por los vituperios, por la sentencia del juez, por la hiel y vinagre, por los clavos, por la muerte, por la sepultura y por la cruz. Y demás desto por tu gloriosa resurrección y ascensión y venida del Espíritu Santo, pues todos estos pasos y misterios ordenaste para mi salud.

Gracias te doy, dulce Jesús, que desde el nacimiento y principio de mi vida me recibiste en el gremio de tu Iglesia, y me criaste en la fe católica, y me hiciste cristiano, y sustentaste y conservaste mi ánima y mi cuerpo hasta el día presente. Plega a tu piedad que tú solo seas manjar sabroso de mi corazón, y de ti solo, fuente de vida, tenga siempre sed mi ánima hasta que, acabado el curso desta peregrinación, goce en tu bienaventuranza de aquel abundantísimo río de deleites que corre de ti, fuente de vida.

Gracias te doy, dulce Jesús, que hasta ahora me has guardado y librado de muchos y grandes peligros, así de cuerpo como de ánima, mereciendo yo por mis grandes y continuas maldades ser muchas veces de ti desamparado. Alumbra, señor, mi corazón con la luz de tu gracia, para que conociendo enteramente la

grandeza de esta piedad y de mi desagradecimiento, llore siempre mis pecados y trabaje de aquí adelante por agradar a ti, único señor y salvador mío.

Gracias te doy, dulce Jesús, porque estando yo durmiendo en el sucísimo muladar de mis vicios, viviendo torpísimamente, me sufriste tanto tiempo con tanta paciencia y me esperaste a penitencia. Concédeme, señor, que con verdadera y viva contrición y con buenas obras lave las heces de mis pecados pasados, y de aquí adelante con limpieza de corazón te ame con ardentísimo amor.

Gracias te doy, dulce Jesús, que caminando yo por el camino de la perdición, y estando ya en medio de las gargantas del infierno, no consentiste que pereciese, mas otra vez me trajiste al camino de la vida, no oyéndote yo, sino huyendo de ti y resistiendo a tus santas inspiraciones. Concédeme que de aquí adelante te siga con humilde afición, y con toda presteza y obediencia abrace tus santas inspiraciones y despida de mi corazón el amor de todas las cosas visibles, para que todo entero se emplee en ti, sin nunca jamás de ti se apartar.

Gracias te doy, dulce Jesús, porque has gobernado y defendido a mí, vilísimo pecador, y de tal manera has mirado con los ojos de tu misericordia -y aun todavía, pecando yo, tan benignamente me sostienes y tan continuamente me visitas y recreas-, como si olvidado de todos los otros hombres, de mí solo tuvieses cuidado. Haz, señor, que yo también ardentísimamente te ame, y todas las cosas percederas por ti desampare, en ti solo piense y con ánimo prontísimo siga y cumpla siempre tu voluntad.

Gracias te doy, señor, sobre todos estos beneficios, porque me redimiste con tantos trabajos, porque ordenaste para mi remedio tales y tan maravillosos sacramentos, porque me visitas con tantas inspiraciones, porque me has preservado de tantos males, y por otros muchos particulares y secretos beneficios que me has hecho, y por la bienaventuranza de la gloria que me tienes aparejada si yo por mi grande culpa no me hiciere indigno de ella. Dame, señor, que de tal manera use yo destes beneficios, que no me sean ocasión de soberbia y negligencia, sino de mayor humildad, agradecimiento y deseos de tu servicio.

TERCERA ORACIÓN

en la cual ofrece el hombre los trabajos y méritos de Cristo nuestro salvador al Padre

¿Qué daré yo al Señor por todo lo que él me ha dado? ¿Con qué le serviré tantos beneficios? ¿Qué le ofreceré por tantas misericordias? ¡Oh, cuán mal he respondido a tan largo y tan piadoso bienhechor! Porque siempre fui desagradecido a tus beneficios, siempre puse impedimento a tus inspiraciones, añadiendo culpas a culpas y pecados a pecados. Confieso que no merezco nombre de hijo, mas todavía te reconozco por padre. Porque tú eres verdaderamente mi padre y toda mi confianza, tú eres fuente de misericordia que no desechas a los sucios que corren a ti, sino antes los lavas y recreas. Pues ves aquí, ¡oh suave socorro mío!, cómo yo, el más pobre de todas las criaturas, vengo a ti sin traer cosa conmigo más que la carga de mis pecados. Húmilmente me derribo a los pies de tu piedad, húmilmente pido a tu misericordia: Perdóname, esperanza mía certísima, y sálvame por tu infinita bondad.

Dulce Jesús, yo, en remisión de todos mis pecados, te ofrezco aquella espantable caridad por la cual tú, Dios de infinita majestad, no te desdeñaste hacer hombre por nosotros y vivir en este mundo treinta y tres años con muchos trabajos, tristezas, persecuciones, contradicciones, cansancios y fatigas. Ofrézcode aquella congoja mortal, aquel sudor de sangre, aquella agonía que orando en el huerto al Padre, hincadas las rodillas, tu piadoso corazón afligía. Ofrézcode aquel ardiente deseo que de padecer tenías cuando tan de voluntad te entregaste a tus enemigos y te ofreciste por nosotros en sacrificio. Ofrézcode las prisiones, los azotes, los denuestos, las injurias, las blasfemias, las bofetadas, los pescozones, las salivas de las torpes bocas de tus enemigos, con todos los otros linajes de tormentos que en la casa de Anás y Caifás toda aquella noche dolorosa por nuestra causa padeciste. Todas estas cosas te ofrezco, rogando a tu piedad sin medida que por estos merecimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la llesves a la vida eterna.

Ofrézcode también aquella inefable humildad y paciencia que tuviste cuando te coronaban con espinas y, para mayor escarnio, te vistieron una ropa colorada y, burlando, te saludaban y escupían y herían con la caña que en la mano tenías. Ofrézcode aquel cansancio doloroso de tu sacratísimo cuerpo, aquellos tan cansados pasos de tus pies y aquella tan pesada carga de la cruz que llevabas en tus hombros. Ofrézcode aquel sudor y sed que en la cruz padeciste, con otras muchas penas que con mansísimo y prontísimo corazón sufriste. Todo esto te ofrezco con las gracias que yo te puedo dar, rogando a tu piedad inmensa que por estos merecimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la llesves a la vida eterna.

Dulce Jesús, por todas mis maldades te ofrezco los crudelísimos dolores que sufriste cuando, quitándote la vestidura que estaba pegada a las espaldas, se renovaron las llagas de tus azotes, cuando se enclavaron tus pies y manos en el santo madero, cuando se descoyuntaban tus miembros, cuando tu preciosa sangre, como arroyo de sus fuentes, corría de tus heridas. Ofrézcode cada gota de esa sangre preciosa, ofrézcode aquella benignidad y mansedumbre con que sufriste la contradicción y vituperios de aquellos malvados que meneando sus cabezas te escarnecían, excusándolos tú benignamente y rogando al Padre por ellos. Todo esto te ofrezco, junto con las gracias que yo te puedo dar, para que por estos merecimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la llesves a la vida eterna.

Dulce Jesús, por todas mis liviandades y negligencias te ofrezco aquellos incomprensibles tormentos que sufriste cuando, dejado de todas partes a la fuerza de las angustias y desamparado de todo consuelo, miserablemente estabas colgado en la cruz entre dos ladrones. Ofrézcode la gran sed que allí padeciste, y aquella piedad y reverencia con que, inclinada la cabeza al Padre, le encomendaste tu espíritu. Ofrézcode aquella piadosa y saludable sangre que de tu costado herido y alanceado salió en tanta abundancia. Esto te ofrezco, junto con las gracias que yo te puedo dar, suplicándote por estos merecimientos perdones mis pecados, purifiques mi ánima y la llesves a la vida eterna. Tú que vives y reinas en los siglos de los siglos. Amén.

CUARTA ORACIÓN

a Dios y a todos los santos para pedir todo lo que es necesario, así para nos como para nuestros prójimos

Padre benignísimo, padre piadoso y misericordioso, habe misericordia de mí. Yo, por todos mis pecados y por los de todo el mundo, te ofrezco la vida, la pasión y la muerte de tu unigénito hijo. Ofrézcode cuanto en este mundo hizo y padeció por nuestra causa. Ofrézcode todos sus trabajos, ayunos, cansancios, vigiliias y oraciones. Ofrézcode sus lágrimas, su doctrina, su humildad, su mansedumbre, su caridad, su paciencia con todas sus virtudes. Ofrézcode su santísimo corazón hecho un panal de miel por la grandeza de su amor. Ofrézcode los merecimientos de su dulcísima madre y de todos los santos, para que por todos ellos me perdones y hayas misericordia de mí. A ti sea gloria en los siglos de los siglos. Amén.

Piadoso Jesús, redentor y señor mío, habe misericordia de mí. Gracias te doy por la infinita muchedumbre de tus misericordias. Gracias te doy por las mercedes sin cuento que a mí, indigno, has hecho y cada día haces. Gracias te doy por tu sacratísima encarnación, por tu limpísimo nacimiento, por tu perfectísima conversación, por tu crudelísima pasión, por el derramamiento de tu bendita sangre y por tu tan afrentosa muerte. Ruégote, piadoso señor, me quieras hacer partícipero de todos tus merecimientos, para que incorporado en ti y hecho una cosa contigo por amor e imitación de tu vida santísima, merezca yo gozar de ti como el sarmiento de la vid, pues tú eres verdadera vid y vida de todos tus fieles. A ti sea loor e imperio en los siglos de los siglos.

Espíritu Santo, consolador mío, ayúdame, señor. A ti encomiendo mi ánima y mi cuerpo y todas mis cosas. En tus

manos dejó el proceso y fin de mi vida. Dame que acabe yo en tu servicio haciendo verdadera penitencia de mis pecados y doliéndome gravemente de ellos antes que parta deste cuerpo mortal. Yo, ciego y enfermo mientras en este mundo vivo, fácilmente caigo en el lazo de mis aficiones, fácilmente yerro, fácilmente soy engañado y escarnecido. Por esto me entrego a ti y me pongo debajo de tu amparo. Defiende, señor, a este pobre siervo tuyo de todos los males. Enseña y alumbrá mi entendimiento, gobierna mi ánima, rige mi cuerpo, fortalece mi espíritu contra la desordenada flaqueza de mi corazón y contra los demasiados escrúpulos de mi conciencia. Dame cierta fe, firme esperanza, pura y perfecta caridad. Dame que con suavidad te ame, que mis entrañas se aficionen a ti, y que en todo lugar y tiempo cumpla yo tu santa voluntad. A ti sea bendición y hacimiento de gracias en los siglos de los siglos. Amén.

Adoro, reverencio, glorifico a ti, Santa Trinidad, Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ante tu divina majestad del todo me derribo, y a tu santísima voluntad irrevocablemente me entrego. Señor, aparta de mí y de todos los fieles todo lo que te desagrade, y concédenos todo aquello que contenta a tus beatísimos ojos, y haz que seamos tales cuales quieres que seamos. Encomiéndote toda esta nuestra compañía, todas las cosas deste lugar, todos sus negocios espirituales y temporales. Encomiéndote a mis padres, hermanos, parientes, bienhechores, amigos, familiares, y a todos aquellos por quien debo rogarte, y a todos los que pidieron o piden mis oraciones. Encomiéndote a toda tu Iglesia. Haz que todos, señor, te sirvan, todos te conozcan, todos te amen y se amen entre sí. A los errados vuelve al camino, apaga las herejías, y convierte a la fe a todos los que aún no tienen conocimiento de tu santo nombre.

Danos paz y consérvanos en ella, así como tú lo quieres y a nosotros conviene. Recrea y consueta a todos los que viven en tristezas, tentaciones, desastres y aflicciones espirituales o corporales. Finalmente, debajo de tu fiel amparo encomiendo todas tus criaturas, para que a los vivos concedas gracia y a los muertos eterno descanso.

Salúdote, resplandeciente lirio de la hermosa y sosegada primavera, Virgen sacratísima María. Salúdote, olorosísima violeta de suavidad divina. Salúdote, fresquísima rosa de celestiales deleites, de quien quiso nacer y mamar leche el rey de los cielos Jesucristo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su sustancia. Alcánzame, señora mía, de la mano de tu hijo todo aquello que tú conoces ser necesario para mi ánima. Ayuda, piadosa madre, a mi flaqueza en todas mis tentaciones y necesidades, y en la hora de mi muerte, para que por tu favor y socorro merezca estar seguro y confiado en aquel grande y postrero trabajo.

¡Oh bienaventurados espíritus angélicos, que con suave melodía a una voz glorificáis un común señor y gozáis siempre de sus deleites!, habed misericordia de mí. Y principalmente tú, santo ángel guardador de mi ánima y de mi cuerpo, a quien especialmente soy encomendado, ten de mí fiel y diligente cuidado. ¡Oh santos y santas de Dios, que después de navegado el turbio y tempestuoso piélago deste siglo y salidos deste destierro, llegasteis al puerto de la ciudad celestial!, sed mis medianeros y abogados y rogad al Señor por mí, para que por vuestros merecimientos y oraciones sea yo favorecido ahora y en la hora postrera de mi muerte. Amén.

SÍGUESE UNA DEVOTÍSIMA ORACIÓN *para pedir a nuestro señor su amor*

Inclinadas las rodillas de mi corazón, postrado y sumido en el abismo de mi vileza, con todo el acatamiento y reverencia que a este vilísimo gusano es posible, me presento, Dios mío, delante ti, como una de las más pobres y viles criaturas del mundo. Aquí me pongo ante las corrientes de tu misericordia, ante las influencias de tu gracia, ante los resplandores del verdadero sol de justicia, que se derraman por toda la tierra y se comunican liberalmente a todos aquellos que no les cierran las puertas. Aquí me pongo ante ti, como una materia prima desnuda de todas las formas ante aquel que es acto puro, que da ser y virtud a todas las formas. Aquí se pone ante las manos del sapientísimo y clementísimo maestro una masa de barro y un tronco nudoso recién cortado del árbol con su corteza. Haz dél, clementísimo padre, aquello para que tú lo criaste. Criástemme para que te amase; dame gracia para que pueda hacer aquello para que tú me hiciste. Grande atrevimiento es para criatura tan baja pedir un amor tan alto, y según es grande mi bajeza, otra cosa más humilde quisiera pedir. Mas, ¿qué haré, que tú mandas que te ame, y me criaste para que te amase, y me amenazas si no te amo, y moriste por que yo te amase, y me mandas que no te pida otra cosa más principalmente que amor, y es tanto lo que deseas que te ame que, viendo mi desamor, ordenaste un bocado de maravillosa virtud para transformar los corazones en tu amor? ¡Oh salvador mío!, ¿qué soy yo a ti para que me mandes que te ame, y que para esto hayas buscado tales y tan admirables invenciones? ¿Qué soy yo a ti sino trabajos y tormentos y cruz? ¿Y qué eres tú a mí sino salud y descanso y todos los bienes?

Pues si tú amas a mí siendo el que soy para contigo, ¿por qué no amaré yo a ti, siendo el que eres para conmigo?

Pues confiando, señor, en todas estas prendas de amor y en aquel tan gracioso mandamiento con que al fin de la vida tuviste por bien mandarme tan encarecidamente que te amase, por esta gracia te pido otra gracia, que es darme lo que me mandas que te dé, pues yo no lo puedo dar sin ti. No merezco yo amarte, mas tú mereces ser amado. Y por esto, no te oso pedir que tú me ames, sino que me des licencia para que te ose yo amar. No huyas, señor, no huyas. Déjate amar de tus criaturas, amor infinito.

¡Oh Dios, que esencialmente eres amor, amor increado, amor infinito, amor sin medida, no sólo amador sino todo amor, de quien proceden los amores de todos los serafines y de todas las criaturas, así como de la lumbre del sol la de todas las estrellas!, ¿por qué no te amaré yo? ¿Por qué no me quemaré yo en ese fuego de amor que abrasa todo el universo?

¡Oh Dios, que esencialmente eres la misma bondad, por quien es bueno todo lo que es bueno, de quien se derivan los bienes de todas las criaturas así como del mar todas las aguas, ante cuya sobreexcelente bondad no hay cosa en el cielo ni en la tierra que se pueda llamar buena!, ¿por qué no te amaré yo, pues el objeto del amor es la bondad?

¡Oh Dios, que esencialmente eres la misma hermosura, de quien procede toda la hermosura del campo, en quien están embebidos los mayorazgos de todas las hermosuras criadas así como en el hombre están las perfecciones de todas las otras

criaturas inferiores!, ¿por qué no te amaré yo, pues tanto poder tiene la hermosura para robar los corazones?

Y si no te amo por lo que tú eres en ti, ¿por qué no te amare por lo que eres para mí? El hijo ama a su padre por dél recibir el ser que tiene. Los miembros aman a su cabeza y se ponen a morir por ella porque por ella son conservados en su ser. Todos los efectos aman a sus causas porque dellas recibieron el ser que tienen, y por ellas esperan recibir lo que les falta. ¿Pues qué título destas falta a ti, Dios mío, por que no te haya yo de pagar todos estos derechos y tributos de amor? Tú me diste el ser que tengo, muy más perfectamente que mis padres me lo dieron. Tú me conservas en este ser que me diste, mucho mejor que la cabeza conserva a los miembros. Tú has de acabar lo que falta desta obra comenzada, hasta llegarla al postrer punto de su perfección. Tú eres el padre que me hiciste, y la cabeza que me conservas, y el esposo que das a mi ánima cumplido contentamiento, y el último fin y bienaventuranza para quien desde *ab aeterno* me criaste. Tú eres el hacedor desta casa, el pintor desta figura hecha a tu imagen y semejanza, que aún está por acabar. Lo que tiene, de ti lo recibió, y lo que le falta, de ti lo espera recibir, porque así como nadie le pudo dar lo que tiene sino tú, así nadie puede cumplir lo que le falta sino tú. De manera que lo que tiene, y lo que es, y lo que espera, tuyo es. ¿Pues a quién otro ha de mirar sino a ti? ¿Con quién ha de tener cuenta sino contigo? ¿De cuyos ojos ha de estar colgada sino de los tuyos? ¿Cúyo ha de ser todo su amor sino de aquel cuyo es todo su bien? «¿Por ventura -dice Jeremías- olvidarse ha la doncella del más hermoso de sus atavíos y de la faja con que se ciñe los pechos?» Pues si tú, Dios mío, eres todo el ornamento y hermosura de mi ánima, si tú eres toda mi gloria y mi esperanza, ¿cómo será posible olvidarme de ti?

Los amores, pues, que deben los hijos a sus padres, y los miembros a sus cabezas, y las esposas a sus esposos, y los efectos a sus causas, júntalos todos, ánima mía, en uno y ofrécelos a este señor, porque él solo te es todas las cosas por muy más excelente manera que ellas te lo pueden ser. ¿Pues qué tengo yo que ver con el cielo, ni qué tengo que desear sobre la tierra? Desfallecido ha mi carne y mi corazón, Dios de mi corazón y mi sola heredad, Dios para siempre. Íos, íos de mi casa todas las criaturas, robadoras y adúlteras de mi Dios, arredraos y alejaos de mí, que ni vosotras sois para mí ni yo soy para vosotras. Mis esclavos sois y servidores, diputados por mi señor para mi servicio. No es razón que yo sea adúltera y desleal a tal esposo y haga traición con los mismos criados que él diputó para mí.

Pues, ¡oh Dios mío y todas las cosas!, ¿por qué no te amaré yo con todos los amores? Tú eres Dios mío verdadero, padre mío santo, señor mío piadoso, rey mío grande, amador mío hermoso, pan mío vivo, sacerdote mío eterno, sacrificio mío limpio, lumbre mía verdadera, dulcedumbre mía santa, sabiduría mía cierta, simplicidad mía pura, heredad mía rica, misericordia mía grande, redención mía cumplida, esperanza mía segura, caridad mía perfecta, vida mía eterna, alegría y bienaventuranza mía perdurable. Pues si tú, Dios mío, me eres todas estas cosas, ¿por qué no te amaré yo con todas mis entrañas y con todo mi corazón? ¡Oh alegría y descanso, oh gozo y deleite mío!, ensancha mi corazón en tu amor porque sepan todas mis fuerzas y sentidos cuán dulce cosa sea resolverse todo y nadar hasta sumirse debajo de las olas de tu amor. Un río de fuego arrebatado y encendido dice el profeta que vio salir de la cara de Dios. Hazme, señor, nadar en ese río, ponme en medio de esa corriente para que me arrebate y lleve en pos de sí donde nunca

más parezca y donde sea todo consumido y transformado en amor.

¡Oh amor no criado, que siempre ardes y nunca mueres! ¡Oh amor, que siempre vives y siempre hierves en el pecho divino! ¡Oh eterno latido del corazón del Padre, que nunca cesas de herir en la cara del Hijo con latidos de infinito amor! Sea yo herido con ese latido, sea yo encendido en ese fuego, siga yo a ti, mi amado, a lo alto. Cante yo a ti canción de amor y desfallezca mi ánima en tus alabanzas con júbilos de inefable amor. Dulcísimo, benignísimo, amantísimo, carísimo, suavísimo, preciosísimo, amabilísimo, hermosísimo, piadosísimo, clementísimo, altísimo, divinísimo, admirable, inefable, inestimable, incomparable, poderoso, magnífico, grande, incomprensible, infinito, inmenso, todopoderoso: todo piadoso y todo amoroso, más dulce que la miel, más blanco que la nieve, más deleitable que todos los deleites, más suave que todo licor suave, más precioso que el oro y piedras preciosas. ¿Y qué digo cuando esto digo? Dios mío, vida mía, única esperanza mía, muy grande misericordia mía y dulcedumbre bienaventurada mía. ¡Oh todo amable! ¡Oh todo dulce! ¡Oh todo deleitable! ¡Oh santísimo Padre! ¡Oh clementísimo Hijo! ¡Oh amantísimo Espíritu Santo! ¿Cuándo en lo más íntimo de mi ánima y en lo más secreto della vos, padre amantísimo, seréis lo más íntimo y del todo me poseeréis? ¿Cuándo seré yo todo vuestro y vos todo mío? ¿Cuándo, rey mío, será esto? ¿Cuándo vendrá este día? ¡Oh!, ¿cuándo? ¡Oh!, ¿si será? ¿Piensas por ventura que lo veré? ¡Oh, qué gran tardanza! ¡Oh, qué penosa dilación! Date prisa, ¡oh buen Jesús, date prisa. Aguija, señor, aguija, no te tardes. Corre, amado mío, con la ligereza del gamo y de la cabra montés sobre los montes de Betel.

¡Oh Dios mío, esposo de mi ánima, descanso de mi vida, lumbre de mis ojos, consuelo de mis trabajos, puerto de mis deseos, paraíso de mi corazón, centro de mi ánima, prenda de mi gloria, compañía de mi peregrinación, alegría de mi destierro, medicina de mis llagas, azote piadoso de mis culpas, maestro de mis ignorancias, guía de mis caminos, nido en que mi ánima reposa, puerto donde se salva, espejo en que se mira, báculo a quien se arrima, piedra sobre que se funda y tesoro preciosísimo en que se gloria! Pues si tú, señor, me eres todas estas cosas, ¿cómo será posible olvidarme de ti? Si me olvidare yo de ti, sea echada en olvido mi diestra, pégueme la lengua a los paladares si no me acordare de ti y si no te pusiere yo, señor, en la delantera de todas mis alegrías. No descansaré, ¡oh beatísima Trinidad!, no daré sueño a mis ojos ni reposo a los días de mi vida hasta que halle yo este amor, hasta que halle yo lugar en mi corazón para el Señor, y morada para el Dios de Jacob, que vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

Síguense tres muy devotas oraciones a Nuestra Señora

Oración primera

Dios te salve, excelentísima señora y, después de Dios, entre los santos santísima María, que con virginidad de madre y con maternidad de virgen maravillosamente engendraste a Jesucristo, salvador del mundo. Tú eres graciosísimo templo de Dios, tú sagrario del Espíritu Santo, tú recámara gloriosa de la santísima Trinidad. Por ti, señora, vive la redondez de la tierra, contigo se recrean los vivos, y con la memoria de tu dulce nombre se alegran las ánimas de los finados. Inclina, señora, los oídos de tu piedad a las oraciones deste tu vil siervo, y con los

rayos de tu santidad destierra la oscuridad de mis vicios, para que así pueda yo agradar a tus purísimos y beatísimos ojos.

Dios te salve, benignísima madre de misericordia. Dios te salve, reparadora de la gracia y del perdón. ¿Quién no te amará? ¿Quién no te honrará? ¿Quién no se encomendará a ti? Tú eres en las cosas dudosas nuestra luz, en las tristezas consuelo, en las angustias alivio, y en los peligros y tentaciones fiel socorro. Tú eres, después de tu unigénito hijo, cierta salud, esperanza nuestra. Tú eres la más excelente de las mujeres, la más graciosa y la más hermosa. Bienaventurados los que te aman y los que por santidad de vida se hacen tus familiares. A tu piedad encomiendo, señora, mi ánima y mi cuerpo. Rige, enseña y defiéndeme en todas las horas y momentos, ¡oh dulce amparo y vida mía!

Dios te salve, magnífica sala y resplandeciente palacio del emperador eterno. Tú eres aquella hembra amable, piadosa, prudente, generosa, elegante y digna de ser honrada sobre todas las criaturas. Tú eres aquella reina del cielo que resplandeces como la mañana que se levanta, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible a los demonios como las haces de los reales bien ordenadas. Dame, señora, que entre las tempestades desta vida siempre tenga los ojos en ti, para que, despreciadas todas las cosas visibles, contemple aquellos hermosos deleites y deleitables hermosuras de las moradas de la gloria.

Dios te salve, estrella resplandeciente y clarísima lumbrera María, de quien nació el sol de justicia, Cristo nuestro salvador. Tú eres virgen sobre toda hermosura hermosa, tú eres madre sobre toda honestidad graciosa, que con benignos ojos miras a los hijos de la Iglesia doquiera que están por todo el mundo. Tu

dulce nombre recrea los cansados, tu sereno resplandor alumbra los ciegos, el suave olor de tus virtudes alegra los justos, el bendito fruto de tu virginal vientre harta los bienaventurados. Tú, después del Señor, eres la primera que mereces todos los loores de los ángeles y de los hombres. Ruega por mí, señora, para que ayudado con tus ruegos merezca ver al Dios de los dioses y a ti, señora de las señoras, en Sión, que es en la gloria perdurable.

Dios te salve, bienaventurada madre de soberana clemencia y consolación, por quien descendió al mundo la bendición celestial y la gracia de la felicidad eterna. De ti tomó carne y de tu virginal vientre salió aquel niño Jesús, único autor de nuestra salud, el más suave, el más hermoso, el más noble de todos los hijos de los hombres. Tu religiosa memoria consuela los tristes, tu casta contemplación alegra los santos, tu perfecta inocencia limpia los pecadores. Todos los hijos de Dios hallan en ti reposado descanso. Alcánzame, señora, perfecta limpieza de corazón, para que me cuentes en el número de aquellos que merecen ser amados de ti y de tu unigénito hijo.

Dios te salve, María, virgen bellísima, virgen más clara que el sol, más luciente que las estrellas, más dulce que la miel, más suave que el bálsamo, más hermosa que las rosas y más blanca que el azucena. Tú eres fuente del paraíso, tú pozo de aguas vivas, tú trono del verdadero Salomón, tú vaso purísimo vacío de toda amargura y lleno de toda consolación. El Señor te crió virgen sin mancilla, el Señor te escogió por sierva humilde, el Señor te amó como esposa dignísima. Tú eres gloria del linaje humano y singular hermosura y ornamento de todo el universo. No vuelvas, señora, los ojos de mí, pecador miserable, mas de

sucio me haz limpio, de pecador justo, de perezoso diligente, y de tibio y seco ferviente y devoto.

Dios te salve, esperanza segura de los que de sí desesperan, y eficacísima ayudadora de todos los desamparados, a quien tanta honra hace tu hijo, que todo cuanto le pides te concede, todo lo que quisieres se cumple. Tú tienes las llaves del tesoro celestial, tú eres más honrada que los querubines, más alta que los serafines, y tú gloria y honra del linaje humano. Todas las edades y generaciones te bendicen, y todas las criaturas alaban la gloria de tu nombre. Ensalzada eres, ¡oh señora!, sobre los coros de los ángeles, y como a la primavera te acompañan las flores y rosas y las frescuras de los valles. Sáname, ¡oh bienaventurada!, y seré sano. Sálvame, y seré salvo, y bendecirte he en los siglos de los siglos por siempre jamás. Amén.

Segunda oración a Nuestra Señora

Dios te salve, alegría del cielo y gozo de la tierra, María. Tú eres aquella serenísima madre de la luz, que amorosamente alumbras las ánimas de los que te aman. Tú eres aquella dulcísima madre de piedad, que dichosamente llevas a tus fieles siervos a las alegres moradas del cielo. Tú, hermosa como paloma, subes sobre los ríos de las aguas, cuyos vestidos son de inestimable suavidad. A ti, señora, levanto mi rostro, a ti miran los ojos de mi corazón, en ti confía mi ánima. Habe misericordia de mí, porque después de tu unigénito hijo, en ti está toda mi salud.

Dios te salve, entera y de todo pecado limpia virgen madre de Dios. Dios te salve, amparo certísimo de todos los que te llaman. Tú eres castillo fortísimo, dentro de cuyos muros están seguros los que a ti se acojen. Tú eres fidelísima defensora de todos los que te alaban, tú resplandeciente nube que templas el ardor de nuestros apetitos, tú rocío deleitable que apagas el fuego encendido de nuestras codicias, tú llave esmaltada de perlas que abres las puertas del paraíso, tú flor entre las espinas y rosa de los valles, que alegras los ojos de todos los que te miran. Toda eres mansa, toda deleitable, toda resplandeciente y toda benigna. Socórreme, dulcísima abogada mía, y después de las ondas deste siglo, llévame al puerto de la bienaventuranza perdurable.

Dios te salve, alabanza de los profetas, honra de los apóstoles, esfuerzo de los mártires, confesores y vírgenes. Tú eres palma hermosísima de justicia, tú nardo olorosísimo de castidad, tú fresco jardín de celestiales deleites, tú arca del testamento donde está el maná escondido, tú tierra bendita que llevaste el fruto del árbol de vida, tú piedra espiritual de donde manaron arroyos de agua viva. ¡Oh María, cuán santa eres tú y cuán malo yo, cuán humilde tú y cuán soberbio yo, cuán ilustre tú y cuán oscuro yo! ¡Oh Virgen sin mancilla, cuán grande distancia hay entre tu pureza, mayor que la de ángeles, y mi suciedad, mayor que la de todos los pecadores! Limpia, señora, mi corazón de toda fealdad de pecado, quita de mí todo lo que desagrada a tus virginales ojos, libra mi ánima de los deseos terrenos y levántala al amor de los bienes celestiales para gloria y honra tuya y de tu unigénito hijo.

Dios te salve, preciosísima margarita y perla singular del linaje humano. Toda eres hermosa, ¡oh sacratísima Virgen!, y no

hay en ti mácula alguna. Tú eres vaso de escogimiento y almarío riquísimo de todas las gracias. Tú excedes en fe a los patriarcas, en ciencia a los profetas, en celo a los apóstoles, en paciencia a los mártires, en templanza a los confesores, en humildad e inocencia a las vírgenes. Tú, adornada de preciosísimas joyas, levantas y suspendes en tu admiración a todos los cortesanos del cielo. Tú eres clarísimo sol que nunca se eclipsa. Desde la tierra alumbrabas los cielos, y ahora desde los cielos alumbras la tierra y deshaces las tinieblas del mundo. No me desprecies, ¡oh esperanza mía!, sino ayuda y socorre en todas sus necesidades a este vilísimo pecador.

Dios te salve, virgen sacratísima y, entre las mujeres benditas, singularmente dotada de insigne bendición. Tú, valle deleitoso, hermoñado de flores eternas. Tú, rosa hermosísima que da de sí olor de inestimable suavidad. Tú, estrella de Jacob resplandeciente que aclaras los cielos. Tú, vara de Jesé florida que alegras el mundo. Todos los ángeles se maravillan de tu hermosura, y todos desean ver tu cara. ¡Oh mujer de toda belleza y santidad! ¡Oh señora esclarecida, que sobre todos los ángeles tienes tu asiento! Atiende, señora, a mis lágrimas y gemidos. Visita y consueta este siervo inútil con tu gracia, y alcánzale perdón de sus pecados.

Dios te salve, singular ornamento del cielo y amparo de la tierra. Dios te salve, madre mil veces dichosa del rey eterno. Tú, señora, después de tu unigénito hijo, tienes el imperio de todas las cosas. A ti todas las edades y todos los linajes de mujeres y hombres inclinan la cabeza, a tus pies se derriba toda la redondez de la tierra, porque después de la inefable y suma Trinidad, no tiene el palacio del cielo otra cosa más hermosa que tú. Oyendo tu nombre tiemblan los demonios, descubriéndose tu

resplandor huyen las tinieblas, y a tu querer se abren de par en par las puertas de los cielos. ¡Oh esperanza de los cristianos, después de Cristo tu hijo! ¡Oh reina de misericordia, dulzura de la vida!, a ti suspiro, desterrado en este

valle de lágrimas, hijo de Eva. Ayúdame, señora, en mis trabajos, defiéndeme en mis peligros, esfuérmame en mis desmayos, y después deste destierro, muéstrame al bendito fruto de tu vientre, Jesucristo. El cual vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

Tercera oración a Nuestra Señora

Dios te salve, limpísima recámara del Espíritu Santo y sagrado relicario del Verbo divino. Dios te salve, santísima madre y virgen María, que pariste al gozo de los ángeles y a la salud de los hombres Cristo Jesús, y en su niñez le envolviste en pañales, le apretaste en tus brazos, le acallaste en tu regazo, le criaste con la leche de tus pechos y le regalaste con besos y abrazos. Ruégote, señora, por ese misericordioso y virginal pecho y por la diligencia y solícito cuidado con que serviste y proveíste a la niñez de tu unigénito hijo, que defiendas ante él mi causa, deshagas mis pecados y me alcances perdón de todos ellos. Favoréceme, piadosa gobernadora mía, mientras en este peligroso mar navego, y principalmente en el término de mi vida, para que guiándome y alumbrándome tú, prósperamente llegue al puerto de la celestial Jerusalén, donde para siempre te alabe en los siglos de los siglos.

Dios te salve, serenísima y suavísima madre del rey y salvador del mundo, María. Tú eres aquella tórtola castísima cuya voz dulcísimamente sonó en los oídos del Todopoderoso. Tú eres aquella paloma honestísima cuyo gemido agradó sumamente al Espíritu Santo. ¡Oh Virgen graciosa, Virgen de maravillosa hermosura!, aclara las tinieblas interiores de mi ánima con el rayo de tu luz, para que quitada la oscuridad de mis vicios, pueda yo contemplar la grandeza de tu hermosura.

Dios te salve, amable doncella e hija escogida de Dios. ¡Oh Virgen honestísima, oh la más hermosa de todas las mujeres!, muéstrame, yo te suplico, tu hermosa cara, con cuya vista se despierten en mí maravillosas afecciones de castidad. Suene tu dulce voz en mis oídos, por cuyo sonido resucite mi espíritu de la muerte del pecado y del sueño de la tibia conversación. Aquel inefable olor de tu limpieza recree siempre mi corazón y ocupe todas mis entrañas, para que olvidado de todas las cosas transitorias, siempre suspire por ti.

Dios te salve, amiga de la santísima Trinidad. ¡Oh virgen callada, virgen humilde, virgen graciosa!, aclara el centro de mi ánima con el serenísimo resplandor de tu cara, para que en ti se deleite y alegre. Llévame en pos de ti y corra yo ligeramente al olor de tus unguentos. Alegra mi espíritu, ¡oh piadosa virgen!, para que alegremente te sirva, perfectamente con todo mi corazón y con todas mis entrañas te ame. Visita al huérfano que gime y toca las cuerdas de mi corazón, para que suavemente resuenen tus alabanzas.

Dios te salve, hija de Sión mil veces bienaventurada. Dios te salve, panal de miel celestial. ¡Oh virgen antes del parto, virgen en el parto, virgen después del parto! ¡Oh serenísima reina!,

mira a este pobrecillo desde la cumbre de tu gloria. Acércate, señora, a la región deste pecador miserable y visita mi corazón con tu deseada presencia. Regocíjese contigo mi espíritu, alábente mis entrañas, y con la fuerza de tu santo amor se derrita mi corazón.

Dios te salve, virgen piadosa y suave María. Dios te salve, puerta de Oriente siempre cerrada, por la cual vino a nuestras tierras aquel más hermoso que todos los hijos de los hombres. Vuelve, ¡oh clarísima!, vuelve a mí aquellos blandísimos ojos de tu virginal rostro, y destierra las tinieblas de mi ceguera con la claridad de tu venida. Aparta, señora, mi ánima de todas las cosas que están debajo del cielo, y suspéndela en la contemplación purísima de tu grandeza, haciéndola gustar aquellos dulcísimos licores de la felicidad eterna.

Dios te salve, amadora de la soledad y diligentísima guardadora de la quietud interior. Dios te salve, virgen dotada de maravillosa honestidad y de inefable sabiduría. ¡Oh virgen escogida, virgen la más hermosa de las hijas de Jerusalén!, recoge los pensamientos derramados de tu siervo y haz reposar en ti mi espíritu derramado y distraído. Tú eres sacratísimo tabernáculo de la divinidad, tú vergel cercado donde se cogió aquella hermosísima y única flor Jesucristo, salvador de nuestras almas.

Dios te salve, violeta de altísima humildad, rosa de caridad y lirio purísimo de castidad. Dios te salve, generosísima madre del criador soberano. ¡Oh virgen suave!, llegue hasta mí el olor de tus perfumes aromáticos, siéntate mi espíritu en la noche, gócese contigo mis entrañas en el día. A ti se aficione suavemente mi corazón, a ti ame entrañablemente mi ánima, y

alegremente se ocupe en tus alabanzas. Tú eres florido tálamo del esposo celestial, tú deleitable paraíso de los ángeles, tú recámara de divinos sacramentos, tú madre, tú hija, tú esposa de Dios altísimo, tú eres y serás siempre mi esperanza y dulce consuelo de mi vida. Amén.

Síguense unas siete muy devotas oraciones, en las cuales brevemente se comprenden todos los principales misterios de la vida de Cristo. Las cuales podrá cada uno repartir por los días de la semana, rezando cada un día la suya, y procurando de sentir y considerar atenta y sosegadamente lo que cada uno de estos misterios representa.

Oración primera. De la vida de Cristo

Gracias te doy, dulce Jesús, que por mí tuviste por bien descender de tu casa real y del altísimo seno del Padre a este valle de miserias, y tomar carne humana en el castísimo vientre de la sacratísima Virgen tu madre. Ruégote, señor, quieras aparejar mi corazón para tu morada, y para esto le atavies y adornes de virtudes para que tú solo perpetuamente le poseas. ¡Oh, si yo fuese tal que mereciese convidarte a él humildemente, y recibirme en él amorosamente, y tenerte en él perseverantemente! ¡Oh, si con tan fuertes brazos de amor te abrazase que nunca jamás, ni con el afición ni con el pensamiento, me desviase de ti!

Gracias te doy, dulce Jesús, que quisiste que la suavísima Virgen, habiéndote concebido, fuese a visitar a Elisabet su parienta, para que la saludase y sirviese en su preñez, en cuyas limpísimas entrañas no te desdeñaste estar escondido por espacio de nueve meses. Dame gracia de verdadera humildad e imprímela en lo más íntimo de mi corazón, para que con ella me halles siempre aparejado para las cosas de tu servicio. Haz, señor, que mi corazón tenga siempre hastío de las cosas mundanas, y esté siempre hambriento y codicioso de tenerte dentro de sí por morador y poseedor.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, a quien la Virgen sacratísima parió sin dolor y sin menoscabo de su virginal pureza, y poniéndote como a pobre y pasible en un pesebre, humildemente te adoró y reverenció. Plega a tu misericordia que continuamente nazcas dentro de mí por nuevo fervor de caridad, y plégate, señor, ser de mi corazón único deseo, única suavidad y única esperanza mía. ¡Oh, si a ti solo buscase, en ti solo pensase y a ti solo amase con ardentísimo amor!

Gracias te doy, dulce Jesús, que no rehusaste, naciendo en el rigor del frío, ser envuelto en pobres pañales y mamar leche a los pechos de tu madre, como niño de teta. Dame, señor, que sea yo siempre delante de ti verdadero humilde y verdadero pobre de espíritu. Dame que por tu nombre sufra de buena gana cualesquier cosas ásperas y trabajosas, y que ninguna cosa en este mundo ame fuera de ti, y ninguna quiera poseer sin ti.

Gracias te doy, dulce Jesús, que siendo recién nacido, fuiste con alegres cantares alabado de los ángeles, a quien los pastores devotamente buscaron y adoraron con grande admiración y alegría. Concédeme que en tus loores persevere yo alegremente,

y te busque con los pastores diligentemente, y buscado, te halle y posea perdurablemente.

Gracias te doy, dulce Jesús, que en el día octavo quisiste, según la general costumbre de los otros niños, ser circuncidado y, siendo aún ternecico, derramar sangre, y para nuestro maravilloso consuelo llamarte Jesús. Plégate, señor, tenerme señalado y contado en el número de los tuyos y circuncidar de mi ánima todos los excesos y demasías, esto es, todas las malas palabras, obras y pensamientos. Tú, señor, te llamas Jesús, que quiere decir salvador, porque a ti solo conviene dar salud. Pídotte, pues, señor, que la memoria de este suavísimo y muy deseado nombre despida de mí toda desordenada pusilanimidad y flaqueza y me dé firme confianza de tu misericordia, y con su virtud me defienda de todas las persecuciones y asechanzas del enemigo.

Gracias te doy, dulce Jesús, a quien los Magos, buscándote con entrañable devoción y fe, hallaron por la guía de una estrella, y derribados delante ti te ofrecieron oro, incienso y mirra. Concédeme que con estos dichosos varones te busque yo siempre en el pesebre de mi corazón, y dentro de él te adore en espíritu y en verdad, y con ellos te presente oro de resplandeciente caridad, incienso de devoción y olorosa mirra de perfecta mortificación, y finalmente que todas las fuerzas de mi ánima emplee y ocupe en hacer tu santa voluntad.

Gracias te doy, Cristo Jesús, que por darnos ejemplo de obediencia y humildad quisiste por nosotros sujetarte a la Ley y ser llevado al templo en los brazos de tu santísima madre -y que por ti se ofreciese ofrenda de pobres-, donde el justo Simeón y la profetisa Ana, alegrándose con tu presencia, dieron

magníficos testimonios de tu persona. ¡Oh, si nunca tocase lo secreto de mi corazón ni un solo punto de vanagloria! ¡Oh, si de mí se desterrase mil leguas toda manera de presunción, y muriese en mí todo apetito de favor y todo linaje de amor propio! Concédeme, señor, que yo huya toda honra de hombres y todo loor humano, y que a todos los hombres por ti me sujete, y a todos obedezca de buena gana.

Gracias te doy, dulce Jesús, niño chiquito, que con tu tierna madre luego fuiste perseguido y no te desdeñaste de huir y ser desterrado en Egipto. Concédeme que en todas las tempestades de mis persecuciones, en todas mis tribulaciones y tentaciones, a ti solo me acoja, a ti solo busque, a ti solo llame, y cuanto de tu mano me viniere alegremente lo reciba, y con manso corazón lo sufra, dándote siempre gracias por todo lo que de mí hicieres.

Gracias te doy, dulce Jesús, a quien tu piadosa madre, cuando te quedaste en el templo, con grande tristeza anduvo buscando tres días, y después de ellos con suma alegría te halló en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos sabiamente. ¡Oh, si de tal manera te me dieses, así te me comunicases, que nunca más de ti me desviases ni desamparases! Sacude, señor, de mi corazón toda pereza, destierra dél toda tibieza, que a ti es muy desagradable, y dame perfecta devoción y ardiente sed de tu justicia, la cual de tal manera posea mi corazón y todo cuanto está dentro de mí, que nunca jamás me harte ni me canse de servirte. Paternóster. Avemaría.

Segunda oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, que entrando en el río Jordán, quisiste ser bautizado por la mano de tu siervo. Ten por bien señor, de purificarme en esta vida por tus merecimientos, y limpiarme de mis vicios, y embriagarme con tu amor y con el deseo de la patria celestial. Ten por bien, antes que mi alma salga desta carne, hacerme tal cual tú quieres que sea, para que partiendo desta peregrinación y destierro, luego me junte contigo donde te vea y goce en aquella bienaventurada gloria que durará para siempre.

Gracias te doy, dulce Jesús, que morando en el desierto antes de la predicación del evangelio, entre los animales fieros, y perseverando cuarenta días y cuarenta noches en ayunos, y velando a la continua en gemidos y oraciones, permitiste ser tentado de Satanás, y después de la victoria fuiste festejado y servido de ángeles. Dame que con tu gracia castigue yo y sujete todas mis aficiones viciosas, y con perseverancia me ocupe en ayunos, vigiliias, oraciones y en todos los otros espirituales ejercicios, y especialmente me concede que con el socorro de tu gracia sea yo librado del vicio de la gula y de todos los otros lazos y celadas del enemigo. Ninguna tentación me ensucie, ninguna me aparte de ti, mas antes todas ellas me sean ocasión de acudir siempre a ti y de juntarme y abrazarme contigo.

Gracias te doy, dulce Jesús, que por mí fuiste afligido en este mundo con muchas penas y necesidades, con frío y con calor, con sed y con hambre, y con cansancio y sudores. Dame, señor, que todas las adversidades reciba yo alegremente como dadas de tu mano, y con paciente corazón las sufra por tu honra, y en cualquier placer o pesar, y en cualquier desastre o acaecimiento persevere yo en ti sin moverme, procurando siempre que se haga tu voluntad y no la mía.

Gracias te doy, dulce Jesús, que sufriste muchos trabajos, buscando como verdadero pastor y salvador del mundo la conversión de las ánimas, desvelándote en oraciones, fatigándote en caminos, publicando la doctrina celestial, discurriendo de tierra en tierra, de ciudad en ciudad, de aldea en aldea y de castillo en castillo. Dame, señor, gracia para que nunca jamás emperce en las cosas de tu servicio, mas antes esté presto y ligero para todo lo bueno. Dame que con ardentísima sed codicie la salud de todos, y cuanto en mí fuere la procure, y siempre y en todo lugar tenga celo de tu honra, y en ella me emplee todo.

Gracias te doy, dulce Jesús, que conversando con los hombres quisiste benignísimamente consolarlos, y con muchos milagros curar misericordiosamente sus enfermedades. Dame corazón lleno de afición piadosa con todos y de santa compasión, para que me compadezca de las aflicciones de todos, y sienta las miserias ajenas como las mías propias, y sufra con igual corazón las imperfecciones de todos, y socorra alegremente cuanto pudiere a sus necesidades. Limpia, señor, y sana mi ánima perfectamente de todas las viciosas pasiones y malos deseos de que está enferma, para que curada de todos estos males y suelta de todos estos impedimentos, se levante libremente a lo alto y no descanse hasta que por amor purísimo merezca llegar a tus divinos abrazos.

Gracias te doy, dulce Jesús, que por mí padeciste muchas injurias, blasfemias, denuestos, calumnias y persecuciones de aquellos mismos a quien hacías tan grandes bienes. Dame corazón verdaderamente inocente y simple, para que puramente ame a mis enemigos y me duela dellos en mis entrañas, y dentro

de mí los excuse, para que dando bien por mal, sea imitador de tu perfecta caridad y paciencia.

Gracias te doy, dulce Jesús, que viniendo a Jerusalén manso y humilde, sentado sobre una asna, y cantando los que solemnemente te recibieron gloriosos loores, tú derramaste dolorosas lágrimas sintiendo la destrucción de aquella ciudad y la perdición de tantas ánimas. Concédeme, señor, entrañable conocimiento de mí mismo, para que vea claramente mi indignidad, y así profundísimamente me humille y desprecie. ¡Oh, si nunca me deleitasen los favores y alabanzas de los hombres, mas entendiese siempre en llorar mis propias miserias y pecados! ¡Oh, si los daños ajenos tuviese por míos, y por los pecados ajenos llorase como por los propios! Paternóster. Avemaría.

Tercera oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, que para dar fin a la Ley comiste el cordero pascual en Jerusalén con tus discípulos, y dándoles ejemplo de inefable humildad y amor, lavaste sus pies hincado de rodillas y los limpiaste con la toalla que estabas ceñido. Plégate, señor, que este ejemplo penetre mi corazón y derribe cualquiera presunción y soberbia que haya en él. Dame, señor, humildad profundísima, con la cual sin alguna alteración huelgue yo de sujetarme a todos. Dame perfecta obediencia con que guarde enteramente tus mandamientos y los de aquellos que nos gobiernan y mandan en tu nombre. Dame caridad ferventísima con la cual puramente ame a ti y todos los hombres por amor de ti.

Gracias te doy, dulce Jesús, que con altísima caridad instituiste el sacramento de tu cuerpo y sangre, y con liberalidad espantosa te nos diste por manjar, y quedaste desta manera corporalmente con nosotros hasta la fin del mundo. Despierta, yo te suplico, dentro de mí deseos vivos y una encendida hambre deste venerable sacramento. Dame que con casto amor, con profunda humildad, con pureza de corazón me llegue a recibirte en esta mesa de vida, y tanta sed tenga de ti mi ánima, tanto esté llagada de tu amor, que después en tu reino merezca gozar de tus eternos deleites para honra y gloria de tu santo nombre.

Gracias te doy, dulce Jesús, que queriendo partir deste mundo, amonestaste y consolaste a tus discípulos con palabras llenas de inefable amor, y con oración no menos encendida los encomendaste al Padre, declarando manifiestamente con cuán tiernas entrañas amabas a ellos y a todos los que por su doctrina habíamos de creer en ti. Haz que mi corazón tome sabor en tus palabras, y siempre las halle dulces más que la miel y el panal. Infunde, señor, en mi pecho el espíritu de aquella tu abrasada amonestación, para que todo yo sea transformado con ella en tu amor. Enderézame, Dios mío, en todas las cosas, para que en mí y por mí se haga siempre tu santa voluntad.

Gracias te doy, dulce Jesús, que cuando se acercó tu pasión comenzaste a espantarte y congojarte y tener tristeza, significando en ti la flaqueza natural de tus espirituales miembros, para consolarlos y esforzarlos con esta ternura cuando ellos temiesen o esperasen la muerte. Defiéndeme, señor, por este trabajo tuyo, así de la viciosa tristeza como de la vana alegría. Dame que todas las penas y tristezas que hasta ahora he tenido y adelante tendré se enderecen a gloria de tu

santo nombre y a perdón de mis pecados. Aparta de mí toda desconfianza y toda desordenada pusilanimidad, y sustenta siempre contigo mi espíritu.

Gracias te doy, dulce Jesús, que derribado en tierra hiciste oración al Padre y te ofreciste todo a su disposición, diciendo que en todo se cumpliese su voluntad y no la tuya. Dame que en todas mis necesidades a ti me socorra por oración, y todo me entregue a tu providencia, sin elección de mi propia voluntad ni de algún interés propio. Nunca huya las adversidades, ni por ellas vuelva atrás del bien comenzado, mas todas las cosas reciba con ánimo sosegado, como dadas de tu mano piadosa, y todas las sufra por tu amor con corazón manso y humilde.

Gracias te doy, dulce Jesús, que consentiste ser llevado con gente armada, atado como ladrón y malhechor, a casa de Anás y parecer en juicio delante de él. ¡Oh maravillosa mansedumbre de mi redentor! Siendo preso, siendo maltratado, siendo arrastrado, no te quejas, no murmuras, no resistes, mas callado sigues los pasos de los que te llevan, obedeces a los que te mandan y sufres con suma paciencia a los que te atormentan. Haz, señor mío, que los ejemplos de tantas y tan excelentes virtudes resplandezcan en mí para gloria y honra de tu santísimo nombre.

Gracias te doy, dulce Jesús, rey del cielo y de la tierra, que estando ante el soberbio pontífice como un hombrecillo vil y despreciado, sufriste con mansedumbre la cruel bofetada que uno de sus ministros te dio en la cara. Refrena, señor, en mí todos los ímpetus de ira y braveza, mata todas las repuntas de indignación y rencor y apaga todas las centellas de codicia de venganza, para que siendo yo injuriado, no por eso me turbe, ni

riña, ni me altere, mas sufriendolo todo mansamente, haga bien a todos los que mal me hicieren. Paternóster. Avemaría.

Cuarta oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, que por toda aquella noche fuiste por mí escarnecido y acosado de tus enemigos, y herido con bofetadas y puñadas, y con diversas maneras de injurias y baldones deshonorado. Bien sabes, señor mío, cuán duro me es sufrir aun cosas muy pequeñas. Bien sabes que ninguna virtud tengo, que mi voluntad es perezosa y mi deseo frío. Ayuda, señor, misericordiosamente a mi flaqueza y dame gracia para que ningún ímpetu de adversidad me derribe ni me espante. Dame que no resista a los males que me sobrevinieren ni me altere por las injurias recibidas, mas dándote gracias en todas las cosas, todo lo refiera a gloria y honra de tu nombre.

Gracias te doy, dulce Jesús, que estando en la audiencia de Pilato, callabas a todas las falsas acusaciones y deshonras que te ponían, como manso cordero que no abre su boca ni resiste a los que le trasquilan. Concédeme, señor, que no me turben las murmuraciones e infamias que de mí se dijeren, mas callando venza a todos los que me hacen injuria. Dame gracia de perfecta humildad, por la cual ni codicie ser loado ni huya de ser disfamado por tu amor.

Gracias te doy, dulce Jesús, que con grande abatimiento y con grande ruido de pueblo fuiste llevado por medio de la ciudad a Herodes del juzgado de Pilato. Concédeme fortaleza para que no me quebranten las persecuciones de mis enemigos

ni me embravezcan sus injurias ni me afrenten sus desprecios, mas todo lo sufra con mansedumbre, y callando pase por todo, para que conforme a la ley de tu santo mandamiento, en mi paciencia posea mi ánima.

Gracias te doy, dulce Jesús, que preguntado por Herodes con muchas palabras y acusado por los pontífices y sacerdotes de muchas maneras, a ninguna cosa respondiste, sino todo lo venciste callando. Dame, señor, gracia para refrenar mi lengua, y no me consientas hablar palabras viciosas ni perder tiempo en fábulas ociosas, mas concédeme que siempre hable lo que es justo y honesto y provechoso según tu voluntad. Dame que aborrezca el vicio de maldecir, y ame hablar y sentir bien de todos.

Gracias te doy, dulce Jesús, que siendo comparado con el famoso ladrón Barrabás, fuiste juzgado por más malo y menos digno de la vida, y así perdonaron al homicida, y a ti, autor de la vida, pidieron para la muerte. Bien parece, señor, que tú eres aquella viva piedra que reprobaron los hombres y escogió Dios para sí. ¡Oh, si ninguna cosa yo antepusiese a ti y por ninguna te trocase, mas todas las cosas tuviese por estiércol en comparación de ti! Concédeme, señor, que el veneno de la envidia nunca inficione mi ánima, sino que en ti solo repose y en ti solo halle toda mi salud.

Gracias te doy, dulce Jesús, que consentiste desnudar tu sacratísima y virginal carne y atarla a una columna, y allí ser azotada con terribles azotes para que con tus heridas sanases las nuestras. Desnuda, señor, mi corazón de todo pensamiento feo, despójame del hombre viejo con todas sus obras y vísteme del nuevo que a semejanza tuya es criado en justicia y verdadera

santidad, y concédeme que sufra yo con toda humildad y paciencia los azotes de tu paternal corrección.

Gracias te doy, dulce Jesús, a quien, después de tantos azotes recibidos y tanta sangre derramada, injuriaron con diversas maneras de baldones y vituperios. Porque para mayor deshonra te vistieron una ropa colorada, y apretaron a tu divina cabeza una corona de espinas, y pusieron en tu mano una cana en lugar de cetro, e hincando fingidamente las rodillas delante de ti, te saludaban diciendo: «Dios te salve, rey de los judíos». Enclava, señor, en mi corazón la continua memoria de este paso doloroso y hiérello con las saetas agudas de tu ardentísima caridad. Dame que a ti solo ame, en ti solo piense y en ti solo seguramente repose. Ninguna tribulación, ninguna angustia, ninguna persecución y ningún tormento me aparte de ti, ni tenga yo por mengua ser amenguado y despreciado contigo.

Gracias te doy, dulce Jesús, que además de los otros denuestos e injurias que por mí sufriste, quisiste llevar la cruz hasta el monte Calvario con mucho trabajo y fatiga de tu cuerpo y de tus hombros muy quebrantados. Dame, señor, que con esforzado y devoto corazón abrace yo tu cruz negando a mí mismo, e imitando con ferviente caridad los ejemplos de tus virtudes, merezca humildemente seguirte hasta la muerte.

Gracias te doy, dulce Jesús, que en aquel tristísimo camino cuando ibas a ser crucificado, benignamente amonestaste a las mujeres que te lloraban que por sí mismas y por sus hijos, y no por ti, llorasen. Dame, señor, lágrimas de piadosa compasión y de santo amor que derritan la dureza de mi corazón y le hagan gracioso delante de ti. Concédeme también que, encendido con tu ardentísimo amor, todas las cosas por ti me den en rostro, a ti

solo ame y en ti solo descanse perpetuamente. Paternóster. Avemaría.

Quinta oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, que fatigados los hombros con el peso de la cruz, llegaste cansado al lugar del tormento, donde estando sediento y afligido, te dieron a beber vinagre mezclado con hiel. ¡Oh, si con esto matases en mí el regalo de la gula y los deleites de la carne, e hicieses que en ningún tiempo consintiese a ninguna fea delectación! Dame, pues, señor, aquella honestísima y muy necesaria virtud de la templanza en el comer, para que refrenados todos los desordenados apetitos de la gula, de ti solo tenga hambre y sed y en ti solo sean todos mis deleites.

Gracias te doy, dulce Jesús, que en los ojos de todo el pueblo consentiste que te desnudasen, donde al quitar de las vestiduras al redropelo, se renovaron tus llagas y tornó a manar sangre de ellas y a renovarse tus dolores. Concédeme, Dios mío, verdadero amor de la pobreza, y dame gracia para que nunca me entristezca por cosa que me falte. Dame paciente sufrimiento de las necesidades y desastres de esta vida, desnuda mi corazón de todas imaginaciones y aficiones terrenas, y renueva cada día en mí santos propósitos y deseos verdaderos de tu santo amor.

Gracias te doy, dulce Jesús, que no rehusaste ser estirado cruelmente en el madero, y ser descoyuntadas todas las juntas de tus sacratísimos miembros, y ser traspasado con agudos clavos y fijado en la misma cruz. Concédeme, señor, que con

ánima fiel y agradecida tenga yo siempre memoria de ésta tu excesiva caridad, con la cual tan benignamente extendiste tus brazos y abriste tus manos para que fuesen enclavadas, y entregaste tus pies para que fuesen barrenados. Ea, pues, señor, ensancha mi corazón con perfecta caridad, traspasa y enclava con el mismo clavo de tu amor todos mis sentidos, y encierra dentro de ti solo todos mis pensamientos y aficiones.

Gracias te doy, dulce Jesús, que tres horas estuviste colgado en el afrentoso madero de la cruz, y derramando copiosamente tu sangre, sentiste gravísimo dolor en todos tus miembros. Cuelga, señor, dese mismo madero esta miserable ánima que yace en la tierra, y límpiala de la suciedad de sus pecados y apetitos con los arroyos de esa sangre. ¡Oh sangre dadora de salud y dadora de vida! Ten por bien, señor, ten por bien de lavarme con esa preciosa sangre y purificarme y santificarme con ella. Ten por bien, señor, ofrecerla a tu padre para perfecta satisfacción y remedio de todos mis males. Suplícote que con aficionadísimo amor merezca yo chupar con mi corazón y lamer con la lengua de mi ánima las preciosísimas gotas de esa sangre divina, y aquí guste yo cuán suave es tu espíritu y cuán dulce este precioso licor.

Gracias te doy, dulce Jesús, que por mí quisiste ser puesto en medio de dos ladrones y tenido por uno dellos, para que con tu increíble humildad y paciencia curases nuestra impaciencia y soberbia, y del todo la destruyeses. Levanta, señor, mi espíritu a lo alto, para que desde allí desprecie todas las cosas que en este mundo se ven, y en ti solo ponga mis ojos, a ti solo ame, en ti solo piense, por ti solo suspire, de ti hable, a ti sueñe, a ti sepa y en ti me deleite, y fuera de ti no quiera tener otro contentamiento.

Gracias te doy, dulce Jesús, que tan bueno fuiste aun para con los muy malos, que por los mismos que te crucificaron hiciste oración diciendo: «Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen». Dame, señor, gracia de verdadera paciencia y mansedumbre con la cual, conforme a tu ejemplo y mandamiento, ame yo a mis enemigos y haga bien a los que me hicieren mal, y humildemente te suplique por ellos y los perdone de corazón.

Gracias te doy, dulce Jesús, a quien escarnecieron tus perversos enemigos con grandes blasfemias, mientras sufrías intolerables dolores y angustias en la cruz. Dame, señor, que acordándome de la inefable humildad y paciencia con que sufriste tantos dolores y vituperios, pacientemente sufra cosas semejantes y contigo persevere en la cruz de la paciencia hasta la muerte. Ningún ímpetu de tentaciones, ninguna tempestad de tribulaciones, ningún torbellino de injurias me desvíe del buen propósito comenzado. Ni la muerte, ni la vida, ni lo presente, ni lo venidero, ni alguna otra criatura me aparte de ti.

Gracias te doy, dulce Jesús, que sufriste a uno de los dos ladrones te escarneciese, y al otro, que confesó su injusticia y con piadosa fe te confesó, prometiste benignamente la gloria del paraíso. ¡Oh, quién fuese tan dichoso que mereciese ser mirado con aquellos misericordiosos ojos que miraste este dichoso ladrón, para que ayudándome tu gracia, viviese vida tan inocente, que en el término de la vida mereciese oír de ti esa tan dulce palabra: «Hoy serás conmigo en el paraíso»! Paternóster. Avemaría.

Sexta oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, que viendo desde la cruz a tu dulcísima madre llena de dolor y de lágrimas, compadeciéndose tu corazón de su angustia, la encomendaste a tu discípulo san Juan, y luego a ella encomendaste al mismo discípulo, y en él a todos nosotros. Pues concédeme que yo ame y honre a esta señora con ardentísimo y castísimo amor, para que teniéndola yo por madre, merezca que ella me tenga por hijo y me trate como a tal. Dámela, señor, por ayudadora en todas mis necesidades, mayormente en la hora de mi fallecimiento. Amén.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, que aun teniendo tus llagas abiertas y la cabeza rodeada de espinas, y colgado miserablemente de los brazos de la cruz, te quejaste protestando que eras desamparado del Padre. Dame que en todas mis adversidades y tentaciones y desamparos me socorra a ti, padre piadoso, y desconfiando de mí, en ti solo confíe y todo me ponga en tus manos. Llaga, señor, lo interior de mi ánima con la memoria de tus llagas. Imprímelas en lo íntimo de mi corazón y embriágame de tal manera con tu sangre, que ninguna otra cosa piense ni busque sino a ti. A ti halle y a ti tenga y a ti posea perdurablemente.

Gracias te doy, dulce Jesús, que gastado y seco ya tu cuerpo por la grandeza de los tormentos y por el derramamiento de tanta sangre, y acezando con veheméntísima sed y con ardor del deseo que tenías de nuestra salud, dijiste: «Sed he». Dame, señor, una sed encendidísima de tu honra y de la salvación de las ánimas, para que conforme a tu santa voluntad me emplee todo en su provecho, en cuanto, según la medida de mi estado, me fuere concedido. Dame que ningún amor de las cosas

pereceras me prenda, ninguna criatura me enlace. Y las cosas que fueren para amar, en ti las ame, y a ti ame sobre todas ellas, y en ti solo sea todo mi descanso.

Gracias te doy, dulce Jesús, que a la hora de tu muerte quisiste que para matar la sed te pusiesen en la boca una esponja llena de vinagre, para que gustando en paso tan trabajoso ese tan amargo refrigerio, satisficieses al Padre por todas nuestras golosinas y deleites, y nos dejases ejemplo maravilloso de pobreza y aspereza. Dame, señor, que por tu amor desprecie yo cualesquier sabores de comeres y regalos exquisitos, y de lo que me concedes para sustentar este corpezuelo use medidamente, dándote por ello muchas gracias. Limpia, señor, y sana el paladar de mi ánima, para que todo lo que a ti agrada me sea sabroso, y todo lo que te desagrada, desabrido.

Gracias te doy, dulce Jesús, amador ferventísimo del linaje humano, que tan cumplida y ordenadamente acabaste la obra de nuestra redención ofreciendo a ti mismo en sacrificio vivo en el altar de la cruz por los pecados del mundo. Dame, señor, que tú solo seas el blanco y el paradero de todos mis pensamientos, palabras y obras, para que en todas las cosas con derecha y casta intención busque sola tu honra, y fuera de ti ninguna cosa busque ni desee. Dame que en tu servicio nunca afloje, nunca desmaye, mas renovando cada día el fervor del espíritu, me apresure más y más a servirte y alabarte.

Gracias te doy, dulce Jesús, que de tu voluntad llamaste la muerte. Abajando tu venerable cabeza y encomendando tu espíritu en las manos del Padre, le despediste de tu carne, donde claramente nos enseñaste cómo eras tú aquel buen pastor que pusiste tu vida por tus ovejas. Concédeme, señor, que muera yo

a todos mis vicios y malos deseos, y a ti solo viva, a ti solo sienta, para que acabado el curso desta vida en caridad verdadera, luego entre en ti, que eres el verdadero paraíso de nuestras almas.

Gracias te doy, dulce Jesús, que con lanza de un caballero quisiste que tu suavísimo corazón fuese abierto, de donde manase agua y sangre para lavar y dar vida a nuestras ánimas. ¡Oh, si llagases mi corazón con la lanza de tu amor de tal manera que ninguna cosa pudiese ya querer sino lo que tú quieres! Entre, señor, entre mi ánima por la llaga de tu costado al secreto de tu caridad y al tesoro de tu divinidad, para que allí adore a ti, mi Dios verdadero por mí crucificado y muerto, y raídas de mi memoria todas las figuras de las cosas visibles, a ti solo entienda y vea siempre en todas las cosas.

Gracias te doy, dulce Jesús, que con grande llanto de tus amigos fuiste quitado de la cruz y ungido con olorosos ungüentos y envuelto en una sábana y puesto en ajena sepultura. Entierra, señor, contigo, entierra todos mis sentidos, todas mis fuerzas y aficiones, para que ayuntado contigo con fuerte vínculo de amor, quede como fuera de mí para todo lo que es a ti contrario, y a ti solo sienta, único redentor mío, único bien y tesoro mío. Paternóster. Avemaría.

Séptima oración a Jesús

Gracias te doy, dulce Jesús, que poderosamente descendiste a los infiernos, donde quebrantando el poder del diablo, alegraste con tu presencia a los antiguos padres que estaban allí cautivos,

y sacándolos de sus tinieblas y prisiones, los llevaste a los deleites del paraíso. Pues descienda ahora, yo te suplico, la virtud de tu sangre y de tu pasión sobre las ánimas de mis padres, parientes, amigos y bienhechores, y de todos los Fieles difuntos, para que sueltas de las penas de purgatorio, sean recibidas en el seno de la eterna felicidad.

Gracias te doy, dulce Jesús, que saliendo victorioso del sepulcro cerrado con nobilísimo triunfo, vencida la muerte, resucitaste de entre los muertos, y volviendo su hermosísima claridad a tu cuerpo precioso, diste inestimable gozo con tu visitación a tus amigos. Dame, señor, que resucitando yo de la muerte de los vicios y de la vieja conversación, ande de aquí adelante en novedad de vida, y busque las cosas altas y no las bajas, para que cuando tú, mi vida, aparecieses otra vez en la tierra, yo también aparezca contigo en la gloria.

Gracias te doy, dulce Jesús, que cumplidos cuarenta días después de tu resurrección, delante tus discípulos subiste glorioso triunfador a los cielos, donde sentado a la diestra del Padre, vives y reinas por todos los siglos. ¡Oh, si mi ánima estuviese enferma de tu amor! ¡Oh, si de todas las cosas mundanas tuviese hastío, y por las celestiales siempre suspirase, y dellas tuviese un continuo y encendido deseo! ¡Oh, si ninguna cosa me aficionase, ninguna me alegrase, sino tú solo, mi señor y mi Dios!

Gracias te doy, dulce Jesús, que enviaste tu espíritu sobre tus escogidos que perseveraban en oración, y los enviaste a enseñar las gentes por toda la redondez del mundo. Limpia, señor, lo interior de mi corazón, dame verdadera pureza y limpieza de conciencia, para que el mismo Consolador, hallando en ella

agradable posada, la hermosee con los abundantes dones de su gracia y él solo me consuele, me confirme, me ocupe, me rijá y todo me posea.

Gracias te doy, dulce Jesús, que cuando volvieres en el día postrero a juzgar el mundo, darás a cada uno según sus obras, o galardón o castigo. Piadosísimo señor Dios mío: Concédeme que pasada inocentemente, según tu santa voluntad, la carrera desta miserable vida, salga mi ánima de la cárcel deste cuerpo tan adornada de merecimientos y virtudes, que sea recibida misericordiosamente en las moradas de tu gloria, donde con todos los santos te alabe y bendiga en los siglos de los siglos. Amén. Paternóster. Avemaría.

Síguese una muy devota oración, en la cual brevemente se contiene toda la vida de Nuestra Señora. La cual podrá cada uno rezar todos los sábados, que son días dedicados a esta Virgen.

Dios te salve, suavísima virgen María, a quien Dios escogió por madre suya antes de todos los siglos. Tú eres aquella bienaventurada hembra, de quien el rey del cielo y de la tierra quiso tomar carne para redimir el linaje humano. Tú eres aquella piadosa medianera entre Dios y los hombres, por la cual se juntó el cielo con la tierra y las cosas altas con las bajas. Tú eres entrada de nuestra vida, tú puerta de la divina gracia, tú puerto deste siglo tempestuoso. Alcánzame, señora, perfecto perdón de mis pecados y perfecta gracia del Espíritu Santo, para que con

todo cuidado honre y ame a tu hijo mi salvador, y a ti, madre de misericordia.

Dios te salve, virgen suave, a quien los padres antiguos desearon con entrañables deseos y representaron con diversas figuras y prometieron con muchas revelaciones que les fueron hechas. Recíbeme, señora, por tu siervo -y por tu hijo, madre de gracia-, y concédeme que sea yo del número de los que amas y tienes escritos en tu pecho virginal, a los cuales enseñas, enderezas, recreas y defiendes en todas las cosas.

Dios te salve, virgen suave, a quien Dios hermoseó maravillosamente en el vientre de tu madre y adornó de todas las perfecciones y gracias. ¡Oh virgen clarísima, virgen resplandeciente, virgen purísima, escogida doncella entre millares! No me deseches, señora, aunque sea el que tú sabes que soy, sino oye al miserable que te llama, consuela al que te desea servir, y ayuda al que en ti tiene puesta su esperanza.

Dios te salve, María suave, cuyo nacimiento, esperado de tantos siglos y deseado de tantas gentes, alegró el mundo con nueva luz y nuevo gozo. ¡Oh virgen inocentísima!, hazme de verdad inocente, y deshaz todo lo que en mí desagrada a tus limpiísimos ojos. Habe misericordia de mí, pues desde tu niñez por todas las edades creció contigo la misericordia.

Dios te salve, María suave, en quien Dios derramó toda hermosura corporal y toda gracia espiritual, con la cual te hizo amable a todas las gentes. ¡Oh elegantísima y bellísima virgen!, atavía, yo te suplico, mi ánima con ornamentos espirituales. Planta en mi corazón vivas aficiones de pureza y castidad, para

que así te agrade yo en todas las cosas y sea verdadero imitador y siervo tuyo.

Dios te salve, María suave, a quien tus santísimos padres trajeron al templo y presentaron al Señor y ofrecieron a su santo servicio, donde hiciste vida de ángel, en todo humilde, en todo piadosa, en todo mansa, en todo benigna, en todo suave, en todo agradable al Señor. Concédeme que reciba yo el olor de tu santísima conversación, para que cuanto en mí fuere, a nadie sea pesado, a nadie escandalice, a nadie ofenda, mas a todos consuele y a todos provoque al amor de Dios y desprecio del siglo.

Dios te salve, María suave, alférez de las vírgenes, que consagrándote toda para Dios, hiciste voto de virginidad con alegre y determinada voluntad. Tú eres perfecto dechado de castidad, tú eres aquella hermosísima de quien nadie sintió ni deseó sino toda honestidad, cuya santísima y castísima conversación penetraba los corazones de los que te miraban con una lumbre celestial, y criaba en ellos amor de limpieza y castidad. Alcánzame, señora, verdadera limpieza del ánimo y del cuerpo, de tal manera que ninguna fealdad me ensucie, ningún vicio me posea y a ningunos deleites consienta, mas despreciando todos los regalos de la carne y todas sus codicias, en sólo Dios me deleite y descanse.

Dios te salve, María suave, a quien en sus sagrados estudios y ejercicios de contemplación consolaba Dios con familiar ministerio de los ángeles y con maravilloso gozo de la pura conciencia. Alcánzame por tus merecimientos amor del silencio y reposo, y ocupación en santas oraciones y sagrada lección, y en otros espirituales ejercicios, con sinceridad y sosiego de mi

ánima. Y que éstos sean mis deleites todo el tiempo que fuere detenido en la miserable cárcel deste cuerpo.

Dios te salve, María suave, que siendo virgen fuiste desposada con el santo virgen José por divino consejo. No me consentas, ¡oh consoladora mía!, no me consentas apartar de ti, mas mírame siempre con benignos ojos, porque como no puede vivir para siempre aquél a quien tú mirares con ofendidos ojos, así no podrá perecer para siempre aquél a quien mirares con ojos benignos. Recibe, señora mía, al ánima que te busca, endereza al que te ama y conserva al que confía en ti. Sé conmigo siempre piadosa, para que por ti halle gracia en los ojos del Señor que te escogió.

Dios te salve, María suave, a quien estando en altísima contemplación, el ángel Gabriel saludó humildemente dentro de tu secreto retrainimiento, y ahí te dio parte de los misterios del consejo divino. ¡Oh, si toda mi alegría fuese saludarte muy a menudo y presentarte muy devotos servicios! ¡Oh, si ninguna cosa en mí hubiese que ofendiese tu vista más pura que de ángeles!

Dios te salve, María suave, que en tus castísimas entrañas concebiste al Hijo de Dios. ¡Oh la más dichosa de las mujeres! Dime qué sentiste en aquella hora en lo secreto de tu corazón, con cuánta dulzura tu bienaventurada ánima se derritió cuando aquella vena de aguas vivas y principio de toda dulcedumbre entró en tu santísimo tálamo y se vistió de tu purísima carne. Alabo y glorifico, virgen gloriosa, y humildemente reverencio tu sacratísimo vientre. Y tú ten por bien de guardar y acrecentar siempre en mi ánima el don de la pureza y castidad.

Dios te salve, María suave, que llevando al rey de la gloria encerrado en tu vientre, subiste a los montes de Judea y visitaste y serviste a Elisabet tu parienta. Visita, señora, mi ánima, y haz que en todos los días de mi vida fidelísimamente te sirva, y con afición castísima te ame.

Dios te salve, María suave, que con tu santísimo esposo José, doncella delicada y preñada, te partiste para Belén a pagar el censo común que todos pagaban. Dame gracia para sufrir pacientemente las miserias deste destierro y para anhelar siempre a la celestial Belén, donde está el pan de vida Cristo Jesús, nuestra salud.

Dios te salve, María suave, que cansada del camino, cuando llegaste a la ciudad no hallaste posada, y escogiste un establo donde morases y parieses al rey de la gloria. Gobierna, señora, todas las aficiones de mi ánima, para que ninguna cosa viciosamente ame y ninguna me prenda, sino que como peregrino y extranjero en este mundo, suspire con todos mis deseos por las eternas moradas y en sólo Dios ponga mi descanso.

Dios te salve, María suave, que sin dolor y sin detrimento de tu purísima virginidad pariste al salvador del mundo y alegría del cielo. Tú eres virgen y juntamente madre, tú templo del verdadero Salomón, tú arca y santuario de Dios, tú la puerta cerrada que vio Ezequiel, tú el huerto cercado y fuente sellada del esposo celestial. Hinche, señora, mi corazón y todos mis sentidos de tu gracia, para que renovado con este socorro, viva vida agradable a tu hijo y a ti.

Dios te salve, María suave, que envolviste a Jesús, fruto de tu castísimo vientre, en pobres pañales y le reclinaste en un pesebre. ¡Oh, si tu amor tanto ocupase mi espíritu, y tu pureza de vida tanto hermosease mi ánima, que viniese a ser como un niño recién nacido, para que en cualesquier tribulaciones mereciese ser de ti ayudado y recreado con tus beneficios!

Dios te salve, María suave, que al niño Jesús diste a mamar leche de tus virginales pechos, y teniéndole dulcemente en tus brazos, humildemente le besaste y adoraste. Dame, señora, que cuando viniere fatigado de los trabajos y miserias deste mundo, me socorra al seno de tu maternal piedad, y recreado por ti con leche de espiritual consolación, desprecie todas las otras consolaciones deste siglo.

Dios te salve, María suave, que a los cuarenta días presentaste el niño en el templo, y después huiste con él a Egipto, y a los doce años, después de perdido, le hallaste en el mismo templo con inestimable alegría. Dame gracia para que espiritualmente ande yo contigo todos estos caminos, que por ti sea presentado en el templo vivo, y contigo halle yo el niño perdido.

Dios te salve, María suave, que diligentemente curaste de la niñez y tierna edad del salvador, y después, en su juventud y edad de varón, cuando predicaba, devotamente le seguiste. Dame que, despreciadas todas las cosas transitorias, a ti ame, a ti siga y siempre suspire por tu presencia.

Dios te salve, María suave, que sentiste grave dolor por los crudelísimos dolores y persecuciones de tu amado hijo, y en las entrañas de tu corazón te compadeciste de su terrible y afrentosa

muerte. Dame que al mismo Dios mío siempre alabe por todas las cosas que por mí hizo y padeció, y por él me compadezca de todos cuantos fueren puestos en trabajos y angustias.

Dios te salve, María suave, cuya ánima bienaventurada traspasó el cuchillo de dolor cuando estuviste bañada de lágrimas al pie de la cruz, mirando con piadosos ojos las heridas y la sangre del hijo que padecía. Dame, señora, que yo fielmente perseverare contigo al pie de la cruz, y con devoto corazón celebre la pasión y muerte de tu unigénito hijo mi redentor.

Dios te salve, María suave, a quien Jesús alegró con su triunfal resurrección, y después de su gloriosa ascensión a los cielos, llevó consigo y sentó sobre todos los coros de los ángeles en trono real, como reina y señora de todo lo criado. Rogámoste, pues, humildemente, señora y madre nuestra, quieras tener fiel cuidado de nosotros y abogar por nos ante el tribunal de tu muy amado hijo, para que cuando viniere a juzgar vivos y muertos, seamos por tu intercesión librados de la muerte y colocados a su diestra en compañía de aquellos que han de reinar en los siglos de los siglos. Amén. Paternóster. Avemaría.